

martín de  
ugaLde

la semilla vieja  
y otros cuentos



  
ALGA  
narrativa

**LA SEMILLA VIEJA Y OTROS CUENTOS**

*Martín de Ugalde*

**ALGA**  
Narrativa

Primera edición en ALGA: mayo de 2003

© 1957, 1958, 1964, 1979, Martín de Ugalde  
© Del prólogo: 2003, Anjel Lertxundi  
© De la presente edición: 2003, ALBERDANIA, S.L  
Plaza Istillaga, 2, bajo C. 20304 IRUN  
Tel.: 943 63 28 14  
Fax: 943 63 80 55  
<alberdania@ctv.es>  
www.alberdania.com

© Diseño de la colección: Antton Olariaga  
Impreso en Itxaropena, S.A. c/ Araba, 45, 20800 ZARAUTZ  
ISBN: 84-95589-73-7  
Depósito legal: SS. 753/2003

## Prólogo

Los editores me piden que escriba unas palabras de presentación de este libro de cuentos escritos en castellano por Martí de Ugalde durante su exilio en Venezuela. Acepto gustoso porque siempre he sentido admiración por este hombre que, tras haber fraguado un estilo inconfundible y haber conocido el éxito literario en Venezuela –Martín de Ugalde supo ser venezolano en el país que lo acogió–, es capaz de regresar a su país y a su lengua materna en los últimos años del franquismo, aunque ello le suponga renunciar al eco que una lengua de inmenso ámbito proporciona y lo obligue a acercarse de nuevo, pero esta vez en euskera, su voz y su estilo a lo que Pere Gimferrer llama "núcleo de la intimidad esencial".

La obra en castellano de Martín de Ugalde mantiene hoy plena vigencia estética y no ha perdido interés, pero pocos lectores vascos conocen la obra que Martín de Ugalde escribió en el exilio. Pocos han disfrutado los resultados literarios, brillantes como acero bruñado, del forcejeo con una lengua que no es la suya y a la que Ugalde quisiera *venezolana*. El escritor confiesa que en sus comienzos literarios luchaba por escribir "en un lenguaje bastante distinto al castellano que me enseñaron en la escuela y en casi todas mis lecturas. Era duro conseguir el *tono de voz* adecuado para contar un cuento literario al lector venezolano (...). Esta lucha por lograr una descripción literaria que pudiera llegar al lector venezolano como algo suyo me producía, en medio de esa dificultad enorme, un goce que sólo la experiencia personal del escritor puede medir".

Un océano lo aleja de otro escritor vasco, Ignacio Aldecoa, pero ambos están unidos por ese hilo casi imperceptible que se tiende entre quienes, además de pertenecer a un *humus* histórico común (ambos son "niños de la guerra"), son atrapados por los mismos autores (Faulker, Dos Passos...), y avanzan, aunque no se conozcan, por los mismos derroteros literarios: los de una literatura realista, comprometida con quienes sufren y son apartados por la historia a esos márgenes de la vida en los que la mirada literaria pocas veces se detiene con la tensión propia de una conciencia moral.

En el volumen presente está prácticamente toda la cuentística venezolana en castellano de Martín de Ugalde: los cuentos recogidos en los libros *Un real de sueño sobre un andamio* (1957), *La semilla vieja* (1958), *Las manos grandes de la niebla* (1964) y dos cuentos publicados en *Cuentos de emigrantes* (1979). No están sus reportajes, de gran altura literaria todos ellos (magníficas piezas en las que el lector encuentra un gozo parecido al que procuran sus obras de ficción), ni *Bajo los techos*, una manera absolutamente original de contar la trayectoria vital de Simón Bolívar a través de la descripción y recreación ambiental de las casas en las que el Libertador vivió.

Creo firmemente que la sociedad vasca, en estos tiempos innobles que vive hoy la democracia, está en deuda con un hombre que, tras haber dado muestras de limpieza moral y exquisito sentido democrático allá donde ha estado y actuado, ha visto, anciano

y enfermo, cómo esa democracia con la que tanto soñó ha empañado su nombre y criminalizado su actuación cívica y ética, un talante moral que, con envidiable altura literaria, se muestra en su desnudez más elemental en estos magníficos relatos.

*Anjel Lertxundi*

*UN REAL DE SUEÑO SOBRE UN ANDAMIO*  
Caracas, 1957

*A la ancha esperanza americana del inmigrante.*

## De la tierra

### Fracaso

Yo soy un empleado. Esto no parece gran cosa, ¿verdad? Hay que serlo durante muchos años para comprender. ¿Y saben lo que yo quería ser? Me da pena decirlo, pero puesto a decir cosas... ¡pues yo quería ser obispo, sí señor! Eso era hace bastante. Yo tenía entonces como... ¡siete años! ¿Cuántos tengo ahora? Pues, setenta y dos. Los acabo de cumplir por San Juan. ¡Y lo recuerdo tan bien, ¡cara!... Yo soy de Cumaná; ¡y por ahí debía haber comenzado yo para contar la cosa derecha!; pero ya está. Pues soy cumanés y amigo de los carupaneros.

Pues sí, yo tenía entonces siete años, padre y madre, mi hermanita Rosa y "Boliche", un perro tuerto que veía por dos, muy listo él. Todos fuimos a misa aquel día. Cuando llegamos nosotros a la iglesia, había muy poca gente. Mi mamá se alegró mucho, porque quería sentarse delante y ver enterito al obispo nuevo. Después es que comenzó a venir gente. Y a poco, la iglesia se llenó. Entonces encendieron luces, muchas luces. Y un muchachito vestido de rojo y blanco le dijo algo al oído a mi papá. Mi papá se volteó un poco y dijo también algo a mi mamá. Mi mamá se puso colorada, casi tan colorada como el vestido rojo del muchachito aquel. Entonces mi mamá me dio un tirón que me hizo levantar del asiento. Mi papá estaba ya parado, con Rosa en brazos. "Boliche", muy vivo, salió de debajo del banco y se escurrió entre la gente. Mi mamá me arrastró hasta donde estaba la gente parada. Mi papá se paró a su lado. Yo quedé a los pies de mamá. Ella estaba tan nerviosa que me estrujaba la mano, de agarrarme tan duro. Yo empecé a llorar. Mi papá me miró sin decir nada. Rosa empezó a llorar también. Entonces mi mamá me pegó un bofetón. En la iglesia, llena de gente y silenciosa, se oyó un ruido hueco, como si hubieran golpeado el parche de un tambor. Toda la gente nos miró. Yo me callé asustado. Rosa también se calló. Mi papá miró de reojo a mi madre. Creo que mi mamá también se asustó.

– No llores –me dijo bajito al oído–; ese banco es "pa las autoridades", ahí va a sentarse el "gobernado".

Después comencé a pensar en el obispo, y cómo sería él. Y todavía encendieron más luces, ¡cuántas luces, cará!... Y salió el obispo, con un sombrero chiquitico y colorado, con la ropa colorada también. Los demás iban vestidos de negro, de negro y blanco. Y todos iban tras él. Le saludaban, le besaban la ropa, le volvían a saludar. ¡Ser obispo debía ser cosa muy buena, cará! Y para ser obispo, ¿qué habría que hacer? Yo me fijé en los muchachitos; estaban vestidos igualito que él. Sólo les faltaba el sombrero chiquitico aquel. ¡Acaso serían los hijos del obispo!... ¿Por qué no sería obispo mi papá? Cuando fueran grandes, aquéllos serían obispos también. Sí, así debía ser. Había tanta luz y me cansé tanto, que se me cerraron los ojos y me dormí. Cuando me despertó mi mamá, oí que me decía:

– Mira, mira al obispo, ¡qué bello!, se va...

El obispo bajaba entonces del altar, bendiciendo a la gente, rodeado de curas y de los muchachitos vestidos como el obispo...

Desde entonces, todo lo que veía de rojo me parecía de obispo. No paré hasta que mi mamá me hizo un vestido igual. Todos se reían de mí. Sólo mi hermanita y "Boliche" me miraban con admiración. Y con ellos solía jugar. De vez en cuando llegaba hasta donde estaba mi mamá y le decía:

– Yo quiero ser obispo, mamá...

Y era verdad.

Yo soy un empleado. Esto no parece nada y es mucho. Hay que serlo por más de cincuenta años para comprender. ¿Y saben lo que yo quería ser? Me da pena decirlo; pero puesto a decir cosas... ¡pues yo quería ser médico, sí señor! Esto me duró algo más que lo del obispo, porque mi papá se murió, y yo no lo podía olvidar...

Yo dormía entonces con Rosa, mi hermana, y "Linda", una muñeca con una pierna y la nariz rotas, a quien mi hermanita quería mucho, casi tanto como a "Boliche", que se dormía echado a nuestros pies. La habitación de papá y mamá quedaba al lado de la nuestra. Siempre quedaba la puerta abierta, y siempre que quería, sin moverme de la cama los podía ver. En la cabecera de la cama había una cruz, y más arriba de la cruz, un recuerdo de mi abuelo Jesús. Mi mamá me decía que ellos tenían dos Jesús en la cabecera, y los dos muy buenos, y que así debía ser yo también. Bueno, pues, una noche nos cerraron la puerta aquella. Yo no sabía que cerrando aquella puerta iba a tener tanto miedo. Rosa también se asustó, porque hacía todo lo que hacía yo. Hasta "Linda" creo que se asustó aquel día. Entonces nos pusimos a llorar los tres. A "Linda" no se le oía, pero ella también lloraba; yo lo veía, a través del cristal caliente de mis lágrimas. No había otro remedio, y la puerta se abrió. Y entró Rosalía, mi tía, que lloraba también. "Linda", Rosa y yo nos callamos a la vez; sólo de ver llorar a tía Rosalía; de la puerta, ya no me acordaba yo. Ella nos besó y nos besó... Y nos dijo que papá estaba enfermo; que él se iba a curar, pero que rezáramos por él. Y rezamos los tres: Rosalía, Rosa y yo. "Linda" ya no; ella estaba ahora como asustada: la nariz rota, con una sola pierna sujeta con un cabo de pabilo. Y vino el médico. La gente empezó a caminar apurada de un sitio para otro. Yo oía a través del murmullo de nuestros rezos, que mamá decía: "sí, doctor; no, doctor", y estalló en sollozos. Todos dejamos de rezar. Tía Rosalía se fue. Entonces miramos a través de la puerta. Papá nos miró también, blanco, con mucha barba, y nos sonrió un poco... "¡Papá!", gritó Rosa. La puerta se volvió a cerrar. Pero quedó dentro un hombre; era el doctor. Se acercó sonriente y nos acarició; tomó en sus manos a "Linda" y también la acarició. Rosa le preguntó a ver si podía curarle la nariz y la pierna. Por la otra que le faltaba no le importaba, ella la recibió así; había gente que tenía sólo una pierna, como Sebastián, "el mocho", que vivía en la misma cuadra. El le dijo que sí, que la iba a curar. Yo le pregunté si podía curar a papá. Entonces se dio cuenta el doctor que "Boliche" estaba allí, y le acarició. A mí no me dijo nada. Cuando salió, volvió a trancar la puerta. Yo ya no lloré, ni Rosa tampoco. Rosa le estaba diciendo a "Linda" que el doctor le iba a curar. Yo pensaba en el doctor, en lo bueno que era ser doctor; curar a la

gente, saber más que nadie, y que todos estuvieran buenos por él. Y me dormí pensando en el doctor.

Al día siguiente nos llevaron al cuarto de papá y mamá. Papá estaba vestido, tendido en la cama. No nos miró, ni nos sonrió; sólo estaba así, como parado, pero echado en la cama, con el traje aquel que se vistió para ir a ver al obispo. Tía Rosalía nos dijo que lo besáramos, y lo hicimos, y le dijimos "adiós" con las manos al salir de la habitación. Cada vez que me acuerdo de mi padre muerto, me acuerdo del doctor. Yo no he vuelto a verlo más, pero me gustaba ser como él, con sus espejuelos, su chivita negra, sus ojos bondadosos...

Yo soy un simple empleado. ¿Que no es nada? Hay que serlo por toda una vida para comprender. ¿Y saben lo que quería ser? Me da pena decirlo; pero puesto a decir cosas... ¡Pues yo quería ser viejo, sí señor!...

En la misma cuadra donde vivíamos nosotros había una casita linda, llena de flores y de pájaros. Había nidos en los aleros, ¡muchos nidos! Flores en las ventanas y en el jardín, ¡muchas flores! Pues allí vivía un viejito muy bueno, muy alegre, que siempre nos llamaba al pasar a Rosa y a mí. Cuando por primera vez yo le llamé "viejito", creía que se iba a enfadar. Pero ¡qué va!; me sentó sobre sus rodillas, me dio una palmadita y me contó un cuento. Era un cuento de hadas, de príncipes y de pequeños animales. A él le gustaban mucho los perros, los gatos y los "Boliche" le quería también mucho a él. El viejito se llamaba don Jacinto, y vivía solito en la casa. Rosa y yo le preguntábamos si no solía tener miedo en las noches. El nos decía que no, que nunca solía estar solo; que él vivía con sus recuerdos, y que los tenía muy buenos. Tan buenos me parecieron entonces esos recuerdos, que quise tener algunos para no tener miedo y estar siempre contento como don Jacinto. Él me dijo que los tendría, pero más tarde, cuando yo fuera grande, cuando yo fuera viejo, como él. Ser viejo, para mí, era caminar despacio, como caminaba él; ser dulce y tierno con los animales, con las plantas, con los niños, como solía ser él; tener barba, una barbita sedosa, blanca, donde quedaban unas gotas brillantes colgando cuando bebía, donde se perdían algunas migas de pan cuando comía; tener los ojos siempre riendo, siempre alegres, guiñando uno de vez en cuando, como lo hacía él. Ser viejo era también saber muchas cosas para contarlas a los niños, tener amistad con las hadas, con los príncipes y hasta con el Niño Dios, como tenía él. Ser viejo era tener aquel escaparate grande, negro, lleno de cosas; tener un caracol de mar enorme y rosado, para pegarlo al oído de vez en cuando y escuchar cómo murmuraban y hablaban las olas del mar. Ser viejo era para mí tener echados en el jardín a "Pije" y "Marino", dos perros enormes, canela y blanco, muy parecidos, que le lamían humildemente los pies descalzos a don Jacinto; y tener muchos pájaros, en las jaulas y en los nidos, cantando todo el día, como los tenía él...

Yo no sé lo que fue de don Jacinto desde aquel día en que mamá nos dijo que no podíamos volverlo a ver. Pero siempre me ha parecido cosa buena ser viejo y tener recuerdos. Hasta ahora, que he venido a caer... Ahora que soy viejo, no los quisiera tener. Ahí debe haber un secreto que hay que encontrar cuando se es joven, para que cuando uno llega a viejo tenga recuerdos donde escoger.

Yo soy un empleado honrado. Estuve a punto de no serlo. La vida es cosa rara. Como me negó el obispado, no me dejó ser médico y me negó aquella vez de don Jacinto –¡que aquello sí es vejez!–, también me ayudó a ser honrado. Aunque a veces dudo mucho si lo soy... Pero eso sólo queda para mí. Pero estuve a punto de ser un ladrón...

Yo tenía veintiún años. Y una novia que me quería mucho. Mercedes, además, era muy bonita. Mi mamá se había muerto ya. A "Boliche" lo pisó un camión. Y Rosa se había casado fuera de Cumaná. Yo me encontraba más solo que don Jacinto, porque me seguían faltando los recuerdos que a él le hacían tan feliz. Pero me quedaba Mercedes, y yo me quería casar. Para entonces era yo un empleado honrado a carta cabal. Porque a eso tiene que resignarse el empleado, a ser honrado; para hacer negocios, para hacerse rico, ahí está el patrón. Pues yo no adelantaba un centavo, aunque trabajaba hasta reventar...

No es que Mercedes fuera mala; eso lo sabe Dios y lo sé yo; pero sí tenía sus exigencias. Ella quería tener sus corotos propios: una cama, una mesa, unas sillas y algo más, muy poco más; y yo comprendo que eso no es exagerar. Yo, apenas si pude comprarle un anillo de compromiso, porque no me alcanzaba a más, y ofrecerle un montón de cariño, porque de eso sí le podía dar. Pero que de cariño sólo no se vive, me decía, y eso también era verdad, y me hacía esperar, esperar... Un día le anuncié que en dos semanas todo estaría listo: viendo cómo trabajaba, el jefe me quería ayudar. Y tuvimos unos días de felicidad. Elegimos la cama, las sillas, la mesa y algunas ropas, y los días brincaban de gozo, cantaban de felicidad.

Pero se rompió el hilo; un negocio del patrón salió mal, y se demoró la promesa; el hilo aquel se rompió por lo más delgado, por el empleado. Pero ante el aire dichoso de Mercedes, me callé. Mil veces me hubiera callado, sólo por verla sonreír. Me quedaban ya pocos días; ni Mercedes ni yo podíamos esperar... ¡Y robé! Y verán, ¡robé mal! Porque robar bien, saliendo bien las cosas, es como no robar. Por eso es que hay tantos que no roban y viven bien. Fue un billete grande que yo vi dos o tres veces en la gaveta de mi patrón. Era un cajón que casi nunca lo trancaba, no sé por qué. Y un día lo guardé; lo escondí en el zapato y me lo llevé. Pero créanme, y esto va en mi favor, me arrepentí en cuanto lo tuve junto a mi pie. Me hacía cosquillas, me dolía. Y esperé. Me fijé en la cara del patrón, como si lo viera por primera vez. Me pareció verlo preocupado, pero no dijo nada. Entonces me animé: alabando al patrón y alabándome a mí, mentí a Mercedes. Le conté el cuento de que aquello era un regalo del patrón por mi comportamiento. Ella propuso que fuéramos a darle las gracias y a invitarlo a nuestra boda. Pasé mis apuros, pero aquello también tuvo solución. Le dije que en la casa había muchos empleados, que todos necesitaban como yo. Que el jefe me recomendó mucha discreción. Ella accedió. Yo le entregué el billete para que ella lo cambiara en casa de don Niceto, un hombre que prestaba con interés y manejaba mucha plata. Después iríamos a comprar nuestras cosas. Y cuando me fui a acostar me escocía justamente el pie, y me dolía el corazón de tanto saltar. Aquella noche no dormí; pero cavilé, pensé mucho. Temprano en la mañana fui a ver a Mercedes. Le dije que yo mismo iría a cambiar el billete. Mi novia no supo decirme nada, me lo devolvió. Cuando llegué a la casa de don Niceto, aún era muy temprano por la mañana. Le hice levantar; el viejo estaba furioso, y estuvo a punto de echarme a la calle sin cambiarme aquel billete que me escocía la mano. El lo tomó por

fin, me miró, se fijó en el papel, me miró otra vez, y se rió. "¿Ud. trabaja donde Rivero?", me dijo, "dígame que no mande papeluchos así; este billete es falso, y él lo sabe. Márchese y dígame a ese mamador que no estoy para bromas a estas horas... Ande, no se quede así, hombre, váyase, que ése es un mamadorcito así"... Yo me turbé más, no me moví. El, un veterano en cosas feas, ruin y malo hasta decir basta, cambió de tono y me hizo sentar. Entonces me preguntó, y yo le dije que sí. Me prometió no decir nada; delante de aquel hombre yo lloré, y a aquel hombre, manchado con mil fechorías, le besé la mano. Y salí. Llegué al trabajo antes de hora, dejé el billete donde estaba, y sin decir nada a nadie, me fui. Me vine aquí, a Caracas. Yo no vi más a Mercedes, ni le escribí. Todo sucedió así, como lo cuento. Yo soy un empleado honrado por casualidad...

Llevaba unos días así, pensando en estas cosas. ¿Así eran los recuerdos? No, no podía ser. ¿Y si yo me volviera niño otra vez?... Sí, yo quería ser niño, arrepentido de querer ser viejo. Antes cuando era niño, soñaba con la vejez. Y yo soñaba, y soñando yo era feliz. Ahora que soy viejo; sí, ahora que tengo ese bojote de años encima, ¿quién me impide ser niño otra vez?... Y ahora que sé todas esas cosas, mejor... Y otra vez fui a ver al obispo. Acaso fuera el mismo, porque también estaba muy viejito. Fue aquí, en la Catedral. Cuando llegué ya era un poco tarde. Las luces estaban ya encendidas; también muchas luces, ¡cara!... Pero distintas. Apenas si había velas; todo era de electricidad. Se me encogió un poco el corazón ante tanta gente, y quedé atrás. Pero la gente que me veía me iba abriendo paso, y yo avanzaba... "Malo, malo", me decía, "esto no es igual". Y sin darme cuenta me encontré frente al altar. Y volví a pensar en mamá, en papá, en Rosa, en "Boliche"; pero ninguno estaba allí. Allí estaba el gobernador, yo lo vi. El estaba sentado en una butaca; yo quedé parado, muy cerca de él. Entonces se levantó de su silla un señor, me la ofreció, y yo me senté. "Malo, malo", me decía, "esto no es igual". Muy cerca de mí, en primera fila, había una señora con un niño dormido en sus brazos. Después, cuando empezaron a cantar duro, se despertó. Yo le sonreí, él me miró; estaba sudando, cansado de estar allí. "Estos muchachitos de ahora", pensé, "no son como los de antes; no se dan cuenta de nada, no ven nada, están asustados de comenzar a vivir". Y entonces volví a pensar en papá, mamá, Rosa y "Boliche". Ninguno estaba allí; pero yo los tenía limpiamente ahí, en la cabeza, y me dio por soñar... Los ojos se me fueron llenando de luz, de luz, y apareció "Boliche", después Rosa; mi hermanita brincó sobre él; "Boliche" saltaba meneando la cola como cuando estaba contento; Rosa se reía, levantaba el brazo y me llamaba. Por fin se marchó y apareció papá. Él estaba un poco serio, pero me acarició y me recomendó que fuera bueno; después me besó y se fue. Tenía la misma cara pálida y barbuda que la última vez que le vi en la cama vestido con las ropas con que fue a ver al obispo nuevo. Después no venía nadie más; entonces yo llamé a mamá. Y ella apareció sonriente, buena, me tomó en brazos y me besó. Entonces yo le dije que quería ser obispo. Su cara cambió; se puso seria primero; después se enfadó y me pegó un bofetón, que sonó igualito al golpe de un tambor... Entonces desperté. Se habían apagado las luces, yo estaba solo en la Catedral. Un muchachito vestido de obispo chiquito estaba en el altar haciendo fuerzas por levantar un candelabro que se cayó... Yo me levanté de mi asiento y me acerqué; quise ayudarlo;

pero no pude hacer nada, aquello pesaba demasiado. "Esto pesa demasiado, abuelito", me dijo. Yo me ofendí. No le dije nada al obispito, pero se me encendió hasta la nariz; y, avergonzado de no sé qué, salí...

Al día siguiente, a trabajar. Ser empleado es cosa triste. Es algo así como ser un mueble. Lo acomodan donde quieren para uso de los demás. "Fulano, déjeme esto allá; hágame esto; venga para acá"... Y cuando uno envejece es como un mueble viejo: se queda uno en un rincón. "Tráigame esto, viejito"... "¿Se le olvidó?... ¡Es que se está haciendo viejo, cara!"... Y muévase para acá, y váyase para allá; y eso se lo ordena cualquier mocoso. Y para no llegar ni donde un mueble viejo, ni lo retiran, ¡cará!... Si lo hacen, se queda uno sin su arepa. ¡Y cuando pienso que yo quería ser obispo! ¡Dígame eso! Pero yo nunca lo dije, ni lo diré tampoco, ¡cara!... ¡Cómo se reirían los muchachos! Pero eso del obispo ya pasó; debe ser cosa buena, pero ya pasó; es como si ahora, de golpe, quisiera ser mujer...

Ahora me bastaría ser como don Jacinto. Aquel viejo sí era un viejo simpático, ¡cará! Todos los viejos debieran ser iguales. Y ¿por qué no lo son? Para eso no hace falta plata, ni ser sabio, ni nada... Pero tengo miedo de que viejo tampoco puedo ser. Cuando el obispito me llamó "viejito" yo debí contarle un cuento de hadas, de príncipes y de animales. Pero me avergoncé y salí. Es que yo no sé nada, no tengo recuerdos... Sí, tengo algunos más, pero no son buenos, no son buenos, ¡qué va!...

## De la tierra

### El hombre se calló y dijo...

El hombre se paró.

Al borde del camino, quieto, resignado, parecía una planta fija en la tierra. O un pelele. Se quitó despacio su sombrero de alas caídas.

– ¿Cojo pa'las Minas de Pao o pa'Sabaneta del Medio? –se preguntó.

Estaba de cara a los dos caminos. A sus pies yacía un saco agujereado y flaco, como desmoronado, pegado al polvo de la carretera. Así era también su ropa, o su desnudez. Los ojos grandes de alucinado abarcaron como una síntesis digerida todo el significado de esta trilogía simbólica del saco, el camino y sus plantas miserables de hombre pegado a su polvo. Después se volteó y se puso a escuchar un lejano ruido de motor.

El vehículo se iba acercando como a saltos: "¡toc-toc-toc!".

El hombre tendría unos treinta años. Su humanidad toda estaba escondida en el hueco de su mirada triste, difusa, como si hubiese perdido su objeto. Ahora la descubría sin recelo ante los vegetales y el camino desierto, fija en la arboleda del recodo por donde iba a aparecer de un instante a otro la máquina; pero de ordinario la escondía bajo las alas caídas de su sombrero negro, de un fieltro todo raído y pringoso que ajustaba en la cabeza hasta llegarle a la punta de la nariz.

– Debe ser un camión –se dijo.

El ruido de motor se venía encima y absorbía todo, paisaje, sombra, cielo, hasta formar un bosque denso de "¡toc-toc-toc-toc-toc!"..., en el que el hombre parado a la vera del camino se aturdió.

No hizo ningún gesto. Ni el camión se detuvo tampoco; dejó dos huellas y una nube de polvo que oscureció el cielo. El hombre quedó envuelto en tierra, sin parpadear siquiera. Después se volteó hacia el camión, escupió a un lado y se mantuvo quieto, armado de saco y palo, con un cómico aire marcial.

– ¿Pa'dónde cogerá el camión? –se preguntó.

Cogió por la derecha, hacia Sabaneta del Medio. La nube de polvo fue haciéndose pequeña, pequeña, y quedó absorbida por el arrebol del llano.

¡Toc-toc-toc-toc!"..., decía el motor débilmente, despidiéndose.

– Pues yo –contestó el hombre– cogeré pa'las Minas de Pao...

Era un paso cansino, desgarbado, éste del caminante, su saco a la espalda, levantando con sus plantas de pie-raíz minúsculas polvaredas sobre la piel reseca y arrugada del camino. Su palo marcaba pasos cortos de procesión, y así de solemne era la mirada del hombre, baja, apagada, perdida entre la maraña de pelos y la pringosa visera de su sombrero.

La sombra del hombre al morir el día era ya larga, inhumana. Él la veía jugar en los huecos, en las hierbas espolvoreadas del borde del camino, en las piedras, a cada vaivén del torpe caminar de su cuerpo.

Él sabía que el caserío estaba allí, al fondo, detrás de unos copeyes. La tierra despedía como un vaho tenue, y se veía un blanco-rojizo enorme estallando contra el azul ya oscurecido del cielo. El camino era como una raya larga, derecha, de polvo ardiendo. Los moriches a los lados del camino parecían fogatas en una tierra sin fin. Y los pies seguían levantando pequeñas ampollas de polvo al camino aún caliente, como horno recién apagado. De bruces, delante, la larga sombra del hombre. Apenas se oía más que un silencio ancho, aplastado, mezclado a un como quebrar silencioso de hierbas y hojas secas, y un despertar perezoso de "croak-croak" de ranas que dormían su siesta de calor a la orilla de los ya agostados charquitos del último aguacero.

– Si yo fuese Dios, haría un charquito a cada rana –se dijo.

El saco se balanceaba al compás de su paso tranco, abrazando la espalda sudorosa del hombre. Un pantalón viejo, dos alpargatas casi nuevas, una arepa y un mendrugo de pan seco habían encontrado ya su asiento hasta la próxima parada. Dos moscas brillantes de sol hundían golosamente sus trompas en la porquería del saco. Viajaban sobre la espalda del hombre, indiferentes a su destino.

Y se apagó el incendio. Como si alguien hubiese apagado la luz del mundo. El hombre se restregó los ojos y se volteó a tiempo de ver que el sol se escondía tras unos morichales en el horizonte. Las moscas alzaron vuelo, quién sabe para dónde. El hombre se sintió más solo que nunca en el camino.

– Ahí está el caserío –se dijo con esperanza.

Y estaba allí, en la ladera derecha de un cerro que bordeaba el camino. Era raro, pero la luz no le había dejado ver lo que veía ahora bien claro, entre sombras frías. Y el paso se hizo trote, un trote corto de hombre contento.

"¡Au, au, au, au!"...

El hombre se detuvo. Sintió un calofrío que le atravesó la columna. Fue un pinchazo largo, como un hilo. La mirada de esperanza se quebró en un gesto hostil.

– Yo podría encender un fuego aquí mismo para pasar la noche –se dijo cabizbajo, mientras reanudaba su paso de procesión.

Habían nacido en nada unos débiles puntos de luz en el caserío. Había un bombillo alumbrando el borde mismo del camino, frente a la única casa pegada al pie de la ladera. Se calló el perro. Y el croar de ranas creció, hasta llenarlo todo.

– No –se dijo el hombre hablando para alguien que era él mismo-, tengo hambre y apenas me queda una arepa y un trozo de pan seco. Acaso consiga en el caserío un pedazo de queso y una sopa...

Y miró francamente, valientemente, a la casa del camino. –"De aquí al caserío habrá como un cuarto de legua" –se dijo-. "¿Cuántos pasos será una legua?"... –Y siguió cavilando en lo bueno que sería ahora una sopita caliente y un rincón donde pasar la noche... –"Uno, dos, tres, cuatro... ¡diez! Uno, dos, tres, cuatro, cinco... ¡diez! Uno, dos, tres... ¡diez!... ¡Quién supiera contar hasta mil!"

Y salió la luna. Blanca, brillante. Lo transformó todo. Pintó las sombras de blanco, y el caserío dio un salto adelante, como si alguien hubiese acertado el camino.

El caserío quedaba a la derecha. Había una primera casa en el borde mismo, sola, y unas cuantas reunidas en torno a una iglesia un poco más arriba. Ahora sólo se divisaban unas motitas de luz escalonadas sobre los techos rojos de tejas y unas sombras sobre pequeños pedazos de pared blancos de cal y luna. Y la cruz del campanario, contra el techo enlunado, blanco, del cielo.

El camino se perdía en la obscuridad. Sólo el bombillo prendido bajo el alero de la casa del camino alumbraba un círculo, como la pista de un circo. Frente a la puerta brillaban unas gotas y el pocito de una alcantarilla de aguas negras. Del pedazo alumbrado de camino salía un sendero de piedras que se adivinaba derecho a la iglesia.

El hombre lo observaba todo a distancia, sin detenerse, marchando con paso precavido, corto. El perro volvió a comenzar a ladrar, y al llegar a la altura de la casa había puesto allí dentro, en su cabezota, el estímulo de un rancho abandonado donde descansar. El corazón le daba brincos. Sin mirar, llenos los oídos de ladridos, adivinó el movimiento quedo de una contraventana.

"¡¡Au, au, auuuu!!... ¡Au, auuuuu!"...

El hombre apresuró instintivamente su paso. Iba acosado por los ladridos que rebotaban en todas partes y llegaban rotos, tropezando, fantásticos, a sus orejas, que se le antojaban grandes mamparas colocadas allí para recoger todo el ruido y meterlo en sus oídos doloridos como por un embudo caliente.

Y asomó a la puerta una mujer. Era pequeña, gruesa, con un delantal rojo sobre su enorme barriga de preñada. Debajo mismo de la luz del alero, parecía una enorme bola roja sostenida por dos palitos delgados, con unas greñas incendiadas encima. El hombre vio cómo a la bola roja le salían dos brazos cortos y se le escapaba un grito.

El alarido cortó el bosque de ladridos como una guadaña, y se hizo un pozo de silencio oscuro. Al hombre se le abrió un enorme hueco dentro. Vio a la mujer agarrarse a algo en la puerta. Iba a caer sobre la boca de la alcantarilla de aguas sucias. Dejó caer el saco en la mitad del circo de luz, y corrió a socorrerla.

– ¡¡Un ladrón, un ladrón!!...

El grito salió de la boca de la mujer. El hombre se asustó frente a sus ojos abiertos, sus dientes apretados, sus senos enormes colgando sobre la bola roja del vientre. Miró en derredor suyo y no vio a nadie más. Sólo el perro volvía a aullar como un lobo, un solo y largo ladrido terrible.

– ¿Qué pasa, Rosario?...

El perro se calló. La voz del otro hombre se le vino encima como un alud que llegaba rodando desde arriba, desde el caserío, como piedras enormes, más grandes que casas.

La mujer, como si sólo hubiese esperado que le llamasen, se desmoronó a sus pies. Entonces el hombre del camino corrió. No mucho, pero corrió. Flojo, como hecho de aire, con el corazón brincándole entre cuatro paredes, haciendo:

"¡Cloan-clan, cloan-clan!"...

– ¡Un ladrón, un ladrón!!...

Una voz, dos voces... bajando del sendero que conducía a la iglesia... "¡El ladrón soy yo!"...

– ¡Un ladrón, un ladrón!... –Cuatro voces, cinco machetes, seis machetes, siete machetes...

Corría, corría, flojo, como aire. "Aquí está el saco"... "y el palo"... Corría, corría... "Aquí mismo están, aquí cerquita"... "Ocho machetes, nueve machetes, diez machetes"... Y otra vez: "un machete, dos machetes"... Y todos, uno a uno, se le iban clavando en el corazón de aire que hacía:

"¡Cloan-clan, cloan-clan!"...

Y lo cercaron. El hombre estaba rodeado de hombres, en el centro del circo. Rodeado de hombres y muchachos armados de machetes y palos. Parecían gigantes a contraluz. Entonces el hombre perdió el control de lo elemental y sintió que le corría la orina caliente por las piernas, hasta los pies. Las manos se le volvieron raíz, y sintió las sombras de aquella gente en cada poro de su piel de tierra. Se le puso un hielito fino, quemante, en la garganta, y sintió los ojos secos, retortijados, como chicharrón. No oía nada más que el respirar sediento de hombres que corrían a saciar su sed de venganza, de un batallón, de una tropa enorme que le perseguía a él... Se fue haciendo instintivamente para atrás, lentamente, pasito corto, cortitico, sin ruido... Ahora sentía las piernas húmedas, frías, heladas... Y el silencio iba creciendo, creciendo, y le zumbaba en el oído igual que una detonación laaaarrga que se hubiese producido dentro de él. Ya se había callado el perro... ¿qué perro?... ¡Pero si había tres faroles alumbrando el bosque de piernas que le rodeaba!... La luz blanca del bosque subía después arriba y dibujaba facciones largas, sombras negras gigantes, y encendía ojos, ojos; veinte, treinta, cuarenta ojos. Y las piernas se acercaban, poco a poquito. Y él para atrás; despacito, pasito corto, cortitico... sintiendo en cada puntico de su cuerpo el odio que respiraba la gente que le rodeaba.

Y el perro!... ¿qué perro?... ¡cloon-clan... cloan-clan... cloon-clan!... Los ojos como chicharrón, las manos como raíces... ¡Un ladrón, un ladrón!... ¡Au, au, auu!... ¡Qué silencio, que silencio!...

– ¿Qué pasa, Rosario?...

El hombre tropezó con algo detrás, y dio un grito terrible, animal. Acosado, roto, se lanzó contra el grupo como un ariete. Sintió un dolor fuerte en la sien, otro en la espalda, que hizo un ruido como si hubiese caído un plato lleno de moneditas de plata en una iglesia, un eco metálico y largo, con rueda que rueda de monedas en todas direcciones. Lo sintió distintamente, como el cercado siente la llamada de la policía en la puerta de tambor de un cuarto sin salida. Se dio cuenta que estaba pegado al camino, porque le entró un puñado de su polvo en la boca. Lo escupió. Después fue una lluvia de golpes y un griterío enorme, que fue apagándose poco a poco, como si la cosa no fuese con él y viniese de lejos, de algún otro lugar de la tierra, o el infierno...

Cuando despertó, parecía de día y hacía calor. Le dolía todo el cuerpo, como si fuese una llaga enorme. Sentía las pulsaciones como si le estuvieran templando un arpa en la cabeza. Trató de recordar. No sabía si estaba guindado de un árbol, enterrado o parado de cabeza. Por un momento tuvo la sensación de que le arrastraban por un camino largo, de muchos baches y muchas piedras. Poco a poco se fue concretando la luz a unos

puntos. Vio dos faroles a la altura de sus ojos "¿Dónde se habrá ido el otro farol?". Detrás, un grupo de piernas de mujer, piernas de hombre, piernas de muchacho. Y un poco más arriba un rumor:

"Ya se levanta, se va a parar"... "¡Ándele!"... "¡Éste es, éste es!"...

Mirados desde abajo, desde el polvo del camino, se le antojaban gigantes, como dioses, silueteados por la luz blanca contra el fondo oscuro del cielo, que parecía negro visto desde aquel fondo de pozo alumbrado donde se encontraba él.

– ¡Éste es, éste es!...

Era un muchacho apenas, casi un niño. Lo reconoció por su voz de grito verde, lleno de miedo y de odio. Aunque parecía un gigante, como los demás. El muchachito le dio entonces un golpe con la punta de su pie, que no le dolió, y lo escupió con sus ojos brillantes de rencor y de miedo, que sí le hicieron daño.

¿Cuánto tiempo haría que estaba allí? Lo mismo podía ser un minuto, que diez, como podían ser cien, mil años... ¿Qué ocurriría a un hombre que despertase después de cien años de sueño, o de mil? Acaso diría que había dormido mal porque le cayó pesado un sancocho o un queso fresco que se comió la víspera... ¿Qué víspera?... Acaso despertamos después de muertos. En otro mundo, o en éste, dentro de miles y miles de años. Y diremos que ayer... O no nos acordaremos... Y otra vez...

– ¡Llévenlo pa'la cueva!...

"Pa'la cueva"... El hombre se preguntó por qué le irían a meter en una cueva... Allí estaban el jefe civil, el juez, el cura... Los oía mentar en la conversación...

– ¡Llévenlo pa'la cueva, ¡ya!, mañana veremos!

El hombre del camino buscaba la razón de su culpa mirándose a sí mismo desde sus ojos inyectados de sangre. Tendido sobre el camino, miró a su pobre ropa, llena de polvo, las manos sucias de tierra... Y con ellas, palpando, buscó su saco. Alguien se lo lanzó a la cara de un puntapié. El palo ya no estaba allí...

– ¡¡Vamos, ándele!!...

Le hicieron pararse a puntapiés. Le pusieron el saco agujereado encima. Y volvió a buscar su palo otra vez... Era como un pedazo de su cuerpo...

– ¡No necesitas ningún palo, carajo!... –le gritó uno detrás, y lo empujó.

La pequeña procesión alumbrada con dos faroles pasó junto al desagüe de aguas sucias y tomó el sendero que conducía a la iglesia. El hombre cayó tres veces.

Se sintió caer sobre piedra, en un lugar estrecho, donde no podía alargar las piernas. El cajón de piedra era frío y negro. El hombre palpó en la oscuridad la piel babosa de su encierro.

– Esta debe ser "la cueva" –se dijo.

Sólo se oía su respirar corto rebotando cerca, como si fuese de otro. Y su corazón, que ya estaba más tranquilo, hacía de nuevo: "tac-toc, tac-toc, tac-toc"... Tenía el cuerpo tan roto que no lo sentía. Sólo percibía un dolor vivo en un hueco del alma, que seguía despierta.

Una rata se acercó hasta él. La sintió moviéndose inquieta debajo de su brazo. Buscó la entrada del saco, pasó por debajo del codo del hombre, despacito, sin prisa, y

mordió golosamente en la arepa. El hombre le dejó hacer. Y con la rata royendo dentro del saco que tenía de cabecera, se durmió.

– ¡Andéle, hombre, pa'fuera, échele pa'fuera...!

La enorme mole que llenaba el quicio de la puerta de hierro le dio un puntapié en la rodilla, que tenía doblada, rígida, como una bisagra enmohecida. El hombre se quiso parar, pero no pudo. El corazón le hacía otra vez: "cloon-clan, cloon-clan"...

Era un hombre gordo, redondo, como un cochino; con unos ojos de candil saltones y rojos, los carrillos hinchados como dos globos de a medio, la boca vacía y negra, la barriga enorme enmorcillada en dos por el cinto de mecate aguantando unos pantalones de media pierna a medio reventar.

– ¿Qué? –se atrevió el hombre.

– ¡Que se me vaya empujando pa'fuera!... ¡Soy la actoridá!... ¡Que este calabozo no es el cuarto de un hoter!...

– ¿Y pa'dónde me sacan?...

– Eso no es cosa mía... Osté se va p'al cipote, pa'donde le da la gana...

– ¿Me sueltan, me puedo ir?...

– ¡Sí, hombre, sálgase pa'la calle, o le doy un bergazo!...

– ¿Y por qué me pusieron preso?...

– En el pueblo creían que osté se había robao las gallinas de doña Leonor... pero le agarramos anoche. Era el mocho de la Encarnación, un bicho feo que lo van a empujar pa'Ciudad Bolívar... ¡¡Ándele, aproveche –le pegó una coz– o lo encierro otra vez!!...

Y el hombre del camino se calló. Y se fue sin atreverse a mirar atrás.

## De la tierra

### El agua corre río abajo

Son las dos de la tarde. Las campanadas han llegado desde la torre de la iglesia con ese humilde aire de esquila de algunos bronces viejos. La luz de un sol blanco, casi a plomo, ha diluido los colores y ha tumbado a los vecinos en sus moriches. Hasta la plaga debe estar sesteando. A la orilla del río, que viene recién crecido, con un sordo rumor de carga, se oye de vez en cuando un lamento de muerto. Es como un grito de cosa tensa, de jarcia a punto de reventar un cordel, que sale de entre unos bambúes que han crecido como lentos estallidos de caña grande en la orilla.

Ningún esfuerzo del agua por contenerse, ni gana del bambú por callar su queja, ni la menor intención de la campana de la iglesia de sacudir la modorra de los vecinos. En el pequeño recodo del río, las aguas descansan el vértigo de su carrera para recomenzar el interminable coito con las lujuriosas redondeces de las piedras, apurando su oportunidad de invierno. Y ahí, cansadas de la última colada, insensibles a la fruición del agua que huye, cuatro grandes piedras de lavar, ahogadas en aguas de un gris sucio y quieto de lavadero.

Paralelo al río, un camino de tierra seco como un sarmiento. Y sobre el camino de tierra, un hombre flaco, un par de ojos legañosos mirando correr al río que bebió en la cabecera.

De pronto suenan unos golpes mojados que restallan en el ambiente como si alguien con un látigo tratase de desperezar la tarde. Entonces el hombre, a los estallidos como de cohete, deja su bulto de tela roída, cruza el camino y se mete entre el bambú, con el aire furtivo de robar una gallina.

Avanza con sigilo, arrastrándose. El sol y las briznas de sombra quieta del bambú dibujan sobre sus ropas de liencillo sucio y sobre sus carnes una escamosa piel de culebra.

Hay una mujer lavando ropa en el río. Es en una piedra que está sola, metida en un rincón del recodo. Al hombre le queda la mujer de espaldas. Está agachada sobre la piedra de lavar, con sus pies descalzos pisando cantos rodados viejos de cientos de años. Aquel cuerpo así, visto por detrás, puede ser el de una niña o el de una anciana.

El hombre ha amarrado sus cuarenta años de arrugas entre sus manos y se queda observando a la mujer. Ella apenas se mueve para tomar otra prenda, mojarla, ponerle el jabón y amasarla, como si ésta hubiese sido siempre la harina de su pan.

El agua corre con el mismo rumor sordo y tenso de estos días de crecida. La noche antes, el hombre que está boca abajo entre los bambúes le hizo algunas confidencias desde un ojo de puente dos caseríos más arriba. Acaso es la misma agua que viene ahora a descansar cerca de la muchacha y le cuenta cosas que le escuchó decir a él.

Al hombre le va naciendo dentro, sin motivo, una traviesa esperanza de macho. Y entonces mismo su mano busca una piedrita entre el colchón de hojas amarillas del bambú y la deja caer a los pies de la mujer.

"¡Plu!"...

La mujer voltea.

Y con la mano hace un ademán de estirarse la falda.

Después regresa a su artesa de trapos y jabón. Acaso ella estaba esperando que alguien le lanzase una piedrita así alguna vez, porque no le ha salido ningún susto en la cara. Pero la mujer ya no lava como antes de caerle la piedra a sus pies. Ahora se le resbala el jabón azul y blanco. Y mira a hurtadillas por donde asomó la cabeza.

El hombre ha descubierto desde su escondite que la cara de la muchacha es tan bonita como sus pies y sus hombros y el color negro y estirado de sus cabellos lisos. Y que tiene también los ojos muy grandes y dulces.

Los vio cuando ella volteó para recoger una ropa, le miró y respondió a su sonrisa. La mujer parecía un poco cohibida, pero contenta de sentirse así, como buscando un riesgo. También tuvo la impresión de que se había sonrojado. Pero no lo pudo apreciar bien. Fue una de esas sensaciones que uno trata de recordar después para volverla a vivir y no se deja atrapar.

El hombre abandona su cueva de caña grande y se desliza hasta el río sin cuidarse de las piedritas que ruedan sonando como un pequeño redoble de tambor mojado en aquel silencio de río crecido.

De pronto le nace de nuevo la paciencia del robador de gallinas, y toma el aire forzado de andar pescando. Y se va acercando a la mujer haciendo un largo rodeo, chapoteando sus pies descalzos en el agua de la orilla y ahogando las piedras que asoman la cabeza sobre el agua, por si hay escondido algún pez.

Ella le ha sentido venir desde el principio. Hasta con su cara de susto parece contenta. Y le dice con una voz rota de catarro mal curado que se llama Eustasia. Él casi no le deja terminar. La agarra de la mano y la hala hacia sí. Con su brusquedad, han ido a quedar sentados en el agua. Entonces él la sujeta los brazos como a un ternero recién tumbado y la besa en los labios.

Primero ella manotea un rato, como hacen los animales cuando los están desbravando. Y hasta le dice con los labios prietos que va a gritar. Pero no grita, ni le hace daño con las uñas. Entonces él la besa otra vez y le muerde el labio. Al rato de tenerla a la fuerza, la mujer cede y se cobija en el pecho del hombre.

"¡Oh!"...

El agua ha perdido por un momento su quietud de recodo y se lleva una prenda. Eustasia comienza a llorar. El se mete en el río hasta el pecho y se la trae como una paloma muerta chorreando agua. Eustasia le sonrío, como se debe sonreír a alguien que ha ganado una batalla en alguna guerra importante.

Entonces es cuando el hombre se siente dueño de algo, porque le pasa el brazo por la cintura y la lleva, un poco a la fuerza, pero sin ruido, entre los bambúes. Ella se resiste lo bastante como para que el esfuerzo resulte con premio. Y el hombre coge las piernas de Eustasia para él como si fuesen parte de algún premio de merecimiento elemental.

Cuando el abrazo se hace de nuevo dos, y los dos se miran en los ojos, y todo aquello comienza a parecer absurdo, ella se pone colorada y le dice que es la primera vez.

El hombre mira ya sin malicia.

Entonces es cuando descubre el reviro de un ojo donde navega una nube blanca. Y comienza a explicarse también la dificultad que tuvo para sujetarla al descubrir la joroba de la mujer. Es cuando ella voltea un poco y le sonríe apenada. Una pena sin dientes; porque lo que le quedan son dos colmillos. Es cuando el hombre siente los pechos de la mujer flojos, como esos ovillos de lana cuando sueltan el cabo y se desmadejan.

Cuando ella descubre sus senos desnudos le da por llorar, y dice entre sollozos que qu e va a ser de su hijo, si nace. El junta sus piernas y se siente por un instante poseído de un extraño sentimiento de poder, como un dios con el destino de alguien. Pero le baja el  ngel a sus pies desnudos y dice a la mujer que es preferible que en adelante los dos caminen separados. Que por qu e unir dos quiebras para fundar un negocio.

Y ella se baja entonces la falda, y se le escapa a él hasta el río.  l la deja hacer. Es cuando el hombre descubre también que la mujer cojea un poco. Algo así como si la pierna derecha se hubiese alargado a fuerza de estirones, porque parece más delgada.

La mujer alcanza la piedra del río y vuelve a mirarse en el agua y a amasar la ropa que ha sido siempre la harina de su pan.

El hombre recoge su atadito de tela y coge su camino de tierra con el aire furtivo de haber robado una gallina.

Y entonces mismo, cuando la mujer moja la ropa en el río, que va un poco crecido y estirado de las pocas lluvias caídas en la cabecera, llegan desde la iglesia, despacio, tres campanadas: tan... tan... tan... con ese aire humilde de esquila de algunos bronceos viejos.

## De la tierra

### El Cacho

*A Unai Ona, nuestro hijo*

Cualquiera que vea a Ñelo así, en cuclillas, abrazado a sus piernas, mirando al mar desde detrás del único bote que queda en la playa, creará que está haciendo otra cosa. Pero Ñelo, viejo y todo, tiene sus pantalones de un tono ajado bien amarrados. Viste, además, un saco limpio color de mar abotonado en el cuello y un sombrero de cogollo y unas alpargatas negras. Agachado como está ahora, mide más de un metro. Parado, casi dos.

Es un hombre flaco, con brazos que mueve como aspas de molino al caminar. Y tiene dos ojos chiquiticos y risueños escondidos entre párpados hinchados de albúmina, y una boca sin dientes, y un mentón salido y redondo como una proa ya gastada. Todo lo que puede gastarse una proa de pescador en casi setenta años de brega y brega con guaral, mandinga, remos, bote, hijos, mujer, nietos, mar y hasta motor, un "motorcito cinco" que le ayudaron a comprar hará tres años por la Santa Cruz. La brega se le nota en un incipiente ladeo de cintura y en el color, un colorcito de arena mojada que le cambia a verdoso de alga cuando sopla el fresco del poniente al atardecer. Pero una brega que no ha hecho mella en su vieja sonrisa de abuelo, en su disposición de echar una mano al compañero, en su alegría casi infantil de contar un cacho durante las tertulias largas de días enteros en el varadero de botes de pueblo-abajo, con los compañeros de siempre.

El sol ya sube por Punta Moreno. Hay una docena de botes a media milla pescando sardina. Hay tres lanchas más frente al farallón. Las demás salieron de Pampatar un poco después de la media noche, y estarán por El Cárpano o La Rama de Ño Hilario o La Barenga, donde ya pinta el carite. Estos son fondos pesqueros para ir con motor. A remo es lejos.

Ñelo tiene los ojos amarrados a los botes que quedan más cerca. La sardina viene retinta. Cuando el alcatraz se zumba en el negrízal es que es sardina. Donde bate el mar es para coger balajú, un pescado largo que anda por la orilla, y desde cien metros se puede pescar sardina, hasta a veces varias millas mar adentro. Ñelo piensa que la sardina es buena carnada para pargo, para carite, para toda clase de pescado. Conoce por un viraje del bote, por una posición del hombre, cuándo entra la sardina en la red. Y se le alarga la hendidura de su boca vacía y le brillan los ojitos desde dentro y se le echa la proa de su barbilla adelante, y entonces levanta de un manotazo su sombrero y dice:

"¡Ah, cará!... consiguió el pescaíto... –y se abraza a sí mismo, con sus aspas, batiendo el almacén de su huesero–. ¡Ese Hilario es bien habilidoso, cará!"...

Y se para. Parece talmente un remo vestido. Al remo le sale un aspa, lo dobla y lleva su mano grandota, como una pala, a la cintura. Así, con la mano protegiendo su riñón, es como Ñelo suele decir:

"Y el pescaíto nadando y yo detrás"... Y alguien le salta para embromarlo, nada más que para jurungarlo, porque él no se pone bravo nunca: "¿Cómo va a nadar, abuelo, si tiene ese riñón echao a perder?"... Y entonces Ñelo no hace caso, pero quita la mano de su cintura y sigue contando con el sonsonete que pone su emoción en el ritmo: "...y entonces se zumbó contra el bote y..."

El aspa izquierda del remo se desliza insensiblemente sobre la popa de "Elisa", un botecito de media tonelada, azul lavado y blanco. Está solo, proa a la mar, calzado con tacos de madera, como bote ocioso de temporadista. La mano grande de Ñelo acaricia su embarcación sin mirarla. Donde tiene los ojos puestos es en los botes que andan a la sardina. Ahora es Bacho quien lanza la red desde su "Margariteña", y "¡cará, estuvo bueno!"... y la mano grandota de Ñelo sigue acariciando a "Elisa", el único bote de pueblo-abajo que no salió esta mañana a la mar.

Ya el sol tiene un palmo sobre Punta Moreno, que perdió su sombra echada en el mar, y la playa, hasta Punta Bergantín, es como un arco grande, templado, cargado en El Fuerte. La costa se ha incendiado con sus amarillos y ocres de arena, sus grises de roca, sus rojos descoloridos de teja, sus verdes de abrojo, sus mates resecos en las enramadas de palma de coco, sus blancos sucios de sal mal cuajada en las arenas bajas de La Caranta. Y el aún reciente azul oscuro del mar se cambia a verde transparente cerca de donde baten las blancas cenefas de la orilla, verde con azules y morados y azulillos, con escamas amarillas y blancas, donde se mecen los botes. Y comienzan a llegar de levante flechas y arcos y otras formaciones de cotúas que llegan todos los días, Ñelo dice que desde la Laguna de Valencia, a buscar comida en la Laguna de Gasparico. Y se enciende también de sol el blanco comido y el azul lavado de "Elisa", y se incendia el sombrero de Ñelo, en quien prenden sus tímidos pelitos blancos de barbita ya espaciada y sus ojitos de hombre alumbrando una ancha alegría de muchacho. Entonces se agacha otra vez para caber dentro de la sombra que ha nacido en la mañana recostadita contra el bote, y de nuevo pone los ojitos en las embarcaciones que pescan sardina a media milla, abrazado a sus largas piernas dobladas sobre sí mismas, como una ballesta que hace tiempo perdió la fuerza de disparar.

Ñelo siente el peso de la tibia sombra de "Elisa" sobre su cara, sobre su espalda, sobre su riñón, sobre sus piernas, como un manto azul y blanco que huele a salitre y a brisa.

Él vio nacer su lanchita desde el mismo momento en que tendieron sobre la arena, bajo la enramadita de palma de coco de Luis Tillerero, la quilla del bote, que es como la base de la embarcación. Era un buen palo de yaque, que todavía se cortaba en la isla, lo que en tierra firme llaman cují. Después le pusieron sus cuadernas maestras y el yugo, que es el espejo de popa, y le plantaron su roa, que es como la nariz de uno. Cuando le pusieron el muerto bajo la quilla, en popa, como el viejo Tillerero ponía siempre a las embarcaciones de pescar y a las piraguas de calar, sabía cómo iba a resultar el bote de marinero y de rápido. Al viejo Tillerero le decían: "queremos una embarcación para una tonelada" y prácticamente trabajaba eso, sin saber nada de teoría. Y salían las lanchas como no hay otras en la isla ni en costa firme. Era cuando Luis Tillerero fabricaba embarcaciones para Coche y para Boca del Río y La Guardia y Juangriego y Chacopata y hasta para Cumaná. Y cuando Ñelo midió a ojo la eslora y la manga y lo hondo que

tenía la embarcación, la vio talmente como era "Elisa" ahorita. Después comenzaron a vestirla con barengas, y de entre las barengas le fueron metiendo las demás cuadernas, cortadas con hazuela, algunas en madera de palosano o vera, otras en yaque, y después cortaron las tablas, con medidas tomadas por medio de fasquías para darle la curvatura, y más luego las pegaron a las cuadernas por prensa. Después, como al mes de poner la quilla, vino la tapa, y "Elisa" quedó completa, con curvas y todo. Entonces la carenaron con los hierros y la estopa preparada con aceite, después le pusieron la masilla, le dieron su baño de aceite de linaza y la pintaron. Cuando le dieron la segunda mano y le pusieron "Elisa-Pampatar", resultó la embarcación más linda salida desde siempre de la enramada de Luis Tilleró.

Ya desde entonces Ñelo supo que duraría más que él. Porque a un bote, cuando se hace viejo, se le cambia una tabla o se le pone una cuaderna nueva o se le pinta, y siempre está el bote ahí. No es como uno, que le ponen un brazo de goma y una pierna de madera y llega un momento en que se acaba; no el repuesto, sino el lugar para amarrarlo.

En las embarcaciones, una tabla nueva ahí mismo se hace bote. Lo que sí se acaban en los botes son los motores.

El motor de Ñelo prende en tierra y en la mar no prende. "Debe ser la cámara. Estos mecánicos de por aquí no saben nada. En esos grandes talleres de la costa firme sí saben"...

Ya son tres meses con el desperfecto. Y tres meses sin salir a pescar. Si alguien se atreve a decir que es por lo viejo de uno, no es verdad. A Ñelo le pasa un nudo como un puño así por la garganta cuando al llegar en la madrugada, con los demás, alguien le dice para mortificarlo:

– ¡Ah, aquí está el viejo, cará!... ¿Cómo está ese Yonson?...

Porque el suyo es un Yonson-cinco, que ¡era como un rayo, cará!... , pero que ya no vale la pena. Las piezas, y que las tiene malas. Que los mecánicos no le encuentran nada. "Dicen que será la cámara; la cámara es donde están los pistones"... Pero eso no quiere decir que su lancha sea una lanchita de palero. Es su motorcito cinco el que está echado a perder. Que lo diga Pedro Antón, mal llamado "animal de montaña", porque aquí, en la mar, todos tienen su mal nombre. Pedro Antón no es hijo suyo, pero es familia. Ellos siempre iban juntos, porque los hijos de Ñelo no están aquí; lo que quedó de sus hijos en la casa fueron cuatro nietos. Que lo diga él, Pedro Antón, si su bote es una lanchita de palero...

"¡Cará!... Bacho es bien chiva... ¡Ahí le viene otro retinto de sardina. La escurana camina, camina, Bacho... ese bote, compadre... ¡Ahí está!... ¡eso es!... y ahora ¡hala, hala, compañero!...

Ñelo y su bote siguen desde la playa todos los movimientos y todos los apuros de sus compañeros de mar. La lancha, quieta, con su color de salitre; el viejo, doblado, dentro de la menguada sombra del bote, moviendo los brazos como aspas, con un ala de su sombrero ya llena de sol.

Hay dieciséis botes en pueblo-abajo, en la playa que termina en Punta Moreno, y hasta cincuenta lanchas habrá, bien mirado, en Pampatar-arriba o La Caranta, que

termina en Punta Bergantín, y no hay un bote como "Elisa". Los hay más grandes, ¡cómo no!, y más pintados y más todo; pero así, completo, como "Elisa", ni siquiera uno.

Para saber lo que vale un bote, hay que probarlo a remo. Hace años, cuando nació "Elisa", en Pampatar-abajo sólo había seis botes; los de Braulio Carrillo, Francisco Acosta, Tomás José, Félix Salazar, León Tilleró, hermano de Luis, y él, Cornelio Mujica, que para todos menos su mujer es Ñelo. A los remeros de entonces los llaman "bueyes"... "¡Aquellos tiempos, cara!"... (el sombrero arriba). Iban a los carites hasta Guanare, frente a Puerto Fermín, que es El Tirano, que son como cinco millas. Salían a media noche, y cuando las cotúas regresaban a comer al Lago de Gasparico, cerca de las seis, como van todavía, las embarcaciones estaban ya frente a las diez islas de Los Frailes. Entonces se ganaba menos, pero se vivía mejor... (sombrero abajo).

Ya el motorcito no sirve. Hay que conseguir uno nuevo.

Ñelo se echaba todavía su pescaíta hasta hace tres meses, "pa uno vivir", porque bien mirado, salir a la mar no da ni para sancocho. Pero algo se descompuso dentro de las tripas de su motorcito cinco. Antes se iba a remo, pero ahora no. Ahorita no hay tiempo para remo. El Gobierno se debe dar cuenta de eso. ¡Están viviendo muy mal! ¡Hay veces que no se halla qué pescado poner en las planillas!... Antes, si les tocaban cinco bolívares, gastaban tres y les sobraban dos. Ahora no les alcanza para comer el día. El pescado está más caro, es verdad, pero ahora hacen menos y los víveres son más costosos.

Sí, ahorita se pesca menos. Y es porque el pescado anda lejos. Vienen de fuera con máquinas de argolla, cercan el pescado dondequiera que lo encuentran, le meten un bombillo bajo el agua para que el pescado se abolle; entonces lo cercan con las argollas, lo cargan, y el resto del pescado, asustado, se va. Y pescado que se va, no vuelve.

Ellos, que son pescadores de guaral, con motores de fuera, que también llaman de borda, pescan todo a anzuelo, y su pescaíta está cada vez más y más lejos, donde no alcanzan los remos. Hay la mandinga, para curel, arachana, pargo, sardina y hasta carite a veces, pero sólo para cuando el pescado entra dentro. Lo de la sardina perjudica la pesca de guaral, porque la tienen dos y tres días, por lo mucha, y con la hediondez, el pescado se va. "Eso debería privarse"...

... "¡Ah!... -Ñelo, con su sombrero y su hombro izquierdo ya llenos de sol bracea otra vez, se para, como un palo, y señala con un dedo largo y flaco unas manchitas blancas en el mar-. ¡Cará... es curel... -y bajando la voz-... o puede ser tonino... Si es curel (la voz arriba) puedo esperar que se acerque y lo cogemos con una mandinga"... -y el viejito sigue el avance con la punta gastada de su barbilla adelante.

Echa el sombrero para atrás, se quita con el dedo índice unas goticas de sudor que le perlean debajo de la nariz, avanza dos trancos largos hasta la proa de "Elisa" y se agacha donde la sombrita es más larga, y los dos, bote y viejo, de nuevo mirando al mar juntos.

"Hay que esperar que se acerque a tierra pa cogerlo con mandinga"...

Su motorcito cinco está maluco, no prende. El único que puede ayudar es el Gobierno; si no ayuda el Gobierno, no ayuda nadie. "De que yo tengo esperanza es del Gobierno". Si no halla medio de trabajar, llevará su botecito a la casa. No tiene la manera de componer su motorcito cinco. Si hallara quien lo comprara, él lo vendiera e hiciera la

manera de ponerse en uno nuevo... Los motorcitos, después que se echan a perder, son una vaina.

A Ñelo se le han puesto los ojos aún más chiquiticos de seguir el avance de curel. Se echa su sombrero adelante, para descansar, y mira a la arena, que todavía está fresca. Entonces sus ojos revientan en estrellas de oro, y después aparecen fondos rojos y fondos verdes, y sobre estos fondos, como mares, unos botes de colores. Poco a poco los va distinguiendo. Están la "Margariteña" de Salazar, y "La Virgen del Valle" de Ño José, y "El buen viaje" de Hilario... ¡Y aquel retinto de sardinas, cará!... Y aquel mar de carites, pargos y curbinas y picúas y anchoas...

Ñelo tiene un momento de indecisión, como si, tan cerca aún de la vigilia, su recelo de viejo sospechase un engaño. Pero en seguida se endereza, y corre, tieso, largo, braceando, hablando con alguien que no se ve. En un altico, cerca de la playa, hay un ranchito limpio, con una enramadita al fondo. Entra Ñelo al fondo de la casa y recoge del piso dos remos largos, los carga sobre el hombro izquierdo, descuelga los rollos de guaral y los ensarta en el mismo brazo; después, con su mano derecha recoge del suelo un gran rollo de cuerda y la anclita para fondear, ¡y sale caminando con paso de legua, cará, cerro abajo!... Y de un salto se pone en el bote. Zumba los remos y los guarales y la cuerda con su anclita dentro, y levanta a "Elisa" por la proa, le quita el calce, hace lo mismo de atrás, livianito el bote, como si hubiese vuelto atrás de muchos años...

– ¡Corneliooooo!... –Es una voz vieja en espiral, que entra como un tornillo hasta el fondo del oído de Ñelo.

Esa es Elisa, su mujer... Ya le va a echar su bollo por salir solo a la mar...

Ñelo no la oye, pero sabe lo que le está diciendo su mujer. Pero lo que es hoy, sale. La voz de su mujer se la comen la brisa y el mar, y Ñelo se descalza y deja sus alpargatas en popa y empuja su bote, que se desliza como si le ayudase una cuadrilla de hombres. Las olas hacen dar dos, tres brincos a "Elisa", pero la lanchita se endereza y flota, derecha, guapa, como en sus buenos tiempos. Entonces Ñelo monta de un brinco sobre el bote, cruza los puños de sus remos y... ¡ah, cará, esa embarcación sí era buena!... ¡Que su lanchita era un botecito de palero!... ¡Ja!... ¿No hay nadie en la playa ahora?... Nadie... En el mar tampoco. Se habrán ido a algún fondo a pescar. ¡Con todo el pescado que hay aquí, sólo a la altura del farallón!... Ahora lo puede ver bien clarito...

¡Ah, cará!... El vivero tiene el boquete sin taponar y hace agua. No es que se vaya a hundir el bote, porque el vivero ya está preparado para pescar a lo vivo, y el agua no alcanza sino un nivel. El invento lo trajo un español "hacen años", y Luis Tilleró le puso después su vivero a "Elisa". Así no era como antes, que tenía que tener un muchacho achicando el agua.

El que inventó el vivero debía ser un hombre avisado, y flojo, porque ¿cómo se pone uno a pensar que haciendo el vivero de esta manera no hay necesidad de achicar, y que poniendo la concha en el boquete lo que se dice "en la contra" se llena el vivero de agua, y que poniéndola al revés, se vacía ello solo? Eso es de flojo; pero de un flojo muy vivo...

Pero no hay tiempo de andar con el vivero en la cabeza. Ahí está el pescaíto... ¡Y rema y rema!... y "Elisa" se hunde justo lo necesario para avanzar más, y hasta el vivero lleno de agua parece ayudarla en lugar de frenar como un lastre...

¿Y la sardina para carnada?... Primero tendrá que pescar la sardina. No hay apuro. ¡Pero no tiene red!... Se le quedó en la casa. ¿No sería eso lo que le gritaba Elisa desde la enramada? Pero qué va, ella lo que le decía es que no se fuera. Pero él tiene fuerzas y brío para salir a pescar solo...

"Santísimo Cristo, haz que eche mi pescaíta con bien y que coja un cargamento de cumaro y pargo que brille como los milagros del Cristo"...

Y rema y rema, cruza el puño por arriba y cruza por debajo, y "toma guaral, pescaíta; muerde, que mi sardina es fresquecita"... (...¿De dónde sacaste la carnada, viejo?", una voz). Ñelo callado. Y "¡sás, sás!", como latigazos, el guaral, y el pescaíta que no muerde. Y p'acá el guaral y p'allá el guaral; "¡sás, sás, sás, sás!" los estirones, y siempre el anzuelo peladito...

El pescaíta debe estar más arriba, detrás del farallón... ¿Y si fuese al fondo del Cárpano?... "Vámonos, botecito, p'allá"... Ñelo rema y rema, y "Elisa" adelante, guapa, fina, "sís, sís, sís, sís, sís", cortando el agua suavemente, como una tijera bien amoladita. Ñelo enfila a barlovento de la cabeza de La Ballena. Es un bogar tranquilo, ágil, limpio, como en sus buenos tiempos. ¡Que Ñelo era viejo, porque apenas había cumplido los setenta años!... Y "Elisa" con él, en el mismo esfuerzo, sintiendo desde los garrotes en que se apoyan los remos hasta el espejo de popa, que es el yaque más descansado de la embarcación, el ritmo del mismo bregar poderoso que nace en los pies descalzos de Ñelo, apoyados dos cuadernas más abajo, toma fuerza en las rodillas, respira en los fuertes pulmones del pescador y sale por los dos brazos largos que cruzan y recruzan los puños de los remos, "rís, rís, rís"...

Y otra vez, "¡sás, sás, sás, sás!"... , guaral para acá, guaral para allá, cruzando y recruzando los brazos, como liando un enorme paquete invisible... Y otra vez nada.

"En este fondo ya no queda pescado –dice Ñelo–; se iría más al norte, a la Rama de Ño Hilario". Es un fondo donde hay rama y que se llama así porque lo encontró "un señor antiguo" que lo consiguió primero. Y "¡rís, rís, rís, rís!", el remo, y "sís, sís, sís, sís", cortando el agua "Elisa", "plá, plá, plí, plá!" el mar en el costado de la embarcación.

Y en la Rama de Ño Hilario, lo mismo.

Entonces a sotavento, rema y rema, a La Barenga. Y en La Barenga, nada. Y otra vez al sur de El Cárpano, a un fondo que llaman La Ermita, porque se marca con la ermita de Los Robles, que tiene que pegar por sobre del Coronto, ese cerro puyúo que está ahí, cerca de Bergantín. Y en la ermita, brega que brega, y nada.

Entonces a Ñelo comienza a desinflársele el pecho como un globo pinchado, y a sus rodillas se le agarrotan los goznes, como si fuesen de hierro viejo, y hasta se oye un "crik-crak" cansado que llega desde algún lugar de "Elisa". Es cuando Ñelo levanta su sombrero y mira con los ojos más chiquiticos que nunca hacia Pampatar, y ve primero el farallón, y después las casitas, y la playa, que asemeja un pecho de mujer, con su rada resguardada por Punta Moreno y Punta Bergantín, que son como dos pezones. ¡Y se rehace!...

¡Cará, que hay que conseguir el pescaíta!...

Y como a la voz, aunque Ñelo sólo lo haya pensado, se levanta una brisa fuerte, como de tormenta. Y Ñelo mira al cielo con temor, piensa por un segundo en El Viejo, como para recordarle su petición de un rato antes, y boga y boga hasta poner el cerro o

la cuchilla de Guarapotú por la quebrada de Punta Gorda, un cerro que queda en la playa de Comoquerigua, y después, ya peleando abiertamente con la brisa y el mar cada vez más bravo, a El Chaure, que queda a sotavento de la ermita, un buen punto parguero. Y nadando el guaral y arañando en el mar los anzuelos y braceando las aspas de Ñelo con sus prolongaciones de remo entre silbidos de la brisa; pero el pargo sin dejarse coger. Y entonces hacia Los Blanquizales, un punto donde blanquea la piedra, que llaman de Maitilio, pegando la Punta Moreno con la casa de La Salina, sobre un cerrito que queda a barlovento. Ñelo, para más seguro, lo coge además con la piedra "ahogá" que sale por la Punta de La Ballena...

"¡El primer pescaíto"...

Pero la alegría de Ñelo al halar el guaral se vuelve cacharo. "Pescar cacharo es trabajo de vagabundos, porque es un pescaíto pa vender por cuartillo, un pescaíto ahí"... Y Ñelo, digno, lo bota al agua.

Y entonces a El Tomás, que se marea en la trompa del morro de Porlamar con el rabo del farallón, que lo descubrió el tuerto Tomás "hacen ya años". Y tampoco nada. Y el mar más bravo, la brisa más fuerte, Pampatar más lejos, "Elisa" más cansada y él, Ñelo, como en pedazos, con los brazos volando, los pies en el mar, con los riñones heridos con clavos de a palmo y las rodillas rechinando como herrumbre.

Entonces, de entre el polvo de agua que trae el viento y que casi no deja ver ni el farallón ni Pampatar ni las puntas, como un silbido de diablo huyendo, un como galope de mil caballos:

"¡Tracatá, tracatá, tracatá!"...

Y el ruido cada vez más cerca y más duro:

"¡Tracatá, tracatón, tracatón!"...

Y entonces una luz terrible, como un relámpago, y otra vez la neblina y el viento, y "Elisa" como gimiendo, y Ñelo... ¿y los remos, dónde están los remos?... Y otra vez:

"¡Trocotón, trocotón, trocotón, trocotón, trocotón!"..., como mil caballos huyendo como diablos ante una cruz... ¡El alma del Tirano Aguirre galopando en la tempestad!...

"¡Trocotón, trocotón, trocotón!"...

¿Cómo podrán los caballos galopar en el mar?... ¡¡Un espanto, un espanto horrible!!...

Después, de nuevo el silencio del mar, un silencio de viento y tormenta; y el bote barloventeando, al garete...

Entonces mismo, en ese mismo instante, un enorme pescado a sotavento...

¡Pero un pescaote así!... ¡Y Ñelo que se pega detrás, rema que rema! Y Ñelo acercándosele más y más. Y cuando llega como a veinte metros... ¡zas!, el arpón ("si no llevas arpón, Ñelo", una voz de alguien como cuando le interrumpen un cacho), pero Ñelo derecho al pescado, y el arpón también justo en la mitad del amplio lomo del gigante; y nadando como loco el pescaote, y corriendo "Elisa" como si fuese volando, y Ñelo soltando guaral... Y por fin el pescaote que cede y cede, y se deja halar... Entonces Ñelo, guaral p'acá, guaral p'allá!, el pescaote muerto cada vez más amarrado al costado izquierdo del bote, y "Elisa", tan valiente hasta entonces, que comienza a acostarse y a hundirse; pero entonces Ñelo pone más guaral, dice unas palabras de aliento a "Elisa", y todo listo, como en un sueño.

Y entonces mismo, cuando estaba todo listo, comienza a llover. Pero no una garuita, sino como si se estuviese vaciando un mar. Son las nubes mismas que se vuelven todo agua salada, y se hace tan oscuro que no se ve nada, ni el pescado, ni siquiera las manos grandes de Ñelo, agarradas quién sabe a qué.

Y luego viene más viento, y el mar se pone más bravo. Mar por arriba, mar por abajo, mar por los costados...

"Un paquete de velas al Santísimo Cristo si salgo con bien"... ("¿Y la petición de hace un rato?", la voz de antes). Ñelo está dispuesto a quedarse sin el cumaro y sin el pargo, pero si se pudiese salvar el pescaote...

"Me dejas sólo el pescaote"...

El Cristo no dice nada. Y entonces mismo, como un castigo, un grito de "Elisa", como de choque, y Ñelo, tan largo como es, de cabeza al mar...

– Cornelio, Cornelio...

Es Elisa.

– Como que te dormiste... Yo esperándote con el desayuno y tú durmiendo, pegado a tu bote...

– Sí, vieja, ya va...

Ñelo se para despacio... "El curel ya se ha ido"... "Vaya con Dios el pescaíto"... Las rodillas las tiene duras, como hierro viejo, y el mar está tranquilo y azul con verdes y blancos y azulillos y morados en pedazos, y el sol está ya muy arriba, y toda la playa, desde Punta Moreno hasta Punta Bergantín es como un caliente abrazo de mujer, con su agrio olor a salitre y su regusto de alga.

Y despacio, como si estuviese cansado, pero erguido, con la mano derecha en el costado. Ñelo sigue sin decir palabra a su mujer, cerrito arriba, hasta donde están los guarales y los remos y la red que no se llevó, y la anclita para fondear. Y comprueba, por si acaso, uno a uno, si están todos...

– ¡Un buen cacho para los muchachos, cará!...

– ¿Qué dices, Cornelio?...

– No, nada, que estoy pensando en cómo hago para componer ese motorcito cinco, ¡cará!...

## Del cielo

### Punto y aparte

*A mis viejos, que han sido ejemplo de tantas cosas*

Hay hombres que han nacido para ser ricos, y otros que llevan el signo de la pobreza clavado en la frente hasta morir. Nadie ha descubierto aún la misteriosa ley que rige los destinos del hombre en la vida, pero a menudo se manifiesta el signo de lo fatal.

A J. E. no le va ni mejor, ni peor. Simplemente, le va mal. Ahora que ha llegado casi al final del camino, mira atrás y se asusta; delante de él no se atreve a mirar. Hay hombres que han nacido con el destino hecho; unos son ricos y buenos sin esforzarse; otros convierten la vida en una pelea constante de superación, y no consiguen sino caminar de rodillas, abatidos a cada golpe. A quien le ha ido tan mal aquí, ¿se resigna a sufrir las penalidades como una prueba o pelea sin desmayo para llegar a lo mismo, para morir? Bueno, y la muerte, ¿qué será? ¿Punto y aparte o punto final? Este laberinto le tiene enredado a J. E. Pero en esa misma interrogante de su futuro, después del punto, hay tesoros de esperanza escondidos, que son parte de la esperanza inagotable de la Humanidad.

Poco puedo hacer yo por J. E. cuando yo siento a menudo la angustia de la misma inquietud. Pero le voy a contar un sueño que tuve. Porque los sueños, cuando son puros, tienen algo de mensaje de eternidad.

En una pequeña estación de provincia montaron dos hombres en un tren. El uno, un caballero distinguido, de unos cincuenta años, se entretuvo despidiéndose de sus familiares desde la ventanilla. El otro, un viejito desaliñado, arrastrando una pierna, con un zurrón a la espalda y un extraño bulto bajo el brazo, tomó asiento en el mismo compartimiento, y estuvo observándolo, enternecido. Cuando arrancó el tren, el caballero se sentó frente al anciano, dejó resbalar su mirada sobre él y quedó absorto observando el paisaje. El viejito parecía un poco azorado, y después de unos visibles esfuerzos, le saludó. El caballero lo vio apenas, se acomodó mejor y quedó mirando por la ventanilla. El viejito del zurrón hubiera preferido marcharse, pero tampoco a esto se atrevió. Y quedó rígido, molesto, hasta respiraba con precaución. Aquel tren no llegó a su destino. O llegó, es verdad. Cedió un puente que estaba en reparación, y el tren entero fue a caer al fondo de un terrible precipicio...

De nuevo los vi juntos. Y también iban solos. El viejito, arrastrando su pierna, el mismo zurrón a la espalda y un extraño bulto debajo del brazo. El caballero, tocado de sombrero, atildado y desdeñoso, no avanzaba más que él, a pesar de su ligereza. Era un camino largo, largo, que se perdía como un hilo en el horizonte. A un lado y a otro, un

extraño paisaje de nubes blancas, y arriba, el cielo, de un azul intenso, donde brillaba un sol enorme que parecía reír a carcajadas.

El señor elegante iba cansándose visiblemente, mientras su compañero de viaje avanzaba a un ritmo igual, contoneándose graciosamente al compás de su cojera.

– Caballero –dijo dirigiéndose a su compañía–, usted está cansado, y hasta puede que tenga ganas de comer alguna cosita. Yo llevo algo en mi zurrón, que no debe rechazar por ser pobre. Ahí veo un hermoso árbol a la vera del camino. Podemos sentarnos, descansar y comer. Por lo que veo, este camino es muy largo, y no llevamos trazas de encontrar una posada.

– Muchas gracias. Me muero de envidia pensando en lo que puede esconder vuestro zurrón, y tengo unas ganas enormes de sentarme. Pero parece que os equivocáis, porque yo no veo ningún árbol que pueda ofrecernos sombra en este camino.

– ¿No lo veis, señor? Estamos debajo. ¡Y esta grama como una pelusa que invita a echarse a dormir! ¿Que no la veis? ¡Es raro!... Pero vamos a comer, acaso el sol os ha hecho daño...

Yo tampoco vi árbol alguno. Pero cuando el viejito mostraba tanta satisfacción de estar allí, algo debía haber. Abrió su zurrón, sacó medio pan, un pedazo de jamón, un trozo de queso, y ofreciendo al caballero un enorme cuchillo de cachas blancas con remaches dorados, le invitó:

– Tome lo que le apetezca, sobra para los dos... Usted es

del pueblo aquel donde subimos al tren, ¿verdad? Es raro, yo nunca me fijo en los nombres de los pueblos que visito. Yo soy músico, ¿sabe? Tengo mi guitarra. No debo tocar tan mal cuando vivo de lo que me pagan por oírme. Bueno, creo que también debe andar un poco por medio la caridad; pero yo siempre me he empeñado en creer que es por lo que toco. Y con eso me conformo. Yo me acomodo fácil a las cosas. ¡Es que no he tenido otro remedio! Primero empecé a protestar, pero eso no sirve... ¡Yo no tengo escuela ni nada! Apenas sé leer. Sólo sé tocar la guitarra... Pero usted debe ser un caballero importante, ¿verdad?...

– Yo lo era, sí, señor. Yo era el alcalde; casi todo el pueblo era mío; pero no sé nada más; en mi vida he leído un libro entero ni he aprendido a sacar una cuenta a derechas... Y, ¡créame!, ni me hacía falta.

– ¡Ah! ¿Usted es el alcalde?... Pues le voy a contar un secreto, señor alcalde: ese pan y ese queso que está comiendo ahora es suyo. Me lo dio su criada, compadecida de mi traza. Pero hay algo que no le favorece; me recomendó que me alejara del pueblo, porque su amo, el alcalde, no podía ver a un juglar pedigüeño; que tenía el alma muy negra, y que a ella le escandalizaba tan poca caridad... Y perdone usted la franqueza; pero como ha llegado la hora de aclarar todo en esa oficina de Dios, pues ¡no veo ninguna ventaja en engañarnos!

– Tiene razón. Y le propongo un trato. Para prepararnos a contar nuestra vida y milagros podemos recordar nuestras virtudes y pecados. Así podemos evitar olvidos. Y podemos hacer memoria de nuestros pecados.

– Me parece bien. Puede que tenga usted muchos, pero de mi boca va a escuchar usted unos muy gordos, que no sé, no sé...

– En mi familia, que yo recuerde, todos mis antepasados han sido alcaldes y ricos. No sé si empezaron siendo ricos o alcaldes; pero yo he descubierto que lo uno ayuda a lo otro. Yo no he tenido necesidad de estudiar ni de trabajar. Nunca me ha gustado la escuela, ni me ha hecho falta el trabajo; y creo que eso no es cuestión de afición, sino de necesidad. Yo crecí como crecen los árboles, sin esfuerzo, y eso me parece a mí natural. Lo que no me parece bien es que haya pobres estudiosos, pero eso no lo puede uno remediar. Yo me dediqué a lo mío, a ser rico y a ser alcalde. Después me encontraron novia que tenía los mismos gustos y fortuna que yo, y me casé. En eso coincidí con los demás, porque los demás, también se casan; pero tampoco fue por vocación. Yo, para mi gusto, hubiera sido fraile. ¿Por qué? No lo sé; pero me parece que viven muy tranquilos, se les respeta, y de ñapa ganan el cielo. Porque eso sí, yo soy creyente, y he hecho muchas obras de caridad. Yo hice donación de un altar entero para la iglesia del pueblo, de un sagrario de oro, de una imagen de Nuestro Señor en tamaño natural; yo he ayudado a construir un hospital; he establecido una beca anual para nuevos sacerdotes; en fin, he hecho muchas otras cosas que estarán anotadas, sin duda. También habré cometido faltas, ¡claro es! Recuerdo, por ejemplo, que una vez robé plata de la iglesia: eran las fiestas patronales del pueblo, yo era muy jovencito; a la puerta de la iglesia había una bandeja donde los fieles iban depositando sus limosnas; yo pasé una vez, no me atreví; volví otra vez, tampoco; pero a la tercera alargué un poco más el brazo, cerré la mano y apresé entre dos dedos una moneda de plata. Pero yo la devolví, he devuelto mil. Después habré cometido muchos desaciertos, pero siempre he cumplido con mi deber. Yo tenía que seguir la tradición, y para poder dar a mis hijos lo que recibí de mis mayores, he tenido que defender mis reales. Yo tuve cinco hijos, se me murieron dos. El mayor ya es un hombre, se casó como yo, y estará a punto de ser alcalde, como todos. Esa es la vida, amigo...

– ¿Y eso es todo?...

– Bueno, ¡todo!; pero lo más importante, sí.

– ¡Pero usted es un ángel!... ¡óigame a mí! Verdad que yo no tuve esos principios, pero ¡caray!... Yo sí he sido malo. Yo no conocí a mi padre, y empecemos por ahí. Mi madre me quería, no cabe duda, ¡la pobre!; pero, ¡bueno!, que me dejó también. Fui a parar a un orfanato; menos mal que había alguien que me daba de comer y de vestir; en medio de todo tuve suerte, porque hay otros que se la pasan debajo de un puente. Pero vea usted si fui desagradecido, que me escapé. Cuando cumplí los doce años, ahí mismo me fui. Los amigos de uno... ¡se puede figurar! ¡Con decirle que nunca he pisado una iglesia se lo digo todo! ¿Fraile, dice usted? Yo les tenía una rabia que no los podía ver; y eso porque uno de ellos un día me chafó la nariz por escupirle en el cordón...

– ¿Le escupió? ¡Jesús!

– Fue una apuesta. Mis amigos y yo vimos que otros se acercaban y le besaban; como eran muchachos bien trajeaditos y limpios a quienes no podíamos ni ver, se nos ocurrió escupir lo que ellos habían besado; el que no lo hacía tenía un castigo. Cuando llegué yo, era ya el tercero, y a mí me agarró... Otra vez, estuve en la cárcel; fue por robar una bicicleta; me cazaron en un dos por tres; yo no he servido nunca para ladrón. En cuanto mis amigos se dieron cuenta que no les ayudaba, me botaron. ¡Qué iba yo a hacer!, pues me dediqué casi a lo mismo, a levantar. ¡No mucho, ¡eh!, justo para

comer!... Casi siempre levantaba en el campo: una que otra gallina, papas, fruta... ¿No viene todo eso directamente de Dios?, ¡pues es de todos! ¡Eso es lo que he dicho yo siempre!... De lo que hacen los hombres, de eso no he vuelto a robar más nunca: ni dinero ni cosa parecida. Entonces tomé el gusto por los paseos, por caminar por el campo, de un pueblo a otro. ¿Que se me rompía el pantalón?, pues lo cambiaba por alguno tendido en cualquier patio, pero robar, ¡no!, sólo lo cambiaba; alguna mujer lo compondría mejor que yo; eso también es justo, ¡caray! Más justo que tener una mujer que le remiende la ropa a uno. Porque también pasé por ahí. Pero antes he de decirle cómo me hice comediante, que a eso debo yo mucha de mi experiencia.

Llegué de noche a un pueblo pequeño donde actuaba al aire libre uno de esos grupos de desheredados que andaban como yo, pero en grupo, haciendo monadas. Me puse detrás de la gente, y estuve allí un rato. En medio de la función pidieron un voluntario para ayudarles en un número; no salía nadie. Al insistir otra vez, ofrecieron una pequeña recompensa para el ayudante. Entonces salí yo. Pero nada más verme en aquel círculo de gente que me miraba a mí, me dio pena, y quise devolverme; en mi azoramiento tropecé con una cuerda y caí; todos se rieron de la gracia; todos creyeron que yo era del grupo de comediantes, vestido de payaso, ¡figúrese usted mi facha, caballero! Pues ese fue mi debut, como dice la gente de circo. Allí me daban de comer y algunas ropas a costa de hacer reír por las noches, y allí aprendí muchas cosas útiles, como tocar la guitarra. Allí cometí también algunas tonterías, porque me casé con Eulalia, una muchacha flaca, pero bastante bonita, que se dejaba hipnotizar y era cómplice de otras patrañas. Con ella tuve dos hijos. Y viví en el circo hasta que me cansé de ella. Yo quería a mis hijos, pero, ¿con quién iban a estar mejor que con su mamá? Dejé a todos y me fui. Eso me remuerde la conciencia todavía; pero a lo hecho, pecho. Después volví a levantar, siempre cosas hechas por Dios para todos; tocaba la guitarra en los pueblos, sin fijarme cómo se llamaban ni a quién quitaba las gallinas, y así me hice viejo. Hasta hoy. Bueno, caballero, ya lo sabe todo. ¿Nos vamos?...

– Sí, debemos irnos. Pero, dígame, ¿nunca confesó usted esos pecados?

– No, señor. A mí me contaron las hermanitas del orfanato que Dios está en todas partes; pues eso basta; yo no le cuento mis cosas a nadie más. Bueno, ¿y qué adelanta usted con decírselo al cura?

– ¡Que me perdona los pecados!...

– ¿Todos, todos?

– ¡Claro que sí!... Siempre que se arrepienta de ellos.

– Y, ¿si los vuelve a hacer?...

– Lo mismo. Los curas perdonan siempre.

– Entonces, ¡yo he sido un tonto de siete suelas!... ¿Y usted lo hizo?

– Yo me confesaba todas las semanas, y comulgaba...

– ¡Caray! Pues eso ya no tiene remedio. Yo diré ahí que no sabía nada de eso. ¿Nos vamos?...

– Si en algo puedo servirle, me tiene a la orden. Acaso pueda interceder por usted...

Es un tribunal extraño. Los dos hombres están de pie. Frente a ellos, en toda su Serena Majestad, Dios, sentado en un enorme sillón de nubes blanquísimas. Cerca de él, San Pedro, con el aire un poco malicioso y socarrón del viejo pescador que ha cogido muchos peces gordos; entre ellos dos y los enjuiciados, una balanza enorme, compuesta de una columna de más de tres metros de altura, dos brazos enormes y, colgando de ellos, dos grandes platillos. El fiel, una aguja de más de un metro, marca cero en un cuadrante que forma un arco de casi media circunferencia. ¡Y qué silencio! Si se pudiera pesar el silencio de aquel tribunal, no habría balanza que lo midiera. El viejo del zurrón y el alcalde tiemblan de pies a cabeza. Pedro sigue mirándoles maliciosamente, sin mover un labio ni una pestaña. El anciano juglar está ya deseando llegar al infierno para escaparse de aquella tortura abrumadora del silencio absoluto. El alcalde hace un esfuerzo por recordar sus buenas acciones, para no dejar una sin relatar ante el Tribunal Supremo, y siente la angustia de la posibilidad de olvidar alguna. Y continúa el silencio absoluto, que es un silencio mucho mayor que el de la tierra...

– ¡La primera pesa!

Ha sido una voz como un trueno, pero sin dureza, una voz completamente nueva. San Pedro se pierde detrás de una nube, y regresa ágilmente con una enorme bola que lleva sin esfuerzo en una mano. La coloca en el platillo izquierdo, que cae violentamente sobre el piso de nubes. El otro platillo queda arriba, a unos cinco metros de altura.

– ¡El alcalde!...

Otra vez la voz. El alcalde ha recibido una terrible sacudida al oírla, y sin darse cuenta siquiera ha llegado al pie de la balanza. Ahora se fija en la inscripción de la bola: "Tasa para un billete al Cielo". Y ahora tiembla más. ¡Si él apenas pesa cinco o seis arrobas! Ahora se queda mirando al platillo vacío que ha quedado arriba. Se acerca San Pedro, y hala de un mecate que cuelga de la plataforma destinada al alcalde. Viendo el poco esfuerzo necesario para levantar la bola, el hombre se anima. Da servilmente gracias al Portero, y se sienta en el platillo. San Pedro suelta la cuerda, y el pobre alcalde sale despedido hacia arriba. Ahora parece un loro, colocado en aquella altura.

– ¡Los cargos!

La misma voz de trueno, ahora un poco más áspera. El alcalde se fija en Dios, sentado en la misma actitud serena. El viejo del zurrón pasa la mirada del alcalde a la bola, y calcula el peso del altar, de la imagen de Nuestro Señor en tamaño natural y el hospital... ¡Porque seguramente que todo eso se pesa! ¿Y él? ¿Qué va a presentar él que pese? Y se acuerda de sus pecados. Aquel escupitajo al cordón del fraile no hay quien lo pese, ¡y en contra!...

Ha aparecido un ángel, con alas y pelo de algodón aún más blancos que las nubes. Se acerca respetuosamente, y le sopla algo al oído. Dios se incomoda un poco y dice:

– Cincuenta kilos en contra, por lo del hospital.

San Pedro corre detrás de la nube, y añade una bola al platillo que está en el suelo. Sigue el ángel hablando al oído divino y otra vez aquella terrible voz:

– ¡Cien kilos más en contra por lo de mi imagen!

El alcalde está, aterrorizado, arriba. El viejo de la guitarra no sabe qué pensar de esta extraña manera de enjuiciar las virtudes, y calcula que a él no le salvarán ni cincuenta apisonadoras colocadas en la balanza junto a él.

– ¡Treinta kilos en contra por lo del altar!  
 – ¡Veinte kilos por lo del Sagrario!  
 – ¡Cien kilos en contra por lo de las becas!  
 – Señor –dice humildemente el alcalde desde arriba, levantando un poco su temblorosa voz–, yo creí siempre que con esas cosas hacía el bien...

– ¡Pero no bastante! Abajo se olvidan de las faltas de omisión. Esas no las confiesan. ¡Con sus medios debiera haber hecho muchísimo más! ¡Otro cargo!... Bueno, hay muchos más, pero es inútil; como no tiene a cuenta ni una sola virtud, ¡pasaje para el averno!...

Y estalló un trueno horrible.

El alcalde se puso a llorar y a lamentarse. Pedía una última oportunidad. Quiso despedirse del viejito, pero no le dejó San Pedro, y se lo llevó donde estaban las pesas de cargo, detrás de la nube. Cuando regresó el Portero, ya vino solo. El viejito de la guitarra y el zurrón estaba aterrado. Se sorprendió al descubrir una pequeña sonrisa entre las barbas blancas de Dios.

– Viejito, acérquese. ¿Qué es lo que lleva usted ahí?...

El juglar se acercó un poco, quiso sacar su guitarra y vaciar el zurrón al mismo tiempo. Pero tanto le temblaban las manos que no acertó a hacer ni lo uno ni lo otro. Entonces se le acercó San Pedro amistosamente, y mientras le ayudaba en este quehacer le sopló confidencialmente al oído: "No tengas miedo, Joaquín, que vas a quedarte aquí conmigo. Esa sonrisa vale como mil kilos en la balanza"...

– ¡Ah! ¿Con que usted es músico?...

– Sí, Señor.

– El que es músico no puede ser del todo malo. Póngale, Pedro, la guitarra en su platillo.

San Pedro se apresuró a bajar el platillo vacío, halando del mecate como antes, y colocó la guitarra dentro; con gran sorpresa del juglar, quedaron los dos platillos a la misma altura. ¡Nunca pensó él que pesara tanto esa guitarra!

– ¿Y qué lleva usted en ese zurrón?...

El viejito sacó los restos de queso, pan y jamón que quedaron de la comida en el camino.

– ¡Ah!, muy bien. Póngalo, Pedro, también en la balanza...

San Pedro le preguntó:

– ¿A favor o en contra?...

– A favor...

– Mire usted, Señor –se atrevió a intervenir el viejito–. Yo no quisiera engañar a nadie. Esos alimentos se los robé al alcalde... O por lo menos los robó su criada...

– Usted los necesitaba de veras, ¿verdad? Pues, está bien. Después compartió sus alimentos con el alcalde, ¿no es verdad?...

– Sí, Señor...

– Pues eso está muy bien, ¡caray!... (Dijo: "¡caray!"). Pedro, ponga el zurrón en la balanza.

Cuando lo puso, el platillo quedó pegado al suelo. La bola estaba allí arriba.

– Ahora, siéntese, Joaquín, en su platillo y cuénteme todo. No necesito ángel de la guarda, me fío de usted... Dígame, ¿algún que otro pecadillo?...

– Mire, Señor, para ser franco, y ya que ha sido tan bueno conmigo, yo escupí una vez el cordón a un fraile...

– ¡Ay, ay!... ¿Cuándo fue, y dónde?... Pedro, búscame esta falta en el archivo. Y mira si aquel fraile llegó ya.

Y Dios quedó mirando, agradecido por su franqueza, al viejito sentado al lado de la guitarra y el zurrón. San Pedro salió corriendo hasta perderse detrás de otra nube, y regresó al momento con un libro bajo el brazo y acompañado de un fraile viejito y sonriente.

– Padre Ambrosio –le preguntó Dios–, ¿reconoce usted a este señor que está en la balanza?

– No, Señor; pero por lo que veo está bien sentado... ¿Cómo está, señor?

El viejito del zurrón parecía un poco apabullado; pero, francamente, no reconocía al fraile. ¡Hacía ya tantos años! El fraile tampoco parecía reconocerlo.

– Pues declara, Padre Ambrosio, que un día, hace cincuenta años, escupió una vez vuestro cordón...

– Pues, francamente, Señor, no recuerdo. ¡Hace tanto tiempo de eso! Pero será verdad. Si me permite mi juicio, Señor, yo creo que eso con medio kilo estará bien...

– Y está bien, Padre Ambrosio, usted es el agraviado. ¡Pedro, medio kilo en contra!... Puede irse, Padre Ambrosio. Y usted... Joaquín, ¿algún pecadito más?

– Bueno, uno muy gordo que me ha remordido siempre la conciencia: el abandonar a mi mujer y a mis hijos...

– Bueno, ¿pero le ha remordido la conciencia de verdad?

– ¡Ah!, eso sí, Señor...

– Pues ya está. Otro pecado, pero más gordo, más gordo, porque esas son pequeñas cosas. ¿No hay más?

– Pues no sé a qué puede referirse, Señor...

– ¿Ha calumniado alguna vez?

– No he tenido tiempo para eso, Señor.

– ¿Ha negado pan al hambriento, o se ha beneficiado a costa de la dignidad de los demás?

– Tampoco...

– Está bien, Joaquín. Váyase, que ahora le veré a menudo. Y, ¡ah!, tiene que tocar esa guitarra de cuando en cuando.

– Sí, Señor...

El viejito se fue con su zurrón y su guitarra debajo del brazo en compañía de San Pedro. En aquel momento apareció el ángel de alas blancas que hizo los cargos del alcalde, y acercándose al trono de Dios, le dijo:

– Acaban de ordenar abajo dos misas diarias durante un año en favor del alma del alcalde, Señor. Eso iría en su favor.

– Claro, claro... Póngale medio kilo.

– ¿Medio kilo? Tiene casi dos mil en contra...

– No le hace. ¡Con medio kilo está bien!... Y, oiga, dígame, ¿qué han hecho por el alma del juglar?

– Pues no sé, Señor; no tiene ni familiares ni dinero... Sólo encontraron el zurrón y la guitarra: con eso no podrían pagar el entierro...

– Está bien, está bien, ni le hace falta.

Y al mismo tiempo que se deshacía la nube, Dios desapareció.

## De los inmigrantes

### El día de playa

Serían las seis de la mañana:

– Fernando, despierta, que ya es tarde.

– ¿Qué hora es?

– El reloj está parado, pero debe ser tarde, porque el padre tiene como una hora levantado.

– Ese viejo está cada vez más loco.

– No digas esas cosas, hombre... Probe, con lo bueno y lo trabajador que es.

– ¡Acaba de llegar y ya se quiere ir otra vez!

– Probiño... No se halla aquí, se aburre, le faltan los amigos para conversar, le falta todo el pueblo.

– Pero no se acuerda del hambre que pasaba, de lo solo que se sentía... Fue él quien quiso venir, ¿no?... Yo no lo arrastré... ¡Lo que hice fue pagarle el viaje y después tenerlo en mi casa y darle para sus cigarros y comprarle ropa!...

– ¡No grites, hombre, que puede oírte!...

– ¡Qué va a oír, si está sordo!... Dame el café, ¡anda!...

– Pero, ¿te levantas... ?

– ¡Claro que me levanto!... Tenemos que ir temprano, que el tráfico puede ponerse pesado. Y tenemos que buscar un buen lugar. Los domingos se llena aquello. Prepara a los muchachos, pronto, y salimos en media hora.

– ¿Y la comida, y bañar a los rapacines, y vestirlos, y dar de comer a los animales?... ¡Miren al señor: que le lleven el café a la cama y que vamos a salir dentro de media hora!...

– ¡Fernando!

– ¿Qué quieres, padre?...

– La rueda del automóvil está vacía...

– ¿Qué rueda?...

– La de adelante...

– ¿Cuál de adelante?... ¿La de la derecha o la de la izquierda?...

– Pos non sé... eso es según y cómo mires al automóvil, si de adelante o de atrás...

Fernando se levantó de un salto en calzoncillos y se asomó por la ventanita de la habitación:

– ¡Me cago en!... –dijo, y se volvió a meter–. ¡Luisa, el café, que tengo que trabajar!...

– ¿Es mucho lo que tiene?...

– Un caucho vacío...

– Pero, ¿vamos?...

– ¡Claro, mujer, un caucho se repara en seguida!... Dame el café.

– Pa mí –dijo el viejo entrando en la casa– que este caneco non va a terminar de andar.

– ¿Y por qué dice eso, padre? –le dijo acercándosele la mujer–. Que no le oiga Fernando, que está de malas. Anoche estuvo trabajando hasta las once en ese dichoso carro.

– ¡Si sabrélo yo, que estúvele aguantando la luz hasta ponérseme el brazo tieso! Que "traígalo más p'acá", que "llévelo más p'allá"; que "más abajo", que "non se ve", que "más a la izquierda", que "hace sombra"... Pero yo nunca túvele fe a ese cacharro viejo. Yo non sé nada de automóviles, porque apenas los conozco de verlos pasar, la cuesta de Pallares abajo, y de montar una vez en el automóvil de don Ramiro, que un día qu iba de mercado y llovía díjome: "Suba, Fermín, que lo llevo hasta la misma plaza", y yo agradecíselo mucho. Pero aunque non sé nada de automóviles, a este cacharro viejo huélele mal desde que trajeronlo arrastrado...

– Bueno, padre, la grúa lo trajo porque estaba accidentado, pero Fernando sabe arreglar los carros muy bien.

– Ojalá. Non creas que yo non quiero que ese caneco ande. Lo que pasa es que non le tengo fe al cacharro ese. Y lo he estado pensando toda la noche, y creo que non voy a montar en él...

– ¡Cómo!... padre, no diga eso, que Fernando se va a molestar mucho.

– Bueno, hija, es que dame miedo subir a ese automóvil después de verle tanta tripa fuera y tanto tornillo roñoso.

– Por favor, no diga nada, padre, y véngase con nosotros; ¿qué va a hacer solo en casa?

– ¡Ay, probinal!... ¡Si yo siempre he estado solo! Desde que se murió Rosa, yo siempre he estado solo.

– Sí, pero lo trajimos para que estuviese con sus hijos, sus nietos, y ya no está solo... Padre, ¿no se encuentra bien aquí?

– ¡Claro que sí, filla mía; pero me faltan cosas!... ¿qué quieres?... y ya soy viejo para hacer otras nuevas ahora... Dame pena, pero yo quisiera ir otra vez al pueblo...

– Padre, no se lo diga aún a Fernando, que le va a doler.

– Non, pero téngole que decir... ¿Ves?, ¡ya está otra vez mirándole las tripas al coche!... Apuesto a que este cacharro non anda...

Fermín Oviedo es un viejo minero asturiano que ha peleado en las huelgas desde que era un muchacho, ha estado en las cárceles por pedir un poco de luz de justicia para los que viven enterrados, crió sus seis hijos como un forzado, y cuando murió su mujer se encontró completamente solo, sin fuerzas para trabajar y una pensión de tres pesetas que le entregaban cada mes vencido con la arrogancia de darle un capital:

– Firme aquí y aquí...

– ¡Malhaya!... Por tres pesetas puercas hay que firmar como cinco veces, hay que verle la cara a la guardia civil y uno tiene que joderse recibiendo esa porquería delante de ese retrato... ¡Me cago en!...

Y el viejo Fermín recibió una carta del hijo que tenía en Caracas:

..."padre, aquí no nos sobra mucho, pero no nos falta de nada. Ya estás viejo para estar aguantando tanta mierda. Yo te mando las perras, coges un barco y te vienes. Así

conoces a mi mujer, que es muy buena y será como una hija para ti, y a los niños. Antonio tiene ya cuatro años y el año que viene le mando a la escuela. Fermín tiene ya tres y habla como un condenado. La niña Rosita va a cumplir dos en marzo y ya habla un poco. El pequeño está todavía recién nacido, pero tiene una pinta de minero que no puede con ella... Así es que ya sabes, dejas eso, que se vive en todas partes, y te vienes. Esperando contestación y con besos de todos, sobre todo de tus hijos: Fernando y Luisa".

Y se la enseñó a todo el mundo:

– ¡Y voyme a ir!... ¿Qué hago yo solo aquí, lleno de miseria, sin poder fumarme un cigarro, encogiéndome al lado del fuego en invierno, y teniendo que dar las gracias a esos hijos de puta todos los meses por darme una miseria que no llega ni para sal después de trabajar toda la vida, desde que tenía nueve años, en la mina?... ¿Qué te parece, Antonio?...

Su amigo Antonio, que era como hermano, le recomendó irse, y lo mismo Ramón, y Marta, y Cándido, y Eduardo, y el señor Matías, que sabía mucho de letras y números y era amigo suyo:

– Sí, Fermín, yo como tú, íbame... A todos nos cuesta dejar el pueblo cuando llegamos a cierta edad. Pero si tienes un hijo americano y mándate el dinero para el viaje y díctete que tienes una casa y familia en... ¿dónde dijiste que estaba tu hijo Fernando, cerca de Buenos Aires?...

– Cerca de Caracas, non sé si estará cerca de Buenos Aires...

– ¡Ah!... Caracas. No, hombre, eso queda lejos, pero es igual, es América y aquello todo es nuevo y hay mucho que hacer. Si no, pruebas al canto. Tu hijo Fernando, que era un peón, ya tiene dinero para una casa y para pagarte el viaje, que cuesta muchas perras...

– Así es, y que está muy bien el condenado. Es que Fernando siempre tuvo talento, ¿sabes? Aquí mismo, cuando la Revolución de Octubre, él tenía doce años y ya diéronle encargo de hombre para hacer de enlace. Y me dijo Celedonio, tú sabes, el que murió en Gijón, el Llerandi, que el muchacho iba a dar mucho que hablar... Y siempre ha sido así, talentoso y trabajador...

Y regó la noticia con el orgullo natural de padre.

Lo despidió todo el pueblo:

– ¡Mucha suerte, viellín!... ¡Tú ya has hecho la América!...

– Un fillo rico en América, ¿pa qué más?... Te lo mereces, Fermín, ya es hora de descansar tranquilo. ¡Ojalá pudiésemos hacerlo todos!...

El entusiasmo y la buena voluntad de sus amigos iban atribuyendo a Fernando más bienes de la cuenta, y el viejo fue poco a poco imaginándose todo lo que él quería de bueno para su hijo. Al despedirse en el barco, que hasta el mismo muelle de Gijón vinieron algunos viejos amigos a despedirlo, con los ojos llenos de lágrimas les dijo:

– Acordaréme bien de todos vosotros. A ver si puedo mandaros unas pesetas...

Y el viejo llegó un atardecer de diciembre, un poco antes de la Navidad.

Su hijo vivía en una casita de piso de tierra, en Montecristo. Le gustaron los muchachos. Los sintió tan suyos como si hubiesen vivido siempre con él. Y le gustó la nuera, una mujer hacendosa y buena. Su hijo estaba hecho un hombre. Cuando en la noche se quedaron solos en la salita de piso de tierra, contándose las noticias del pueblo y de la familia, Fernando preguntó al viejo:

– ¿Y la casita, y esto, qué te parece?...

– Paréceme muy guapu todo, Caracas paréceme muy guapa, y con muchos automóviles... ¿y aquí non hace frío, jeh!?!...

– No, pero dime, la casa, el terrenito, ¿qué te parece?...

– Pues, bien, hombre, todo muy guapu...

Y se retiraron sin mayores efusiones. El viejo, acostado en un rincón de la salita sobre un viejo diván, miraba al cielo a través de la ventana, y pasó la noche con los ojos abiertos.

– Estoy cansado –se decía–, pero non tengo sueño... ¡qué raro, si yo siempre he dormido tan bien!...

– Luisa –preguntaba Fernando a su mujer mientras se desnudaba–, ¿qué te parece el viejo?...

– Muy bueno. Creo que le voy a querer mucho.

– Está como un roble. ¡Ojalá esté contento aquí!...

El viejo Fermín se dio cuenta que su hijo no estaba en la situación que él imaginó a través de sus cartas. Sí, aquella era una casa, pero estaba a medio hacer, y era tan chiquitica que apenas cabían todos. Y el terreno era un pedazo de tierra de relleno, en una quebrada, que estaba pagando poco a poco trabajando como peón y después cuidando del depósito de agua de la urbanización.

El viejo tuvo la duda de haberse precipitado en su decisión de venir. Aquí le iban a faltar muchas cosas. Tenía otras, claro: el hijo, la nuera, los nietos, una mesa servida; hasta tenía televisión, una maravilla que nunca hubiese soñado ver en el pueblo. Pero... Bueno, acaso se acostumbraba y cambiaban las ideas en su cabeza...

El viejo Fermín miraba de reojo al carro inclinado, como quien observa las mañas de un animal antes de comprarlo. "Yo –decía para sí el viejo– non creo que ande nunca este cacharro roñoso".

Cuando Fernando comenzó a levantarlo con el gato, se acercó corriendo y apoyó sus manos sobre la tapa del motor, como para sujetar al carro.

– ¿Qué haces? –le preguntó Fernando

– Pues aguantarlo, pa que non se corra...

– ¿No ves que está calzado atrás?....

– ¿Tú crees que es bastante?...

– Claro. Si quieres ayudarme, tráeme la cruceta de la maleta.

– ¿Traerte qué?

– La cruceta, la llave.

El viejo se fue. "¿De qué maleta?... ¡Ah!, bueno... Aquí no hay ninguna llave, Fernando"...

– Sí, hombre... Ven, mira, esto es una cruceta...

Fermín se sintió un poco mortificado por su ignorancia. Se apartó un poco y observó.

El carro era un Ford del año 40, despintado, deslavado, sin vidrios en las puertas, todo roñoso y abollado. Más que un carro, aquello parecía un perol de desecho, de esos que se ven en las orillas de las carreteras. Por dentro, estaban los asientos destripados, los rotos llenos de trapos viejos, el piso respirando por varios huecos. Para no meter el pie, el propio Fermín había recortado unas latas y las había colocado sujetas con alambres y cuerdas. Pero el motor debía estar bueno, porque lo pusieron en marcha en la noche pasada, y después de tomar mucho aire y soplar con los apuros de un asmático siguió y siguió cada vez mejor:

– Esto es hasta calentarse –había dicho Fernando.

Pero como si el motor le hubiese oído, ahí mismo tosió dos o tres veces y, por mucho que le dieron y dieron al pedal para que se reanimara, el motor se paró. Ya eran las ocho de la noche. Fernando entregó una luz al viejo y estuvieron hasta las once en eso, en apretar tuercas, sacar pedazos de hierro, meterlos. Cuando terminó Fernando, el viejo dijo sin convicción:

– Ponlo en marcha, a ver si anda...

– Mejor lo dejamos para mañana, porque ya es tarde.

– ¿Y si non anda?... –malició el viejo.

– Sí anda. Te apuesto lo que quieras, ahora está bien.

Y efectivamente, subió Fernando al volante, movió palancas, hizo rechinar alambre, y "¡plum!"... con una explosión así comenzó a andar. Y lo tuvieron un rato prendido.

– Mañana está como un rolo –dijo Fernando.

– ¿Como qué?...

– Como un rolo, hombre, como una uva... Tú no sabes. Eso quiere decir que ese motor va a funcionar mañana como dios.

Verdad que cuando llegó aquel atardecer arrastrado por otro carro, nunca creyó el viejo Fermín que aquel pedazo de lata arrugada tuviese tripas para hacerlo andar de veras. Había visto antes automóviles viejos y rotos y despintados, pero una roña de aquellas, nunca.

Era verdad que le había costado poco. Ciento cincuenta bolívares y después el transporte, que fue "cincuenta duros". Total, 175 bolívares. Eso en pesetas eran casi dos mil. Pero aún y todo era barato si podía andar. Aparte el trabajo, claro. Ya llevaba el cacharro aquel más de un mes y medio comiendo cada momento libre de Fernando. Todas las noches hasta las nueve y las diez. Y después, cada ratito, cada minuto libre entre comidas o entre sueños, allí estaba su hijo panza arriba revisando tornillo a tornillo las piezas roñosas de aquel caneco. Salía hecho un cristo de sucio y de maltratado. El camino de tierra frente a la casa era como el patio de un taller mecánico. Había pocitos de aceite sucio, piezas regadas, los asientos destripados sobre los que jugaban los muchachitos. Por eso es que no quería subir él sobre aquel cacharro, porque aquellos pedazos roñosos de hierro no podían funcionar bien en el momento de frenar o

de correr a mucha velocidad. No se atrevía a decírselo claramente al hijo, pero más de una vez insinuó:

- Fernando, ¿crees tú que eso pueda andar?...
  - ¡Claro!... ¡Si todos los carros son así! Lo que pasa es que nunca los has visto sueltos en pedacitos, como ahora...
  - ¿Para cuándo crees tú que podrás ponerlo a andar?
  - Creo que el domingo podremos bajar a la playa. Se lo estoy prometiendo a los muchachos. Tienen que respirar un poco de aire de mar y jugar en la arena. Les hace falta. Y a Luisa también, que está flacucha y con mal color.
- Pero cada domingo ocurría algo con el carro, y el viaje a la playa se iba dejando para otro. El cacharro aquel tenía más roña de la que creía su hijo. Y los niños lloraban cada semana, y Luisa protestaba cada mañana de domingo:
- Yo creo que no nos llevas a la playa nunca. Mejor si te hubieses ahorrado los quinientos bolívares que te gastastes.
  - ¿Quinientos?...
  - Sí, porque cauchos nuevos, que si aceite nuevo, que si bujías...
  - Los cauchos no son nuevos, los compré usados y baratos, y lo demás, no había más remedio... ¡Pero así y todo es un jamón!
  - Si alguna vez camina, todavía...
  - ¡Que si anda este carro!...
  - Vamos a ver -sonreía resignada su mujer

Y por fin, a las once de la noche de aquel sábado emplazó Fernando a su esposa:

- Mañana me voy a vengar yo, porque vamos a la playa.
- ¡Si no me has dicho nada!...
- Es que no estaba seguro, pero ahora sí. Y mañana, ¡hala!... ¡up!... a la playa todo el mundo.
- ¿A qué hora?...
- Temprano, para llegar frescos y coger buen sitio...
- ¿A las seis?...
- Bueno, a las seis.

Cuando el viejo Fermín se fue a acostar en su rincón de la salita de piso de tierra dijo para sí:

- Y parece que mañana sí va a arrancar ese caneco de veras.
- Pero preferiría quedarme tranquilo en casa...

Cuando Fernando terminó de reparar el caucho, ya eran las siete. De dar las campanadas se encargó el viejo:

- ¿Decías que íbamos a salir a las seis?... pues ya son las siete...
- ¿Y qué hacemos aquí?... ¡Luisa!... ¡Luisa!...
- ¿Qué pasa?... -Luisa salió a medio vestir, con la niña todavía desnuda en brazos.
- ¿Qué haces?... ¡vámonos!...

– ¿Cómo quieres que nos vayamos?... ya te dije que tengo que bañar y vestir a los niños, y tenemos que desayunar todos...

– Pues desayunamos todos abajo...

– Yo me quiero comer mi desayuno aquí –dijo el viejo Fermín sin mirar a nadie.

– ¿Y por qué? –preguntó Fernando.

– Porque tengo fame; me levanté muy temprano y quiero comer...

– Bueno, usted coma algo en seguida, los demás nos desayunamos abajo.

El viejo se acercó a la cocina, se sentó, se echó su gorra de visera hacia atrás y esperó a que le sirvieran su desayuno, que tenía que ser sustancioso, como acostumbraba en la mina.

– Aquí están sus huevos y su cecina y su café con leche –le sirvió Luisa–. Y apúrese, padre, que tenemos que bajar.

– Luisa –dijo el viejo–, ¿de veras que quieres bajar a la playa?

– Claro; ¿por qué me pregunta eso?

– ¿Y los niños también?...

– Pues claro, si hace un siglo que hablamos de bajar en carro a Macuto... Ande, coma y bajamos, que le va a gustar el mar.

– ¡Qué va a gustarme a mí –murmuró–, si me he pasado la vida bajo tierra como un topo y la única vez que me hice a la mar mareéme como sapo, ¡rediós!...

A las ocho estaba todo dispuesto. Los niños estaban vestidos de punta en blanco, como príncipes. Luisa se había puesto un vestido blanco también, y Fernando parecía otro, como parecía cada vez que se ponía su traje de boda, su camisa blanca de la boda y su corbata negra de ocasiones.

– Hombre, ¿por qué te pones tan ceremonioso para bajar a la playa? –le dijo su mujer–. ¿No te parece que deberías ir sin corbata, con el cuello abierto?...

– Bueno, pero a mí me gusta vestirme del todo o no vestirme.

Si me pongo el traje, me pongo mi corbata y mi camisa... ¿o es que estoy mal así?...

– No, mal no estás, hombre; pero lo digo por ti, por el calor...

– Tú no te preocupes por el calor que voy a pasar yo... ¿Llevas la comida y la cerveza?

– Puse algo de comer. Pero como me dijiste tan tarde... De beber, creo que será mejor que compremos allí...

– ¡No, si yo ya sé lo que pasa!... ¡Después allí no hay nada! Llégate en un momentico a casa del portugués y que te traiga media caja de cerveza. Vamos a llevar un baldecito con hielo.

Pero apúrate, que ya es tarde. ¡Viejo!, ¿qué hora es?...

– Son las ocho menos cinco... Mejor que dejes esto para otro día, Fernando... Hoy va a hacer mucho calor.

– ¡Qué va a hacer mucho calor, hombre!... Súbase, que ya montamos todos. Llévase ya a Antonio y a Fermín, que están vestidos. Suba al carro con ellos, que ya vamos...

El viejo Fermín consiguió capturar a sus dos nietecitos y meterlos en el carro con él.

– Vosotros non os movéis, que ese es el encargo que tengo... pero, joder, si estáis ya más sucios que ayer noche... ¡Luisa! –gritó el viejo sacando la cabeza por la ventanilla sin vidrios del carro–. ¡Estos niños están más puercos que cuando los bañaste ayer!...

– Déjalos, hombre –se incomodó Fernando, que ya salía de la casa como para una ceremonia–; si vamos al mar a bañarnos... –Y se metió en el carro, al volante.

– ¿Tú crees que arranque el aparato? –preguntó el viejo.

– Pues claro que arranca... ¿No lo vio ayer noche?... ¡¡Luisa!!... ¡¿vienes?!...

– ¡Ya va! –contestó Luisa desde dentro de la casa. Y mandó a Rosita, dando traspiés, vestida de rosado, con la cara reluciente y un lacito en el cabello.

Bajó Fernando del carro y la subió con él. Al rato gritó de nuevo:

– ¡¡Luisa!!...

Y dirigiéndose al viejo, que estaba acurrucado detrás, sujetando a los muchachos:

– Padre, ¿qué hora es?...

– Las nueve menos veinticinco...

– Joder!, ¡Luisa, qué coño haces!...

– Ya voy, hombre, mal hablado... –y salió también, bonita, con su vestido blanco y el chiquitico en brazos, como para un bautizo.

– Ahora –dijo Luisa al subir, esforzándose en cerrar la puerta roñosa del carro– sólo nos falta, ahora que los vecinos nos están mirando, que no arranque este perol...

– ¿Qué es perol? –preguntó el viejo Fermín desde atrás.

– Perol es este automóvil, abuelo –le dijo ella festivamente.

– ¡Ah! –hizo el viejo, y se calló.

Y comenzó el motor a toser: "caj, caj, caj"... Y después: "rac, rac, raac, raaac... siiiiiiiiist... "racraaac, toc", como si el motor hiciese esfuerzos finos para recompensar la carga de cariño que le pusieron esta mañana de playa.

"Rac-rac-rac-rac-tiiiiiiiiiiisst"... raaaac-rac-raaaactoc-toc"...

– ¡Joder! –un modo fino de explotar de Fernando.

– ¡No digas groserías, hombre!... –su mujer.

Y los dos, sin mirarse, pensaron en la malicia que puso un vecino al desearles buen viaje.

– Es que no sé lo que tiene, todo está bien...

Fernando levantó la tapa del motor y fue tocando uno a uno todos los lugares donde podía esconderse una avería.

– ¡Fernando!... ¡La ropa, hombre; quítate el saco al menos!...

Fernando se quitó el saco. Y se remangó. Y dijo:

– Viejo, tenías razón, este cacharro no anda...

El viejito Fermín estaba acurrucado, agarrado a los dos nietecitos, en un hueco de la vieja tapicería del carro, sin mirar a nadie.

Mientras Fernando volvía a jurungar el motor, Fermín sopló dos o tres veces allá detrás, levantó su gorra a cuadros blancos y azules, se movió con desasosiego, pellizcó a sus nietos (que estaban quietos, los pobres), abrió la portezuela en un esfuerzo de goznes y marco, y se acercó con aire azorado a Fernando.

– ¿Qué crees tú que es?...

– Pues eso, que no sé, ¡que si supiera!... Me cago en los quinientos bolívares que gasté en esta mierda!...

– Entonces, ¿nos quedamos? –dijo el viejo.

– Pues no, yo no dejo a mi familia otra vez sin playa, que hasta los vecinos se ríen de nosotros, ¡carajo!... Nos vamos, aunque sea en un carro de alquiler...

El viejo Fermín se sobresaltó. Ahora tendría que ir de todas maneras. Y eso iba a costar mucho dinero. Y tendría que pagarlo su hijo, el pobre, que no paraba de trabajar para ganar apenas con qué vivir...

– Fernando –dijo el viejo como un muchachito cogido en falta–. ¿Non será que fáltale esto? –Y sacó del bolsillo algo que le estaba enseñando con mano temblorosa a su hijo.

– ¿De dónde cogiste eso?...

– De ahí atrás...

– ¿Cuándo?

– Esta mañana...

– ¿Y por qué?

– Bueno... –y la curtida piel del viejo se sonrojó.

– No, hombre, si éste es el tapón del depósito de la gasolina; sin eso el carro anda igual...

Fernando se fue refunfuñando a colocar el tapón en su sitio.

– ¿Qué le pasó a la gasolina? –preguntó la mujer, que se enteró a medias del incidente.

– ¿Será eso? –se preguntó Fernando–. –¿Será que me falta gasolina?... Me cago en... ¡si no hay gasolina!... ¡Ya está, nos vamos, le falta la gasolina!

– Búscalo yo, Fernando.

El viejo Fermín estaba al lado de su hijo, noblemente, como un soldado. Un poco maltrecho y viejo y triste y desmoralizado, pero le brillaban en los ojos dos chispitas de espíritu de servicio y de contento de poder hacer algo por borrar lo feo que cometió al esconder el tapón de la gasolina.

– No, déjeme, padre, voy yo, que la bomba queda un poco lejos y yo regreso antes. Lo que necesito es un perol...

– ¿El automóvil?...

– No, hombre, un perol para traer la gasolina, un cacharro...

– Yo sé dónde hay uno en el patio.

El viejo vino con una lata.

Cuando media hora después regresaba Fernando, sudoroso, con la lata de gasolina al hombro y la camisa blanca toda mojada, el viejito le salió camino adelante. Y se ofreció:

– Llévotelo yo...

El viejo Fermín llegó renqueando al carro con su lata de gasolina al hombro.

Y echaron la gasolina. El motor se resistió todavía un poco, pero al fin prendió. Los vecinos que andaban rondando el carro haciendo preguntas y deseando buen día de playa a la familia, los vieron acomodarse todos dentro y arrancar cuesta abajo por la avenida del Rosario, una carretera de tierra que baja de Montecristo, en Los Chorros.

Los muchachitos aplaudían y se asomaban a la ventanilla del carro como si se asomasen al cielo.

– Ten cuidado –recomendaba el viejo Fermín a cada salto de hueco.

– Ya va, viejo, no te preocupes... ¿Qué hora es?

– Las nueve y media... ¿Es tarde?... ¿No sería mejor dejarlo para el domingo que viene?...

– ¡Qué va!... Nos vamos. Nos sobra tiempo. En una hora estamos abajo.

– ¿Todo es cuesta abajo?...

– Sí. Al mar siempre es bajando.

– Menos mal...

Y la familia Oviedo bajó ese día a la playa en carro propio por primera vez.

## De los inmigrantes

### El cielo tiene un roto de azulillo

La mujer de pelo amarillo que está en la puerta de la casita tiene una botellita en cada mano. En la puerta de la casita próxima hay otra mujer viendo jugar a dos niños de unos cinco y seis años. Las dos mujeres están, como las puertas, a unos cinco metros de distancia, es tarde de Nochebuena y sin embargo no se hablan ni se miran más que se miran o se hablan las dos puertas vecinas. No quiere esto decir que no se ven; pero no se comunican con los ojos, ni con gestos, ni con palabras.

Montecristo es un barrio de emigrantes en Caracas. No hay barrio caraqueño que no sea de emigrantes, pero este barrio en los bordes de la zona residencial de Los Chorros ha brotado espontáneamente ranchito a ranchito, casita a casita reuniéndose mucha gente nueva sin decirse nada. El verde, el fresco, lo alejado de la zona urbana y el ruido, lo que sea, ha atraído una a una a familias de rusos, alemanes, yugoeslavos, húngaros, rumanos. Y entre humildes casitas de gentes de este suelo han ido naciendo casitas humildes de estos centroeuropeos de cabeza amarilla, gesto humilde y buen corazón.

Y la mujer de cabeza amarilla y gesto huido está con la buena intención de sus dos botellitas pegada a la puerta de su casa en esta tarde de Nochebuena.

Es una casita de madera que tiene el techo de papel embreado y las ventanas cubiertas con cartón de almanaque. La casa no tiene número. Tiene, eso sí, un pedacito de tierra que hasta hace unos días era un gamelotal y donde ahora juega sobre grama limpia Nadia, la hijita cabeza de cocuiza de un hombre muy discreto que dice ser rumano y es ruso, y esta mujer de gesto huido, los ojos azules, la lengua torpe y el temblor cariñoso de las dos botellitas en las manos, que ahora observa de reojo a los dos niñitos pelo de chicharrón que juegan frente a la casita vecina.

La mujer que los mira es una cetrina de vientre voluminoso, pies desnudos y dos hermosos ojos negros donde juegan sus dos hijitos sin conocer el paradero del Niño que llega en la noche con juguetes para el barrio. Tiene las manos puestas sobre su vientre, como para sentir cerca a su tercer hijo, una palidez azulada en su rostro moreno y magro de parto, y tiene también la desazón curiosa de que la están observando.

Esa mujer de al lado es una musiúa que la mira como un venadito. A veces le sonrío, hace con la cabeza como un gesto, pero se le turban los ojos y huye la mirada exactamente igual que los venados. Nunca le ha dicho nada, y hace como un mes que vive al lado. El otro día, cuando ella llegó a la bodega del portugués, la musiúa estaba comprando cosas.

Ella dijo al entrar:

– Buenos días...

El portugués estaba alcanzando una lata de aceite, y no dijo nada. La mujer volteó su cabeza amarilla, la miró con sus ojos de azulillo, se puso coloradísima como una manzana, se le turbaron los ojos, se le cayó uno de los paquetitos que cargaba, lo recogió, sonrió precipitadamente otra vez y tomó compostura apurada frente al portugués, que esperaba indiferente con su latita de aceite en la mano:

– ¿Quere algo má?...

La musíua sacudió su pelo, sonrió huidiza y se fue en carrerilla, con sus paqueticos abrazados a dos manos.

El portugués anotaba el abrazo con la punta ensalivada de un lápiz de carpintero sobre papel de envolver, y sin levantar la cabeza preguntó a la mujer:

– ¿Usté sabe cómo se llama sa mujé?...

– ¿La musíua esa?...

– Sí, ¿no está su vecina, pues?...

– Sí, es vecina mía, pero lo que es el nombre, no lo sé. Sé que a la muchachita la llaman como "Laya" o algo así.

– ¿Usté cree que tienen plata pa pagá?...

– ¡Ah! m'hijo, eso sí no sé... Él trabaja y debe ganar... Él es callaíto, y ella igual. Parece gente honrada. Yo creo que esa gente sí paga. Él como que trabaja en la fábrica de cerveza, al otro lado de la quebrá, por Boleíta... Anda y dame mi queso e mano, portugués.

Ahora está ahí al lado, con la misma sonrisa y el mismo aire asustado de siempre. En la puerta vecina, la mujer cetrina de carnes prietas y magras pegadas a los huesos tiene sus dos ojazos negros puestos en los dos muchachitos desnudos que juegan con piedras en la calle de tierra llena de hoyos que es la avenida El Rosario. La trazaron un día sobre el plano para vender algunas parcelas, y después de vendidas quedó en tinta, un letrero y esta quebrada que no necesita de otro nombre para llamarse.

La mujer de gesto huido y la cabeza amarilla sigue con sus ojos de azulillo los gestos de los dos niños mientras aguanta sus dos botellitas en las manos, sin atreverse a algo que quiere hacer.

Ella ve a menudo a su vecina, pero no se ha atrevido a acercársele. Ella no sabe hablar venezolano; apenas sabe decir "buen día" y "cómo está" y "gracia", que aún debe decirlos mal, porque la gente se le ríe. Y también sabe decir: "maluco", que ha traído días atrás Nadia de la calle sin saber lo que quería decir.

Su marido, cuando escuchó la expresión a la niña se enfadó:

– ¡Nadia!... ¿qué has dicho?... –le gritó en ruso.

– ¿Pues?... ¿qué pasa? –le preguntó alarmada su mujer.

La niña esperaba la decisión de sus padres para asustarse o reír.

– ¿Por qué dijiste eso? –insistió su padre.

– Por decir... ¿por qué?...

– ¿Quién te lo enseñó?...

– Luis, el vecinito...

– Pues no quiero que juegues más con él, porque aquí los niñitos se hacen grandes demasiado pronto y se vuelven groseros. Yo no quiero que mi hija sea igual.

Nadia lloró. Su madre la consoló como pudo y después habló con su marido a solas:

– ¿Qué significa lo que dijo la niña?

– Yo no sé, pero algo feo. La gente mira con malicia al decirlo.

– Y, ¿cómo dices tú que dijo?...

– "Malaco", "malico" o algo así.

– Pero pregunta lo que quiere decir, hombre, para saber. Yo me encargo de que no lo repita la niña, pero no hagas escenas y no digas nunca a la pequeña que no juegue con los vecinos, porque no podemos vivir los tres solos...

Al día siguiente, el ruso silencioso de cuerpo grande y voz de bajo entró riendo en su casa.

– Musia... ¿Sabes lo que quiere decir "maluco"? Acierta, anda...

– Entonces, ¿no es nada malo!...

– Sí, es precisamente "malo".

– Y ¿por qué te ríes entonces?...

– Porque "maluco" quiere decir "pequeño malo", eso es...

Desde aquel día, la mujer, que es la que está todo el día sola en su casa viendo a los vecinos, tiene el remordimiento de haberlos prejuzgado mal, de haberles prohibido jugar con su niña, y como el sentimiento de una deuda para con ellos.

Y es víspera de Navidad, es la misma tarde de la Nochebuena, y está ella con sus botellitas en la puerta, sin atreverse a algo que está decidida a hacer. Y la vecina, con esa intuición afilada de la mujer, espera que ocurra algo que no ha ocurrido hasta entonces. Sólo los muchachitos siguen indiferentes a la magia de la Nochebuena, llevando piedritas de un lado a otro del camino, mientras la mujer de pelo negro siente al hijo que va a nacer con las manos puestas sobre el mundo maravilloso de su vientre, y su vecina tiene nerviosamente en cada mano una botellita ya tibia de calor humano.

Por fin la mujer de pelo amarillo se ha decidido. Ha salido del quicio con su aire azorado de siempre, como si estuviese expuesta al azote de un viento imaginario, con sus ojos de azulillo turbados hasta hacerse casi grises, y con gesto torpe ha adelantado las dos botellitas a su vecina.

Los brazos y las botellitas han quedado medio segundo en el aire. La mujer en trance de parto ha presentado el regalo, ha sonreído agradecida y ha tomado las dos botellitas en sus manos. Así, con las botellitas en vilo, emocionada, da dos, tres veces, las gracias. Su vecina se ha quedado quieta, con sus ojos casi grises, sonriendo, con el gesto torcido de pena. Y por desviar la atención del embarazo ha dicho algo señalando a los niños.

– Sí, son Luis y José Asunción... Usted quiere que les dé estas malticas a ellos...

– Sí, sí... gracia...

– ¡Vénganse pá acá ustedes... Luis, José Asunción... Miren lo que les trajo la señora...

Los niños se limpian el barro de las manos sobre el vientre y entre las piernas.

– ¡Ah!, pero hay que abrirlas... –dice riéndose desde el hueco de las encías la mujer, y después muestra a su vecina el cuello de una botellita.

– ¡Oh!... –y la mata de pelo amarillo corre alborozada hacia su casa.

– Muchas gracias, señora, muy amable... ¡espera un momento, Luis, que la señora la está destapando!... Estos muchachos...

Cuando Luis pone el morro de la botellita en la boca tiene la otra mano con el dedo metido en el ombligo, y hace:

– ¡Puff!...

Es como si se hubiese reventado un caucho en el momento mismo de salir para una fiesta.

Los ojos grises de la vecina se han abierto un poco más y se ha llevado una mano a la boca. La madre del niño busca qué decir, e insiste:

– ¡Muchacho!... tómese esa maltica, que es bien sabrosa y es buena para poner a los muchachitos grandotes y fuertes...

Luis intenta de nuevo:

– ¡Ahhh!... ¡puuuff!... no quero...

La cara de su madre es de angustia y de pena. Mira a su vecina y mira a su hijo, que ya ha salido corriendo.

– Mamaíta, a mí, a mí...

José Asunción hace lo que ha visto hacer a su hermanito mayor:

– Puuff, no quero...

Y también ha salido corriendo tras él.

Ya quedan las dos mujeres y el hijo por venir. Por fin se fijan en él...

– Dicen que para las mujeres en estado es muy bueno...

– Sí, sí, –dice la vecina instintivamente, sonriendo.

La mujer no está brava. Sólo tiene el gesto un poco asustado de siempre, pero los ojos se han vuelto color de azulillo y tiene una sonrisa muy dulce. Después hace con los brazos un gesto como diciendo:

– ¡Son muchachos, qué se hace!... Pero yo se lo ofrecí con el mejor cariño.

La mujer de pelo negro, que está un poco apenada, sí dice, aunque no le comprendan:

– Son muchachitos y no les gusta la maltica, porque está cara y no se la puedo comprar; pero yo se lo agradezco mucho... La maltica la trajo su marido de la fábrica, ¿verdad?... Yo sí la tomo, ¿sabe?... –y le pasa la otra botellita con el gesto de que la abra.

– ¡Oh!... –su vecina se alegra tanto que tarda en abrirla.

Después se la ofrece.

Entonces la mujer bebe la maltica y dice que está buena. La mujer de pelo amarillo le pide cortésmente con el gesto y toma un trago también, y conviene en que, efectivamente, está muy sabrosa.

Y se ríen las dos mujeres, y el hijo por venir ríe al mismo ritmo que su madre y su vecina.

Ya ha caído la tarde. Está casi oscuro.

Las mujeres han quedado sonrientes, agradecidas la una a la otra, por algún feliz hallazgo.

– Bueno...

– Bueno...

– Muchas gracias otra vez... tengo que preparar la cena, ¿sabe?... Aquí, en la casa, me tiene a la orden...

– Sí, sí... gracia... –y la mujer cabeza de cocuiza se azora un poco por no saber lo que dice su vecina, pero comprende, y se va.

La mujer de pelo negro llama a los niños, sujeta a su hijo por venir y entra también.

La tarde queda fuera, haciéndose Nochebuena; sobre el techo bajo de las casitas, casi a ras de suelo, casi al alcance de la mano, el cielo ya oscurecido tiene un roto de azulillo.

## Un real de sueño sobre un andamio

*A Anamari*

– Renato, Yusepe... mezclilla en el veinte. Un ayudante... ¡José!

– ¿Al andamio?

El sol abría huecos con esquinas en la caprichosa silueta horizontal de cemento y llegaba blanca y tibia de neblina al pie de la obra. Las manos torpes estaban asidas a sus flacos envoltorios de papel verde, papel blanco, papel de periódico, para un día vertical. El polvo de los desperdicios de materiales apenas comenzaba a despertarse bajo la sacudida vital del hombre, y a trechos parecía unirse a la neblina. Pero el amanecer tenía una dirección y el polvo otra.

El aparato arrancó con su carga de cuerpos arrugados por el sol hacia el secadero. Una subida lenta, trabajosa, acezante, "tac-tac-tac"...

– Este es un ascensor para peroles.

– ¡¿Y qué quieres tú, perolito?!

– ¡Perol serás tú, Trucutú!...

El montacargas siente el peso de la carcajada, risa de un día cansado antes de nacer. El trato es macizo, rudo. Es entre manos con grietas de cemento. Nace de esa solidaridad brusca de los que están embarcados en el mismo "perol" que hace agua a menudo, donde se moja y hasta se ahoga a veces. Este racimo de hombres secos de cinco razas es un haz de brazos atados por su común destino de montacargas. También es una suma circunstancial de hijos, mujeres, conucos, esperanzas y futuros colgados del montacargas, "tac-tac-tac"...

Descansa de trecho en trecho para repartir su carga. Es un ascensor de torre hueca, al aire libre, para peroles, para dejar las cosas en los pisos aún sin puertas. Por ahí entran estos hombres. Y salen. A veces a destiempo, sin el montacargas.

– Ese perdió el perol –dicen en un hueco de voz. Y no se santiguan porque no saben.

A medida que suben son menos y hay más sol. Es como precipitar un amanecer. Ascenden sombras largas con esquinas en los entrantes y salientes de la mole inhumana de hierro y cemento que ha levantado el hombre. Cuando llegan al piso veinte sólo quedan los tres: Giuseppe, Renato y el negro José.

Y el operador: "No salgan antes de que yo regrese"... Dos hombres hacen con la broma una línea torcida entre dos labios. Es la misma contorsión del alma que grita: "¡zape!", cruzando dos dedos negros a solas.

A dos años de América, Giuseppe sólo ha conseguido pararse a cincuenta metros de altura sobre un andamio.

El valle de Caracas parece desde aquí un pequeño mar sólido de torres y edificios. Tiene sus orillas de ranchitos lamiendo la costra roja de los cerros y algunos salpicones

nuevos de quintas con verde en las colinas. El valle adquiere desde aquí un sentido nuevo. Los cerros y las colinas quedan al mismo nivel; las torres de iglesia no lucen tan erguidas; los gigantes de cemento se han comido los árboles, y sus panzas rectas de blanco-gris absorben toda la palidez rosada de los viejos techos rojos de la ciudad.

Mirando de arriba se ven las cosas como si estuviesen paradas de cabeza. El hombre es un punto escurridizo en el espacio. Todos los puntos, iguales. El hombre zambo y corto es un punto. El hombre estirado y largo es otro punto. Visto desde arriba, no hay hombre grande. Las carreteras son ríos movibles de lata al sol. Quien ha forjado esa lata y la ha puesto a brillar es el hombre, ese puntico que corre en zig-zag sorteando los obstáculos que ha creado él mismo. Las rayas rectas que rompen la ciudad en pedazos las ha trazado el punto cuando se ha puesto a mover a una velocidad nueva.

Pero hay caminos rectos que no conducen a ninguna parte.

– Es curioso lo que sugiere la altura cuando no marea –pensó Giuseppe. Y volvió a la mezclilla de cemento sobre el piso veinte.

Era una perspectiva conquistada en dos años de trabajo. Comenzó cavando cimientos, poniendo pies grandes a un gigante por nacer. Ahora le parecía como si él hubiese parido un monstruo, un parto lento de ladrillo a ladrillo, palada a palada, comida a comida, sueño a sueño. Un gigante que a veces le producía vértigo. Otras, orgullo. A ratos, una sensación de poder que se le arrugaba en lo que duraba su descenso, "tac-tac-tac", en el montacargas. Otras, angustia; una angustia interminable, larga, desazonada, que le roía las entrañas y le tenía asustado el corazón durante días arriba y noches abajo, en su catre de la pensión de paredes de cartón. Pasó quince días sin dormir y apenas probar bocado cuando vio caer a Camilo, su compañero de cuarto. Bajó como un muñeco de trapo, pasando uno a uno, en un decir ¡ah! los metros que tardó meses y meses en poner de pie. Y le vio reventar como un saco de tierra sobre el pavimento...

Giuseppe alargó los ojos hasta el nivel de la calle y empujó con su peso crecido de impulso las dos tablas del andamio.

– ¡Che c'e!...

– Nada.

Su compañero se le quedó mirando, la paleta metida en la caja de mezclilla, los ojos deslumbrados, en un gesto que un cucurucho de papel de saco de cemento sobre la cabeza hacía grotesco. Y esperó.

– ¡Niente!

– ¡Ah!...

Giuseppe se agarró al mecate y se quitó el sudor con el antebrazo. Desde el nivel de los cimientos llegaban casi muertos hasta el andamio encendido de sol del piso veinte el estertor de los motores, los latigazos de pito del policía, voces, algún grito herido. Y arriba ardía el sol, como un infierno de cuerpos. En el piso veinte había una ventaja. Siempre soplaban viento. A veces caliente, con unos taladros de arena quemante que abrían agujeros infinitamente pequeños en la piel, pero otras una brisa fresca, como una

de esas corrientes frías que uno encuentra al bañarse en el mar. El andamio tenía el movimiento invisible de un rumor de esfuerzo quejumbroso de cuerda.

"Riiisst... raaasst"...

"Niente", se dijo para sí, y comprobó la solidez del mecate atado al soporte de las dos tablas en vilo a más de cincuenta metros de altura.

– Mira, Yusepe, ¿como que estás loco? ¿Nos quieres zumbar pa'bajo, como se fue Camilo?

Los tres hombres percibieron la sacudida del mundo común de su andamio y midieron con ojos largos de miedo el camino sin huellas por donde se fue Camilo hacía un mes.

"Riiisst... rasstt"...

Giuseppe lo oía distintamente. Era un rumor casi humano. Era el esfuerzo del mecate por sostener el peso de tres vidas de hombre sobre dos tablas hechas de la vida de un árbol robusto. Si el hombre mata al árbol, ¿por qué no ha de vengarse el sisal, su hermano, dejándolo caer desde su torre de conquistador? Como se venga el toro del torero, la sequía de la tala, las crecidas de las quemazones criminales del hombre.

– ¿Qué te pasa, Giuseppe?

Los hombres están cerca, hombro con hombro, ojo con ojo, unidos por el mismo baño de sudor. Tienen el mismo resplandor rojizo en los ojos, las mismas rayas en la frente, las mismas encías vacías, los mismos pantalones rotos, los mismos salpicones de cemento, la misma piel enrojecida por el sol y el viento, el mismo cucurucho bufo de papel sobre la cabeza.

– Dime, Giuseppe, ¿qué te pasa?

– Nada, Renato, nada...

– Tú tienes algo...

– Tú sabes... cosas; casa, mujer, Camilo...

– Tú sabes que eso sobre un andamio a cincuenta metros de altura es muy peligroso.

– Peligroso, peligroso... ¡qué quieres que haga! ¡Peligroso!... Ya lo sé, pero no es cosa mía...

– ¿De quién?

– De Camilo, de la mujer, de las cosas...

– ¡Bah! Yo también tengo eso, y lo pienso cuando camino por la calle, en la pensión, cuando duermo... y cuando no duermo... ¿Por qué andar rodando esa pelota aquí, en un sitio tan pequeño?

Cuando midió con la mirada los seis metros cuadrados del tablado con límites de vacío tropezó con los ojos de susto, grandes y negros, de José.

– José está asustado. Te estás portando raro. Si no te sientes bien, mejor vas a la pensión y te acuestas.

– ¡No!... ¿A qué?... Estoy bien.

– Mira, musíu, ¿qué fue?... –y a José se le abrieron los ojos tamaños, como África y América juntos–; yo me salgo de esta pingada y voy con el cuento al capataz.

La colmena humana se desarmó de herramientas. Todos a una, a una señal de reloj. El sol seguía su camino, el reloj también. Antes era un camino de agua con remansos y sombras. Ahora estaba hecho de rectas duras de cabilla y cemento a través de peladeros sin descanso. Ahora eran rectas. Rectas largas y rectas cortas. Unas acostadas, otras de pie y otras recostadas, pero era el tiempo de las rectas. La hora del punto lanzado derecho, con impulso de máquina, hacia un objeto.

El hombre se había sentado sobre su obra, solitario, pequeño, en uno de los compartimientos del gigante de cabilla y cemento, y deshacía su flaca envoltura de papel verde para poder proseguir su jornada. Era una jornada larga, por caminos torcidos, por cuevas, por guerras, por separaciones, por campos de concentración, por pensiones, por ascensores de carga, por andamios...

- ¿Cómo estás? -le preguntó Renato con palabras hechas de una seca porción de pan y queso.

- ¡Puá!... regular.

- ¿Nada más?

- No.

- ¿Quieres un poco de mi queso?

- No.

- José estaba un poco asustado. Puede buscarte un apuro si va con el cuento al capataz.

- Bueno.

- ¿Y si pierdes tu trabajo?

Giuseppe dejó de masticar. Se quedó con el pedazo de pan seco entre las manos, sentado con la espalda recostada en la pared, despatarrado, con su cucurucho de papel en la cabeza. Su cara rojiza salpicada de cemento se arrugó en un dolor de hombre.

- Es verdad -dijo.

Los pitazos subieron más insistentes, como latigazos de policía a hileras largas de carros de lata brillante al sol. Giuseppe los imaginaba monstruosos, amenazantes, conteniendo su rencor de máquina.

- ¿Bueno?... -le preguntó su compañero.

- Bueno... nada, hay que seguir.

El cubo de cemento donde estaban los hombres parecía un calabozo sin puertas. Había dos huecos de luz que daban al vacío, dos botellitas de fresco de pie en el suelo, unas ropas guindadas de dos clavos, dos hombres echados boca arriba sobre el cemento con sus camisetas amarillo-sucias llenas de agujeros, cargados de sol, de viento y de fatiga.

"Sí, hay que seguir", se dijo Giuseppe. Y alzando la voz:

- ¿Has recibido carta?

- Sí, ayer. Te lo dije. ¿Y tú?

- No.

- Estará en la pensión cuando regresemos.

- Puede.

El instante se fue estirando, salió y se hizo largo en forma de un camino estrecho por donde venía una carta rota de quejas y hastío con noticias del hijo y de su mujer.

Hacía dos años que no los veía. Cuando llegó a La Guaira creyó que podía ser cosa de unos meses. Esa era su perspectiva de Venezuela al desembarcar. Después de dos años, a cincuenta metros de altura, le parecía ver un siglo de vida sin objeto por delante.

Giuseppe no esperaba ver tanta gente. Se veía doblado sobre la borda, sudando bajo la gritería, la presión de sus compañeros de barco y una corbata y un traje nuevos, estrenados al embarcar. ¡Ese peladero rojo era Venezuela! ¡Y eso sería Caracas! ¡Con lo que contaban de Caracas!

– No –oyó decir a alguien–, eso es La Guaira.

– ¿Y Caracas?

– A un cuarto de hora.

Giuseppe miró aquellos cerros cargados de ranchitos de barro y ojos de sol en las latas; aquellos caminos rojos del agua, como arañazos; aquellas casitas de colores lavados y reseco muchas veces apiñadas sobre la ladera pelada y casi vertical. "Pero éste es un país de oportunidades", se dijo. Entre este gentío del muelle no había sitio para una mirada suya, pero Venezuela tenía lugares enormes donde cabría holgadamente su cuerpo. Bajó a la bodega, aquella maloliente boca donde ubicaron al pasaje de inmigrantes. Recogió sus dos maletas de tablas de debajo del camastro donde acostó sus ilusiones por quince días, y subió corriendo la escalerilla de hierro con sus ilusiones ya de pie y perfectamente a plomo.

"Giuseppe –se dijo–, esta es tu meta de muchas noches sin dormir".

– ¿De qué te ríes? –le preguntó sobresaltado su compañero del piso veinte.

– De nada... de mi llegada a La Guaira.

– ¿Qué te hace reír de tu llegada?

– ¿Tú no sabes que yo subí hasta Caracas caminando?

– No, ¿y por qué?...

Lo primero que se le ocurrió a Giuseppe cuando desembarcó fue volverse a embarcar. Le tomó cariño al barco. Se dio cuenta de eso cuando lo vio desde el muelle, con sus dos maletas de madera en cruz, aquel peladero rojizo con ranchos de ojos de lata a la espalda. El barco regresaría a casa. Y le ocurría igual que cuando muchacho: si su mamá le montaba en un caballito del tiovivo, él miraba con envidia al conejito de orejas paradas en que iba montado su vecino; después le montaban sobre el conejo, y el caballito de crines erguidas le parecía más hermoso. Además, quince días de barco son como quince días de intimidad. ¡Hay que ver el sentido de solidaridad que despierta la sola coincidencia de un viaje en autobús! Pero la corriente de amistad que unió al pasaje se disolvió con el calor húmedo del puerto. Cuando la dureza del suelo se le clavó en los huesos se quedó como un balancín de dos maletas tan horriblemente solo que le parecía mentira que toda aquella gente estuviese compuesta de personas.

– Pero, ¿por qué viniste caminando?

Giuseppe se volteó, se colocó panza abajo, escondió su barbilla entre sus brazos cruzados y puso sus ojos cocidos al sol en la cara de su compañero del piso veinte:

– Creí que eran quince minutos caminando –dijo.

– ¿No preguntaste?

- ¿A quién?
- ¿Tenías dinero?
- Diez dólares.

Pero se los pidieron todos por una carrera. ¡Por quince minutos de camino, como si fuese un turista! En la entrada de la autopista le dijeron que no podía subir por allí. Que si fuese un carro, sí. ¡Cómo iba a ser él un carro! Y aquellos hombres se rieron porque Giuseppe tenía que caminar diez kilómetros más con dos maletas encima por la vieja carretera porque no era un carro. Cuando alcanzó las primeras casitas de Catia, al amanecer, le recibió una pelea. Giuseppe se dejó caer sobre una escalera de tierra y los vio pelear. El hombre se fue maldiciendo. La mujer se quedó en la puerta. Al rato entró Giuseppe dentro bajo el peso de las dos maletas cargadas de fatiga y sueño. Salió bien entrado el día, como entró menos diez dólares. Así le entró Venezuela por los ojos y el cuerpo.

- Nunca había oído una cosa así.
- ¿Y tú cómo subiste?
- En un carro por puestos.
- ¿Te esperaba alguien?
- No, pero para eso tiene uno vista...
- Tú tienes mucha vista y llevas casi tres años ganando doce bolívares.
- No he tenido suerte.
- ¿A qué llamas suerte? ¿A ganarte un "5 y 6"? ¿Por qué vas a ser precisamente tú?
- Hay otras muchas suertes en América: negocios, un subcontrato bueno, una mujer con plata, un terreno que sube de precio...
- Yo no creo en eso.
- ¿Tú conoces a Lino?
- Sí.
- Pues ni se ha ensuciado las manos y ya está rico.
- ¡Lino es marico!
- ¡Ah!... ¡cada uno como puede, pero ése ya ha hecho su América!
- Yo no quiero una América así, me da asco...
- Pues por eso subiste caminando a Caracas, por eso estás siempre huraño en la pensión, por eso estuviste meses sin trabajo, por eso estás casi loco...
- ¡Renato!

El grito dio dos tropezones y se desplomó desde veinte pisos de altura, como Camilo. La habitación desnuda, sin puertas, se volvió a llenar de un rumor distante, de calle apartada. Y en la cancha del piso veinte se crisparon dos manos y se abrieron los fosos de dos aberturas sin puerta.

Renato se hizo un poco más hacia el rincón. Y sonrió cobarde:

- No iba en serio, es un decir...

Giuseppe pareció calmado con sólo ver el gesto arrepentido y tímido de su compañero. Él no estaba loco. Loco estará el que se olvide de su mujer, de su hijo, de sí mismo.

- Mira, Giuseppe –se animó Renato–, ¿por qué no haces como los demás? Tierra nueva, vida nueva, mujer nueva...

Giuseppe le miró con desprecio.

– Tú sabes –continuó– que nunca vas a poder reunir bastante para traerlos; tú sabes que no podrás mandarles bastante tampoco tal como están las cosas... tú sabes que necesitas mujer. Dime, entonces, algo que puede ser una solución.

Giuseppe no contestó. Se dio media vuelta. Él sabía en su torpeza para seguirle que además de las cosas que son, hay otras que se sienten, y que las cosas que se sienten son tan verdad como las que están delante.

– ¿Entonces?...

– Seguir... como en el trabajo.

Y le entró un hastío como un líquido blanco que se le regó por dentro y le llegó hasta el rincón de la cabeza donde él creía que se gestaban los pensamientos. "Lo mejor es no pensar y esperar", se dijo.

Giuseppe se levantó, se puso su cucurucho de papel, se asomó por la abertura como si fuese a lanzarse con paracaídas desde un avión, y se le pusieron los ojos chiquitos de sol. Después saltó sobre el andamio, colgado a cincuenta metros de altura, sobre la ciudad bajo aquel sol de plomo que le agobiaba. El andamio soltó un agudo grito de mecate y tuvo un gesto de vaivén.

– Me vas a prometer una cosa... –y Renato le pidió desde su miedo agarrado al quicio de la puerta, que dejase de dar vueltas a las cosas por esta tarde, y que no asustase a José...

El cajón de mezclilla que le ponía delante el negro José era dócil, mojado, tibio. El podía manejarlo sin dificultad y darle forma. Le gustaba hacer esto, porque le hacía sentirse dueño del destino de algo útil. Cuando se secaba, el cemento guardaba la forma que le diera y nacía un cuerpo nuevo que servía al hombre. Aquella línea vertical de veinte pisos que él había contribuido a trazar metro a metro tenía de noble la rectitud de plomada que orienta al hombre en sus esfuerzos. Estaba construida de cuerpos dóciles a la mano del hombre que después le eran fieles para siempre. El suyo, su cuerpo, también era fiel a las manos tibias de su madre que lo modeló. Eso a pesar de la tormenta, de la lluvia, del viento y del sol. Le estaba ardiendo el cuerpo, pero el suyo no se derretiría y seguiría en pie. Renato haría lo que quisiese. Era cosa suya. Cada hombre tiene su medida que colmar. La suya era esta caja de mortero donde venía a vaciar de vez en cuando José su lata de mezclilla. A veces le parecía enorme, sin fondo. Otras la veía chiquita, insignificante, frente al precipicio de los veinte pisos echados en plomada como un tirón largo-largo bajo sus pies, por donde se fue Camilo...

"Riiisstt... rassstt"...

Sin el andamio no hubiese habido pisos, sin mecates y tablas no hubiese habido andamio, sin planta no hubiese habido ni tablas ni mecate, sin... ¡bah!... eso era una locura... "Locura!"... las sienas marcaban su paso loco... "tic-tac... tac, tac, tac... tic-tac"... en sus oídos llenos de "rriiisstt-rassst", de pitos, de voces apagadas y del jadear inhumano de los carros. ¡Por ahí se había ido Camilo!... "¡Loco!"...

– ¡¡Renato!!

El grito ensartó las cabezas de José y Renato como un alfiler.

"Píiii... cok-cok-cokkkk... píii-píii... tin-ton... tin-ton-tin-ton"... los martillos; sssssfrrrruuuuusss"... los soldadores; "¡eh!", el hombre; "píii-píii", el policía; "¡coño e madre de musiu", José. Y el andamio, nada, callandito, quieto. Los mecates, con su silencio tendido, tenso, de cosa. Las tablas murmurando... "riisst-rasstt", "crik-crak"... muertas a sus pies. Giuseppe secándose el sudor, con un aire confundido y torpe. José, otra vez inmóvil, como una aparición. Renato, agarrado a la cuerda:

– ¿Qué tienes, Giuseppe?... ¿no te sientes bien?

– Sí... ¿por qué?

La pregunta hizo dos muecas de clown en el andamio y se reflejó en los ojos redondos y brillantes de José:

– ¿Por qué?... ¡no joda!... Este Yusepe como que está loco... Yo no me dejo caer como Camilo, ¡la pistola!...

– ¡José, no te vayas!...

Renato se fue detrás. Giuseppe se quedó solo y sintió otra vez aquella angustia de la zapatería...

Sí, aquella angustia de la zapatería que no había vuelto a sentir de nuevo hasta que sintió otra vez miedo de quedar sin trabajo... Es como si regresase a la zapatería de Pietro y Elio.

Era un cuartico de tres metros por tres. Allí comen, trabajan, duermen y sueñan los dos hermanos. El rincón huele a sudor, sebo, betún y cuero. Cuando despertó allá amanecía apenas. La habitación estaba oscura y llena. El aire era tan denso que no cabía una respiración más. Ya apuntaban unas grietas de luz en la puerta y comenzaban a rodar por la calle los ruidos del día cuando sintió aquella angustia que le asustó tanto. Era ruido de motores, motores, motores... Arrancando, corriendo, frenando, bufando... Tanto motor como andaba suelto por la calle y apenas había lugar para su soledad. Había andado entre carros y carros, escapando de ellos, durante un mes sin encontrar un ser humano; alargando las piernas sobre el cemento caliente en pos de una obra, apretando el corazón cada vez que le negaban emplear sus brazos. Hasta bajaba los ojos con humildad denigrante, se ofrecía casi por nada, apenas para tener con qué pagar la pensión de paredes de cartón y consumir el tiempo de manera que no quedase ninguno para sentirse solo. El hombre parió aquel amanecer angustioso entre dos mesas llenas de zapatos rotos que olían a pies de pobre y el catre sucio donde estaban tendidos los dos hermanos, dos hombres buenos que le recogieron compadecidos de su estado.

– No, no te muevas –le dijeron cuando quiso levantarse–. Hoy te quedas así. Te traeremos un remedio y mañana te levantas.

Al rato entró Elio con una taza de café caliente, y a Giuseppe le dieron de comer...

– ¡Giuseppe!... ¿me oyes?...

Está Renato de vuelta, mirando desde el quicio sin puerta que da al vacío de veinte pisos, que los pitazos y el ronronear de los carros trepan trabajosamente.

– ... José está aquí. No va a decir nada al capataz. Pero te pedimos los dos una cosa: que descanses aquí, en el piso, un rato. Te ha dado mucho el sol y estás preocupado, como estamos todos de vez en cuando. Éste no es un sitio para pensar. Tú haces la mezcilla en la sombra y José te ayuda...

– Bueno.

¡Hay que vencer este miedo! Hay que agarrarlo, doblarlo y tenerlo domado, como a un animal. Hay que mirarle a la cara y amansarlo. No es sólo por uno. Es que uno tiene mujer y tiene hijo y tiene padres, que es de donde viene uno, y tiene amigos y tiene compañeros que esperan que uno sea un hombre y no un marico, como Lino. Eso es asustarse y coger por el atajo del miedo. Eso es cobarde. ¡Qué diría de él su viejo, si le viese hacer eso! O su viejita, desde su aterido lecho de tierra. Y su mujer, y su hijo cuando crezca...

– José, déjame trabajar en el andamio. Ya estoy bien.

El andamio es sólido, tiene buen mecate, de buen sisal, de buena tierra, de donde viene el alma de todo y a donde regresa después, sin morir. La distancia hasta el piso es apenas un riesgo, como un carro al atravesar la calle, como una mujer que no es de uno, como el odio cuando prende... Pero hay que vencer la pendiente. Vale la pena. El tiene por qué.

– El perol no sube.

– Primero es lo de abajo, está más cerca...

– Por eso Camilo llegó primero abajo y después es cuando subió...

– No lo mientes, ¡zape!...

El sol va tapando huecos sobre el caprichoso recorte de cemento en el horizonte y corre una brisa fresca por el hueco sin puerta del piso veinte. Las cansadas manos de los hombres vienen vacías. Ya se prenden las primeras luces de la ciudad. Y flota un polvo tenue, como neblina. Pero tiene marcada su dirección de tierra.

– Este es un ascensor para peroles...

Los hombres erguidos de la mañana están doblados sobre su propia fatiga, y bajan... "tac-tac-tac"... como si viniese el perol frenando un impulso brusco de dejarse caer. Las manos vacías de los hombres tienen la conformación de trozos invisibles de cemento.

A medida que bajan hay menos sol. Es como precipitar un crepúsculo. Ahora el sol da de espalda, pero son las mismas sombras de la mañana que siguen a los hombres con constancia de mujer celosa, más atenuadas, como domadas y soñolientas. Si siguieran a sus hombres, dos de ellas irían a un barraconcito con compartimientos de cartón de a 0,50 de bolívar por noche.

Y por tan poco, ¿quién va a pretender el lujo de dormir?...

*LA SEMILLA VIEJA*  
Caracas, 1958

*A Miren Itxaso, que tiene un año,  
a Unai Ona, que ha cumplido dos, y  
a Anamari, que me los ha traído.*

## La luz se apaga al amanecer

La calle de tierra era como la cama de un río muerto, y a las casuchas de madera que parecía que estaban de entierro en las orillas les nacían de noche unos ojos cuadrados y unas hendiduras como tajos por donde resbalaban unas luces amarillas de velas y lámparas de kerosén.

Cuando la mujer venía bajando por el olvidado camino del agua con la cautela de irse robando la respiración, se escandalizaron los perros, se abrieron algunas puertas, y alguien que era mujer dijo para que oyera la otra:

"¡Ahí va la puta esa!"...

La mujer continuó pasito su vacilante caminar de tacones, tropezando las piedras y los huecos, mirando al suelo, como si viera. Se cerraron, como a golpes de viento, las puertas. Los perros fueron apagando sus voces de alcahuete. Después, como a soplos, se fueron borrando también las rendijas como mirillas y los ventanucos como troneras. Y cuando la calle de tierra terminó de hundirse en la noche, quedó expuesto a toda la oscuridad del mundo un huequito de luz alumbrando con humilde fidelidad de lamparilla.

Los cocuyos habían hilvanado muchas redes de luz en sus invisibles cañamazos de verde, y los perros habían dormido ya casi completo su sueño de cazo de sopa cuando los despertó como un pasitrote de tacones de la buscona, que ya respiraba desafiante sus sofocos de la llegada. Se pasaron la voz como si la odiaran. La mujer se fue derechamente a la luz y empujó la puerta.

Antes de extinguirse el clamor de perros, cuando la alborada apuntaba ya sobre el copete del Avila, la luz como de lamparilla se apagó.

– Una mujer con una niñita de tres años y un muchachito de ocho meses –dijo rascándose la cabeza una gorda en el abastos– no se pone a trabajar de noche, y dice que de camarera, si no le hace falta la noche para trabajar...

– Es que de noche no se ve –rió torpemente el pulpero.

– Pero se siente, m'hijo, que esta madrugada me volvió a despertar el muchacho, la bicha esa. Yo nunca la veo aquí; ella como que no compra en tu negocio.

– No, las putas se van cinco cuadras más abajo para ahorrar dos centavos. Aquí el que viene a veces es su marido, que trae a la muchachita para comprarle dulces. Ese hombre sí parece bueno.

– ¿Bueno?... ¡Un hombre que se queda en la casa, como un cabrón, comiendo del negocio ambulante que tiene su mujer!...

– ...¡No me digan –terció una chaparrita chupada y sucia que venía llegando– que están hablando de la húngara!... No sé qué podrá tener ese cuerpo de sapo, que le da para montar a su hija en los caballitos de la carroza del isleño dos veces al día...

La mujer es fea. Ni siquiera tiene alguna de esas cosas que a los treinta años, que no debe tener más, todavía ciegan a los hombres.

Es un cuerpo de cocinera, retaco y abombado como una tina, y la cabeza la tiene pegada al mismo hombro. La cara es cuadrada, con las quijadas abiertas, como los

perros de presa. Y se viste feo. A veces se pone una bata ancha y sin talle, como un sayo. También se le ve con un gabán tápalo-todo que parece una cobija. En las raras ocasiones que sale de día se aprecia mejor el caminar torpe de esas sus dos piernas cortas y zambas, evitándose trabajosamente los tobillos de sus pies, que los tiene apuntando como las agujas del reloj a diez para las dos. A menudo lleva las manos metidas en los bolsillos, como si tuviese frío. Cuando no, se le quedan los brazos inevitablemente levantados por el gordo de las carnes que se le amontonan en los sobacos, con el aire de esos globos que ponen a volar por las fiestas.

De noche se pone unos zapatos de tacón que la levantan media cuarta, pero tan torpemente que parece que va caminando sobre zancos. Callejea por las orillas, se pega instintivamente a los muros de los jardines y de las casas, evitando las luces de las vidrieras, mirando a ratos para atrás, como si recelase algo.

Ella sabe cómo topar con los hombres. Si no basta la insinuación, va al abordaje. Casi siempre pide un cigarro. Después discute el precio en un castellano de consonantes duras como alambres. A veces continúa su camino sola, rezongando; cuando tiene suerte, acompaña al hombre sin acercársele mucho. Aprovecha todas las sombras que hay, no desperdicia un callejón oscuro. Si el hombre no tiene mejor, pues ella cuenta siempre con una pensión de a ocho bolívares la noche y de tres o cuatro el rato, depende de lo holgado.

Regresa siempre a su chamizo antes del amanecer. Es como si temiese la luz del día.

Después, apenas se la ve.

Quien sale al patio a tender los pañales, quien da los teteros al niño y quien lo acuna con canciones, quien cocina, quien va de compras, es su marido.

Es un catire pequeño, con un bigotito amarillo y unos ojos azules que sonríen al mirar. No son ojos de tímido. Miran de frente, sin turbarse. El hombre hasta tiene cierto aire distinguido que choca con su manera humilde de vestirse. Pero hay en la forma en que encorva la espalda al caminar algo que corresponde a cosa doblada dentro, en su espinazo moral.

Suele ir de compras de medio de sal, real de azúcar, cien gramos de arroz, equipado con un maletincito de cuero. Parece una manera pueril de disimular que va de compras para la cocina. A veces lleva a su hijita Kati de la mano; pero casi siempre su compañía es un perro spaniel marrón, con nobles orejas, el hocico frío y unos ojos que parecen de persona. Bodri se come todos-todos los días (lo que es un escándalo para las mujeres del barrio) una lata de carne para perro que vale un bolívar. Se cuenta que un señor ofreció por él hasta dos mil bolívares, y que al hombre no le brilló siquiera uno de sus ojos azules. Y puede ser verdad. El perro también le demuestra mucho cariño. Va siempre pegado a sus piernas, y le obedece a la menor señal.

El hombre parece tener dominio sobre sí mismo, sobre el perro, sobre la niña, sobre los que saluda con una sonrisa al cruzar, y sin embargo hay esa curvatura del espinazo y hay su esposa que le sale de noche a vender su cuerpo deforme mientras él se queda haciendo los trabajos de la casa como una mujer.

Un atardecer llegaron al barrio dos mujeres y un hombre que después de mucho preguntar fueron a parar al DDT-234, la casita de techo de zinc donde vivían los

húngaros. Primero asomó al ventanuco la cabeza revuelta de la mujer, y desapareció. Luego, por la puerta, asomó su medio cuerpo el hombre.

A pesar de que fue cortés con ellos, no los hizo pasar. El visitante, que fue el que habló, dijo que los tres pertenecían a una comisión húngara de asistencia al inmigrante, a ver si podían hacer algo para ayudarlos.

– ¿Qué oficio tiene? –dijo solícita la más vieja de las dos mujeres.

– Soy catedrático, graduado en la Universidad de Budapest. Explicaba Historia y Sociología.

– ¡Ah! –dijo elocuentemente la otra, que era bastante bonita.

– He intentado trabajar varias veces de lo que sea –aprovechó la bajadita el hombre, aunque con cierto aire mortificado.

Entonces salió ella, vestida con un quimono de flores amarillas y moradas hasta el suelo, cuadrada como un biombo, los ojos abotargados, el gesto agrio.

Su marido no tuvo más remedio que presentarla.

– ¡Qué! –le cortó ella bruscamente–, ¿le vienen a ofrecer trabajo?!

Las dos mujeres de la comisión se sobresaltaron. El hombre miró sin hacer un gesto. Fue su marido el que dijo:

– No, mujer. Vienen a ofrecerse, por si nos pueden ayudar.

– ¡Ah! –rió descaradamente la mujer entrando en la casa–, ¿y qué es?!...

– Ruzsi... –rogó el hombre humildemente.

– ¡¡Si te ponen a trabajar, avísame!! –gritó ella desde dentro, y tiró la puerta.

El hombre explicó entonces con humildad, que primero trabajó como peón, pero que no podía, que se sentía morir de cansancio, y que como no sabía la lengua, pues que no podía hacer más. Que luego su mujer le encontró un empleo como vendedor de seguros entre los extranjeros, pero que tampoco pudo, que le faltaba carácter para eso.

– Y entonces –le preguntó la más vieja de las dos mujeres, con cierta dureza–, ¿qué piensa hacer?...

– Yo no he pedido nada a nadie –repuso dolido el hombre, aunque con la misma voz sin rencor de antes.

Los tres visitantes se miraron. Hubo como un acuerdo en el aire, y habló el hombre de la comisión, pronunciando claramente las palabras.

Entonces el hombre de los ojos azules que estaba oyendo el regaño se molestó. Las manos le saltaron a las solapas del predicador, y le dijo silbando las consonantes, pero bajito, para que no lo oyese ella:

– ¡Usted no toca a mi mujer ni de palabra!...

Algún vecino que vio cómo escapaba la visita tropezando las piedras del camino, corrió la voz de que había habido una denuncia contra la húngara.

Y cuando ella salió ya oscurecido, como todos los días, había un grupo de muchachos frente a la casa. La abuchearon, y hasta alguna piedra ciega le pasó rozando en la oscuridad. El hombre oyó el escándalo desde detrás de la puerta. La mujer no se detuvo. Siguió despertando, con su caminar torpe, como de zancos, el odio de los perros.

Cuando la mujer regresó eran las cuatro y media de la madrugada.

Él, que estaba echado sobre la cama, sin desvestirse, se levantó a abrir la puerta en cuanto comenzaron los ladridos. La esperó con Bodri, que se había despertado en su cama de trapos.

– ¿Cómo estás así, vestido? –dijo entrando.

Él cerró la puerta sin contestar. Cuando la vio un rato, sentada sobre la cama, quitándose las medias, le gritó cerca:

– ¡Has vuelto a beber, Ruzsi!

Ella volteó, le miró a la cara y le salió: "Puff"...

Y al rato, cuando tenía la falda de su vestido a la altura de la cabeza, dijo como si fuese sólo para su forro:

– ¿Qué quieres que haga?...

El se había recostado contra la puerta. Entonces reparó en que la muchachita estaba desarropada, y llegó a cubrirla. Cuando regresó dijo a su mujer, que ya se estaba metiendo debajo de la sábana:

– ¡Esto tiene que terminar, Ruzsi!

Se conoce que no era la primera vez, porque ella echó dos vientos que fueron como dos arcadas, y abrazándose a la almohada le dijo en el mismo tono de amigo:

– Mañana me explicas cómo...

– ¡¡Mañana no, ahora mismo!!...

El grito hizo dar un brinco al osito de nariz colorada que estaba botado al pie de la cama donde dormía la pequeña. Pero ella, Ruzsi, no movió una pestaña. El hombre, ya crecido, comenzó a discursar en alta voz, cruzando la habitación de un lado a otro, que eran cinco pasos.

De pronto, ella, que parecía dormida, le interrumpió:

– No seas cabrón, Janos, y déjame en paz; vete a acostarte...

Como él insistiese en plantear el problema, ella se incorporó sobre un brazo y le hizo con el dedo un gesto de acercarse, guiñándole un ojo con esa sonrisa de media boca que suelen usar las mujeres de la calle para insinuarse.

– ¡A mí no me hagas ese gesto, Ruzsi!...

– Ven para acá, valiente, siéntate... No, aquí, a mi lado... Tú al menos eres mi marido... Ahora, dime la solución, mi amor...

– Déjame en paz –dijo el hombre rechazando la falsa caricia–. Pues sí, lo tengo resuelto, nos vamos a regresar.

– Regresar, ¿a dónde?

– A Europa...

– A Europa, ¿a dónde?

– Podríamos quedarnos en Alemania, donde vivimos tan bien aquellos cuatro meses, ¿recuerdas?

– Y allá, ¿qué?

– ¿Cómo que qué?... Allá yo me puedo defender mejor, puedo trabajar.

– ¿Trabajar tú?... ¿Y por qué no trabajas aquí, ¡eh!?...

– Tú sabes que yo, si me sacan de mis libros, no sirvo. En Alemania puedo defenderme, conozco la lengua, tengo amigos...

– ¿Y yo, qué? –ya la mujer se había sentado del todo, junto a él.

– Tú puedes dedicarte entonces a los hijos, como debe ser.

– Como si no hubiese pasado nada, ¿eh? –ella parecía complacerse en mirarle derecho, apuntándolo con los ojos y preguntándole como a bayonetazos–. Y ¿dedicarme a qué hijos?

– Pues a los nuestros, ¿a cuáles ha de ser?

– Será a los míos –le disparó a bocajarro–; Kati sí es tuya, pero yo no sé cómo puedes estar tan tranquilo en cuanto a Jani, porque con esta vida que llevo ya voy para los dos años, casi desde que llegamos.

Él quedó suspendido de una cabuyita delgada como un hilo de araña, sin atreverse a mover un labio, como de miedo de romperlo y caer en un precipicio.

– ¿Y sabes otra cosa? –insistió despiadadamente la mujer–: que estoy otra vez encinta...

El hombre se quedó mudo.

Eso duró varios minutos.

– Anda, Janos, acuéstate –le dijo ella por fin con tono de lástima, recostándose contra la almohada. Y como lo viese tan asustado, añadió en una voz casi dulce–: Anda, tonto, que yo sé que todo no es culpa tuya, y todavía te sigo queriendo.

Él se levantó, como escapando de la voz dulzona de su mujer. Después rebuscó algo en un cajón del escaparate, y abrió la puerta.

– ¿A dónde vas? –le dijo ella sin moverse.

– Aquí, al patio... Ya regreso.

Detrás de la casa había un patiecito estrecho colmado de ruedas oxidadas, cuadros de bicicleta, cauchos, rines viejos vueltos herrumbre, porque el que vivía aquí antes era un mecánico. El los miró un rato a la luz del amanecer.

Después, buscó algo sobre su cabeza, y dio con un palo que sobresalía una cuarta del zinc. Acercó un cajón, se subió en él, y haló del final del travesaño.

Dentro, toda la casa se movió.

– ¡Janos! –le llamó ella–. ¡¿Qué haces?, ven a acostarte!...

– ¡Ya va! –contestó él por un hueco de la pared de tablas.

Después sacó de su bolsillo un ovillo de mecate que cabía en un puño y ató despacio un cabo al palo. Cuando comprobó que podía aguantar un peso, ella lo volvió a llamar.

Él vio a través de la rendija cómo su mujer se estaba levantando y venía por él.

Entonces saltó del cajón y entró en la casa. Al rato, la luz como de lamparilla se apagó.

Sería media mañana cuando se levantó.

Los niños ya estaban jugando sobre la cama. Cuidando de no despertar a Ruzsi, salió y llegó hasta detrás de la casa apresuradamente, como si hubiese olvidado algo la víspera.

Entonces cogió la otra punta del mecate, lo enlazó en el otro extremo del tejado de zinc, y colgó los pañales del niño, los vestidos de Kati y unas medias de Ruzsi.

Después, cogió su ponchera debajo del brazo y regresó a la cocina para preparar el desayuno de los pequeños.

## La semilla vieja

Era uno de los últimos días de julio, cuando los pocos mangos que han escapado a la puntería de los muchachos comienzan a rendirse a la tierra solos.

– ¡Anastase! –al viejo le brotó un grito cerca–, ¡pégale otro corte!

El tractorista había bajado de su máquina en marcha y se había acercado al viejo para mostrarle una raíz.

– Yo credo –le dijo sin levantar la voz el viejo del hacha– que non sone le rádiche; é el tratore que non jala por il lado justo.

– ¿Para qué lado? –le gritó por sobre el ruido del motor el tractorista.

– Para acá, en questa direzione... –y el viejo blandió la herramienta para indicar un camino.

Cuando recomenzó la maniobra del tractor, el viejo se alejó unos metros, y acariciando el filo del hacha con su dedo gordo, que estaba agrietado y oscuro como una semilla vieja, dijo para adentro, que es donde últimamente había comenzado a meter sus cosas: "Árbol joven, que lo maten ellos, los maquinistas; ya van catorce en este mes, y el valle se está quedando sequito y arrugado. Si yo no necesitase de los doce bolívares que me dan, si tuviese oportunidad de algún otro trabajo, si no se viesen en mis arrugas los casi sesenta años que tengo, a mí no me enredan en este negocio"...

Cuando el tractor dio con el rumbo justo para derrotar a las raíces, la guaya gritó con su voz de látigo, el tractor jadeó como un toro que ha terminado de cubrir, y las recias ataduras del árbol con la tierra reventaron con estallidos secos, como tiros a quemarropa, abriendo el hueco gigante de una sepultura.

Cuando, después de los estallidos secos de tendones, terminaron de irse el lloro tierno de las hojas en su último vuelo y el crujir lastimoso de las ramas, y cuando luego el tractor regresó a ver de cerca su muerto, echado a lo largo de sus doce metros de tronco, el viejo se acercó al foso cruzado de raíces rotas mirando al vacío del cielo, y dijo como solía: "Otro muerto".

Pero si se apiadase de cada árbol que tumban, si le afectase cada hombre que escupen, si le doliese cada mirada que ofende o cada palabra que hiere, Anastase estaba ya muerto, como el árbol.

Acostó su hacha en la tierra y se deslizó torpemente, con sus pantalones remendados con cabos de alambre, por un pequeño talud; hurgó entre un gamelotal y trepó luego a gatas, con un saquito de tela azul en la mano.

El viejo había aprendido a sonreír entre lágrimas y a comer en el hueco de una tumba.

Después hubo que cortar al árbol muerto los brazos, y trozarle el cuerpo en cinco o seis pedazos, reducirlo a carga de camión. Eso era trabajo de casi dos días para él solo.

Este desmonte estaba ya casi listo. Después posiblemente irían al otro lado de la quebrada, donde estaba trabajando el patrol que Anastase guardaba de noche.

A la luz casi blanca del mediodía, el valle entero era un solo plano amarillento y estéril. Otras veces, sobre todo en la amanecida, todo el abra le parecía una creciente enorme, un gran desbordamiento de aguas cuando engordan de tierra y se hinchan, con alguna isleta de verde asomando como náufrago sobre la hinchazón estirada del río.

A Anastase le ocurría también imaginarse aquella inmensidad como si fuese una gigantesca parcela de tierra labrada esperando las primeras aguas de abril para la siembra.

¡Claro que éstos eran pensamientos tontos que le venían a él a la cabeza, y que no los decía porque se le iban a reír!

Al anoecer, cuando regresó al depósito de materiales de la urbanización, un halo de sol en la cabeza, el bulto de mangos sobre el hombro y el hacha en la mano, le estaba esperando Nico.

– Hubo carta, papá –le dijo al llegar.

– ¿Por qué viniste hoy, si quedamos en que mañana? –Y sin otra pausa añadió–: ¿Qué dice?...

El joven como de veinte años estaba remangado hasta casi los sobacos, y con un gesto de desenfado aprendido en el cine, a lo James Dean, alzó los hombros como diciendo "todo sigue igual". Pero después, como si hubiese reparado en algo tierno, mientras el viejo dejaba el saquito azul lleno de mangos en el suelo, dijo:

– Mamá está mejor de los ataques.

Luego hubo un silencio bastante largo, que el viejo Anastase invirtió en meterse en el cobertizo de las herramientas y cambiarse de pantalón.

– ¿Y tus hermanos? –dijo asomando la cabeza.

– Giuseppe se compró la bicicleta.

– Y, ¿qué dice? –brincó medio tono la voz vieja de Anastase desde dentro del galpón.

– Nada (al joven se le antojaba que todo lo demás, los detalles, estaban ya comprendidos), que está muy contento, que ahora llega al trabajo en menos de media hora, ¿qué va a decir?...

– Ahora Tonio (el viejo estaba, sin embargo, en los detalles) querrá otra igual.

Con menos que eso había para que el viejo se quedara observando las grietas de sus manos.

– Papá –le sacudió su hijo con la voz–, ¿dónde queda el patrol?

– Ayer quedó en aquel alto, cerca de la carretera nueva. Pero hoy lo vi coger para el otro lado de la quebrada, donde llenaste la bolsa de mangos la semana pasada –explicó el viejo.

– ¿Dónde los conseguiste hoy? –preguntó Nico señalando el saquito desmoronado en el suelo.

– Hoy –se avergonzó el viejo– de un mango que tumbamos. Los vas a llevar.

– ¡Pero si vine a relevarte en el patrol esta noche!

– Quedamos en que mañana.

– Pero es para que veas la carta, y además te dejé una carne para freír en el cajón de la comida –insistió Nico.

– Y ¿qué ibas a comer esta noche? –preguntó Anastase a su hijo, que lo veía con las manos vacías.

Nico se volteó y le mostró el bulto de un pan redondo debajo de la camisa, y le sacó una latica de sardinas de uno de los bolsillos del pantalón, que lo llevaba muy ceñido en la cintura y en las piernas.

– Dámelos –le dijo el viejo– y llévate los mangos.

– Entonces –dijo resignado Nico–, ¿vengo mañana?

– Mañana, sí. Dile a Vido que le llevaré la tabla...

– ¿Qué tabla?

– Me pidió un pedazo de tabla para arreglar su camastro, que lo reventó Salvatore, que es un bruto, ¡Ah! –dijo el viejo como si de pronto recordase algo muy importante– quiero hacerte una advertencia: no toques los mandos del patrol, que la máquina puede rodar hasta el fondo de la quebrada. ¿Tú sabes lo que le pasó a Komorsky?

– ¿Qué Komorsky?

– Un polaco que murió hace dos meses en Santa Mónica... Monta en este camión que viene. Ahí está Suárez...

El camión traía su caja llena de hombres agachados. El viejo preguntó por el patrol a un trigueño con cachucha de cuero que iba sentado en el borde trasero del camión.

Cuando Nico se encaramó allá arriba con su saquito de mangos, y el camión arrancó, el hombre de la cachucha de cuero le hizo un lugar junto a él. Ya estaba el vehículo en plena bajada cuando se volteó para decirle:

– ¿No te quedas hoy?

– No –le contestó Nico alzando la voz por sobre el traqueteo del camión y el ruido de los frenos–; cosas del viejo. Dijo mañana, y tiene que ser. Yo mañana quería ir al cine.

– Tienes novia –sonrió el hombre con una malicia sin motivo.

– Bueno... –se turbó Nico sin tener por qué.

– Yo no sé –dijo Suárez para cambiar– cómo pueden ustedes dormir montados en ese asiento.

Nico alzó los hombros, y luego estiró las piernas sobre el bultico de mangos y dijo:

– Son diez bolívaes.

– ¿Cuánto gana el viejo por el trabajo del día?

– Doce.

– Es poco –dijo Suárez como para sí, pero de forma que le oyese Nico.

– Por eso es que tenemos que trabajar también de noche.

– No –repuso rápidamente Suárez, agarrándose en una curva del camión–, digo que doce es poco para el trabajo que hace el viejo, porque yo veo lo que suda tumbando y picando esos árboles.

– El viejo –dijo Nico– siempre ha sido así.

Después hubo un buen rato en que no se oyó nada más que el ruido del motor y los brincos de la caja vieja del camión, porque ninguno de los que iba con ellos hablaba tampoco.

– ¿Tú sigues en la carpintería? –preguntó por fin Suárez.

– Sí; pero si no me suben el jornal, me voy.

– ¿Cuánto te pagan?

– Sesenta bolívares a la semana.

– ¿Y qué estás haciendo?

– Llenando los sacos de viruta para la cama de los caballos en el hipódromo. Es un paisano que tiene un contrato con la carpintería: paga a medio el saco y vende a bolívar.

– ¿Cuántos sacos llenas al día?

– De doscientos a doscientos veinte, según.

Suárez puso los ojos chiquiticos, mirando a través del hueco de la cabina del camión, por donde veía carretera adelante, calculando cuánto daba el negocio. Y al cabo de un rato dijo:

– ¡Pues el negocito da como ciento cincuenta bolívares diarios!

– Bueno, cincuenta se le pueden ir en el transporte de camión y en mi jornal; pero le quedan cien bolívares limpios.

– Y el que trabaja eres tú.

– Claro –dijo Nico, y se rió.

– Y ¿por qué no te pones por tu cuenta?

– No –dijo seriamente el joven–, para eso hay que tener amigos en el hipódromo; ¿tú no sabes cómo son estos negocios de los contratos?...

La pregunta quedó prendida en una rama de cují que casi se lleva la cachucha de Suárez.

Ya habían bajado de Baruta a las afueras de la ciudad, y el camión iba a entrar en la autopista cuando Suárez dijo:

– Y ustedes, ¿adelantan tanto así con esos diez bolívares que les dan por noche por guardar el patrol? ¿Porque eso está reventando al viejo!

– Sí –le contestó Nico regresando desde algún otro pensamiento–, porque así pagamos una sola cama en la pensión y ahorramos otra, que son tres reales diarios, y que sumando a los diez bolívares, pues hacen otro jornal completo. Así son tres jornales entre los dos, que tenemos que mandar una plata para mamá y los hermanos.

– Entonces –dijo Suárez con cierta dureza– tú deberías relevar al viejo más a menudo, porque trabaja más duro que tú y está muy cansado.

– A mí me queda muy lejos desde El Cementerio; porque hasta aquí son tres cambios de autobús, que son hora y media de viaje –dijo Nico sin enfadarse–; pero yo vendría igual si no fuese por el viejo, que no me deja relevarlo sino así, una o dos veces por semana.

– ¡Ese viejo tuyo es medio fregao, carajo! –dijo Suárez levantando la voz.

– ¡¿Por qué?! –se sorprendió Nico.

– Es que él tiene la costumbre de tocarme los mandos de la máquina. Cuando llegué esta mañana, el patrol estaba a medio freno, sin el seguro, y como recuerdo que lo dejé puesto, pues le dije, y ya sé que no se lo debía haber dicho así, pero me salió: "Mira, siciliano, no me toques los mandos del patrol, porque cualquier día tenemos un disgusto". Tu viejo me miró sin decirme nada, pero queriendo decir: "¡A tí qué carajo te importa!". Fue luego, al bajar del patrol, cuando me dijo sin mirarme, pero sintiéndole yo el coraje en la voz: "Mira, Suárez, no me digas siciliano como si quisieses decir otra cosa, porque yo tengo un nombre, que es Anastase Santo, y a mí no me gustan esas cosas". La verdad, me duele habérselo dicho así, luego me dio lástima, el viejo, porque la

culpa fue mía. Pero como sea, hay que decirle eso, porque algún día se le van los frenos y le pasa lo que a Komorsky. Tú sabes, el polaco aquel que se mató con el tractor detrás de los cerros de Santa Mónica.

– No –dijo Nico mirando lejos–, no sabía.

Ninguno de los dos, en los diez minutos que duró todavía el viaje, volvió a decir una palabra.

Anastase dejó el camino hecho y enrumbó su atardecer a campo traviesa, sobre los terrones y las olas quietas que habían modelado las cuchillas de las máquinas en este inmenso mar de tierra.

De lejos, semejaba un sembrado enorme, pero al pisarla se sentía que la tierra había sido tratada sin la ternura con que labra el arado.

¿Pero se iba él a poner sentimental por la tierra herida, por los árboles que tumbaban, por todo lo que le cercaba a él, corazón blando de campesino? Si quería seguir viviendo en este mundo, tenía que meterse en él y ser como los demás, como el tractorista.

A lo lejos, sobre el cogote del cerro, el patrol se recortaba contra el cielo como una gigantesca tara muerta. Este era su rumbo. Allí estaba su cama ambulante, que se quedaba donde le cogía la faena al anochecer.

Cuando Anastase llegó al pie de la máquina, ya se estaba muriendo el día.

Y se sintió solo, sin un árbol en el horizonte, sin una hierba cerca.

El viejo montó lentamente sobre el patrol, se sentó frente al volante y abrió su pan redondo en dos. Después, con la misma navaja, que estaba mellada y vieja, abrió la latica de sardinas y la vació sobre la miga del pan escurriendo el aceite hasta la última gota. Y sujetando el pan redondo con sus ásperas manos de campesino, lo mordió golosamente.

Cuando terminó de comer, ya estaba oscuro. Anastase comenzó a sentir el peso de la noche sobre sus riñones, que ya estaban resentidos de la brega del día.

Cuando saltó desde el peldaño de la cabina de conducir, los terrones se le clavaron en las plantas de los pies, a través de la suela de sus grandes botas de cuero, y el dolor le brincó hasta los huesos de la cabeza. Abrió lentamente un cajón de madera que tenía el patrol entre dos ruedas, como entre dos piernas, que parecía una urna pintada de amarillo, y sacó un pedazo grande de coleta.

Con unas cabuyitas que le colgaban de las cuatro esquinas, amarró el saco de forma que tapase el espaldar hueco de la cabina, que era un esqueleto de hierro con sólo el techo.

"Ahora no importa –dijo el viejo en alta voz–, pero en la madrugada se mete una brisa fría que entra en la carne como un alfiler".

Después que amarró las cuerdas, volvió a bajar, más despacio que antes, y esta vez sacó una cobija que tenía dos agujeros bastante grandes; la sacudió con tres pequeñas explosiones de aire, y subió con ella al vehículo. Después, se echó cuidadosamente sobre el asiento en lo que daba de largo, que era un metro, plegando las piernas, como quien conoce la técnica.

Este olor a aceite y a grasa le transportaba todas las noches al garaje de Mateo Ianisi, de donde sale el autobús para Mesina.

Rosa y él bajaban al pueblo una vez al año con su familia, temprano en la mañana, para hacer este viaje. Llegando a Mesina, se coge el tren, y cerca de la estación Olivero queda la iglesia de la Madre de Tindari, una Virgen negra que es muy milagrosa. Su mujer, que sufría de ataques, había hecho la promesa de visitarla cada año por las fiestas.

Anastase tenía un ojo abierto, apuntando con la silueta de una pieza del patrol a una estrella que asomaba entre dos nubes, a ver si se movía.

"No, no se mueve", dijo.

Esta era una maña suya para engañarse, a ver si dejaban de venir los otros pensamientos y se dormía.

Y no se dio cuenta de nada más hasta que se sintió otra vez despierto con un nuevo dolor en la cintura. Por el viento, que soplaba húmedo y tibio, supo que se acercaba una tempestad. Anastase estiró una pierna en la oscuridad y el tobillo quedó encima de algo que era como una cabilla: "el pasamano del asiento", pensó. Después alargó la otra pierna, calculando una altura a mano izquierda: "el volante". Apuntalado así, oyendo cómo la coleta cernía suavemente la brisa, alargó su sueño otro rato. Lo vino a despertar un nuevo dolor en el tobillo, que era como si le estuviese mordiendo un grillo. Entonces dobló el pedazo de madera que era su pierna, la puso con sus dos manos, para sentirla, anidada entre dos palancas de velocidades, que era una media caña suave, y se durmió otra vez con ese sopor de media muerte con que se le entumecía el cuerpo, y del que no se despertaba del todo hasta el amanecer.

Entonces pensó o soñó que ya era empleado fijo en la compañía. Porque ya hacía un año que trabajaba sin faltar un día, y no le iban a botar ahora, que tenían que pagarle todo lo que dice la ley. En su primer empleo, recién llegado, lo cogieron para un trabajo de apuro, y al mes, lo sacaron; después supo que era por no pagarle las prestaciones. Volvieron a tomarlo a la semana, pero a los dos meses escasos lo sacaron con un grupo grande; esta vez para que no tuviese derecho a reclamar el preaviso y las vacaciones. Lo volvieron a enganchar al día siguiente, pero como si hubiese comenzado de nuevo, poniéndolo otra vez a partir de cero.

El no quiso protestar. ¿Para qué sirve gritar, si nadie oye?

Después, en diciembre volvió a quedar sin trabajo y tuvo que defenderse hasta mayo con unas chapuzas, haciendo de todo. En mayo-junio es cuando comienza el peón a tener algún valor. Los vienen a buscar a la pensión, y los llevan en grupos, y con jornales de peón de hasta doce y trece bolívares diarios a los más fuertes. A él le ofrecieron once, porque sabía tumbar un árbol. De peón-peón no le hubiesen dado diez. Eso dura hasta diciembre, que es cuando se terminan las obras en Caracas. Total, que lo que se ahorra en ocho meses se gasta en cuatro sin trabajo.

Pero a Anastase le fue bien en esta compañía, y lo retuvieron. Ya tiene un año cumplido, y le aumentaron un bolívar. Además le encargaron del cuidado del patrol de noche, porque le robaban las piezas.

La cama era dura, con esquinas como puntas de arado. Y escasa como una cobija que no alcanza sino hasta la cintura cuando donde se siente frío, un frío de hielo, es en la espalda. Anastase desenredó despaciosamente otra vez, sin abrir los ojos, porque la

oscuridad era la misma, las guayas imaginarias que le tenían el cuerpo absurdamente amarrado rodilla con ombligo, mano con cuello, duros los huesos de casi sesenta años como la tramazón de raíces de esos árboles que estaban tumbando, y pensó que para vida sin dolor, la de la máquina, con su asiento de hule gris impasible a pesar de sus hilos asomándole bajo el cuarteado de la pintura, su volante negro y sus palancas amarillas absurdamente tiesas, como soldados. ¡Lo conocía todo tan bien a punta de pie! Sabía a qué distancia terminaba el asiento, en qué curva arrancaban los hierros con bolas negras que eran los mandos de la máquina, y dónde comenzaba a mandar el arco grande y negro del volante.

¿Y si regresase a Sicilia? Sí –y la cabeza de Anastase se desperezó de sólo asomársele la idea–, ¿qué tal si ahora que tiene un año en la compañía y le tienen que pagar sus vacaciones y las demás prestaciones que marca la ley, y le toca cobrar más de cuatrocientos bolívares, no se embarca y se va?

Entonces fue cuando Anastase sintió una puntada de frío en el costado, y abrió sus dos ojos y comprobó, por lo negro del cielo, que ya estaba llegando desde alguna parte allá arriba, hacia Petare, la tempestad.

"Ya que te vas a mojar de cualquier modo, Anastase –se dijo con la filosofía de los que dialogan con la tierra y los elementos– no te muevas mucho y trata de dormir, que mañana es otro día largo de trabajo, y hay que juntar fuerzas para matar dos o tres árboles más".

Nico se iba a quedar. Ya el muchacho le advirtió que no regresaba a Italia; que él tenía mucho camino que andar en la vida, y que ya se acostumbraría a caminar por este nuevo de América, que era más largo y más ancho y que llegaba más lejos que el de su pueblo. Y era probablemente verdad, porque para los jóvenes todos los caminos nuevos son promesas. ¿Quién le dice a él que Nico no puede aprender a manejar un patrol como éste y ganarse sus treinta a treinta y cinco bolívares diarios, como Suárez? Pero a él, a quien no le falta voluntad, ningún compañero va a tener la paciencia de enseñarle, ni la compañía permitiría que él ensayase con la máquina, habiendo tanto que hacer.

Hacía ya un rato que estaban cayendo unas gotas gordas de lluvia, que sobre el cuerpo del patrol sonaban como golpes secos de hacha que llegasen desde dentro de algún bosque. A través de sus ojos cerrados, a Anastase le llegó dentro de la cabeza el resplandor de un relámpago. Esperó unos segundos con el oído fino y oyó reventar un trueno. Entonces se acurrucó más en su cobija. La coleta de la ventana soplaba como una vela rota, incapaz de mover la enorme máquina varada en aquel mar de tierra, donde Anastase hacía cada noche su viaje a Italia.

Cuando el viejo despertó de su sueño de madera, estaba casi amaneciendo. Ya se estaba esparciendo esa luz lechosa con que se anuncia el día cuando viene aterido, envuelto en nubes de agua. Y ya la lluvia era menuda, como una garúa, remojando silenciosamente el cuerpo grande del patrol. Entonces le llegó a Anastase desde el fondo de la quebrada un rumor de torrente.

"Ahora está llegando el agua de la montaña", pensó.

El viejo sintió que tenía el cabello mojado, y que su pierna izquierda chorreaba desde una punta del pantalón, y que tenía el brazo izquierdo enteramente mojado con el agua que le había ido trayendo sin ruido un cabito de la coleta.

Anastase levantó entonces sus dos piernas y las puso sobre el volante negro, y vio cómo le colgaban cerca de las palancas y del freno, que quedaba un poco más a la derecha. Y se amodorró otra vez con la cabeza sobre el pecho, con las manos cruzadas sobre sus dos piernas.

Lo que soñó después fue que se le estiraba una pata, como si se le hubiese aflojado un tendón, y luego, que le arrastraba un vértigo, que comenzó a dolerle en varias partes del cuerpo a la vez, silenciosamente.

Todo sucedió tan despacio, que le dio tiempo a pensar en el polaco de que le había hablado Suárez, en los ataques de su mujer, en sus hijos y en la Virgen de Tindari, y dijo algo a Nico, que es lo que tenía más cerca, y pensó también en los cuatrocientos o quinientos bolívars que le correspondían de retiro para su viaje en barco.

Y aquí se le acabaron los pensamientos, como si la pesadilla se hubiese terminado cuando subía al vapor.

Cuando a la niebla le llegó la luz del sol para poder mirar las aguas crecidas en la quebrada, vio que Anastase seguía durmiendo allí abajo con las manos cruzadas sobre sus piernas, en una de aquellas posturas en que se acostaba sobre el asiento de hule gris del patrol; sólo que ahora la máquina parecía estar sentada sobre el breve regazo del viejo.

## La llegada de Engracia

A Juan le amaneció su día en el muelle.

Destemplado por la vigilia, buscó el calor de un café. Se lo sirvió un chino en una taguara a dos pasos del muelle.

El puerto se desperezaba entre dos luces. Juan se quedó viendo los barcos recién lavados por la noche, que lo miraban mansamente desde sus ojos de escobén, amolando sus imponentes narices en el agua.

Fue leyendo "Stratford", "Bergen", "Txori Mendi", deletreando, porque eran nombres extranjeros.

El no sabía leer y escribir tan bien como su mujer, que había estado sirviendo con unos señores en Madrid; pero podía llenar con sus gordos dedos de campesino dos hojas por las dos caras en una media tarde de domingo, después de la siesta.

Luego llegaba a la esquina de Carmelitas y ponía el sobre en un hueco que decía "Exterior", que era como dejarlo en Celanova, sólo que una semana antes.

No ponía sus cartas en cualquier buzón, porque bastantes se le iban perdiendo por el camino en estos últimos tiempos a pesar de ponerlas directamente en el Correo Principal.

Juan se admiró de haber escrito sin faltar un domingo durante tres años, y sintió el deseo de respirar hondo, como cuando uno encima una pendiente.

Luego terminó de sorber ruidosamente su café.

Juan, en mangas de camisa, con su pantalón del traje azul bueno ya un poco ajado de las lavadas, con sus zapatos de goma blancos acabados de comprar, pagó su locha y salió a caminar por el muelle.

Quería que su mujer lo viese así, limpio, próspero. No porque él tuviese pretensiones de ofrecerle ninguna jauja, pero sí para que desde la primera mirada tuviese la impresión de que le esperaba una vida sin hambre.

Había trabajado los días de punta a punta durante tres años para sacarla de servidumbre y traerla a vivir con él, que esa era su obligación de casado. Eso y darle una casa y darle hijos, que para eso vienen los hombres y las mujeres al mundo y se casan.

Hubo quien le dijo que casarse así, en vísperas de un viaje tan largo, era una simpleza. Pero él se echó sus cálculos, y Engracia también, y a fin de cuentas los que se iban a casar eran ellos dos. Sin eso, acaso tres años hubiesen sido demasiados para aguantarlos a pura carta.

Porque "amor de lejos, para pendejos", como se le reían sus compañeros de pensión.

Y Juan, recorriendo el muelle a grandes zancadas, pensaba que él había sacado bien sus cuentas antes de salir. Se casaron un sábado, gastaron el domingo entero y después la noche en una habitación del primer piso del Hotel Orensana, que queda al mismo apearse del tren y no era de los peores en Vigo, y embarcó el lunes, a las siete de la mañana, dejando a Engracia en el muelle con el aire de desabrigo de una huérfana. Llorando, claro está. Pero, ¿cómo no iba a llorar, la infeliz, si él mismo, que no

recordaba haberle salido un sollozo desde que se le murió Perdigoll, un perro de caza muy bueno que tenía, tuvo que bajarse a la bodega del barco, que es donde hizo el viaje?

¡Pero tampoco era cosa de traerla sin saber cómo le iba a pintar la nueva tierra!

Y todo tiene su lado bueno, porque como no tenían hijos que cuidar, ni necesidad de atenderse el uno al otro, porque se bastaban solos, pues habían sido tres años de ahorros. Guardando ella, aunque era poco las trescientas cincuenta pesetas que le daban sirviendo en el Restaurant, y ahorrando él, que mes hubo en que consiguió meter al Banco hasta doscientos bolívares, que eso hecho pesetas eran casi tres mil. Total, que había mandado dos mil trescientos bolívares para comprar la casa donde vivían los padres de ella, en Casardeita, con sus buenas cuatro fanegas de tierra de cultivo, alcanzando hasta la parte alta del regato, y todavía le quedaban en el Banco sus buenos dos mil bolívares. Y además se había comprado una cocina de kerosén, una cama de matrimonio, que aunque de segunda mano era de lo mejor, y unos trastos más que poco a poco irían completando el ajuar.

Juan se sentó sobre una bita de hierro, y tentando el grueso cabo de la amarradura pensó que el apartamento iba a ser una buena sorpresa para Engracia. Porque la conserjería que había conseguido por recomendación del ingeniero era de limpia y de pulida que ni la casa de sus señores de Madrid. Tener casa nueva gratis, por sólo limpiar las escaleras, era de veras un regalo.

Juan se levantó y dio dos puntapiés a una lata vacía, como si de pronto se sintiese liviano como un muchacho.

"Ya se terminó el estar solo", se dijo.

Y ahora, desde la cumbre de la llegada de Engracia, la pendiente del tiempo que gastó esperando le parecía nada. ¡Y eso que sus tres años de Venezuela no habían sido precisamente un chorizo de días de Santa Agueda, que es cuando es fiesta de comer empanadas como ruedas y beber y parrandear en Casardeita!

Juan recordó entonces con regocijo, mientras caminaba de vuelta hacia el tarantín del chino, que para cuando tuvo tiempo de espabilarse en Caracas, ya le habían chupado los ciento treinta y cinco bolívares que trajo; que a él, cuando le cambió Don Isauro sus pesetas en Vigo, antes de embarcar, se los dio como si fuesen duros de plata. Después resultó que se los comió (mal comidos) en menos de quince días de pensión, como si se le hubiesen volado en medicinas; que a Dios gracias no le había dado todavía ni un mal de tripas.

Entonces es cuando se le ocurrió decir que era jardinero (que es lo que pedía el anuncio), que por otra cosa peor le hubiese podido dar en aquella zozobra de estarse mano sobre mano sin ganar ni para una mala sopa.

Así consiguió empleo en una quinta a trueque de "comida y habitación".

La comida era de pasar más que regular, que tampoco tenía él un morro tan fino; pero lo que le decían del cuarto era un catre puesto en un rincón del garaje, donde también dormía el carro, que era un automóvil muy elegante. Allí aguantó dos meses. Y si no duró más no fue por los señores, que estaban muy felices de tenerlo por tan poco, satisfechos de estar haciendo, de rebote, una obra de caridad; sino por él, que no terminaba de verle la cara a aquel viaje a América.

Por fin alcanzó un trabajo de peón abriendo zanjas para una tubería por once bolívares al día, que ya era hora de sentirle el canto a un bolívar, porque él no le tenía miedo al trabajar.

Los primeros días tuvo el miedo de que este sol de por acá le iba a pegar el pellejo a los mismos huesos. Pero buche de agua va y buche de agua viene, aguantó regular, y como después se dio cuenta que el aflojar de vez en cuando no le iba a mermar el jornal, y que lo que apuraba el capataz no era mucho, pues se fue haciendo a las mañanas del trabajo, que para él era el pan nuestro empatar un día con otro sin pegar un sueño cuando apuraba el campo con la cosecha.

Entonces fue cuando se mudó de pensión a casa de Camilo, un paisano suyo que alquilaba cama con derecho a cocina por treinta y cinco bolívares al mes. Era un negocito de dormir cuatro hombres en un cuarto de tres brazas por dos, justo el sitio para montar los camastros sobre las maletas de madera y dejar un carrilito para llegar al catre, con un hueco de ventana que no daba para airear ocho pies de peón. En cuanto al derecho, había que turnarse en aquel infiernillo del diablo para hacerse la sopa de la cena y freír un pedazo de carne o de tocino para el almuerzo del día siguiente.

Pero lo que decía Juan para su camisa: a América se viene a sacrificarse y a ahorrar, porque para comido por lo servido se queda uno en su pueblo, que allí en cualquier apuro siquiera lo conocen a uno desde los abuelos.

Después, cuando terminaron de colocar la tubería, el mismo contratista lo llevó a un desmonte en Baruta. Desde allí se le hacía la pensión muy lejos, que era detrás de San Agustín, en el Cerro Marín; pero le daban doce bolívares diarios, y como además el capataz le tomó cierto aprecio y a menudo el trabajo cundía para meter algunas horas extra, pues se le iba redondeando su jornal de la semana en casi cien bolívares.

En Baruta, que es donde está ahora, se quedó trabajando en una construcción como carpintero ganando quince bolívares.

Esta era otra sorpresa para Engracia; ya no era un peón, ya tenía oficio; estaba seguro de que su mujer se iba a alegrar mucho.

Así andaban las cosas en la cabeza de Juan, que se había recostado contra el muro de la Aduana, cuando sonó el pito gordo de un barco.

Juan calculó por la altura del sol que serían apenas las siete.

Para cuando el barco arrimó su costado al muelle, ya estaba de gente que no se veía el piso.

Tropezando con su humanidad, recorrió la parte de muelle que ocupaba el barco como una docena de veces, y después de haber visto tanta gente y oído tanto grito, no se le quedó la imagen de una sola cara ni el acento de una sola voz. Era como en un juego de rompecabezas, en que uno va a buscar una sola pieza, sin fijarse en ninguna más, y sigue sin conseguirla.

Y por tanto era el "Marqués de Comillas"; lo podía leer en letras tan grandes como cabezas, y todo el mundo hablaba del barco.

Entonces intentó subir por aquel camino de tablas para preguntar por su mujer; pero no dejaban acercarse a nadie que no tuviese uniforme o mostrase un papel. Juan, con esa su cara de pan redondo, sus ojos mansos de buey, veía desde el tinglado de madera cómo algunos abrazaban a su gente allá arriba.

A Juan le venía y le iba una cosa que le ponía a veces el estómago en la misma boca. Él, que siempre era tan sosegado, estaba ya con ganas de abrirse paso a manotazos. Pero lo retuvo su buen natural de siempre.

A las tres o cuatro horas, que Juan no sabe ni cómo terminaron de irse, porque parecía que todo se quedaba quieto y se fundía en aquel calor pesado y húmedo que envolvía el muelle, es cuando montaron una mesita al final de aquel pasillo de madera arrimado al barco, y comenzó a bajar gente.

Primero salió una señora cargada de bolsas y paquetes; después otra señora con un muchachito; luego un hombre mayor, ayudado por alguien que sería su hijo. Así fueron bajando, uno a uno, como nudos de una cuerda que Juan quería ver pasar rápidamente hasta el cabo, a ver si al menos con el remate asomaba su mujer. Y mientras desfilaba despaciosamente tanto bulto extraño a su inquietud se le iban reventando en su sesera unas como burbujas de aire. Tenía a ratos la sensación de estar soñando, o de que todo en su derredor estaba endemoniado o que el café tinto que le dio el chino esta mañana le había sacado de sus cabales.

¿Y si a última hora le hubiesen cancelado a Engracia el pasaje, o alguien de su casa estuviese enfermo, o ella misma se hubiese sentido mal repentinamente antes de embarcar o se hubiese enfermado en el barco y la tuviesen acostada?...

¡Sí que estaba todo endemoniado, porque su mujer estaba allá, en el barco; la acababa de ver; no cerca del puente, sino detrás, hacia popa, mirando al muelle!

– ¡Engracia! –gritó Juan con una voz que le salió bien rara, por cierto.

Y ella, ¡sería infeliz!, dale con su pequeño movimiento de la mano, y lloriqueando.

Por un momento, Juan tuvo la impresión de que Engracia estaba mirando para otra parte, y gritó de nuevo para sacar su cabeza de voz por sobre aquel mundo de acentos que nació sobre el muelle con la llegada del barco, y se acercó braceando entre la gente; hasta que consiguió que ella reparase en él. Entonces Engracia comenzó a llorar del todo, y Juan a hablarle desde el muelle sin apenas aire en los pulmones, preguntándole a voces que dónde había estado, que no la había visto.

Ella, con un vestido rojo y blanco, con el pelo negrísimo cogido atrás en una sola trenza, luciendo más bonita que nunca, pronunció a trompicones dos o tres palabras, y después dijo al joven que estaba en el muelle, que no se fuese, que irían juntos.

Entonces Juan saludó cortésmente al hombre que estaba a su lado.

– Está emocionada, ¿sabe? –le dijo después, por añadir algo.

– Claro –le contestó el joven de las maletas de cuero–, después de tanto tiempo...

Entonces Juan, con su emoción y todo, y mientras observaba a hurtadillas cómo avanzaba su mujer por la cubierta del barco hacia la salida, se ocupó de ser cortés, y con la voz delgada que le salió le preguntó la tontería de si también él había venido en el barco.

– Sí. Como no lo veíamos a usted, pensaba ayudarla.

Juan dio las gracias al joven, que vestía un traje nuevo muy elegante, y quedaron en que podían subir juntos.

Y efectivamente, a la una y cuatro minutos en el reloj de la Aduana salieron con los baúles y cajones de madera de Engracia y las maletas de cuero del joven, que dijo llamarse Pedro, a buscar un carro por puestos.

Juan no tenía ojos más que para su mujer. Engracia estaba un poco más delgada, más elegante; con los ojos un poco tristes, pero dulces, y a la vez así como maliciosos, con los labios pintados y con unos zapatos de tacón que le daban cierto aire como de artista de cine.

Juan se sintió un poco incómodo en mangas de camisa, sudando como un cargador de muelle. Le parecía todavía mentira que tuviese ya a Engracia con él. ¡Tantas emociones en aquel día endiablado! Él aguantaba ciento cincuenta kilos sobre los hombros; pero con otro susto como aquél, le daba algo. Sólo tenía un reproche que hacer a Engracia cuando llegasen a casa. Era verdad que había mucha gente en el muelle, y tampoco se puede poner uno a dar besos en plena calle, pero podía haberse dejado abrazar cuando él trató de hacerlo, puesto que eran marido y mujer.

Cuando Juan corrió a la línea de carros, consiguió el automóvil de turno aún vacío. Entró él primero, junto al chofer, tratando de que su mujer se le acomodase al lado, en la ventana. Pero un gordito se le fue detrás y trancó la puerta con una autoridad que no le dejó tiempo ni ánimo para hablar.

Si Engracia se hubiese apurado un poco, estaría ahora a su lado.

Ella se fue detrás sin un gesto de contrariedad, y se quedó mirando por la ventana.

Juan comprendió que su mujer debía sentir curiosidad por conocer el nuevo país, y le fue señalando algunos puntos del recorrido, mientras los demás pasajeros escuchaban en silencio.

Ya en la autopista, el chofer picado de viruela prendió la radio. Como el volumen del aparato era el de los carritos por puestos, pues no hubo oportunidad de que se oyese más voz que la del locutor, y unos trompetazos como para volver loco a un dueño de alta fidelidad.

Juan volteaba de vez en cuando para sonreír con toda su boca, y ella, eso sí, le sonreía también, pero a pedacitos, como con pena. Juan, sudando entre el chofer picado de viruela y el gordito del bigote mosca, pensaba en lo infeliz que era su mujer y en lo dulce que sería estar junto a ella.

Cuando llegaron a la placita de Catia, se bajó el gordo del bigotito a lo Joe Louis.

Entonces Juan casi gritó:

– ¡Engracia!

Todo el mundo en el carro la miró. El joven que vino en el barco con ella, el señor del sombrero que venía en el medio y el chofer. Éste bajó el volumen de la radio y cambió a otra música que decía: "¡Tírame esa papa, Leonor!"... Engracia, en el rincón, se sonrojó toda, y al fin dijo:

– ¿Qué quieres?

Y él, bajando la voz, los ojos ansiosos, dijo con un gesto espectacular:

– ¡Que te vengas, mujer, que tienes un lugar aquí!

Ella trató de abrir la puerta. Le ayudó el señor que estaba entre ella y el joven del barco, y Engracia se vino cerca de su esposo.

Juan dio las gracias ostentosamente, volteándose casi de cuerpo entero, y después le hizo más sitio a su mujer, que ya de por sí se había quedado más cerca de la puerta que de su marido.

El carro estaba llegando a El Silencio, y todavía Juan no había conseguido dar con la mano de Engracia.

En El Silencio se apeó el señor del sombrero.

El joven del barco preguntó que dónde estaban. Cuando le dijeron que aquello era el centro de la ciudad, pidió también que le bajasen las maletas, y se apeó del carro.

– ¿Dónde piensas irte, Pedro? –dijo Engracia mirando por la ventana.

– ¿Ustedes siguen adelante? –contestó el joven con una pregunta general, mirando más hacia Juan que hacia su mujer.

– Sí, vamos hasta casa en carro, porque llevamos los baúles –dijo Juan.

Y añadió:

– ¿Tiene alguien conocido en Caracas?

– No, no tengo a nadie... Pero buscaré una pensión. Puede decirme de alguna por aquí cerca que no sea muy cara?

– Usted no es gallego, ¿verdad? –preguntó intempestivamente Juan.

– ¡No, hombre, no! –se apresuró Engracia sin mirar a su marido.

– Soy madrileño –dijo el joven.

– No –se apuró Juan a aclarar–, es que si no, podía haber ido a la pensión donde estuve yo; mi cama estará aún libre; entre la misma gente de uno siempre es más fácil al principio, y allá es barato...

– ¡Si él es oficinista! –le interrumpió con aire de reproche su mujer.

Juan convino con el gesto que efectivamente, su mujer tenía razón, que la pensión no daba para tanto.

El joven no mostró mucho interés por la pensión. Pero tampoco parecía decidido a irse. Ya el chofer picado de viruela rezongó algo y prendió el carro.

– Un momento –dijo Juan, y puso su boca en la oreja de su mujer y le echó un chorrillo de palabras al oído.

– ¡No, no, a casa no!...

La voz de Engracia llegó al joven distintamente, y así las cosas, hubo un pequeño embarazo en la despedida. Pero Juan insistió en ofrecerse en su casa para lo que podía servirle.

– Pobrecito –dijo a su mujer cuando arrancó el carro, pensando en sus comienzos de hace tres años.

Engracia no contestó.

Cuando entraron en la conserjería, que era una planta baja, Juan vigilaba el menor gesto de su mujer. A Engracia le gustó la casa, pero no fue ningún escándalo de alegría, como se imaginó Juan.

Después, aquella primera noche no fue tampoco como pensó Juan que sería. Pero él había oído de muchas lunas de miel que comienzan así, con remilgos y angustias, y como Engracia, a pesar de lo de Vigo, era tan infeliz, pues le pareció natural que esta primera noche quedase cada uno en una esquina de la cama.

A la mañana siguiente, para cuando Juan se despertó (y tenía el propósito de levantarse él primero para llevar a su mujer el desayuno a la cama, delicadezas de recién casado) Engracia se había vestido y estaba tiesamente sentada en el borde de la cama.

Juan se asustó por algo que no acertó a comprender muy bien. Entonces, muy fuera de su manera llana y brusca de ser, fue delicado con ella, la hizo acostarse, vestida y todo, se fue a la cocina y le llevó un vaso de café con leche, colocado finamente en un plato con flores rosadas que había comprado él mismo.

Como tenía que irse a trabajar, pues no alcanzó entonces a hacer nada más; pero Juan se fue al trabajo con un dolor raro dentro del pecho.

Y con el calvario de las bromas de sus compañeros, maliciando los incidentes de la primera noche con su mujer, a Juan se le alargó este lunes como nunca se imaginó que podría estirarse un día.

Cuando regresó a su casa eran las cinco y media. Lo vio en un reloj de anuncio, frente al edificio. No hubiera podido ser en autobús, tan temprano. Había cogido un carro de alquiler, a ver si le robaba unos minutos a la espera.

Primero tocó un timbrazo corto, y esperó. Después dos corticos más, y al rato otros dos más largos.

Como no atendía nadie, tuvo que abrir la puerta él mismo, con su llave.

Y llamó, buscándola por toda la casa, que no era muy grande.

Podía estar Engracia en algún abastos cerca, comprando... quién sabe qué.

Era una posibilidad.

Pero a la inquietud de Juan le nacieron, en el corto instante de tomarse un vaso de agua, unos hilos largos que se enredaron en su cabeza.

Entonces buscó en el escaparate. Los vestidos de su mujer y los cajones de madera se habían ido.

Su mujer no los necesitaba para ir de compras, desde luego.

A Juan le amaneció su día oscuro en la cocina a través de un ventanuco que daba al patio, como dan casi todas las conserjerías.

Fue el primer día en tres años que Juan no tuvo fuerzas para ir a trabajar.

## El asalto

El pulpero estaba despachando a una mujer.

Era un negocito de cuatro metros por tres, un tarantín. Pero tan colmado de latas que se perdían los clientes. A un lado había una cortina colorada tapando un vano estrecho. La otra puerta daba a una calle ciega, en la que había mucha basura esparcida en los rincones y olía muy mal.

El portugués estaba entregando a la mujer del vestido de percalina azul su medio de papelón cuando entró al negocio un grito macizo, que no parecía de un solo hombre. Ella brincó a la puerta y se quedó viendo, sin decir nada.

Fue la mujer del portugués la que apartando la cortina preguntó a su marido:

- ¿Qué passa, Anelso?
- Nao sei, unas vozes...

Y ya fueron dos las mujeres apostadas en la puerta amarillo y azul del negocio "Nova Lisboa".

- Fátima –preguntó el pulpero sin levantar la voz-. ¿Qué passa?
- Nao sei, gente que vem.

La mujer del vestido de percalina azul se fue, y el pulpero no dijo nada; debió vender fiado. Ya el hombre se estaba metiendo entre las torres de latas cuando invadió el negocito un estruendo de voces, como un golpe de ola grande inunda de agua una lancha pequeña:

- ¡Abajo los esbirros!...

Anelso, cachigordo y saludable, con el cabello y los ojos y la piel oscuros, de moro, y Fátima, chupada y vercosa, como si estuviese saliendo de un mal parto, estaban asomados a la puerta juntos.

- ¿Qué será, Anelso?

- So debe ser... algo de la revolución... –le contestó él, viendo los carteles y un muñeco de paja con su pistolón de madera colgado de la cintura.

La ola humana pasó por delante, avanzó hasta el fondo del callejón y batió un grito contra el muro de la casa color azulillo, que tenía dos ojos de celosías descoloridas y una puerta baja pintada de amarillo, como una nariz.

Entonces la ola humana recobró su nivel, y hubo un hombre que hasta entonces parecía como los demás, pero que se paró sobre un pipote de basura y dijo al barrio:

- ¡Compañeros!...

Y después que tuvo todas las cuerdas de la atención en sus manos explicó a gritos, que aquello que estaban haciendo era una revolución contra la tiranía, que los verdugos de la Seguridad Nacional tenían que pagar sus crímenes, que la justicia era del pueblo.

Fue cuando se alzó por sobre los techos rojos y los de lata aquel haz terrible de gritos, y la muchedumbre se movió en el callejón a la manera como después de un palo de agua se colman los huecos de los desagües y desbordan las calles buscando salida.

Hasta que las gentes regresaron otra vez a sus propias voces, y comenzaron a cansarse y preguntaron que dónde estaba el esbirro, que a qué habían subido hasta aquella parte tan alta de la ciudad.

El líder estaba en aquel momento agachado en su plataforma, poniendo oídos a la voz de un viejito que parecía muy excitado.

La pulpería del portugués había quedado atrás unos metros.

– ¡¿Quemamos el muñeco?!

El muchacho que llevaba el monigote de paja prendido a un palo se negó a entregar su trofeo. Pero la marea de manos le rebasó pronto la cabeza, y a poco le falta tiempo para escurrirse entre el remolino de patadas y pisotones que lo sumergía sin remedio.

Cuando consiguió la orilla de la multitud, parecía un náufrago.

Y un hombre ya calvo gritó:

– ¡Un fósforo!...

– ¡Qué fósforo!... –replicó el líder, que regresaba entonces de las confidencias del viejo del bigote blanco a la realidad de aquel tumulto. Y con una voz hueca que no le hubiese reconocido nadie de su familia, insistió:

– ¡Calma, compañeros, pongan atención!... ¡La revolución contra los criminales agazapados tiene que seguir adelante!...

– ¡¡Viva!!... –dijo una mujer que estaba parada frente a la pulpería con una lata de agua sobre la cabeza.

– ¡Compañeros: acaba de informarme un vecino de este barrio de San José que en este mismo lugar en que estamos parados está la casa de un esbirro!...

– ¡Abajo!... ¡Muera!...

Un mozalbete montó de un brinco sobre el pipote, y en los dos segundos que le duró el equilibrio gritó:

– ¡Compañeros, a colgarlo!... ¡Viva la revolución!...

Ya el viejo del bigote blanco estaba golpeando la puerta amarilla del fondo con un coraje de muchacho en los puños:

– ¡Aquí es, aquí es!...

El muro de azulillo pareció vacilar en todo el frente de su cuerpo retaco de tierra pisada. Le vaciaron el ojo de una ventana, y luego le tumbaron la puerta, y por ahí se le metió un chorro de gente y de gritos dentro; hasta que se llenó.

El portugués hizo la observación a su mujer:

– ¿Dónde cabrá tanta gente ahí?

Asomaron dos cabezas a la ventana:

– ¡La casa está vacía, no hay nadie!

– ¡El esbirro se escapó!

Sacaron una cama en piezas, con un colchón de tiras rojas destripado; y también arrojaron a la calle, por las ventanas y la puerta, en lo que se abría un hueco, peroles de cocina, una ponchera, imágenes religiosas y unos encuadres feos de cartones de almanaque con mujeres desnudas, y unos asientos verdes de imitación de cuero muy feos.

Alguien que sacó una lámpara de kerosén, la lanzó contra el montón de trastos en la calle, y el viejito, que debía tener algo personal contra el agente de Seguridad que vivía en la casita, sacó un fósforo y le prendió candela.

En unos minutos, el callejón era un soplete.

La gente fue abandonando la casa, y poco a poco saliendo del rincón, hasta agolparse detrás del horno, frente al abasto.

– Anelso, mejor cerramos el negocio.

– No –contestó el hombre al oído de su mujer–; si nos ven cerrar ahora va a ser peor.

Los escasos muebles del agente de la Seguridad Nacional ardieron durante un cuarto de hora.

Entonces, cuando lo que quedaba eran unas brasas, alguien recordó el pelele de paja:

– ¿Quién se quedó con el muñeco?

Los ojos de la multitud abandonaron el fuego y se miraron, buscando el monigote.

El muñeco de paja no apareció.

El jefe recordó entonces con voz de a pie, que la revolución no podía detenerse, que había que continuar adelante.

Fue cuando alguien, mirando al negocio del portugués, gritó:

– ¡Abajo los extranjeros!...

La estrecha puerta de la pulpería se vació, porque el portugués y su mujer dieron un paso atrás como un brinco. El pulpero pegó un portazo, y cruzó la tranca.

La multitud oyó el golpe, y vio unas letras torcidas escritas con yeso que decían: latuia,

con un mono al lado, sobre el fondo amarillo mugroso de la puerta.

– ¡Portugués del carajo! –dijo un grandulón amenazando con el puño.

El matrimonio se agarró las manos en lo oscuro, para sentirse juntos.

Luego, el ojo del pulpero encañonó el hueco metálico de la cerradura.

– ¡Un momento! –oyó decir al líder–. ¿Quién conoce aquí al portugués?

Aquel mar alborotado de cabezas encendidas al sol que veía Anelso desde su escondite se calló en un silencio que no pudo escuchar entero, porque le estorbó el llanto de su mujer detrás de la cortina.

– ¿Dónde está el compañero que acusó al esbirro?... –insistió el hombre.

El pulpero rastreó con su ojo de hierro en pos de la cabeza del viejo Molina, que era cliente suyo.

– ¡Anelso, ven!... –exigió ella desde el cuarto.

El pulpero ya no pensó sino en su mujer. Sorteó las latas en lo negro, y apartando la cortina encuadró su humanidad en el quicio lo más calmoso que pudo:

– No tengas miedo, mujer, que siempre podemos salir por el patio.

De regreso a la cerradura, recogió apresuradamente de la gaveta unos puñados de monedas que metió en los dos bolsillos del pantalón.

Las briznas de luz que se le colaban a la puerta por las rendijas le resbalaron en el sudor de su cara como pequeños relámpagos. La cerradura vio que la mirada de la multitud estaba fija en la boca del callejón.

Y se oyó la respuesta entrecortada y lejana:

– Bueno, este... Ese portugués, así, malo, no es...

El pulpero observó un gran desencanto en los semblantes.

– ¡Ese viejo –dijo alguien que Anelso no alcanzaba a ver es un pendejo!...

– ¡Dejen al viejo! –gritó una voz de mujer, que parecía venir desde el otro lado del humo y de las cenizas.

– ¡Dejen al viejito en paz y vamos con el portugués!...

La voz era del muchacho que disputó antes la plataforma al líder, y que ahora estaba junto a él, de espaldas al ojo de la cerradura.

Fátima, con la cara afilada, los ojos afiebrados y hundidos, halaba de la sudada camisa de su marido:

– ¡Anelso, vamos, por Deus Santo!...

El niño estaba plácidamente dormido en un regazo de trapos limpios.

El pulpero tenía dividida la atención cuando oyó que el líder decía:

– ¡Yo no quiero que bajo mis órdenes!...

El estruendo de la chifla entró por la cerradura de la puerta como por un oído; y la oscuridad del negocito se llenó del silbido como de una sacudida eléctrica.

Y luego retumbaron las voces como truenos:

– ¡Compañeros, adelante!... ¡Abajo los extranjeros!...

– ¡Abajo, muera!...

El pulpero se escurrió de los brazos de su mujer.

Cayeron los golpes en la puerta al mismo compás que se movía la camisa blanca en la boca de la cerradura. Y se sintió en la puerta un empujón, casi sin ruido, pero muy poderoso, que apuró la tranca de palosano.

Entonces fue cuando el portugués se asustó.

Corrió a través de la cortina, y tiró de la mano de su mujer hasta sacarla al patio.

El corralito tenía unos muros bajos de bloques. Anelso cogió al niño y ayudó primero a saltar a su mujer. Después pasó al pequeño por encima de la tapia y saltó él, mirando recelosamente para atrás, porque se oían los gritos cerca.

La pareja corrió calle arriba, lo más disimuladamente que pudo, hasta que se detuvo un carro de alquiler.

En los Dos Caminos había un compadre suyo, carpintero, trabajando en la construcción de un edificio.

Anelso esperó hasta el atardecer en una pensión de la parte baja de Campo Claro, donde se hospedaba su paisano, y en la tardecita se fueron los dos hombres en autobús hasta San José.

Dejaron a Fátima en la pensión, con el pequeño.

Asomaron al callejón con mucha cautela; pero nadie reparó en ellos, y llegaron hasta la puerta del tarantín, que estaba reventada. Lo que quedaba dentro eran pedazos de estantería, un escaparatito con los vidrios rotos, y la nevera, que tenía la puerta abierta. No quedaba una sola lata. Lo que encontró Anelso en un cajón fue un puñado de velas de a locha. Dentro de la habitación, estaba todo revuelto, pero no faltaba nada.

Anelso reunió los pedazos de puerta que pudo, y entre los dos taparon la entrada. Y reforzaron la compostura con la tranca, que estaba entera.

– Aguantó el palo sin partirse –dijo Anelso.

– Sí, esa es una madera muy dura. Lo que cedió fue la puerta. Ahora, que no se lleven la nevera –le advirtió su amigo.

– Mañana por la mañana mando componer la puerta –dijo Anelso.

– Yo te hago el trabajo. Cómprame la madera, y te coloco mañana una puerta nueva. Salieron por el corral. Anelso llevaba una cobija debajo del brazo.

– Porque Fátima siente mucho frío de noche –explicó a su paisano.

Iban caminando, en dirección a la parada del autobús, cuando dijo el carpintero:

– Tu mujer estaba muy asustada.

– Ha sido un susto grande; creía que nos mataban.

– Pero lo importante es que salvaron el pellejo –dijo el amigo para animarle.

– Salvamos el pellejo, pero nos llevaron el negocito.

Los dos amigos quedaron esperando el autobús en una cola ya bastante larga, porque el toque de queda era a las siete.

– ¿Como te iba ahora el negocito?

– Regular; pero tenía aún bastante mercancía fiada. No sé si podré conseguir más crédito.

En esto llegó el colectivo.

Ya corría el autobús (¡cómo vuelan esos aparatos!) por Chacao, y ellos dos sin cruzar palabra, cada uno a lo suyo, que era la misma cosa.

Cuando a Anelso se le ocurrió decir en voz alta:

– Yo creo que Fátima no se siente bien.

– ¿Por qué?

– Vomitó un poco de sangre esta tarde, en la pensión.

– Eso tiene que cuidarse mucho. ¿Ella no se había curado del todo?

– Bueno, los médicos de El Algodonal me dijeron que sí; pero ella no debió tener el muchacho.

– Eso es falta tuya...

Cuando bajaron en el semáforo de Campo Claro llevaban un tiempo sin cruzarse palabra. Después caminaron hasta la pensión, que quedaba hacia La Carlota, un trecho largo.

En la entrada de la casa había un grupo de gente.

– Ahí pasa algo –dijo el carpintero.

Anelso corrió dentro.

Y apenas alcanzó a hablar unas palabras con su mujer, que acababa de morir de una hemoptisis.

A su lado, en una cunita improvisada con un cajón de madera y una cobija de algodón, dormía plácidamente su hijo de un mes.

## El espía

Era domingo, y la pensión, que los días de labor se espabilaba con la luz del día, estaba estirando el sueño con la fruición del que está gozando un pecado.

Sólo Tomaso se despertó a las cinco y media, como un reloj.

La pieza era como un cajón de bastidores de tramoya; cabían justo cuatro camuchas. Tomaso se quedó viendo un rato el resplandor blanco que comenzaba a adherirse al techo de caña. Había en la pensión diez compartimientos de cartón-piedra respirando por un cielo raso común, desde una ventana que daba a la calle. Luego se puso a escuchar el estertor lento y poderoso de un fuelle grande, y olfateó con asco el aire espeso y caliente que estaban respirando con fruición sus compañeros.

El aire de la pensión se distribuía con mezquindad, como la comida.

A Tomaso, que era albañil y no había cumplido los treinta, le comenzaban a sobrar algunos pellejos en la papada, y sólo le quedaba una rodezuela de pelo, como algunos frailes. Lo comprobaba con cierta angustia todas las mañanas del mundo, y se untaba con menjurjes por las noches, a ver si se le iban.

Buscó a tientas, debajo del catre. Luego salió al zaguán y se puso a limpiar unos zapatos marrones de gamuza que tenían una puntera afilada y un tacón de más de un dedo. Por un momento, el refregón flotó por encima del rumor de fuelle, que era el resuello de cuarenta hombres dormidos.

Sacó de debajo del camastro, sin hacer ruido, una tosca maleta de madera pintada de marrón. Desenjauló una camisa blanca con listas azules, una corbata roja, y después una funda grande y colorada de celofán, como un enorme caramelo, donde conservaba el pantalón del traje azul.

En la pieza se esparció una tufarada de alcanfor.

Cuando salió ya vestido al corredor, que era una fila estrecha de puertas, vio que Giuliana, la dueña, había prendido la luz de la cocina.

– Bon giorno, Giuliana. Mi dai il "saco"?

La dueña de la pensión era una napolitana gorda y sentimental que había convertido su escaparate de matrimonio en la caja fuerte de la ropa dominguera de los pensionistas.

– Non andare in chiesa, es pericoloso!... Non ai sentito é tiri di fucile questa mattina?!

Tomaso no había escuchado ningún ruido en toda la noche; y tenía que ir a misa, por la promesa.

– La promessa che ai fatto a Cristo del pane e il formaggio se trovarti lavoro? Tu credi che te labbia trovato Lui?... Infelice!

A Tomaso le dolió mucho la irreverencia de la dueña.

Cuando asomó a la puerta, empingorotado, oloroso a colonia como un frasco, llegaba la bicicleta del pan.

El portugués cortó apuradamente el espeso ambiente del pasillo.

Tomaso lo esperó a la vuelta:

– Cosa pasa in la calle?...

– S'oye mocho tiro...

Y arrancó cuesta abajo, con una pierna tiesa sobre el pedal, balanceando algún desnivel del cajón del pan.

Tomaso se quedó viendo un rato aquella luz suave, de sombras largas, que se le estaba metiendo a la calle por la boca de la esquina de Abanico.

"Tienes que ir a misa, Tomaso –se dijo –porque esta es una promesa que hiciste al Cristo de Burgos. Se lo dejaste escrito en su nicho de la puerta de vidrio, junto al pan seco y al queso que tiene pobremente a sus pies. No te vaya a castigar ahora quitándote el trabajo"...

Mientras cavilaba así, había regresado a la pieza. Ya dos de sus tres compañeros de cuarto estaban despiertos.

Fue cuando sonó el tiro.

Renato se despertó:

– Cosa e!... Fucile!...

Había reventado en la misma cuadra.

El pasillo de paredes de cartón se pobló de hombres desnudos y en calzoncillos. Todos oyeron un frenazo, como un grito, y un trote flaco de botas en la calle. Desde el fondo de la cocina, Giuliana barrió el paso con una sola voz:

– Giardino!... (Giardino era su marido).

Flotó por sobre las divisiones de cartón, como los olores y los ronquidos, un como zumbido de tres docenas de hombres.

Y el rumor de botas irrumpió diciendo:

– ¡Las manos sobre la cabeza, todos, carajo!...

Giuliana vio desde el otro extremo del corredor a tres policías atropellándose con sus fusiles en el pasillo. Fue cuando Tomaso asomó a la puerta y casi se le mete un cañón por el mismo ojo.

Ya todos los pensionistas asomaban sus cabezas por sobre los bastidores.

– ¡Todos con las manos arriba! –gritó el cabo haciendo un abanico con su fusil ametrallador.

Al corredor le salieron ochenta brazos.

– ¡¿Quién disparó desde la ventana?!...

El cabo no movía el bigote para hablar; las palabras le salían de entre las junturas de los dientes, que los tenía muy herrumbrosos y separados.

Giuliana, que ya estaba cerca del cabo, le dijo valientemente:

– Señor oficial, aquí no ha habido ningún tiro.

– ¡E l tiro salió de aquí! –y el cabo buscó hacia el fondo del corredor.

Un agente estaba guardando la puerta del zaguán. El otro miraba todavía recelosamente a Tomaso, con el fusil pegado a su barriga.

Fue cuando cayó en la sospecha del cabo:

– ¡Y usted, ¿qué hacía vestido?!

Tomaso miró con ansiedad. El corredor, con las hileras de brazos asomándole a lo largo de las mamparas, parecía un ciempiés muerto. Luego vio a Giuliana, y le vino la ridícula idea de cómo sabía el oficial que todos los demás estaban desnudos. Y

sorpresivamente, apuntando con la vista a los ojos del que le estaba clavando el cañón en el ombligo, dijo con un timbre de voz grotescamente alto:

– ¡Señor oficial, io andare a la iclesia!...

Reventaron media docena de risas discretas, como burbujas, en lo alto del pasillo; el cabo se tragó los dientes para conservar su dignidad, y dijo al policía:

– Déjalo, que éste no se escapa.

Luego añadió mirando a la caña brava del techo:

– ¡Ahora se me ponen todos sus pantalones y me salen al corredor, que quiero verles bien las caras, y que nadie se me mueva mucho porque le pego un tiro!...

En dos minutos, los italianos, en pantalón y franela, estaban apretujados en el zaguán y un pedazo de corredor.

El cabo buceó con malicia de campesino en todos los ojos, y estuvo seguro de que ninguno de ellos les había encañonado un arma hacía unos minutos.

– Bueno –dijo alzando la voz–; yo no tengo nada contra ustedes, pero aquí sonó un tiro, y tengo que llevarme un responsable de esta pensión.

El cabo miró a Giuliana.

La dueña vio primero a su marido, que era el desmirriado que estaba junto a la puerta, y luego a los pensionistas, y regresó a la mirada del cabo, que no la había perdido de vista.

– Entonces –dijo el cabo mirando hacia Tomaso– nos llevamos al fraile, que está vestido.

Al albañil se le nubló el corredor, y le creció delante, monstruosamente, la figura del cabo. Sus compañeros ya no tuvieron humor para celebrar el chiste.

Lo sacaron por delante, blanco como la leche, y le hicieron montar al jeep bajo la mirada de todos los ojos que cupieron en la ventana y la puerta de la pensión, y la de todos los vecinos, que ya estaban asomados a las rejas desde que sonó el tiro.

– ¡Esos son los extranjeros, que se meten en todo! –dijo una voz de mujer cuando arrancó el vehículo.

La pensión cerró la puerta y la ventana.

Cuando el pulpero de la esquina de Abanico abrió su puerta metálica con aquel chirrido de siempre, ya se había formado la tertulia comentando el tiroteo que había habido frente a la pensión, y la detención del italiano, que era espía.

La amenaza de asaltar el "Hotel Nápoles" duró todo el día

Cuando tumbaron la puerta fue ya al anochecer. Los treinta y nueve peones que pagaban 3,75 bolívares diarios por la pensión completa, y Giuliana y su marido Giardino, tuvieron que huir por el tejado. Los camastros y el escaparate de los trajes domingueros de los pensionistas se quemaron en el incendio.

Tomaso regresó en la mañana siguiente.

Le colgaba su traje azul como un trapo. Hurgó lo que pudo en las cenizas, pero se quedó sin los doscientos setenta y cinco bolívares que tenía ahorrados en su maleta de tablas pintada de marrón.

Luego, caminó hacia la iglesia de Altagracia, que estaba a sólo cuatro cuadras, para arrodillarse a los pies del Cristo de los tributos del pan y el queso que le consiguió el trabajo.

Pero a estas horas de la mañana, que era un lunes, las puertas del templo estaban cerradas.

*LAS MANOS GRANDES DE LA NIEBLA*

Cuentos escritos para comprender a Venezuela  
Caracas, 1964

*A los exilados vascos que llegaron a Venezuela hace 25 años, y a Miren Ainara, mi hija,  
que acaba de nacer aquí.*

## De la niebla

### Las manos grandes de la niebla

El hombre parecía un puntalito de tierra aguantando el techo de nubes que se estaba desplomando sobre la gigantesca espalda vertical del cerro.

Jacobo Santiago estaba sembrándole trigo en la falda alta con el pujo de estar forzando las secas caderas de una señorita vieja cuando le llegó el ¡jalas! familiar desde la hoyada.

"¿Será Orestres?", se preguntó sobando un grano entre dos yemas.

La cerrazón había sudado en el sombrero, en los bigotes y en la ruana rucia de Jacobo Santiago un fino polvo de agua. Barranco abajo, la niebla era liviana, y la carretera se insinuaba como un hilo a través del resplandor azulado y frío de millones de gotas como espejos.

El campesino afianzó sus cotizas de tres puntas en un pedrusco, volteó lentamente hasta encarar el precipicio, y se recostó de espaldas entre dos surcos, que era como acostarse parado en la tierra.

A Jacobo Santiago le cruzó una nublada.

– ¡Taita!...

El grito se empapó de niebla en el camino, y a Jacobo Santiago le llegó estremecido. Como un miedo.

Recogió la escardilla y los granos, y dio los pasos medidos, sin apresurarse.

Cuando irrumpió en el resplandor de la neblina, a Orestres le pareció que su viejo estaba entrando en el puente de colores.

– ¡Taita! –le gritó desde la carretera–. ¡María se chamuscó toda!...

El campesino quedó viendo el bulto vertical de su hijo desde lo alto de la vieja muralla que era el cerro.

Jacobo Santiago era un hombre cenceño y corto. Cuando se despojaba de su ruana tejida con pelo de chivo y de oveja se comprendía mejor el mirar apagado de sus ojos y el color verduzco de su lamido rostro de piedra lavada. Entonces, viéndole la enclenque armazón de los hombros, chocaba más la extraña lozanía de sus espesos bigotes negros.

Jacobo Santiago tenía también unos dientes erosionados y amarillentos que no reían nunca.

Orestres le vio bajar saltando las peñas una a una, sin apurarse, como desmontando un enorme animal, agazapado entre las nubes, o como descolgándose de un muro vertical. Después que ya alcanzó el sendero, que caía casi a plomo sobre la carretera, Orestres trepó un pedazo con las uñas, para adelantársele al viejo.

– A mamá se le derramó la olla de hervido –le dijo el muchachito tomando aliento– y a María le bañó la cabeza y la oreja y todo pa'bajo, hasta la pierna...

Jacobo Santiago ya estaba halando del brazo de su hijo para atajar saltando una cerca de piedras, cuando preguntó a Orestres:

– ¿Por qué no se vinieron todos, pues, y llegamos a la medicatura más ligero?...

– Yo me les adelanté un pedacito, taita, porque María no puede caminar; mamá la trae en el cuadril.

Cuando salieron a la carretera, ya Margarita y su hija estaban llegando al camino, embozadas en un solo lío del chal azul.

Desde que las vio hasta que las tuvo cerca, a Jacobo Santiago le pasó por la cabeza un mundo de cosas.

Luego, cuando llegó, se las quedó viendo.

La muchachita tenía los cabellos negros adheridos a la hinchazón terrible del ojo y de la cara, emplastados con el lodo que Margarita usó para remedio. El percal del vestido estaba pegado a la piel edematosa de la niña, y cuando se esforzaba para gritar se le despegaba con toda la horripilante humanidad de una sola postilla gigantesca.

Jacobo Santiago no tuvo valor para cargar a su hijita.

Tampoco preguntó nada a su mujer; sólo se le quedó delante, con el espanto para dentro.

– ¡Pobrecita, Jacobo Santiago!, le dijo ella mirándole desde una sola lágrima.

La carretera era como un hilván caído al azar por aquellas barranqueras sumergidas en la neblina de la sierra. Jacobo Santiago la veía subir plegada a las duras redondeces de las faldas, tomándose todo el tiempo que necesitaba para alcanzar los picos sin despeñarse.

Ya esta carretera de los viejos tiempos era un desvío inútil. Como su trabajo subido a los huesos de piedra de aquellos cerros, cuando no llegaba un poco de sol a tiempo; o como los seis años de María, cuando llegaba una olla de hervido y se le derramaba sobre la cabeza.

Ahora que habían construido la panamericana, estas tierras de por acá habían quedado tan olvidadas que era como vivir en otra parte.

Fingiendo acechar un vehículo, Jacobo Santiago se había despegado de su mujer, hacia el recodo, para alejarse de los gritos.

"En estas tierras de por acá –se dijo sintiendo la mano pequeña de Orestres recogida como un ala en la suya– la gente se gasta la vida esperando que llegue algo: el sol que falta, la lloviznita que falta, el pasto que falta, el camión que falta"...

Margarita estaba sufriendo los dientes de su hija en el hombro cuando comenzaron las nubes a engordar de agua y a bajar por su peso sobre la carretera; hasta que reventó a llover reciamente sobre el chal que cubría las carnecitas ardidadas de la niña.

– Puede que esto la refresque un poco –dijo, por decir, Jacobo Santiago, regresando a su mujer.

Margarita apenas separó sus apretados labios de piedra, y preguntó:

– ¿Dejaste el animal en la falda?

Jacobo Santiago no dijo que no.

Luego él preguntó, también, por las gallinas.

– No tuve tiempo de recogerlas –le contestó Margarita cuando terminó el gemido de la niña–. Mandé a Orestres delante, para ganar tiempo.

Hubo un breve y fragoroso silencio de lluvia, que se precipitaba sobre el gigantesco escampado de la sierra con un sordo estrépito de tambor mojado.

– El gavilán nos las va a comer todas –dijo Jacobo Santiago sin levantar la voz, que le salió ahogada en lluvia.

Margarita cubrió la espalda de la niña con una punta del chal que se le descolgó a ella del hombro.

Fue un rato más tarde cuando se oyó en medio de aquel estrepitoso diluvio el fatigoso subir del vehículo en la pendiente. Se perdió el ruido dos veces, en las curvas, y brincó luego cerca.

Era un camión de estacas.

Jacobo Santiago avanzó dos pasos, y levantó quietamente la mano.

Madre e hija se sentaron junto al chofer. El ayudante pasó con Jacobo Santiago y Orestres a la plataforma, sobre los bultos de plátanos. Tuvieron los tres que agarrarse a los racimos.

Montado sobre la joroba verde y resbalosa del camión, Jacobo Santiago miró espantado las grandes hondonadas de neblina que iba orillando la máquina; él, que trepaba lo escarpado como un chivo, y trabajaba, montado sobre sus dos piernas, a cientos de metros sobre los precipicios, perdía la cabeza al verlos desde los aparatos.

Orestres preguntó al ayudante del camión para dónde iban los plátanos.

– Pa'Mérida –contestó el hombre, escupiendo la lluvia. Orestres hizo un gesto como diciendo:

"¡Alas!... ¡qué lejos!..."

En el dispensario, la practicante desnudó a la niña con tiras de piel y todo.

Jacobo Santiago aguantó los gritos pegado al muro, como si le estuviesen arrancando el pellejo a él, como a un chivo. Orestres se acuclilló en un rincón oscuro de la piecita, escurriendo el agua de su rucia en el piso. Margarita parecía de piedra, ayudando serenamente.

Aplastado contra la pared, Jacobo Santiago estaba vigilando todos los gestos de la enfermera.

Cuando llegó con una sábana para envolver el cuerpo cubierto de ungüento amarillo de su hija, Jacobo Santiago se le atravesó y se le quedó mirando fijamente, con las dos manos y el sombrero colgándole en las rodillas, como puede mirar un monigote de paja.

– La quemadura es bastante grave, ¿sabe?... –dijo ella.

Al campesino se le quedó la voz dentro.

– Lo mejor sería hospitalizarla... Si tuviese yo una cama aquí, podría guardármela durante dos o tres días...

Orestres se le acercó entonces y posó su mano sobre la fría muñeca del viejo, junto al sombrero. Margarita, que estaba sentada con su hija, dijo quedamente:

– Y' hora, pues, ¿qué hacemos, Jacobo Santiago?... La enfermera se puso a escribir sobre la mesita.

– Podríamos dejarla aquí, en casa del compadre Juan de Dios, para que nos quede más a la mano –añadió Margarita con la misma voz callada de antes.

Jacobo Santiago descubrió entonces que sí se podría.

Fue cuando la practicante le alargó el pedacito de papel y le dijo:

– Tienen que conseguirse el plasma cuanto antes. Aquí no tenemos sino lo justo; pueden dar gracias a Dios que quedaba suficiente pomada de Picrato de Butesin para cubrirle todo el área de la escaldadura, y que pude ponerle la ampolleta de morfina para calmarle el dolor.

Jacobo Santiago pasó el papel a su mujer.

Margarita lo miró con el mismo aire inocente y sorprendido que descubrió en las apagadas pupilas de su marido.

Fue ella la que se atrevió a decir:

– ¿Y ese remedio se podrá conseguir en Timotes, señorita?

No, en Timotes no se podría; no había más que ver la cara de asombro de la enfermera. Ni en Santo Domingo, ni en Chachopo, ni en Pueblo Llano, ni en San Rafael.

– ¿Y en Mérida?

Sí, en Mérida sí. En la capital se podía conseguir de todo.

Jacobo Santiago recuperó el papel, lo dobló trabajosamente con sus torpes dedos yertos, y lo guardó en algún bolsillo debajo de su rucia.

Después, cargó con mucha ternura a su hijita en brazos, y salió, silenciosamente.

– Cuanto antes me consiga el plasma, mejor –insistió la practicante desde la puerta del dispensario.

La oscura procesión iba ya carretera adelante, cuando Margarita preguntó:

– ¿Y cuánto irán a costar los remedios, Jacobo Santiago?

Margarita tuvo que regresar sus pasos hasta el dispensario. Consiguió alcanzar de nuevo al grupo cuando ya estaba doblando hacia Techo Blanco.

– ¡Eso viene costando arriba de veinte pesos, Jacobo Santiago!

El campesino se detuvo, y luego echó a andar sus alpargatas, y dijo sosegadamente, como caminaba:

– Vendemos el ovejo, Margarita.

– Eso es una migaja, Jacobo Santiago...

– Pues vendemos también las gallinas...

Margarita guardó tiernamente la mano helada de Orestres en el hueco de la suya, que era grande y encallecida, y siguió silenciosamente a su marido, calculando que hasta podría reunir unos kilos de papas y de ñame en la casa.

No era la primera vez que Jacobo Santiago llegaba a la ciudad, y para la tardecita había conseguido vender el ovejo, las cuatro gallinas y el bulto de papas y legumbres que trajo. Reunió por todo noventa y dos bolívares; justo veintitrés pesos.

Cuando Jacobo Santiago vio el enorme frasco que traía la mano blanca del farmacéutico desde detrás de los estantes, comprendió que aquel era un remedio caro.

– Noventa bolívares –le sonó la voz al hombre de la bata blanca.

Jacobo Santiago reunió con torpeza los billetes de diez y los fuertes y los bolívares, y los fue contando despaciosamente sobre la vitrina.

– ¿El que se quemó es familiar suyo? –se interesó mientras tanto, amablemente, el farmacéutico.

– Pues una hijita mía, sí señor –dijo Jacobo Santiago sin levantar los ojos de sus reales.

Y en este quehacer le fue diciendo con monosílabos cómo y cuánto se le había quemado su hija.

– Entonces, este plasma no será suficiente le advirtió el farmacéutico– tendrán que ponerle por lo menos otra dosis más.

Jacobo Santiago se quedó con sus dos bolívares del vuelto en una mano y el frasco en la otra, como si acabase de salir de El Pantanito esta mañana; pero sin el ovejo, ni las gallinas, ni las papas.

El farmacéutico lo veía entretenido con las dos monedas sobre el vidrio del mostrador.

– ¿No habrá nadie en la ciudad que usted conozca y le pueda prestar esta plata? le preguntó.

– Pues no sé quién podría... –dijo Jacobo Santiago quedamente–. Usted sabe, uno es de tan arriba, y conoce a tan poca gente...

Pero se las compuso para dejar el frasco allá mientras buscaba los reales.

Salir con las manos vacías (y más si tienen los callos que tienen las que carga Jacobo Santiago bajo los pliegues de su ruana, agarradas la una a la otra) a buscar la plata en la ciudad, fue un terremoto en la conciencia y en los huesos y en las magras carnes del campesino. Con las gallinas y las papas y el ovejo cerca de él, podía esperar algo; pero así, ¡desnudito del todo!...

Jacobo Santiago estaba en el barrio Barinitas a las cinco de la madrugada, antes que la luz del sol.

Se acurrucó en la puerta de la oficina de las obras del teleférico, y ruana y sombrero quedaron inmóviles, al acecho de los primeros pasos.

Y tuvo suerte, porque fueron los del capataz mismo.

El campesino explicó que la víspera le habían dicho en la oficina que tenía que tratar el asunto con él, y que le recomendaron que llegase temprano en la mañana si quería conseguirlo.

¿Qué sabía hacer él? Sembrar trigo; desherbar y arrancar las papas con el garabato; cortar con machete, aunque en esos montes no había mucho que trozar; cuidar chivos; arrancar chamizas...

¿Subir cerro? ¿Cortar unos palos? También. ¿Descolgarse de un peñón, trepar árboles, arrancar piedras en las laderas? ¡Pues eso era a lo que estaba enseñado él desde chiquitico!

Los nudosos dedos de Jacobo Santiago se enredaron en el ala del sombrero al poner la condición.

Jacobo Santiago quería el jornal de la primera semana por adelantado, entonces mismo o al día siguiente, porque necesitaba comprar unos remedios.

El capataz observó un rato la dócil mirada del campesino, y sus ásperas manos apresando torpemente el sombrero, y le prometió conseguírselo con el ingeniero.

– Entretanto va a comenzar en Loma Redonda –le dijo.

¡Cien bolívares a la semana! ¡Cómo se estaba él matando el cuerpo en aquellas soledades si tenía unos cobritos tan a la mano!, se regañó a sí mismo en el trayecto hasta la estación del teleférico, que estaba ahí mismo.

En el borde de la quebrada estaban fabricando algo así como un almacén, y había una máquina grande y dos cables del teleférico tendidos sobre el abismo, como dos chinchorros, hasta perderse de vista en el otro cerro.

Jacobo Santiago se puso a observar el solitario andamiaje de la construcción. Lo estarían fabricando con cemento, que fragua muy ligero. En la ciudad todo era más rápido. Su casita de El Pantanito la tuvo que construir con piedra que picó él mismo en el talud de la carretera, que queda distante como casi una legua. La acarreó a hombro en el zurrón de cuero, y luego la remojó y la pisó en el tapial. La teja la trajo de San Rafael, a cuatro pesos el cien. El mismo le hizo el vuelo del tejado con una madera bien derecha, y le puso un encañado que trajo con un hermano suyo desde el páramo de Mucutusís, que está a un día de camino.

El quería mucho a aquella casa y a aquellas tierras de pedregal; aunque se hacía tan duro trabajarlas, esa era la verdad.

Jacobo Santiago oyó primero un ruido largo y resbaloso, de alambre. Cuando descubrió el aparato que venía colgado de la guaya desde el otro lado neblinoso de la quebrada, ya le iban saliendo unos pies y unas cabezas; hasta que aparecieron claramente los obreros guindados de un cajón, como si viniesen colmando un autobús.

– ¿Usted es el nuevo que va para Loma Redonda?... –le preguntó un empleado–. Ayúdeme a cargar estas cajas de tornillos, y se va.

– Suba –le dijo luego el hombre del suéter gris.

Jacobo Santiago se encaramó torpemente sobre la caja suspendida del cable con dos ganchos de balancín, y se quedó parado, como un palo.

– ¿Ve usted ese mecate? –Jacobo Santiago vio la cuerda tendida de gancho a gancho, en la dirección del cable, como la correa del autobús. –Pues cuando se inclina el cajón, usted se agarra duro del mecate.

"¿Me irán a dejar solo en este cajón?", se preguntó angustiosamente Jacobo Santiago viendo para aquel estrecho camino del cable que se afilaba en la distancia, hasta perderse en la neblina del cerro.

Pero ya era tarde para preguntárselo a nadie, porque el cajón estaba resbalando sobre la guaya.

No gritó, porque no le salían a él las voces fuera.

Jacobo Santiago experimentó por primera vez un abandono infinito.

Entonces pensó en su hija, que era la razón del viaje, y buscó desesperadamente fuerzas para seguir volando sobre el barranco sin soltar el mecate.

Los cajones de tornillos y el campesino siguieron camino en la dirección de una fila alta, y cuando pasaron sobre un ranchito encaramado en uno de aquellos picos, Jacobo Santiago descubrió con susto la manera como los pájaros veían su solar de papas y su conuco y su casa de El Pantanito.

Jacobo Santiago vivió la terrible impresión de estar viajando para el otro mundo. Amarrado al mecate con sus dedos de hueso (porque era poquita la carne que tenían los huesos de Jacobo Santiago), entró entonces en un oscuro mundo de nubes atravesado por aquel lamentoso chirriar de ruedas que encogía el alma.

El agua le goteaba por la nariz y el bigote, y por los flecos de la ruana, y a Jacobo Santiago, que estaba sin comer desde hacía casi dos días, se le hizo sensible el espinazo entero.

Llegó a Loma Redonda como un carámbano.

Le costó mucho trabajo desprenderse del mecate, doblar las piernas y saltar a tierra. Estaba tan tieso que no pudo reunir los dedos de sus manos para amarrar la trenza de la cotiza.

Aquella noche Jacobo Santiago se acostó en cueros. Tendió su ropa en los travesaños, y se arrebujó en una cobija de lana que le prestaron en el almacén. Aunque no se le iba a secar la franela, ni el pantalón, porque en aquel barracón de madera se estaba colando la neblina por los huecos de los aleros y las rendijas como hace agua un barco que se está hundiendo.

Jacobo Santiago recordó con envidia su cama de tablas y estera de cascarón, con Margarita al lado, y los muchachos arrebozados en el montón de chacos, calenticos como dos panes acabaditos de hornear.

No podía arrancar de la memoria, sin embargo, el cuello y el hombro y el ojo de su hija, que los veía como una sola llaga roja cubierta de aquel unguento amarillo con que le untó la practicanta.

Trató de echarle delante a la preocupación el recuerdo de otras urgencias suyas: una papa caliente con ají, una arepita recién hecha con guarapo, sentado junto al fogón de parrilla cargado de chamiza bien seca, envuelto en el humo tibio que le tiznaba los muros y el pañote del techo.

Pero a estas confortables imágenes de su vida campesina le brincaba, como la punzada de frío, el recuerdo de su gente en casa del compadre Juan de Dios, que se había quedado solo en la vida y a quien había encontrado, por cierto, bastante enfermo.

Y entonces le pareció ver el fogón apagado y la cocina vacía.

Jacobo Santiago se arrebujó en la cobija, y se enfrentó a la noche como a un enemigo poderoso.

Ya eran casi las diez del día siguiente, y Jacobo Santiago regresaba de la oficina donde había ido por tercera vez a recordarles humildemente la promesa que le hizo el capataz

en la oficina de Barinitas, cuando vio que éste venía llegando en el cajón de las herramientas.

Mientras lo veía bajar, se preguntó por qué estarían subiendo este aparato a Pico Espejo, si allí no había más que peñas y nieve. "Máquinas así debían ponerlas a los campesinos, para bajarles las cosechas a la ciudad, y para llevar a los muchachos a Mérida, cuando se enferman, o a la escuela", se dijo para sus huesos.

No tuvo necesidad de salirle al paso. El capataz se le adelantó y le dijo que venía a cumplir lo prometido; que no pudo arreglarlo antes, por el papeleo, y que él le daba permiso para que en la tarde se fuese a llevar el remedio para su hija.

– Lo espero aquí mañana –le dijo dándole una palmada en la espalda.

En lo que Jacobo Santiago pensó instintivamente, con terror, fue en el viaje de vuelta en el teleférico de carga.

Pero Jacobo Santiago, asustado y todo, esperó silenciosamente al aparato; y subió encima con otros que montaban en él como quien sube a un camión.

Aquel fue un viaje largo.

Luego, llegó a la farmacia y pagó, y recogió los dos frascos y salió, tropezando los pies, como siempre.

Luego esperó en un cruce de camino hasta que alguien le mandó a subir a la caja de un camión.

A Jacobo Santiago, agarrado angustiosamente a sus dos frascos, se le hizo aquel viaje interminable.

La casa de su compadre Juan de Dios quedaba encima del camino. La venía mirando, como si encandilase, desde que dobló el cruce de la carretera.

Jacobo Santiago, que subía la pendiente más lentamente que nunca, con un frasco de remedio en cada mano, vio la puerta sola.

A pesar de la calculada demora, nadie le salió al paso. Ni siquiera un eco de voz. Hasta que asomó la cabeza dentro, como quien la arriesga, sabiendo, en la boca de una trampa.

Había una lamparilla de aceite prendida sobre un cajón de madera, alumbrando con destellos amarillos un pequeño crucifijo de metal. La camucha estaba vacía, con una florecitas silvestres azules y amarillas regadas sobre la estera. En el otro rincón había un cuerito recogido junto al montón de chacos.

Jacobo Santiago huyó hacia la cocina, que estaba a dos pasos. El fogón tenía todavía un rescoldo tibio. Estaba el garabatico de frailejón de monte guindado como un racimo de ollas abolladas, y la alcuza casi llena de las chamizas que debió traer el compadre Juan de Dios en estos días.

Había, dominando todo el oscuro mundo de la casucha de cascajo picado, una hediondez que a Jacobo Santiago terminó de meterle en el cuerpo un malestar que lo sentó en la puerta.

La cara afilada y bigotuda de Jacobo Santiago fue tomando un color amarillo-verduzco de guarapo, y los ojos se le llenaron de una extraña opacidad neblinosa.

Sólo tuvo fuerzas para depositar con precaución los dos frascos de remedio en el piso de tierra y sentarse él, de cara al camino, esperando que los que le quedaban en la vida regresasen del cementerio.

Ya había vivido Jacobo Santiago una eternidad dentro, en alguna parte hasta entonces desconocida de sus adentros, cuando se le posó en el hueso del hombro una blanda mano de niebla.

María tenía la cara y el cuello cubiertos de unguento, pero sonreía, y Orestes, que esperaba a su lado, parecía maravillado de ver al viejo. Margarita venía subiendo todavía la cuesta, junto con un pequeño grupo de campesinos. Y se le quedó viendo, con los ojos llenos de aquella sufrida luz neblinosa de los que han nacido para esperar.

Venían de enterrar a Juan de Dios, que había muerto aquella noche de "una puntada".

## De la arena

### El latido

– ¿Dónde está José Antonio? –preguntó la mujer de Darío Echenique mientras desvestía a su hijita de apenas un año.

José Antonio estaba en la orilla de la playa, con un cerro de piedras entre sus dos manos.

– ¡Ese muchacho se la pasa tirando piedras, Darío; llámalo!

Darío Echenique, que era un hombre gordo y apacible, apenas levantó la voz.

– José Antonio, ven, que te tengo un cordelito para la caña de pescar...

La caña de pescar de José Antonio era un retorcido palito de cedro.

Entonces, los seis años del muchachito cambiaron seriamente las piedras por el guaralito, y se pusieron a pescar tiburones en la arena.

Sus otras dos hermanitas abandonaron el cubo azul y se le quedaron viendo, maravilladas.

La playa de la Colonia Vacacional de Los Caracas está abierta en dos regazos. Hay una parte de arena entre un saliente natural donde han fabricado un muelle y una punta artificial de piedras. La otra playita resulta peligrosa porque todavía está asentando arena.

Hacia allá estaba mirando la mujer cuando dijo:

– Darío, cuida de que no se nos vaya José Antonio con su caña de pescar a ese punto... Tengo el latido de que le va a pasar algo...

Era todavía temprano, y la familia escogió la porción de playa más limpia, porque había latas de conserva y pedazos de vidrio regados sobre la arena.

Darío Echenique trabajaba desde hacía veinte años ("desde que se vendían las paragüeras de mimbre y los sofás de paleta") en una venta de muebles, y como en el negocio había tiempo para todo, le había dado por leer poesía. Era un entusiasta admirador de Elías Calixto Pompa, y le recitaba de memoria hasta cuando estaba grotescamente enmorcillado en su traje de baño amarillo y verde, como ahora.

El pequeño José Antonio se había tenido que aprender de memoria un recitado machacón de su padre que comenzaba:

*Trabaja, joven, sin cesar trabaja,  
la frente honrada que en sudor se moja...*

Y se lo hacía repetir delante de las visitas.

Su mujer se ufanaba de esta condición de su marido diciendo que era "una cabeza llena de versos". Y era cierto que le gustaba quedarse admirando por horas el horizonte del mar y las lunas llenas.

Mediante este romántico ejercicio se le estaban desarrollando más las grasas que la imaginación; pero de vez en cuando hasta hacía sus propios versos.

Así, soñando un ripio debajo del toldo, Darío Echenique se quedó dormido. Cuando lo despertaron, su mujer y el pequeño José Antonio se habían traído ya la cesta de mimbre desde la vieja ranchera verde que había estacionado en la orilla de la playa, y estaban desplegando el mantel blanco con cuadros rojos sobre la arena.

Mientras se despabilaba ayudando en los preparativos del almuerzo, Darío Echenique descubrió que la playa estaba atestada de gente. Después, en medio de aquella enorme confusión de voces de las playas llenas, y de las disputas y los lloros de sus cuatro hijos, él se comió dos latas de diablito, una enorme porción de queso blanco, y se chupó un anca de pollo. Y, como no sólo de pan vive el hombre, se tomó también dos laticas de cerveza.

Es cierto que después fue él quien recogió cuidadosamente las latas vacías, los restos de pan y los papeles que regaron sus hijos sobre la arena, y dobló el mantel y cargó la canasta hasta el carro.

Ya se disponía a descansar, cuando le preguntó repentinamente su mujer:

– Darío, ¿cerraste la puerta del automóvil?...

Darío Echenique pensó un rato, y dijo:

– Sí, mujer.

Después colocó cuidadosamente sus ciento doce kilos en el espacio de sombra que le había reservado su familia.

– ¿Estás seguro?... – insistió ella.

Darío Echenique barruntó que le estaban sembrando una duda en la conciencia. Hacía un mes que habían robado el carro de Heriberto, un primo de su mujer, y ésta no vivía desde entonces sino para advertirle la amenaza de ladrones de automóviles.

Se quedó desvelado un rato, mirando aquel piso de arena ardiendo al sol del mediodía. Pero vio al vehículo tan sumiso y tan cerca, que acomodó el atadito de la camisa debajo de su pescuezo y acabó quedándose dormido, como un angelote.

La siesta duró más de una hora.

Terminó cuando ella comenzó a llamar a voces a José Antonio, que había desaparecido.

– No grites, mujer...

Darío Echenique miró instintivamente al carro:

– ¿Ves?... Tampoco nos han robado el automóvil... ¡Con tus corazonadas!...

Y se levantó pesadamente de su cama de arena, metió los enormes pies dentro de sus zapatos negros, porque tenía las plantas de los pies muy sensibles, y salió a la luz de aquel terrible sol de las dos de la tarde con sus calzones verde y amarillos de guacamaya que se le recogían debajo del ombligo como un enorme remiendo.

Había un mundo de niños jugando en la orilla.

Darío Echenique echó una lenta y confiada mirada buscando el bulto de su hijo. El cuerpo menudo y larguirucho de José Antonio podría distinguirlo él a kilómetros de distancia, porque con aquel taparrabo rojo ceñido a las ingles se le veían las piernas como dos zanquitos.

Pero no acertó a ver ningún cuerpo de niño así, ni en la orilla ni en todo lo que alcanzaban sus ojos, que llegaron hasta la punta del muelle, y luego, alargando la vista

con las manos, hasta el puente de madera del Restaurant, que en verdad era demasiado lejos para que se atreviese a ir el muchacho.

Había unos pocos bañistas tumbados en la arena; la mayoría se había refugiado debajo de los alegres colores listados de las lonas.

Cuando su mujer comenzó a empujarlo con esa voz apremiante de las madres, Darío arrancó sin saber por dónde comenzar a mirar. Asomó tímidamente la cabeza debajo de los primeros toldos con aquellas sus miradas breves y espantadizas, temeroso de molestar a las parejas.

Una cabeza de niño, una espalda de niño, un traje de baño rojo, eran para él un sobresalto, una exclamación contenida, porque no hacía sino repetirse que debía mantener la cabeza fría.

Pero a medida que se le iba acabando la playa, comenzó a ver a los niños de más cerca, y a tentarlos, y a correr, despernado y jadeante, detrás de los bultos, y a meterse descaradamente debajo de los toldos.

Su mujer lo vio regresar solo como quien ve surgir un aparecido.

Por fin le dijo:

– ¿Miraste detrás del depósito de toldos?...

A Darío Echenique le llegaron las palabras de su mujer, que cargaba la pequeña en brazos y tenía el semblante del color de la arena seca de la playa, como pedazos arrugados de cartón; sintió entonces mismo que le estaba pesando mucho el vientre, y que le estaban sonando dentro unas piedras.

Aquel impresionante cuadro del angustiado matrimonio pasó inadvertido hasta para los mismos vecinos de toldo.

A Darío Echenique se le ocurrió entonces mirar detrás de la punta artificial, y arrancó a correr para la otra playa.

Su mujer no pudo evitar aquel grito.

Algunos bañistas salieron de debajo de los toldos. Y llegó corriendo un salvavidas. Después del salvavidas se apelotonó enseguida un gentío en torno a la mujer y a las tres niñas, que ya eran un solo grito.

Cuando Darío Echenique llegó a la orilla, los pies se le hundieron en la arena, y como la vista era más veloz que las piernas, recorrió con ella toda la playa, y luego todo el mar, chapoteando sus zapatos negros dentro del agua.

Al hombre se le fueron llenando los ojos con aquella inmensa soledad del agua y la arena, y sintió que detrás del enorme peso del vientre se le iba la cabeza.

Con la alarma de los gritos y las carreras, las familias con niños pequeños comenzaron a irse despavoridas, sin tiempo de ponerles las ropas.

Y la playa quedó en un momento como vuelta del revés, con las viseras de los toldos al aire, como si acabase de pasar un terrible huracán.

Ya los salvavidas estaban buscando el fondo en la orilla.

Mientras unas señoras se esforzaban en sujetar a su mujer cerca de sus hijitas, Darío Echenique, con sus zapatonos negros hundidos en el agua, seguía todos los movimientos y todas las voces de los salvavidas como un alucinado.

Cada vez que alguien se zambullía, se iba él también angustiosamente al fondo, y permanecía un rato sin aliento. Y se le detenía el corazón del susto cuantas veces

asomaba la cabeza chorreante del nadador, temeroso de descubrir la morena cabellera de su hijito.

Hubo un momento en que dentro de aquel resplandor del sol que inundaba su pupila, se sintió desaparecer, como si su cuerpo se estuviera fundiendo.

Entonces, alguien le tocó el cuerpo.

– ¿Aquella ranchera verde que queda estacionada allá es suya? –le preguntó.

Darío Echenique vio que en torno al automóvil se estaba reuniendo un grupo de hombres, y que en aquel momento alguien estaba abriendo la puerta...

– En el asiento de atrás hay un muchachito dormido...

## De la sal

### A la voluntad de Dios

A la salina de la Boca de Nigua se le está madurando en el vientre de su cielo y en las entrañas calientes de su sal y de su fango el prodigio de un día nuevo; que no es sólo que el mar (por los lados de Los Testigos) le esté prendiendo al cielo aquella candela; porque esa luz sin unos ojos sería pura noche todavía; y es, ciertamente, de Dios, ¡y de la Virgen!, que no le pueda alumbrar un día a la salina sin que lo esté viendo llegar Martín, el vigía, que está, con sus pies hundidos en la salmuera, arañando la costra de sal, y sin que lo descubran desde el principio los salineros que vienen llegando por los lados del muro y por la playa misma con sus poncheras sobre la cabeza y con sus sacos de cocuiza debajo del brazo, y sin que lo sienta venir desde los más escondidos rincones de la sangre (que es donde resiste a veces la esperanza) Ernesto Mata Malavé, sentado como está resignadamente, delante de la solitaria "quinta" ("esos –dice su mujer– son sus juguetes") que paró en la mitad de la restinga, mirando para la sal, esperándolo...

– ¡Teodora!

Teodora se está sacudiendo la arena de su ropa; luego va recorriendo los sacos y las ramas de tabaco pescador que les sirvieron de cama sobre el piso de arena, y se pone a buscar algo dentro de un cajón.

Por el reventón mismo de sol, que ha incendiado el mar y la salina, ya Ernesto sabe que el día va a ser un infierno; cuando amanece así, tan colorado que hasta al hielo de sal le resbalan esos tintes de sangre, es que va a hacer calor, un día bravo. En la salina ya se empiezan a distinguir los bultos que llegan, y Ernesto ve que entre unos montones que están por los lados del Burro se mueven los Guerra y los Gamboa, y que ya está llegando Justina, y que la que viene caminando de los lados de Agua de Vaca es Eulogia Farías con su hijo, y que ya Martín, el vigía, está subiendo hacia la enramada que se dibuja contra el cielo sobre el cerro del Burro, que también mira para la otra banda, hacia Pampatar... Y para cuando los arrugados ojos de Ernesto regresan a la quieta mar de la salina, que amanece sembrada de unos palos cortos que son los que indican los brotes por donde el mar, que se cuele por entre la arena para cruzar la restinga de contrabando ("¿no es margariteña, pues?!") y brota a veces a borbollones, como el petróleo, y salpicada también de los tambores donde los salineros descansan sus poncheras para que no se encharquen, y de tabureques que son unos cuatro-pies que aguantan los sacos de pie mientras los cargan, ya en la salina los bultos de hombre y de mujer y de niño están escarbando la sal, y a medida que la neblina se va haciendo un humo blanco y luminoso que camina por sobre la restinga y se mete por la salina prendida al resplandor de plata de la espuma de sal, comienzan a flotar entre brumas los salineros, y ya Martín es un palo más en la enramada de vigía que ha levantado sobre el cerro para asolear, y ya Teodora ("un día caliente, Ernesto") está soplando la candelita entre dos piedras, y luego pone una panera de zinc con el agua que vacía de un tambor de motor viejo, y luego saca un paquete de café, y ya, mientras el sol va ascendiendo, ¡zas-zas!... como un cohete

entre un arrebol que ciega el ojo, ya el sol se está metiendo a través de los palos y las ramas secas de la "quinta", que es una enramadita de dos metros por dos, hecha de cuatro horcones, un techo de ramas y algún pedazo de zinc viejo, y unas paredes de rama de tabaco pescador que crece sobre la restinga y que dejan pasar la brisa ("¡por qué no ha de pasar, pues!") y hasta dejan ver lo que hay dentro ("¡y por qué tenemos de taparnos de naide!") y con un papel de saco de azúcar sobre la espalda para protegerla de la garúa que viene del mar, y que Ernesto la levantó con lo que le dio un palo envenenado, un poste de luz, que varó en la playa, y le echó hacha... Ya la luz del sol comienza a orear los escondrijos del salitre y del fango, que es lo que está bajo la sal, y a oler ("calentico") el café recién hecho...

– ¡Teodora!

Y Teodora responde:

– ¡Ah!

Eso es todo lo que dicen; pero a esta enramada solitaria pegada a un carrizal de tabaco guarey, que es un remedio contra el reumatismo y la puntada, a medio camino de la fila de arena de cuatro kilómetros, se le está prendiendo ahora, con sólo haber subido el sol media cuarta en el cielo, un lucero de purito oro vivo sobre sus latas de la cabeza y Teodora está colando su café, y la mar sigue hablando ("la mar habla ¡u-uuuu!") y la brisa, que lo que es es un viento que habla parejo, silba "¡bis-bis!" en una lata y ya Teodora ("en todo se mete esta mujer") observa que Ernesto está entretenido viéndole los pocitos sucios de salmuera y las inmundas pelonas de fango a la salina, que es como un pellejo blancuzco y viejo, con ronchas, que hasta para cualquiera que no tenga los ojos afilados de Ernesto está a la vista que está agotada, y que toda esa luz de espumita blanca con que amaneció era pura bonitería, y entonces se levanta y entra a la "quinta", y Teodora, que está sentada frente al fuego, ve que está jurungando algo, y le dice:

– ¿Qué busca?

Y Ernesto voltea:

– ¿Ande pusiste la arepa de ayer?

Teodora lo está viendo así, traspasado de luz, entre las ramas.

– No sé dónde la puse... ¿Eso no se acabó, pues?...

Y entonces Ernesto sale y se sienta sobre el palo de ceiba, junto a Teodora, y toma el taparito de café endulzado con papelón que le pasa, sin decir nada (porque no tienen nada que decirse), y luego es Teodora la que hunde el taparito en la panera, y bebe, a sorbetones sin dientes, su café, que es un guarapo, y dice, porque Teodora está en todo:

– Comience temprano, que la sal se va a calentar...

Ernesto se toca las puyaduras coloreadas con mercuriocromo de sus pies grandes y venosos, y luego se para (largo, flaco, con barba de tres días, el guarda-camisa con boquetes de pellejo moreno y salitroso, el sombrero de palma metido hasta casi los ojos, unos ojos de pájaro, y "muchas lunas encima") y dice, sin mirar a nadie:

– Pa'lo que hay que recoger, con una hora tengo...

Luego recoge de sobre una lata del techo unas medias verdes, tiasas de la sal, y se sienta a ponérselas ("con las cholas no puedo, porque me las quita el fango") y luego se mete trabajosamente los chorizos de sus dedos en unos guantes (amarillos y enlodados)

de goma, y voltea hacia Teodora, que está apagando la candela antes de que se coma el palo, y le dice:

– Ahí viene un camión... (el camión resbala por sobre un encerado blancuzco a la orilla de la salina)... debe ser el de Crucho... (Teodora aguza la vista lo más fino que le da el ojo, porque el otro lo tiene nublado desde que nació)... Cada vez ves menos, Teodora... Se está quedando por los montones de Cruz González...

– ¿Y el nuestro, Ernesto?...

Pero Ernesto ya va bajando el repecho de grama, y dice:

– En cualquier rato llega...

"Sí (y ya Teodora se ha quedado hablando sola, peinándose sus cabellos blancos, sujetándose dos ganchos entre sus labios agrietados por la sal) y a nosotros aquí, con la salecita varada, y cualquier día nos llueve... ¡Ay, Dios mío, que no llueva! Y se nos aniega la salina y se desgasta la sal y nos lleva los montones por donde llegaron... ¡Virgen del Valle! (Y Teodora se amarra el cabello en un soronzo, y luego cubre el cajoncito de cartón, que es su escaparate, con un saco de los de dormir, y sale de la enramada, que es su "quinta", y ve a Ernesto doblado sobre el fango, escarbando despaciosamente la sal con los dedos y echándola sobre una mara, y rociándola de salmuera con una totumita para lavarle un fango gris oscuro, casi negro, que tiene). ¡Pobrecito, y cómo tiene los pies, malogrados con las mataduras! ¡Si yo pudiese!... Pero si él, que ya tiene los pies ordinarios y duros, no aguanta la picazón, menos puedo yo, que tengo los pies más delgados que él y se me mete la sal por el pellejo como un fuego... (Teodora está ya del otro lado de la restinga, en la playa, y hace que lo está recorriendo con la vista, poquito a poco, desde el Morro de La Ballena hasta Punta Gorda, para ver si ha varado un palo o si hay una huella de tortuga, porque ellas varan de noche, y si marcan la pepita en la arena es que sí pusieron, pero si no la marcan más que las patas es que vinieron y no pusieron, y entonces regresan a los quince días completos y los ponen... Pero Teodora no ve rastro, y es acaso porque ve poco; pero ella, que quiere ayudar, tampoco tiene fuerza para recorrer toda esa boca... El que consiguió una nidada de ciento veinte huevos antier fue Martín, el vigía, que es más joven que Ernesto, que también Ernesto tiene el ojo bueno para ver lejos, y distingue cuándo vara el pescado, porque cuando hay turbio siempre se queda alguna cholita o algún cachame en la playa, ¡y asadas sobre brasa son sabrosas! (Y entonces a Teodora se le hace la boca agua, porque no ha tomado sino medio taparito de guarapo en la mañana, y la tarachana escalada que guarda en el cajón es para más tarde, para que les aguante el día, y ya va bajando, encendida al sol como una tea, el repecho de la restinga que da para la salina, y ve a Ernesto con aquella carga de sol a la espalda, arañando la costra de sal cerca del brote grande, y entonces se agacha ella misma y comienza a escarbar en la arena, y consigue unas raíces de grama delgadas, como pajas, y les va quitando mecánicamente los nudos mientras habla, que ella conversa sola...)... y esto se cocina, y sirve de fresco para los niños, que es muy bueno, y hay veces que hasta lo recetan los médicos para enfermedades del hígado... Y es un milagro que sirva para algo, porque sólo con la salecita no se puede; que uno está aquí a la voluntad de Dios; y lo que a uno le dan en la botica por dos brazadas grandes es tres bolívares, para ellos venderlo a cuartillo el bojotico, y las boticas se lo piden a uno de año en año, que si no, no habría grama bastante en la restinga para matar el hambre a

Pampatar y a Agua de Vaca y a todos estos campos de por aquí... No es que yo crea que Alguien nos tiene mala voluntad, ¡líbreme la Madrecita!, sino que es la verdad que si llueve, como quiere Ernesto, se nos van las pilas, pero que si no llueve, que es lo que quiero yo, tampoco nos cuaja la sal, porque las bombas, que es por donde resuella el mar que nos trae la salecita, se está secando ahí mismo, en los resolladeros, y necesitan el agua para que se aniegue toda la salina y reparta la sal por todo, y después, cuando vuelve a cuajar, ya lo deja todo repartido, un reposo de la sal que deja una torta gruesa que se recoge fácilmente y uno puede llenar entonces hasta diez sacos en un día, cuando ahora Ernesto no puede, arañando y arañando todo el día, llenar ni uno solo... Y ¿cómo hace uno si no puede, reza que reza a Dios y a todos los santos, hacer llover, ni tampoco puede conseguir que lleguen los camiones y le lleven la sal?... ¡Eso es, que uno está a la voluntad de Dios!... [Ya Teodora ha reunido su brazada de grama y la lleva hasta la enramada y ve que Ernesto ("¡madre mía!") sigue pegado a la sal, y que hay algunos que están regresando a sus casitas con sus poncheras sobre la cabeza ("debe ser que ya la salmuera está caliente") y deja la grama en un rincón, y sale, y le pega aquel grito a Ernesto]:

- ¡¡Uuuu, uuuuu!!...

(Todos los salineros, como veinte regados por ese blancor sucio, voltean para ver, menos Ernesto. Y Teodora sabe que tampoco puede mandar mucho sobre este hombre, y regresa a su grama, y sigue persiguiendo el zig-zag tierno de la raíz dentro de la arena). "Con lo buena que es esta sal para salar el pescado, que uno lo mira después y no le ha salido pico, ni blanco ni negro, y para comer, cuando molida, que es blanquita, como la espuma del mar (y la mano arrugada de Teodora sigue escarbando aquel rastro de las raíces bajo la arena) y yo lo vendo de puerta en puerta en los pueblos a medio real el paquetico de un kilo para poder pagar el fiado en la bodega, porque si uno se demora más de un mes le dicen: "¡no hay más!" y le dejan morir, y Fermina, la mujer de Mocholón, no me ha dicho nada todavía, pero me ve así, como de lejos, y ya el Guaro García y Anterito, la bodeguita de la playa, no me fían el funche desde hacen días"... (Y Teodora está en esto, en lo que le rinde la cabeza, cuando siente que alguien le tapa el sol, y ella sabe quién es desde que le vio los pies grandes con las mataduras, y después para arriba, los brazos largos, hasta las rodillas, y luego los huecos del guarda-camisa, por donde le está mirando el ombligo de Ernesto, que es una cicatriz redonda y arrugada).

- ¿Recogiste mucha grama?...

Teodora no le dice nada, sino que le pasa la brazada, y Ernesto se la lleva, y Teodora continúa covando la arena... "Si ahora Ernesto se pone a moler y me muele un saco, ya mañana me voy a Juan Griego y a La Guardia, y para la noche vendo eso y me alcanza para el papelón y la harina y las vituallas, que desde hacen días me falta el plátano y el ocumo y la auyama... ¡si ni siquiera tengo el poco de pimienta que le hace falta a una!... Y las compraré en Juan Griego mismo, porque en Pampatar no me fían nada hasta que me ponga ras con ras"... (Y Teodora termina de recoger otra brazada y regresa a la enramada, y ahí mismo está Ernesto, aforzado, moliendo sal y Teodora deja su grama junto a la otra y mira hacia la salina, que está sola, llena de los charcos de salmuera y de lodo, y dice, mirando hacia La Caranta, que es por donde llegan los camiones):

– ¿Vendrá el camión hoy?...

Ernesto está, "táquiti-taqui", moliendo la sal, y no dice nada, sino que mira por donde tiene los ojos su mujer, y descubre lo mismo, que no viene. Y luego, mientras está moliendo, Ernesto barre con la mirada el cielo, y lo ve limpio, sin siquiera un celaje, y piensa que lo que les conviene no es que llegue el camión sino que llueva, para que haya más sal para todos, ¡aunque se pierdan los montones!... Y entonces levanta la vista de la sal que va entrando a la máquina por la boca del embudo, y dice, como si hubiese inventado algo:

– ¡Teodora!...

Teodora está buscando en el cajón de la comida.

– ¿No me oye?...

– Sí, te oí...

La brisa está bis-biseando a través de los palos y las ramas.

– ¿Qué deseas tú?... ¿que venga el camión y se lleve los sacos de sal o que llueva y se aniegue la salina?

Ernesto para, espectacularmente, la máquina y se queda esperando; pero Teodora no se precipita, sino que le vuelve a calcular sus dos lados: lo que le darían los veinte bolívares que les toca por la sal y lo mucho que se podría recoger después de que se aniegue la salina...

– ¿Qué deseas tú, mujer?

Teodora no está desocupada, sino que le está trabajando la cabeza, y hasta más ligero que la máquina de Ernesto, porque piensa que, también, ¡para qué más sal, si la que tienen no se vende! Y ya cuando Ernesto arranca con la manilla, perdida la esperanza de una decisión de Teodora, ella salta:

– ¡Yo deseo que venga el camión!...

– ¿Y por qué?

– Así, esos reales están seguros, y después Dios nos ayudará, que algún día tiene que llover...

Ernesto ha regresado al "tíquiti-taqui" de la máquina, y allá tiene a Teodora al lado, ayudándolo, empujando silenciosamente la sal gruesa dentro del embudo, y no se oye más que al mar y a la brisa ("esa es la radio de uno") y unas cotúas que pasan "¡cuá-cuá!" por encima de la enramada solitaria y encendida sobre la restinga de la Boca de Nigua, que está cargando sol burreado, porque ya son como las once, y es otra vez Teodora la que arranca con aquello:

– Yo me quedo con el camión...

– ¡Aja!

– Ahora, dime tú...

– ¡Yo lo que quiero es que llueva mucho, y que se aniegue la salina hasta el rastro del yerbazal!...

Y Ernesto para otra vez la máquina, y se le queda mirando, como un desafío.

– ¿Con eso comemos?...

– No, ahora no (y Ernesto arranca de nuevo con la máquina) ¡pero así nos desafamos de esta sal que no quiere nadie!...

– Sí...

– Y aluego, cuando la gente se haya comido la que le queda, y necesite otra, porque ¡naide puede comer sin sal! (y Ernesto pide con un gesto del brazo la aprobación de esta verdad).

– Sí (aprueba Teodora).

– ...Pues aquí está, en la salina, y nos dará más comida... (Lo que no dice Ernesto es que ya tiene ganas de escaparse de esta tristeza de tener los pies quemándose en la salmuera).

Teodora se queda viendo para la sal gruesa que está empujando por el embudo con sus viejos dedos agrietados. (No dice que lo que ella quiere es salir del fiado que deben ).

Hasta en la restinga solitaria hay secretos entre dos que se quieren.

– ¿Y no es mejor (dice Teodora) que llegue el camión y más tarde llueva?

– ¡Ji-jí!...

Ernesto ríe así, de un hueco entre dos dientes:

– ¡Tú lo quieres todo, Teodora!...

Teodora se va a prender la candela y a asar el pedazo de la tarachana escalada que les queda, y Ernesto se queda dándole, "táquiti-taqui", al manubrio de la máquina de moler sal, y pensando ("¡alguien tiene que tener la culpa!") que si a estas alturas del verano no han podido vender aquel poco de sal que les queda, eso no es culpa de nadie, sino del gobierno, que los está celando para cobrar el impuesto... ¡sí... ¡Virgen del Valle!... hasta a los burros querían ponerles guía!... Y cuando Ernesto termina de moler la sal que tenía en el embudo de la máquina, se sientan los dos viejos sobre el palo de ceiba y se reparten el resto del pescado, porque el pobre come cuando consigue, si a las diez, las diez, si a las cuatro, las cuatro... Conforme con lo que Dios disponga...

– Funche no hay...

Teodora mira al hombre, y le dice:

– ¿Y no sabe que funche no hay?

Ernesto, callado.

– ... ¿Y que no hay quien nos fíe la harina?...

Ernesto, callado, metiendo tarachana asada en la boca con los chorizos grandes de los dedos, y cuando terminan de comer se meten silenciosamente dentro de la enramada y se recuestan los dos viejos sobre unos sacos, para descansar, y así, arrullados por el silbido parejo de la brisa por entre las paredes de la "quinta" pasa un rato lar...go y hue...co y sono...ro, y Ernesto sigue pensando que ya es hora de que llueva y de que se aniegue la salina, y que entonces habrá que esperar cuatro o cinco meses ("¡cuidado con más!") para que se seque, pero sale de esta angustia de estar con los pies reventados, con las manos enllagadas, asando hambre, pegado a estos veinte bolívares de sal... Durante ese tiempo del cuajo, que es como esperar a que madure una cosecha, él puede sacar guacuco y chipichipe en la orilla, como otros años, y salir con su botecito a pescar pargo y carite y corocoro y guatacara con cordel ("y ahí sale Teodora, despacio, sin hacer ruido, creyendo que estoy dormido) y también puede ir a los trenes con Maximino o a vigilar la playa para ver cuándo atraca el pescado, y también, y en esto le puede ayudar Teodora, puede buscar leña por esos cerros para sacar los dos o tres bolívares diarios que hacen falta a uno para sostener la vida, esperando que cuaje otra vez, la sal... ("¡Ya la

salina quiere blanquear!"... "¡Ya está cuajando!"... "¿y cuándo vais?... ¡vamos mañana, pa'probar!")...

Y cuando Ernesto se para (alto, flaco, cabello blanco, largo y revuelto) ya son más de las dos, porque el sol está bajando en la dirección del cerro Los Cuicas, que es el que da hacia el norte de Pampatar, y se pone el sombrero, y ve que Teodora ya está siguiendo los rastros de la grama en la restinga, y él mira a las nubes, que hay algunas por los lados de Trinidad, y husmea el viento, y se dice ("¡tronco de esperanza, compay!") que si cambia el viento puede llover todavía...

Teodora ha reunido ya otra brazada de grama, y baja a la enramada, y sin muchas palabras están ya los dos camino de la botica de Pampatar, a probar suerte, cada uno con su bulto, ella, Teodora, sobre la cabeza, y él, Ernesto, abrazándolo en la dirección de la pierna, y ese camino es como de tres kilómetros, y aunque no hablan, calculan que con esos tres bolívares Teodora podrá pagar mañana la camioneta para Juan Griego, y con el resto pueden llegar hasta una bodega que queda hacia Porlamar y conseguir su poquito de harina para el funche de esta noche... Pero ("¡Virgen del Valle, ¿y no me coge ni una brazada?!") en la botica no necesitan más grama, ¡más bien les sobra aún de una que les trajo Martín, el vigía!... Y ahí regresan los dos viejos, paso a paso, los tres kilómetros, por la calle principal de Pampatar, que es la que lleva hacia La Caranta, y luego por el muro y por la planicie, que por ahí se llega a la sal, y luego, cuando, rodeando toda la salina por el cascajo que pisan los camiones, (porque los pies de Teodora son delgados y no aguantan más sal), llegan a la "quinta", ya el sol está cayendo por los cerros, y entonces se sientan los dos viejos sobre el palo, y en todo el viaje ni ahora se han dicho nada, y Teodora, que tiene mejor temple para los apuros, guarda la grama en un cajón, porque mañana se puede vender eso en Porlamar o en Juan Griego ("eso se seca, Teodora, bóvalo") y cuando llega el anochecer, que es como el amanecer, pero al revés, Ernesto saca un frasquito de dentro de la enramada y se pone a untar sus mataduras de los pies con mercurio ("para que forme cuero duro, como carapacho"), y, con aquella ofrenda de sus pies grandes y venosos al cielo, mira otra vez arriba, y no ve nada, y en la salina está resbalando una luz blanca que se va apagando, apagando, comiéndose poco a poco los palos de las bombas y los tambores y los tabureques...

– Ernesto, ¿escuchaste la radio?... (Teodora recordó de pronto).

– ¿Qué radio?

– En la botica.

No, Ernesto no había oído más que lo que dijo el doctor, que no...

– Pues allá dijo que iba a llover...

– ...Pero eso será en Caracas... ¿Qué saben ellos de La Boca?...

– Será...

Y sigue oscureciendo más y más, primero el cerro de Punta Gorda, que es el que está a contraluz, y luego también el cerro de Los Cuicas, y el del Burro, y la Cabeza de la Ballena, que es la última en apagarse, con una quinta sola que hay en la punta, cerca de la cueva del Bufón, y luego se va apagando también (como un filamento largo y tendido entre el mar y la salina, como un cordel) la fila de la restinga, y el mar, aunque el mar guarda más la luz, porque por ese lado no hay cerros y lo que hay son unas islas Los Testigos que no se ven...

Así se va apagando el mundo de Ernesto y de Teodora, que ya está agotada con las carreras y con el no comer ("estamos malucos, Ernesto; todos los pobres estamos descontrolados")... Pero ahí sale la luna, tan llena y tan blanca de luz que es una fantasía, y la salina es un enorme piso de plata, y Ernesto siente por encima de la voz del mar y la brisa que Teodora se está acomodando en la cama de las ramas de tabaco pescador y los sacos, y se preocupa ("¿tiene la cobija?") porque el frío llega a media noche, que es cuando pega duro, y Teodora lo siente, y piensa que ya se estará durmiendo, la pobre, porque ni contesta... ("¿no te vienes a acostar, Ernesto?") Y no, no se ha dormido, pero seguro que no demora en llegarle el sueño, que ella con sólo recostarse tiene, y entonces se levanta Ernesto, y camina hacia la playa, antes de que Martín llegue para la salina ("¡ese hombre les madruga a todos!") por si ha varado un palo o ha atracado un pez, y mientras camina sigue mirando al cielo, y le parece (no sabe si es verdad o es mentira de fantasía) que por el noroeste hay unas atmósferas que pintan agua, y sin embargo la brisa no ha cambiado de rumbo, y él sabe que hasta que sople sureste no hay virazón, que es un golpe de agua a plomo que dura más de tres horas, que es lo que necesitan, porque si no, si lo que se pone es boratería, eso es un chubasco que se desbarata en un momento y no aniega la salina... Pero en la playa no hay nada, y regresa para la enramada, y la salina se ve como un piso blanco, como una sola torta de sal ("¡ahí es donde está el engaño!") y Ernesto se sienta sobre el palo otra vez y mira al cielo ("vente a acostar, viejo") y espera y espera ("Ernesto, ven a acostarte... "Pero vieja, duérmase")... y espera y espera, y no ocurre nada, y ya Ernesto siente que Teodora está al otro lado del sueño, y entonces le pesan, sólo con imaginarse a Teodora dormida, le pesan los pies como dos barcos y le pesa la espalda, mu...cho, como si hubiese cargado aquel sol él solito durante todo el día, y es que está muy... cansado, y todavía gira la cabeza por todo ese cielo, y lo que ve son estrellas y ninguna esperanza, y entra dentro de la enramada y se acuesta cerca de Teodora...

Y se duerme.

Lo que le despierta es un redoble parejo, gordo, de agua, y la voz de Teodora, que dice: "¡llueve, Ernesto, está lloviendo!"... Y ya le están cayendo unas gotas sobre los pies, y él y Teodora se repliegan un poco contra la espalda de la "quinta", que es la que tiene la parte más protegida del techo, y allá están los dos ("¡mi madre, está lloviendo!") sentados, con las piernas juntas, viendo, y sintiendo, llover como hacía muchos, muchos meses, que no llovía, y entonces es otra vez Teodora, la más generosa de los dos, la que dice: "¡Dios y la Virgen, Ernesto... te escuchó primero!" Y como Ernesto no le contesta, ella insiste y le tienta una mano en la oscuridad: "Que sea la voluntad de Dios"... Y todavía nada, y sigue lloviendo duro, y ya, con el redoble de las gotas sobre el laterío del techo, ni se oye al mar ni a la brisa, y fuera, en la salina, ya cae agua sobre agua, ya chapotea sobre el charco, y Ernesto piensa, con una dulcedumbre inefable, que siente en el corazón, que ya el agua habrá comenzado a esponjar la sal en los resolladeros, y Teodora, que ha conseguido que Ernesto le coja por fin la mano en la suya, que es como una pala grande, dice: "ganaste, Ernesto, llegó primero el agua"... Pero Ernesto callado, y a Teodora le parece, por el resuello, que está dormido otra vez, y ella dice para adentro, para no despertarlo, que es bueno que descanse, y que ojalá que ya que ha empezado la

lluvia, dure bastante ("¡será de Dios!") y así se olvidan de la salecita y se van a buscar otra cosa hasta que cuaje la sal ("es que ésta es una gran cosa para la pobrecía") y entonces...

Pero Teodora también (con la cabeza recostada sobre el hombro de Ernesto), está dormida... Y sin embargo, a pesar de que no hay nadie que mire caer el agua, sigue lloviendo sobre el mar, sobre los cerros, sobre la restinga, sobre la salina ("¡gluglu!") por todo, fuera de la "quinta" y hasta dentro ("plisplas"), en torno a las piernas recogidas de los dos viejos, para que la esperanza siga latiendo, terca, como la sangre, en el corazón del hombre.

## Del barro

### El turno

El dispensario estaba lleno.

A la puerta, una puerta estrecha pintada de marrón con unos feos vidrios granizados de colores, le estaba saliendo una cola corta de gente. Lo que salía fuera del dispensario, como una cola humana echada al sol tibio de las ocho de la mañana, eran una mujer hombruna vestida de saco y en estado ya adelantado de preñez, una viejita limpia que no hacía más que mirarse una mancha que le había salido en un pecho, y un hombre joven que tenía el pie enyesado.

Lo demás, dentro, eso estaba lleno de gente.

– ¿Usted cree que nos alcance a ver el doctor esta mañana? –preguntó la viejita con la mano latiéndole debajo del vestido, tentándose el pecho.

– Yo creo... –contestó la mujer, y se cuadró en la puerta para contar la gente.

El hombre, sentado sobre la acera y con el blanco-sucio de su yeso tendido al sol, gruñó algo.

Y al rato llegó otra mujer.

Ni el hombre (que estaba rascándose debajo del yeso con un alambre), ni la viejita, ni la mujer, que estaba apoyando su doble humanidad contra el quicio de la puerta, pudieron verla bien.

Es que llegó como un ventarrón y coló en el dispensario así, como si fuese de puro aire.

– ¡Y eso!... –llegó a decir la mujer del paltó gris después de la sorpresa.

Y luego miró a la viejita, buscando un testigo de aquel descaro.

– Debe estar muy apurada –dijo resignadamente la anciana, arrojándose al muro.

Pero ya la mujer, una morena pequeña y flaca que cargaba un bojotico blanco en el brazo, estaba dentro.

Dentro era una habitación no muy grande, recién encalada, con gente de todos los colores y de todos los tamaños, sentada en derredor. Es todo lo que a la luz de aquella mirada desvariada que giró como el reverbero de un faro debió observar la mujer, y luego vio también que aquel corro cuadrado se rompía en una puerta, y que por este hueco se llegaba a una enfermera sentada en una mesita pintada de blanco, porque aquí se detuvieron aquellos ojos.

Así, parada en el centro de la sala, con aquel cerco de miradas en acecho, la mujer vio cómo la enfermera atendía a un hombre viejo que estaba subiéndose una pierna del pantalón para enseñarle algo que tenía en la pantorrilla, y entonces se contuvo, visiblemente, porque se mordió un labio, y luego buscó, con aquella su mirada de brincos cortos y huidos, si había un hueco donde sentarse; pero como no descubriese en esta nueva fulgurante inspección sino los mismos bultos apretujados y los mismos ojos hostiles de antes, la mujer se quedó allá mismo, con su paquetico blanco al brazo, viendo para el cuarto de la enfermera.

Se había hecho para entonces, y como por la magia de aquella extraña y agitada presencia de mujer, un silencio impaciente, lleno de preguntas.

– Mira –se le dirigió, por fin, una embarazada de sweter rojo que estaba de las primeras– escucha...

La mujer se volteó y le vio la cara, y luego le dio hostilmente la espalda; después se quedó mirando a un almanaque guindado en el muro, sobre unas cabezas.

– Esa –dijo entonces la gorda discretamente a su vecina de asiento– ¿como que ya tuvo el muchachito?...

Todo el mundo escuchó la pregunta, y aquel silencio del dispensario, oloroso a alcohol y a permanganato, quedó desde entonces enredado en el bojotico blanco que cargaba la mujer; mientras ella, con las mejillas afiladas, con aquel su cuello veteado de unas inverosímiles transparencias amarillas y azules, miraba desde los carbones encendidos en el fondo oscuro de sus cuencas al hombre sonreído que fumaba indiferentemente en el almanaque.

– Debe ser –le contestó la otra– ¡pero si ella misma no sabía cuándo le tocaba!...

Y luego, después de un silencio insoportable, añadió:

– Es que se la ve así... como loca, ¿verdad?

Y los ojos de todo el mundo despertaron entonces a la posibilidad de tener a una loca cerca.

Pero ni así, ni con estos fustazos de las miradas en pleno rostro, se movió la mujer del bojotico blanco al brazo.

Fue cuando el viejo de la pierna mala se movió para el fondo de la enfermería cuando la mujer aprovechó este encandilamiento y se plantó en una carrera frente a la mesita.

Hubo entonces un murmullo, y todo el mundo se quedó viendo al joven de la camisa blanca, a quien correspondía el turno. Estaba de pie, mudo, mirando a la mujer. Ella enseñaba el bultico a la enfermera sin despegarlo de sí misma, como si fuese parte de su mismo cuerpo,

– ¡Qué hubo!... –reventó por fin el joven, abriendo los brazos a la consideración de todos– ¡que una se cuele así!...

Y la mujer del saco, que estaba en la puerta de entrada, también disparó algo desde lejos.

Pero todos los ojos y todos los oídos estaban tan pendientes de lo que ocurría en la enfermería que aquello no prosperó y pudieron ver cómo la enfermera se levantaba bruscamente de su asiento, hacía que la mujer se sentase allá mismo, en su propia silla, y le decía:

– ¡Criatura!

Solo entonces dejó el joven de refunfuñar, y se sentó.

La enfermera miró con mucho cuidado dentro del paquetico blanco y se llevó, a pesar suyo, una mano a la boca, y luego buscó apresuradamente en una gaveta, sacó una ficha y desapareció dentro de la enfermería.

La mujer se quedó viendo un ratico en aquella dirección, que debía ser donde estaba el médico, y después se enfrentó, desde su imponente posición detrás de la mesita blanca, a toda la sala, apuntándola con aquella su mirada estrábica y dolorida.

Alguien la debió llamar, porque se levantó de pronto y desapareció detrás del biombo blanco.

Nadie durante un buen rato dijo una palabra; ni siquiera se oyó una tos; todos estaban pendientes de aquel rumor apagado, lleno de pequeñas interjecciones, que llegaba de dentro.

Primero apareció la enfermera y comenzó a escribir sobre la mesita blanca; luego llegó la mujer, arreglando cuidadosamente el bojotico, y se sentó en una silla que se la ofreció alguien desde dentro. La enfermera sacó un libro del cajón, lo abrió, y preguntó a la mujer:

– Entonces, ¿qué nombre le quiere poner a la niña?

La sala de espera era un solo oído grande y atento, y todos, hasta las dos que esperaban turno fuera de la sala, pudieron oír cómo decía la mujer, resignadamente:

– Pero pa'qué le quieren poner nombre, si no va a durá...

Luego, como la enfermera parecía dispuesta a esperar, añadió:

– Ah, pues yo no sé...

– ¿Le gustaría Marisa?...

La mujercita se estiró nerviosamente aquel percal descolorido y arrugado de su vestido y miró dentro del bojotico y se alzó de hombros.

La enfermera esperó un rato, y después insistió pacientemente:

– ... ¿Ole gustaría más Gladys?...

La mujer repitió con aire ausente:

– ... Gladys... Marisa...

– Marisa es un nombre muy bonito –se atrevió alguien de la sala.

Pero la mujer no hacía sino mirar obstinadamente a su bojotico y hablarse a sí misma, repitiendo los nombres.

– ¿Le ponemos Marisa, entonces?... –dijo la enfermera.

– ¡Ah! –y a la mujer le brotó algo así como una risa.

Luego miró a la sala con dureza otra vez, y regresó a la enfermera, y dijo ásperamente:

– Bueno..., sí, hombre..., Marisa está bien...

Mientras la enfermera escribía en el libro hubo en la sala un murmullo de aprobación.

– La otra semana que vino a la visita dijo que era pa'dentro de un mes –habló la gorda del sweter rojo festivamente, como si con sólo mencionar un nombre se hubiese esparcido en la sala un aire de bautizo– y ahí está ella, con muchachito y todo...

Las miradas de la sala saltaron todas hacia la gorda.

– Y parecía que venía varón –dijo su vecina– porque tenía la barriga muy puyúa...

– ¡Ah! –terció entonces la hombruna de la puerta– eso de las formas de la barriga como que no tiene nada que ver, porque...

– A ver si se le mejora, entonces... –dijo la enfermera ayudándole a pararse.

Y allá, en aquella mujercita abrazada al paquete blanco, se había reunido la atención de la sala otra vez.

Todos vieron cómo se levantaba, cómo apretaba el bulto contra su pecho y salía. Y ya se había puesto en el centro de la sala en dos brincos, porque todos sus gestos eran bruscos y hostiles, cuando tropezó con la gorda del sweter rojo, quien le dijo, con cierta agresividad curiosa, pero con simpatía:

– Entonces, ¿ya tuviste la muchachita?...

La mujer se detiene un momento, protege celosamente lo suyo con aquellos sus dos brazos de hueso, y dice mirándola derechamente a los ojos:

– ¡Y no lo estás viendo, pues!...

Pero la mujer no enseña la criatura, sino que la aprieta más fuerte contra su pecho, y luego embiste contra el grupo, porque lo que le rodea es ya todo el mundo de la salita, y ya consigue apartar a la gorda con un golpe de hombro cuando ésta le alcanza el bojotico con un zarpazo de la mano y lo descubre.

Lo que queda a la vista de todos los que respiran en la sala del dispensario es una cabecita amoratada y deforme.

– ¡No me la toquen!... –grita la madre.

Y gira, acosada, sobre sí misma, buscando una salida, y le saltan los ojos centelleantes, y enseña los dientes, y aprieta más contra su pecho a la criatura.

Pero de pronto hay algo, como una sensación de impotencia, que le hace detenerse en aquel tremendo vuelco de la huida, y se toma un pequeño descanso, y comienza a recorrer de nuevo, pero más despacio, aquel cerco de ojos; y entonces, en lugar de dispararse otra vez hacia la puerta o de soltarse a golpear la gente, las facciones de la mujer se distienden, y se le apaga un poco aquel incendio de los ojos, y abre, lentamente, su bojotico, y sin una lágrima, sin un gesto duro, lo enseña en derredor, como si ya aquello que hasta entonces era celosamente de ella sola se hubiese convertido en algo que es de todos. Y entonces la mujer se lleva lentamente la mano al pecho y suelta el imperdible con que tiene enganchados los dos bordes del escote redondo, que parece desgarrado de un tirón, mete la mano dentro de su seno y saca a la vista de todos los ojos que le rodean un pecho desinflado y azuloso, como si estuviese recién exprimido o hubiese estado ya seco desde el comienzo de la creación, y entonces fuerza el pezón dentro de la boca cerrada de la criatura, que no se mueve, y luego recorre en círculo los ojos del mundo que le rodea, y dice, sin ninguna congoja, con sólo una ausencia fría:

– Ya ven, no me coge el pecho... no come...

Después, tira bruscamente su pecho dentro de sus ropas, como si fuese una fruta que está mala, y dice con la voz blanca y exhausta, mientras cierra el imperdible, avanzando un poco hacia la puerta, pero sin prisa de llegar a ninguna parte:

– Se pasó toda la noche llorando... Yo se lo doy, no lo crean... –y la mujer levanta los ojos al grupo...– pero es que no lo quiere...

Y se detiene, y queda esperando una respuesta, acaso hasta algún reproche...

Pero nadie en todo el grupo se atreve a hablar.

Y ella, como no le reclaman, como no la abuchean, ni siquiera le reprochan con la mirada, añade:

– ...Y ya ven, ya ni llora...

Y así, despacio, hablando casi con dulzura, la mujer llega hasta la puerta; y cuando ya asoma fuera del dispensario mira a los lados, cubre la carita de la niña otra vez,

aprieta el bojotico blanco entre sus dos brazos de hueso y arranca a correr, calle arriba, en la dirección del cerro.

Dentro de la sala de espera del dispensario todo regresa a lo que era antes, que es lo que ha sido siempre, al barro de donde venimos, esperando el turno.

En la cola humana que no cabe dentro ya sólo quedan dos: la anciana que se palpa una mancha que le ha salido en el pecho y el hombre joven que se está rascando la pierna dentro del yeso con un alambre.

La hombruna que viste de saco ya tiene por fin su asiento.

Y la viejita le dice desde la puerta, muy ajena a cualquier otra preocupación que no sea su pecho enfermo:

– ¿Usted cree que nos alcance a ver el doctor esta mañana?

## **Del asfalto**

### **Los hierros de Guanoco**

Luis Elviro García, el dueño del botiquín, nació en una curiara.

A su madre le cogió la novedad en un punto que llaman Morichalito; porque su viejo, que iba navegando a canaleta hacia Punta Evaristo, no tuvo tiempo de llegar a nada mejor.

Después, Luis Elviro se crió aquí, en Guanoco.

A los cuarenta años, y con nueve hijos que le dio Mercedes, su mujer legítima, había llegado a ser propietario de una bodega que nombraban "La luz de Guanoco" y de dos curiaras con las que salía de pesquería hasta la Barra de Maturín.

Tenía que salir a pescar, porque aquel negocito de pulpería no daba, con rockola y todo, para llenarle la boca a nadie.

Es que Guanoco es un punto muerto.

Los días aquí, en este rincón del caño, se alargan tanto que parece que se mueren de calor y de cansancio, y si uno espera que llegue la noche para refrescar el cuerpo y para reposar la cabeza de los desvaríos, pues está esperando en balde, porque las noches de Guanoco son tan negras y pegajosas como el mismo asfalto, y cuando callan los bichos, comienzan entonces los galpones arruinados y las máquinas trancadas por la herrumbre y los desvencijados vagones del ferrocarril arrumbados entre el monte a llenar con sus misteriosos chirridos de hierro muerto el sofocante silencio del pueblo.

Pero no se imaginen que Guanoco ha sido siempre así.

Cuando se vino "la Compañía", hace cuarenta años, todo el Caño San Juan y todo este Caño Guanoco se cansaron de cargar sobre sus lomos de agua turbia aquel estrepitoso y abigarrado mundo de gentes que venían con la ilusión de "la mina". Y si venían los hombres desde tan lejos que hasta hablaban lenguas diferentes, ¿cómo no se iban a vaciar Cicaina, que queda ahí mismo, hacia la costa de esa cordillera de cerros, y Puerto Ajíes, y Maremare, y Yaguayabrito, y Morocoto, y Los Conotos, y Guariquén, y El Pilar, y Jurupú (que es el Jurupú de los guaraos) y Guaritoto y todas esas poblaciones que están sólo a unas horas de camino?

Entonces, que era cuando llegaron el trinitario Pitá, que está loco de ese sol que le está sorbiendo el seso de la cabeza como si fuese el agua de un coco; que fue cuando llegó Jesús Martínez, que se está quedando en el hueso de esperar a los clientes en la soledad impresionante de aquella gigantesca estantería vacía del Commissary, y que fue también cuando se vino León Guevara caminando solo desde Guariquén y ahora ya son treinta y nueve; entonces, digo, ese lago de asfalto que llamaron La Felicidad tenía la magia de lo que después comenzó a ser el Distrito Bolívar del Zulia, o lo que fue California en un tiempo, o lo que debe ser en estos días un yacimiento de uranio en cualquier parte del mundo donde lleguen hombres con la máquina de soñar trabajándoles en la cabeza

Cuando después los hombres se desbandaron con el fracaso, los Guevara y los Martínez, que de donde venían era del corazón mismo de aquella selva de jobos, de acurrutús, de jabillos y de bucares, o algunos que, como el trinitario, llegaron de lejos a sembrar su alma, se quedaron; como esos soldados que se dejan matar en las posiciones.

Ellos fueron los que aguantaron, sin moverse, los escombros de aquel cielo que se fue desplomando poco a poco sobre sus espaldas y sobre las cabezas de sus hijos.

Entonces con la basura de aquellos restos, comenzaron a sacudir a los niños las fiebres del "bugui-bugui" y de "la pulmonía que mata", o a morirse simplemente de mengua; y así fueron enterrándolos como a animalitos a los pies de los cauchos, los ceniceros y los mulatos de aquel cerro que ahora se ve cubierto de pequeñas cruces de palo.

Por eso, por fidelidad al sueño de sembrarle a Venezuela un pueblo, queda todavía aquí tanta gente que parece que ha perdido el juicio. Y gracias a estos locos conserva Guanoco la memoria, y los puntos los mencionan todavía por el "Stock room", "El tanque de brea líquida", "La planta de hielo" y la Avenida Gómez, unos fantasmas de muertos, de hierros viejos y de chimeneas que asoman entre los árboles y entre aquel monte espeso y caliente por donde se deslizan traidoramente los mapanares y las cuaimapiñas que se bañan en las turbias aguas del caño.

A Guanoco se le ha ido metiendo la selva (con ese sigilo implacable y brutal de las raíces) por entre las calles, por entre las construcciones y las máquinas, por dentro de las casas, estrangulándole la vida hasta dejarle el cuerpo en lo que es ese charco negro de asfalto, ese estiércol del diablo donde no crece una hierba.

A este cementerio caliente donde se oye gemir débilmente a los hierros cuando les abrazan las raíces, donde ya no queda una sola rueda que gire, llegan de vez en cuando algunas cartas con nombres de otros tiempos; y aquí se les acaba la vida, porque ¿a dónde van a preguntar en el pueblo por esos muertos?

Luis Elviro García estaba descansando su barriga sobre el mostrador de tablas, observando cómo se encendía la brea con las últimas luces de la tarde (que duran lo que un fogonazo, porque las noches en Guanoco caen como si se desprendiese del cielo un plomo) cuando el hueco de la puerta se le llenó con las sombras de dos hombres.

Uno de ellos sacó un bolívar y lo puso a bailar sobre las toscas tablas del mostrador.

– Dos frescos de menta dijo– y me das el vuelto en lochas.

Luego se sentó sobre una gavera vacía.

El otro se había quedado viendo la lista de canciones de la rockola, como quien entiende los signos.

Luis Elviro García se perdió detrás del mostrador, y prendió la planta.

Al rato estalló el grito metálico de un rock-and-roll que corrió arañando los seres y las cosas muertas que habitan todavía aquella selva espesa de los entrecaños.

Cuando la garganta de acero se calló, ya estaban congregados los dos hombres y los niños tristes de siempre, y todos se vieron las caras sin ganas, adivinándose los hastíos y las malicias.

Hasta que, con el silencio, el botiquín fue perdiendo otra vez aquellos ojos.

– Mira, García –dijo el que había gastado el bolívar– mete una locha tuya ahí, vale...

Luis Elviro le oyó de mala gana; pero, con la cara amarrada y todo, abrió la gaveta, buscó en una cajita de cartón, y fue a colocar la moneda en la rockola.

– ¿Qué pongo? –dijo mirando a los dos hombres, que era lo que quedaba.

– Marca el seis...

Luis Elviro contó para él solo: "uno, dos"...

Y arrancó una canción mexicana.

"Además de prestarles la rockola y de pagar la planta eléctrica, todavía tengo que poner yo la moneda", dijo.

Pero nadie más que él mismo se oyó decir el desahogo.

Después, regresó su barriga donde tenía costumbre, cerca del peso, y siguió pellizcándose la grasienta cara llena de huecos de viruela, sacándose los barros.

Y como todo se acaba, pues también se acabó el disco.

A los dos hombres les sorprendió el silencio sentados, uno sobre el cajón, el otro sobre el mismo piso de tierra.

– ¿Y cómo les fue hoy? –preguntó Luis Elviro, que no era mucho preguntar.

El que estaba sentado sobre el cajón se levantó, llegó hasta la puerta, se apoyó en el dintel con sus dos manos, y mirando hacia el depósito de asfalto dijo con una voz que parecía que era para alguien que estaba fuera:

– Vendimos un poco de ocumo y de yuca en Caripito...

– ¿Ustedes se quieren venir a pescar mañana? –preguntó Luis Elviro con cierta cautela en la voz.

Los dos hombres se miraron.

Luis Elviro se esforzaba en ver a los dos, apuntando a cada uno con un ojo.

– ¿Irámos dónde? –dijo el que estaba sentado en el suelo.

– A la vía de Garantón, frente a Irapa. Ustedes se irían en la curiara pequeña; ya la grande la tengo completa.

– ¿Habrá lebranche ahora?

– Es buen tiempo para lebranche, y para cazón –contestó el pulpero.

Estuvieron luego un rato callados.

El mismo hombre, que ya se había acercado al mostrador, preguntó en un tono amistoso:

– ¿Para cuántos días?...

– Quince, dieciocho, según esté la suerte...

El que estaba sentado sobre el cajón no se había movido siquiera, pero soltó aquel tiro al aire:

– ¿Podrías fiarnos una botella de ron?...

Luis Elviro se les quedó viendo, y no cogió la botella, pero les dijo:

– ¿Me prometen estar aquí a las cuatro?

Como los dos hombres no dijeron que no, y se habían quedado mirando el estante, Luis Elviro agarró una de las tres botellas que quedaban, cubiertas de polvo, la sopló y la limpió de dos manotones, le desenroscó el tapón, y primero se sirvió a pico él mismo.

– ¿Me lo brindan? –preguntó después.

– Claro...

Los dos hombres se echaron cada uno un trago; y se fueron, con la botella.

Luis Elviro García se quedó otra vez solo, en el único punto de luz de toda la selva de Guanoco.

A la rockola le brillaban tanto las latas que parecía que le habían prendido unas velas.

Al rato llegó un hombre.

– Hola, José... –le dijo Luis Elviro.

José era un indio guarao que se había quedado en Guanoco arrimado a una hija de Hermenegildo, el que fabrica las curiaras.

Era pequeño; tenía unos ojos muy vivos (que brincaban de un punto de atención a otro) y tenía el pelo lacio y largo; vestía franela de un blanco gastado, y un pantalón kaki que le tapaba los pies descalzos.

El indio se sentó sobre el cajón.

– Entonces salimos mañana, a las cuatro –le dijo Luis Elviro.

– ¿Conseguiste los hombres?

– Sí...

El indio se quedó esperando.

– Los dos hermanos Rodríguez –dijo Luis Elviro, por fin, quitándose con el hombro peludo las gotas de sudor que le bajaban por la barba.

Después, se quedaron los dos callados, cada uno a lo suyo. Hacía un calor espeso; como el que se siente en los trapiches cuando están hirviendo el guarapo, o como si alguien aquí estuviese calentando un caldero con asfalto.

– Bueno –dijo por fin el indio, levantándose –entonces me voy a acostar.

– Espera, José –le dijo el pulpero –tómame un fresco.

Y sacó una botella del interior de la desportillada y sucia nevera de kerosén; la destapó, y le puso un papelito del de envolver encima del pico.

José le restregó circularmente el papelito en el morro de la botella, como si se lo estuviese atornillando; luego, botó el papel al suelo y tomó un trago lento, mientras le veía la sudorosa cara picada al bodeguero.

– Anda, suéltalo... –le dijo Luis Elviro, sonriendo.

– Tú sabes igual que yo.

– No importa, quiero oírtelo... Te brindé el fresco por eso.

El indio le enseñó unos dientes muy blancos, y bajó los ojos.

– ¿De qué partido eres tú? –le preguntó el bodeguero.

– Yo no soy de ningún partido.

– ¿Tú eres amigo de los Rodríguez? –insistió.

– Tampoco son enemigos míos...

El indio terminó de beber su fresco, dejó la botella encima del mostrador, y dijo, mientras salía del negocio:

– Bueno, adiós.

– Mira, José –lo llamó el bodeguero.

Pero ya el indio había brincado el pedazo de luz que rebosaba de la puerta, y había desaparecido en la oscuridad.

Caminó, milagrosamente, sobre unas carcomidas vigas de hierro que hacían de puente sobre el depósito de asfalto, que era un embalse natural, y tomó la Avenida Gómez, una destartada callejuela llena de basuras que hace tiempo que murió entre la hilera de casitas arruinadas de zinc y tablas de cuando vivía el General (pero tan muertas y malditas como él) y las agresivas avanzadas de la selva que están estrangulando el pueblo con las implacables zarpas de sus raíces.

Iba rápidamente, viendo con las puntas de los dedos, por lo que antes era la estación del tren y ahora es un enorme jaulón de hierro con aquellos pingajos de zinc colgados del techo, que de noche asoman como fantasmas de entre los árboles, y por la vía de los esqueletos de hierro de los vagones y aquel depósito de agua para las máquinas de vapor que yace destripado en el suelo.

José estaba acostumbrado a caminar sin pegarse los pies en los charcos de brea, y a correr de noche sobre los podridos durmientes y sobre los rieles, con la luz de la luna cargada sobre sus espaldas, indiferente a estos fantasmas mitad árbol, mitad hierro y mitad culebra que asoman en Guanoco por todas partes. Guiaba sus pies tan sin querer en lo oscuro, que hasta con aquella preocupación de Luis Elviro encaramada a la cabeza podía seguir sus leves huellas de aire.

Luis Elviro García era un comerciante muy hábil, pensaba José, y muy "vagamundo" también, porque esto se lo tenía reconocido todo el pueblo; tanto que hasta quería sacarle plata a la política.

Cuando estaba el General montado a caballo sobre el pueblo, picándole despiadadamente las espuelas hasta sangrarlo, Luis Elviro estuvo exhibiendo un enorme retrato suyo en colores en todo lo que era la pared principal del botiquín, y consiguió influencias que todo el mundo aprendió a respetar, porque era tanto como temer a las comisiones.

Luego, cuando llegó el 23 de enero, Luis Elviro García descolgó tranquilamente al General.

Fue tan así, que cuando comenzaron a llegar los retratos en colores de los nuevos candidatos, Luis Elviro se las compuso para conseguir los tres, y los guardó enrolladitos debajo del mostrador.

Así, con estas cartas escondidas en la bocamanga, el jugador que llevaba el bodeguero dentro esperó hasta que supo que había llegado el momento de arriesgarse a una sola suerte.

Y como las estrellas de las largas noches que pasó enchinchorrado en el patio le soplaron aquel nombre, pues un día amaneció la pulpería con un enorme retrato del Contralmirante.

Pero a pesar de las oraciones, el Contralmirante perdió.

Entonces mismo, al día siguiente de los resultados, Luis Elviro García arrió apuradamente su bandera, y se puso a celar las caras con un susto que no le cabía en aquel peludo corpachón del bodeguero; pero, lo que son las cosas, aquella renuncia cayó bien a la gente.

A Luis Elviro García también le salvó la unidad.

Dos semanas después, cuando llegó el cura para la misa mensual, y ya nadie se acordaba otra vez de las politiquerías de Luis Elviro, a algún diablo se le ocurrió dedicar el oficio a la intención del nuevo presidente.

Ya estaban reunidos en el galpón de la estación, esperando que el cura subiese al altar, que era un paño extendido sobre la plancha podrida de una mesa de torno, cuando apareció Luis Elviro con su gastado traje azul de los bautizos ceñido a la barriga, como un corsé.

Alguien dijo:

– ¡Miren quién viene ahí!...

La cincuentena de personas volteó la cara.

– ¡El sinvergüenza!"

– "¡El vagamundo!"...

– ¡Déjenlo venir –dijo una mujer– que esto es una misa!"...

El cura, que se estaba poniendo las ropas, se quedó viendo a Luis Elviro, sin comprender los gestos ni las palabras.

Luis Elviro recibió aquel rumor que le salió al camino como algo que le tenía que llegar, y se fue acercando humildemente, viéndose los zapatos, que los traía, por cierto, recién lustrados.

Fueron dos hombres jóvenes, los hermanos Rodríguez, los que se adelantaron a los demás, y los que lo empujaron, y los que le hicieron retroceder de medio lado y los que después le pusieron a correr hacia las vigas de hierro tendidas sobre el depósito. La gente, que hasta entonces se había contentado con animar de lejos a los dos hombres, comenzó a correr detrás de Luis Elviro, que ya no podía respirar del susto y del cansancio.

Lo arrinconaron contra el depósito; el bodeguero parecía un váquiro cercado por perros. Pero no fue un perro, sino un muchachito, el que le agarró de la ropa y le reventó los primeros dos botones.

Cuando Luis Elviro consiguió pasar por encima del puente, estaba en los mismos calzoncillos.

Si no es por el cura, que llegó con las ropas flotándole como banderas –y eso lo recuerda ahora el indio José, mientras va cerro arriba, como si lo estuviese presenciando –a Luis Elviro le hubiesen tirado de cabeza dentro del asfalto.

"Esa es cosa suya –se decía ahora el indio, con la luz de la luna ya borrada de sus espaldas, porque se estaba nublando el cielo– pero yo salgo antes a falta de dos hombres que embarcar a dos enemigos"...

Cuando el indio José llegó a la puerta de su ranchito, de donde se dominaba el caño, todo lo que quedaba del pueblo y parte de las espesas selvas que apretaban aquellos cauces de agua lenta, dijo a su mujer, que estaba, pegada a una luz de kerosén, cosiendo un remiendo:

– Ya viene la lluvia por Jurupujú...

Cuando José se paró del chinchorro, en la madrugada, ya tenía los pies mojados.

No despertó a su mujer, pero le tentó el cuerpo, para ver si llovía también cerca del muro; y comprobó que por ese lado el techo estaba entero.

Asomó a la puerta; escuchó caer la lluvia sobre el zinc y sobre la selva y sobre el caño, con la extraña sensación de estar oyendo el tropel impresionante de la candela (hinchando y reventando los tallos, quebrando las espaldas a los palos, explotando las semillas) a través de las selvas de Jurupujú.

El indio prendió un fuego sobre la piedra de la cocina; cogió agua del chorro que bajaba del zinc; hirvió el café, y lo sorbió, parado en la puerta, muy lentamente.

Luego se caló su sombrero de cogollo hasta casi la quijada, y se sumergió en el aguacero, empapándose como un bizcocho.

En el abismo infinito y negro de aquel cielo gordo, preñado de agua, se quebraban de vez en cuando unos largos palos de fuego, que primero encendían el cielo, y luego, cuando se apagaba el resplandor, enseñaba las raíces, y al rato, como a unos diez pasos del indio en aquellos chorros de agua que le corrían por entre los dedos de los pies, como peces, estallaban los redobles impresionantes de los truenos, que le traían al indio unas cosas del otro mundo.

"La tormenta bajará pronto por el caño", se dijo con temor.

Con su franela y sus pantalones hinchados de agua, con su cabello pegado a la frente y a las orejas debajo del sombrero, que chorreaba como una gárgola, José iba sintiendo las esquinas de los huesos en toda la superficie de su friolento pellejo de guarao. Los pies, esas segundas manos del indio, se adherían fuertemente al piso resbaloso del sendero, y brincaban las raíces, mientras orillaba peligrosamente las babosas pendientes que van a caer verticalmente sobre la vieja estación del tren.

Cuando José alcanzó la Avenida Gómez, sus pies se cuidaron mucho de los hierros que desentierra el agua, como cuchillos.

Alguien que pudo alzar la voz sobre la tormenta dijo:

– ¿Vas a salir con García?...

El indio se detuvo delante de la casucha.

Era Auristelo, un zuliano enfermo del pecho que no tenía con qué abandonar el caño.

– Sí –y por decir algo le dijo: –¿Tú te vienes con nosotros?

– No, vale; yo ya estoy viejo para eso... No, es que me está lloviendo en la casa...

– Bueno...

– Bueno.

El indio, consciente de la proximidad de los hombres, de las mujeres y de los niños desvelados debajo de aquellos techos de zinc y de paja podrida, iba observando con susto las extrañas figuras que hacían los hierros retorcidos y los pedazos de chimenea cuando se encendían brevemente con los relámpagos entre el monte y entre los árboles.

Cuando el indio llegó corriendo al estrecho camino de las viguetas, tuvo cuidado de no tropezar con un tornillo que asomaba peligrosamente en el reborde, y que nadie había cortado en veinte años porque aquel caminito no era de ninguno en particular sino de todos.

Luis Elviro tenía ya reunidos a los hombres en la bodega, y les estaba brindando el café. Allá estaban los dos hermanos Rodríguez, acuclillados contra el muro, con la rueda del cogollo cubriéndoles las rodillas.

Y cuando Luis Elviro dio la señal, los dos hombres se movieron, perezosamente, con los demás.

El agua del Caño Guanoco estaba terminando de subir con la marea por el estrecho canal que subía al caney donde Luis Elviro García guardaba las curiaras, que ya estaban cargadas con los filetes de guaralillo de cien brazas comprados en Cumaná y con las provisiones, que para eso el bodeguero era un hombre muy organizado.

Primero sacaron la curiara grande, donde iban las redes; los diez hombres rodearon silenciosamente con sus brazos el redondo y macizo cuerpo de jabillo de la canoa, y fueron deslizándose trabajosamente la embarcación hasta la misma boca, tropezando los pies con los mangles, las yaguas y los burrumiches que crecen entre el barro gredoso de la orilla.

Allá dejaron a un hombre; los demás subieron, respirando trabajosamente el aguacero, a buscar la segunda curiara.

Cuando también la curiara pequeña estuvo en la boca, cuando las dos embarcaciones estuvieron listas para partir sobre las aguas del Caño Guanoco, Luis Elviro distribuyó su gente. El indio José observó cómo los Rodríguez embarcaban en la segunda curiara, que era más pequeña, y cómo luego el mayor de ellos, que era conocido como muy buen patrón, prendía el "Johnson 35" y empujaba la barra.

José montó en la curiara grande, donde el propio Luis Elviro agarró el timón. La lluvia azotaba furiosamente el Caño Guanoco (que ya hacía unas horas que estaba moviéndose con el invierno) y todo lo que iba montado sobre sus espaldas de agua espesa y estirada: las dos canoas y los diez hombres doblados sobre sus rodillas rumbo a la Barra de Maturín.

Los truenos retumbaban cada vez más cerca, y los rayos encendían las sinuosas aguas del caño como si fuese el lomo interminable de una gigantesca culebra que se deslizase entre aquella tupida selva que los hombres sabían que estaba llena de animales en acecho, y donde ningún ser humano había osado meterse nunca.

Luis Elviro entregó el timón a José, buscándose las manos en la oscuridad, y mientras se cubría la cabeza con una tela encerada que sacó de un cajón cuidadosamente, para que no se le llenase de agua, dijo gritando:

– ¡¿Quieres amarrarte este pedazo de coleta al pescuezo?!...

José, que en aquel momento estaba observando la oscura mole de la curiara pequeña que les seguía a unos treinta metros, le dijo que sí, y después, cuando la barra pasó a manos de Luis Elviro otra vez, José se amarró la coleta al pescuezo, y quedó observando detrás, donde se oían algunas voces por sobre el fragor de la lluvia y de los motores.

– ¡¿Qué estás viendo ahí?! –le preguntó Luis Elviro.

– ¡No, nada!... ¡El caño está arrastrando mucho palo grande!...

La curiara tropezaba a menudo con los palos que arrastraba la creciente. Cuando se les descubría con los relámpagos, se les sentía más cerca y más amenazantes.

– ¡Donde hay que tener el ojo pelao con esta tormenta es en el San Juan!... –gritó Luis Elviro.

– ¡Sí! –contestó José– ¡por los tranqueros!...

Y cuando miró caño arriba, descubrió que allá, detrás de la selva donde nacía el caño y por donde vinieron también los truenos, comenzaba ahora a amanecer.

Los hombres reaccionaron contra el frío y contra el oscuro temor supersticioso que despierta la tormenta, señalando los enormes troncos que bajaban traidoramente sumergidos en aquellas aguas hinchadas y poderosas del caño.

Así, con el mismo ritmo de lluvia incesante y tenaz con que salieron de Guanoco, desembocaron las dos curiaras en el San Juan, que tiene un cauce más ancho y más profundo. Por él bajan los tanqueros que cargan en los muelles de Caripito el petróleo de los pozos de Oriente.

José fue el primero en divisar uno, que venía bajando a toda máquina. Y se lo dijo a Luis Elviro, bebiéndose la lluvia. El bodeguero dio la voz atrás, a la curiara pequeña, que lo seguía a unos treinta metros; aunque los hermanos Rodríguez debían haber visto ya el barco también, porque lo tenían más cerca.

Luis Elviro apuró a los hombres que estaban achicando el agua de la curiara, porque ya les llegaba más arriba del tobillo.

José se esforzó en ver a través de aquel mar que se vaciaba sobre el caño entre dos luces; observó cómo avanzaba la enorme mole del tanquero, y se dio cuenta también de que la curiara pequeña venía ahora avanzando a pleno motor, con la intención de alcanzarlos.

El indio advirtió del peligro a Luis Elviro:

– ¡¡Se nos está echando encima!!...

Luis Elviro no pensó en el tanquero, porque le dijo:

– ¡¡No nos han visto... pégalos un grito!!...

El grito del indio: "¡¡Eeeeeehhhhh!!"... abrió un hueco entre aquel fragor de lluvia.

Y hasta sonó como si hubiese caído en alguna parte.

Los dos hombres que estaban achicando el agua de la curiara y el que iba en proa, cuidándose de los troncos, se quedaron pendientes del resultado.

José observaba con temor la maciza marcha del tanquero, que se les venía encima por el centro del caño; pero a la vez le preocupaba la curiara pequeña clavada atrás, tratando ahora de rebasarles por la derecha...

El indio malició que podía ser una maniobra para obligarlos luego contra el tanquero.

Fue cuando Luis Elviro, que comprendió el temor del indio, les gritó asustado:

– "¡¡¡Péguense a la orilla!!!"...

José observó con sorpresa y con alivio que la curiara de los Rodríguez viraba noblemente a la derecha, aún a riesgo de incrustarse entre los mil pies traidores de mangle y merecillo que asoman entre el barro gredoso de la ribera

Luis Elviro, que estaba pendiente de la maniobra de la curiara, descuidó la suya; y cuando tuvo que girar él la barra con aquella brusquedad del apuro, se le quedó el timón pegado. José vio cómo el bodeguero se agarraba nerviosamente del hierro con aquellas sus dos manos grandes y gordas. Y vio el miedo que se le pintaba en su cara llena de

huecos, que la tenía envuelta en la tela encerada que se puso al comenzar el viaje (porque de todo esto tuvo tiempo el indio José de darse cuenta en aquel pequeño instante que precedió al accidente) y de cómo la curiara se iba quedando ligeramente inclinada hacia babor, metiéndose precisamente en la línea del tanquero, que venía con aquel inmenso cuchillo de su proa cortando el agua por el eje mismo del caño.

José vio cuándo sus tres compañeros se lanzaban al agua.

Entonces sonó la sirena del tanquero, un grito ronco y largo que espantó a las aves acurrucadas en sus nidos de la orilla, empujándolas contra las aguas de aquel diluvio. Y entre aquel bosque de aletazos y aquella gritería de los pájaros, se oyeron voces en el tanquero, y ruidos de cadenas y un girar forzado de hélices; pero ya era tarde, y el indio gritó a Luis Elviro, y se tiró, lo más estirado y largo que pudo.

Vio brevemente, mientras nadaba, cómo el bodeguero, con los ojos grandes y ansiosos puestos en los filetes de Cumaná y en las provisiones, se esforzaba por rectificar el rumbo con un canaleta, y cómo conseguía salir audazmente de la línea del barco, que ya tenía la enorme mole de su nariz de hierro sobre su espalda, y cómo la curiara corría luego en un equilibrio prodigioso sobre la primera ola que venía levantando en las aguas espesas del caño.

Pero de pronto, la curiara viró; la ola le cogió aparatosamente de costado, hizo una pirueta alta y lenta, y trambucó; con la facilidad con que se vuelca una piragueta.

Todos, desde la orilla, como los Rodríguez o nadando, como José, o desde el tanquero, esperaron ansiosamente que Luis Elviro saliese nadando cerca.

Así, en esta espera, sin más voz que la del batir estrepitoso y mojado de la lluvia sobre el caño, pasó un segundo, y pasaron después, lentamente, diez segundos...

A la curiara, que se iba orillando desgarbadamente, con su pequeña hélice mirando al cielo preñado de agua que estaba alumbrando aquel amanecer, sólo le salieron a flote los corchos de los filetes.

El caño continuaba bajando estirada y poderosamente hacia el mar, lleno de los huesos de palo y de los escombros de paja que arrastraba la creciente, indiferente a la agonía de Luis Elviro en alguna parte de su formidable cuerpo de agua.

El tanquero se detuvo donde pudo, detrás de una curva del caño, y retrocedió, con riesgo de quedar varado. Los marineros soltaron las lanchas, y atendieron a los hombres de Luis Elviro, que ya estaban buceando en el agua espesa de tierra del Caño San Juan.

El indio José fue testigo de cómo los hermanos Rodríguez bucearon hasta agotar sus fuerzas por conseguir el cuerpo gordo y peludo del bodeguero.

Cuando después, al cabo de largas horas, el cielo terminó de escurrir el agua, cuando el sol limpió el techo del caño con aquel azul y aquel oro reverberante que abrasaba el pellejo, y cuando terminaron de perder la esperanza, una lancha del tanquero se acercó hasta la curiara, y José, que iba dentro, se puso a observar el timón, para ver si alguien pudo tenderle a Luis Elviro aquella trampa.

Los hermanos Rodríguez, que le vieron la malicia desde lejos, sentados en la curiara pequeña, con el cuerpo exhausto y el alma livianita, como le queda a uno el ánimo cuando no le sobra nada que le pese en la conciencia, se le quedaron viendo sin molestarse.

José, el indio guarao arrimado a la hija de Hermenegildo, que fue testigo de cómo murió Luis Elviro, sin que nadie le empujase, en el trambucón de una curiara, descubrió de pronto que él, con sus malicias, pudo haber precipitado al bodeguero para siempre a aquel mismo lecho de jabillo y de agua crecida en que lo habían parido hace cuarenta años.

## De la madera

### La carga de cedro muerto

La ranchería amaneció sumergida en la espesa niebla del bosque y llena del humo agrio que hace la leña verde recién prendida.

Hacia más de un mes que habían dejado de caer las últimas lluvias del invierno, y sin embargo toda esta montaña de Payara y Culpa y Mayita, el mundo verde donde no llegan sino los leñadores que suben por El Baúl, estaba rezumando agua turbia por los caños como si hubiese llovido la víspera, y el aire aterido y húmedo de la montaña había empujado a los chóferes a pegarse al fogón mientras esperaban su turno.

A lo largo de la reluciente culebra de estaño que era la pica recién abierta había hasta veintitrés camiones roleros pegados el uno al otro rabiosamente, algunos casi sentados sobre sus cajas, conformándose a las quebraduras del camino.

La mayoría de los chóferes se contentaban con vigilar sus camiones desde aquel cerco del fogón. Sin embargo, algunos, más impacientes, seguían obstinadamente pegados al volante, al acecho de la menor sacudida de esta enorme culebra mecánica que avanzaba a la medida desesperadamente lenta en que el güincherero y su ayudante iban cargando uno a uno los formidables cuerpos de las rolas sobre las plataformas de los camiones.

Habría, inmersos en aquella humarada picante del fogón acabado de encender, zahumándose, unos veinte hombres.

Encachuchados, con las barbas sucias, con las mugrientas toallas enroscadas al cuello, los chóferes esperaban sentados sobre piedras o recostados contra los horcones, hablando de hembras y de árboles.

Había, además, metidas en el fogón, dos mujeres (una colando el café, que los chóferes alcanzaban a olerlo por ráfagas en medio de aquel asfixiante olor a palo quemado, y la otra cortando unos grandes pedazos de carne) y el "chocotero", un hombre oscuro y triste que parecía caminar dormido, pilando mecánicamente, con golpes acolchados y lentos, el maíz para las arepas.

Cuando una de las mujeres comenzó a repartir el café hirviendo en las laticas de "diablito", los hombres se quedaron callados un rato. Luego, con el contacto caliente de las latas, fue naciendo un desigual y ruidoso rosario de sorbetones, y saltó, con el silencio, el contrapunto de algunas distantes palabras de los que estaban cargando el camión del "Chivúo" en el terraplén.

Cristóbal Yepes, que era un hombre grande y peludo, se tomó primero su café, dejó la latica sobre un tirante de cedro, y, acercándose al fogón, dijo, alegremente:

– Dame mi carne, María, que me tengo que ir...

Después, salió con los demás a ver bajar el camión.

Había, desde el terraplén de carga hasta donde arrancaba la pica, una bajada pendiente y babosa donde la semana pasada se había volcado un camión con todo y sus

doce toneladas de apamate, y donde los chóferes se santiguaban supersticiosamente antes de bajar.

El camión descendía lenta-lentamente, aguantándose, con las piernas delanteras de sus poderosos cauchos rodando y escurriéndose al mismo tiempo sobre la baba del piso con aquella enorme carga muerta de cedro encima.

Hasta que pisó, por fin, el suelo firme del camino rolero sin novedad, con sólo los doloridos gritos de las ballestas.

Los chóferes rompieron la angustiada tensión del grupo gritando al "Chivúo" algunas groserías.

Luego, Cristóbal Yepes quedó viendo cómo arrancaba el primer camión de la fila, que era un F-9, como el suyo, y cómo tomaba el camino del terraplén de carga. Y se fijó en su camión rojo, que quedaba en primer lugar. Algún impaciente hizo sonar dos cornetazos. Pero Cristóbal se dijo que primero tenía que comer. Fue luego, al ir a reclamar su carne, cuando observó al "Gallo" escurriéndose por la parte trasera de la ranchería, caminando con aquellas sus anchas y largas zancadas de campesino, hasta subir a la cabina del camión verde que estaba estacionado detrás del suyo.

"Ese, como que me está buscando el genio".

Lo pensó, pero no le dijo nada; se fue cerca del fogón, recogió un viejo plato de peltre lleno con la carne, la yuca y las dos arepas, y se sentó sobre una piedra. Desde allí podría ver al "Gallo". Y lo vio, echado de bruces sobre el volante de su camión, esperando.

Y así llega, agazapado y quieto, el tiempo en que el "Gallo" prende su camión y empieza a maniobrar.

– ¡¡Mira, vale!! –le grita Cristóbal Yepes con la voz ronca y cargada, pero sin moverse...– ¡¡qué hubo!!

Todos los hombres de la ranchería y los camiones se han colgado de esta voz, tensa como un cable de guinche cuando está cargado, y ven, y oyen, cómo avanza el camión verde del "Gallo" hasta el terraplén.

Se produce luego, cuando se apaga el ruido del motor, una espera hueca y honda, como un vacío; y, por fin, se oyen las pisadas de Cristóbal Yepes, que baja; y cuando llega a un metro del "Gallo", y cuando todo el mundo espera que lo coja de un brazo, o le dé un puño, entonces, ni le habla siquiera, sino que se dirige al guincherero, y le dice, sin altanería, y hasta sin rencor, pero rotundamente:

– ¡Mira, Ramón!, –y la voz retruena en todo el bosque– tú sabes que mi camión está primero, y que yo respeto los turnos siempre. Yo no tengo ganas de pelear. Sólo que regreso ahorita mismo a mi camión y te lo traigo para que me lo cargues. Si todavía está este otro aquí, estorbándome, ¡le tiro mi camión encima!... ¡Avisao!...

Y Cristóbal Yepes regresa sus pasos, que se oyen sonoros y rodados en todo aquel mundo, sigilosamente callado, de árboles.

El "Gallo" no dice palabra; se queda recostado contra el guardafangos verde de su camión, como viéndole la marca a un caucho.

Los demás han seguido con los oídos y con los ojos el regreso de Cristóbal Yepes a la cabeza de la culebra de camiones, y observan cómo prende su F-8, cómo arranca despacio, cómo avanza después sobre el barro, lentamente, hacia el cargadero, y cómo,

cuando ya está llegando al terraplén, el "Gallo" monta de un salto en su camión y maniobra bruscamente para dejarle sitio.

A Cristóbal Yepes le sobra tiempo para tirarle el camión encima; pero se aguanta, y espera que su rival se haga a un lado.

Luego, todo regresa a lo que era; y Cristóbal Yepes se ocupa de cargar su camión, haciendo que no ve al "Gallo", pero viéndolo, en verdad más con el corazón que con los ojos, abrazado al volante de su camión, comiéndose (y Cristóbal Yepes lo siente en un hormigueo del estómago) aquella humillación en una agonía larga de una hora, sin moverse, dedicado a observar, a espiar, mejor, todo el cuidadoso movimiento del ayudante del güincherero cuando pega los ganchos, y a sentir el lento chirriar que hace la grúa cuando hala las enormes rolas, con sus cables a punto de reventar por el esfuerzo, para depositarlas despaciosamente sobre la crujiente plataforma del camión según las instrucciones del mismo Cristóbal Yepes, quien sabe que las doce toneladas que pesan las seis rolas de cinco metros tienen que ir perfectamente cargadas si quiere llegar él entero al aserradero de Puerto Cabello.

Cuando, por fin, el F-8 de Cristóbal Yepes comienza la bajada peligrosa hasta la pica de rolas, el "Gallo" es el único que no presta atención a la maniobra, porque arranca bruscamente su camión para adelantarlo hasta el cargadero.

Y dice, con una voz rota que no oye nadie:

– ¡Rápido, vale, que me tengo que ir!...

Cristóbal Yepes saluda a los hombres que le observan desde la ranchería, y emprende el viaje, aguantando, rodando lentamente aquella enorme carga de rolas que se le puede voltear en un desnivel, o deslizarse sobre la cabina, como un alud, por cualquier brusquedad.

Un camión que viene llegando tiene que maniobrar peligrosamente en el borde de la quebrada para darle paso.

Entre los camiones de sacar madera se respeta un código severo: los que van vacíos ceden siempre el paso a los que van cargados.

Y les desean suerte.

Aunque siempre hay algún atravesado, como el "Gallo".

Cristóbal Yepes va pensando en él, y en el peso de las rolas, y en el motor del camión, y en lo peligrosa que es aquella pica para sacar madera, mientras rodea con sus brazos peludos, tensos como cables, la enorme rueda del volante.

"Como si estuviera abrazando las caderas de una mujer", piensa, y se ríe solo.

Y en eso se queda pensando después Cristóbal Yepes, mientras avanza lenta y pacientemente sobre la pica, sintiendo cada hueco, cada piedra, en la Consuelo. En sus caderas, que son altas y redondas, y en aquellos ojos en los que uno no consigue el fondo nunca.

Es verdad que ella tuvo unos amores con el "Gallo"...

"¡Pero ese pendejo es un cohete quemao!"

Cristóbal Yepes se entretiene viendo pasar lentamente los palos de caoba, de cedro, de apamate, de samán, de saquisaqui, de mijao, de mora, como si los conociese a todos. Y piensa que cada vez que pasa un camión es como si estos árboles que todavía siguen vivos estuviesen asistiendo a su entierro. Cristóbal, torpe y todo, lo siente así por dentro.

Él no sabe si los palos se pueden poner tristes al ver pasar a sus muertos, pero se le ocurre pensar que es verdad que nacen y mueren igual que los cristianos...

Así, lentamente, como un cortejo fúnebre, va pasando el fragoroso desfile de las rolas por todo aquel enorme bosque sobrecogido. Y arriba, el azul lejano del cielo se va yendo despaciosamente, como si de veras se moviese el ritmo del camión, por encima de las ramazones altas del bosque.

..."Igual que los cristianos", se dice Cristóbal Yepes, abrazado tensamente a la rueda del volante, sintiendo nerviosamente cada desnivel de la pica, cada contracción dolorosa de las ballestas en los huecos, como si todo el camión formase parte vital de su humanidad poderosa...

..."El camión es un amigo noble", se habla mientras conduce lentamente aquel entierro de árboles, "por eso es que uno lo quiere también. Cuando el güincher, va depositando las rolas a pulso de cable sobre la plataforma del camión, uno está atento a que le distribuyan bien la carga; como si se la estuviesen poniendo al burro de uno, o aún más, como si le estuviesen acomodando un peso grande sobre las espaldas a un cristiano. Y así, como le trata el chofer, responde el camión; de amigo a amigo; de enemigo a enemigo. Porque es verdad que el que maltrata a su camión lo paga... Aunque también es cierto que a veces (siempre hay algún amor desleal) por querer tanto al camión y por cuidarlo se le termina a uno el aire de este mundo. Como hace poco a un chofer de nombre Colina, a quien en lo que fue a meterle la cuña le saltó la rola fuera del camión, y lo cazó"...

"Lo espaturró. Lo dejó pegado al suelo como una calcomanía"...

Y Cristóbal Yepes siente que se le arruga el corazón.

Cuando el camión deja, por fin, el camino rolero, y pisa el asfalto muelle de la carretera, el potro bravo que era su camión se amansa milagrosamente, y ahora es un caballo dócil, más poderoso, y Cristóbal lo rueda lentamente en aquel calor nuevo, como un vaho, con el asiento empapado de sudor, unos dos kilómetros, hasta llegar a un enorme cedro que sombrea un terraplén. Lo estaciona, y se apea él, gesticulando aparatosamente, para desentumecerse, y saca luego, de un pequeño escaparate pegado a la barriga recta y horizontal del camión, un garrafón, y bebe un trago largo de agua; después, levanta el asiento de hule, y de un saco de sisal grueso extrae trabajosamente un chinchorro, y lo cuelga, atando un cabo del mecate en una amarradura de la carga de cedro muerto, y el otro al cuerpo del árbol vivo, y se encarama, y se acomoda, desplegando poco a poco el trenzado del chinchorro con los pies, y luego se desenrolla la toalla del cuello y se cubre con ella la cara, contra los mosquitos y la luz.

Cristóbal Yepes, con las dos manazas debajo del cogote, los ojos cerrados, se pone a sentir aquel temblor de todo su cuerpo en que se va yendo la tensión de horas aguantando con los brazos y la espalda y las piernas, rosca y rosca por esa pica abajo desde Payara, las doce toneladas de cedro; y siente cabalmente, minuciosamente, cómo se van aflojando y desmadejando sus hombros y sus piernas y sus brazos, y cómo toda su humanidad se va quedando sobre el trenzado de la fibra de moriche en simple peso muerto.

Como si fuese un desplome.

Sólo un rincón de la cabeza se le queda sin sueño, velando aquel cuerpo.

Y se dice allá adentro que es mejor descansar ahora, que está apretando el calor, y arrancar al atardecer, y viajar durante la noche, con el piso de la carretera ya fresco, respirando la brisa. Así también descansan sus cauchos, y respira mejor el motor, que también, aunque muchos no lo crean, necesita aire. Y así ("confiésalo, Cristóbal") también llegará a Turén Viejo de diez a once de la noche, y se acostará un rato con la Consuelo.

Cristóbal Yepes calcula que el "Gallo" pasará con su F-6 Verde dentro de una hora, y lo verá dormido. Entonces hasta se dirá que es una oportunidad para adelantársele hasta Turén Viejo y levantarle la mujer...

Pero él le da ese chance al "Gallo".

– "¡Pruébalo, pendejo!"...

Cristóbal Yepes lleva ya un mes, desde que comenzó la saca de la madera, sin tocar más cama que la de esos ratos con la Consuelo, durmiendo en pura hamaquita, y ya esto se ha hecho pura costumbre.

El sol está proyectando la sombra de cedro casi a plomo cuando al chinchorro se le termina de ir el leve desvelo de la peluda cabeza de Cristóbal Yepes.

Con estar la cabeza de Cristóbal Yepes dormida y todo, el sol continúa alumbrando la tierra y alimentando de luz los árboles vivos del bosque.

Cuando se le espabila aquel cuerpo otra vez, que es como si le hubiesen dado cuerda a un muñeco grande, ya el sol está terminando de trazar redondamente su día para Cristóbal Yepes y se está escondiendo detrás de las montañas.

Cristóbal se sienta, y luego se para, lentamente; descuelga el chinchorro, y lo guarda debajo del asiento. Se vacía luego un agua del garrafón sobre la cabeza, para espabilarse, y se lava la boca y escupe un buche. Después enrolla otra vez la sucia toalla de color de azulillo en derredor del cuello, palpa los cauchos, como quien tienta las ancas de un caballo, y prende el motor.

Luego, al cabo de un rato, prende las luces.

Y arranca.

Allí va Cristóbal Yepes, rosca y rosca, despertándose poco a poco con la brisa.

Pensando en nada; sólo con la sensación vaga de que está regresándole el cuerpo a lo que es sentirse uno mismo.

Y ya lleva rodando como una hora, y no ha visto un solo carro, y ya está oscuro del todo, cuando descubre al final de la potente luz de sus faros un camión estacionado en la recta. Y, más con el corazón que con los ojos, porque él ve así muy a menudo, descubre que es el camión verde del "Gallo".

– "¡Ah, cara!... ¡Se jodió el hombre!... ¡Se le iría un caucho!"

Y a Cristóbal Yepes le sube por el espinazo un calambre voluptuoso.

Como si estuviese acabando de abrazar las anchas caderas de la Consuelo.

"¡Por mí se puede pudrir en la carretera, el zipote ese!"...

Y se ríe solo, abrazado gozosamente al volante.

Cristóbal Yepes viene descubriendo poco a poco con los ojos, al paso de su calmada y despaciosa marcha de camión cargado con doce toneladas, la figura del "Gallo" en el centro del reguero de luz; y observa cómo, de pronto, se retira a la orilla.

"¡Ese coño ya sabe que soy yo!"... ¡Escóndase ahora, carajo!"...

Y el cuerpo de Cristóbal Yepes está ya despierto del todo, y alerta, con todos sus resortes montados. Hasta el motor parece estar poderosamente consciente de la victoria: "Ron-ron-ron"...

La recta de macadam se va alargando constantemente, hasta donde alcanza la luz de los faros, como si al final de aquel precipicio negro que está al otro lado de la luz alguien fuese desenrollando una ancha cinta de asfalto para que el camión siga avanzando poderosamente, rosca y rosca, con las doce toneladas que pesan los formidables cuerpos de cedro muerto.

Lo que está inmóvil y se va acercando poco a poco es el camión accidentado, que ya no hay dudas de que es del "Gallo", con su carga de cuatro rolas.

Y se va a quedar varado aquí toda la noche, porque es difícil que baje nadie de la montaña a estas horas, a menos que se haya quedado a dormir, como Cristóbal Yepes, hasta tan tarde.

"¡Pero te quedas, pendejo!"

Y ya el F-8 está llegando a la altura del camión...

"No es un caucho... -y Cristóbal Yepes descubre la capota levantada-. Debe ser la correa del ventilador, como la otra vez. Cada camión tiene su debilidad... ¡Se jodió el "Gallo!"...

Y está el camionero a punto de gritarle una grosería, y hasta abre la boca; pero Cristóbal Yepes se calla la palabra.

Ahora irá él sólo de un solo tiro hasta Turén Viejo, que está como a dos horas...

Y el camión inicia poderosamente la subida. Lentamente, con esa paciencia pesada y sostenida de los camiones cargados con rolas.

Y le llega, aunque parezca mentira, la hora de la cumbre. De la Bomba de Cuesta Colorada. Y entonces, cuando termina de subir y ya tiene la luz cerca, piensa que le vendría bien un poco de agua a su camión.

Y se promete no demorarse más que un minuto. Estaciona con cuidado, de forma que las rolas queden fuera de la carretera; baja del camión, y le pone la lata de agua al radiador él mismo; mira y tiente sus cauchos, y se mete en el negocito. Y saluda, y pide el café.

Hay en el local, que es tienda de repuestos y sirven de comer y hasta ropa, dos camioneros más.

- ¿Vas para Turén Viejo? -le pregunta el más joven.

Ellos van en dirección opuesta, con una carga de plátanos. Y hablan de los fletes, de la vía, del precio de los camiones; bueno, de todo eso que los camioneros conversan siempre cuando se encuentran en la carretera.

"Estos hombres podrían llevarle el repuesto al "Gallo" -se dice Cristóbal Yepes mientras conversa- ¡Pero se va a joder!"

Y Cristóbal Yepes paga el café, se despide de los hombres y monta en el camión.

Y lo prende.

Y está así un rato, con el motor prendido...

"Pero si este camión está ya caliente", responde Cristóbal a alguien que es él mismo.

Luego, cuando parece que ya va a arrancar, abre bruscamente la puerta, y desciende de un salto. Y asoma a la puerta del botiquín, y dice, sin meter dentro del negocio más que su peluda cabezota:

– Mira, "Flaco", el "Gallo" está accidentado en la bajada... es la correa del ventilador.

Y se va.

Bueno, se escapa.

Luego, huido como va, sube al camión, y arranca; bruscamente.

E inicia la bajada, aguantando, lentamente, al ritmo calmado del camión.

Mientras va avanzando, rosca y rosca, hacia Turén Viejo, con su camión respondiéndole "como un clavel", Cristóbal Yepes se dice mil veces que "eso" no quita para que uno siga siendo un hombre.

Pero no se lo va a decir a nadie; ¡porque se le van a reír!

Y eso, el pensar que se le pueden reír los amigos, le remuerde la conciencia. El "Flaco" habrá conseguido el repuesto fiado en la bomba y se lo habrá llevado; y acaso ahora mismo estarán ayudándolo.

Y a él, a Cristóbal Yepes, le duele la alegría que va a dar el repuesto al "Gallo".

Pero también se alegra del dolor que le dará al hombre este favor, ¡que es como si él, Cristóbal Yepes, le hubiese dado una limosna!

"¡Ah, carajo!"...

Y esto, el dolor del otro, le devuelve la alegría de haber obrado bien.

Así, con la conciencia a flote, es como Cristóbal Yepes llega a Turén antes de las once.

Mete lentamente el camión en el solar; luego desciende, rodea la alabrada y empuja una puerta. Está abierta. Pero no hay nadie dentro y toca al lado, en una puerta que tiene clavada una pequeña cruz de palo. Se la abre un viejo, y le dice cautelosamente, mientras se rasca debajo del sobaco, que él no sabe, pero que la Consuelo ya se fue.

– ¿Con quién?...

– Yo no sé, vale...

Y el viejo se le queda viendo, con aquellos ojos vidriosos y ausentes.

Después, Cristóbal Yepes se mete en "El amor del camino", un botiquincito vacío donde grita una rockola, y sale, con una esperanza menos; y regresa a lo único que le espera fielmente esta noche: su camión, y los enormes cuerpos de las rolas tendidas encima, como unos muertos.

"Así llego antes", se dice, para consolarse.

Cristóbal Yepes arranca otra vez, y sale, lentamente, cruzando el pueblo.

En la orilla, pegada a la última casita, hay una mujercita flaca; quieta y descarada como un cartel.

Y Cristóbal Yepes detiene su camión, y le hace subir a su lado. Y se van juntos, al ritmo lento del camión de carga, conversando cosas pequeñas, sin malicia. Hasta que Cristóbal Yepes detiene su F-8 rojo frente a un botiquín, bajan los dos, y allí, sentados en el mostrador, se comen unas tostadas de chicharrón y queso blanco, y se toman un café.

Después, regresan los dos al camión, y parten, ya más reconfortados, hasta riéndose, indiferentes a la presencia de la carga de cedro muerto.

Cristóbal Yepes lo frena más adelante, a un lado de la carretera. Ella espera a que él cuelgue el chinchorro. Después él la carga en brazos, suavemente, y la posa dentro de la red del moriche; luego se encarama él mismo, trabajosamente.

Los dos conversan un rato, sin ruido.

Hasta que se ahogan las pequeñas voces y viajan juntos, en un tenso y vital temblor de las fibras muertas del moriche, al prodigioso mundo de la semilla del hombre.

Después, el chinchorro queda sosegado, quieto.

Así, como los puso la noche, ella cogida en un costado del moriche, él, ancho y despatarrado, ocupando toda la red, los sorprendió la madrugada.

Baja, torpemente, él primero, y deposita tiernamente a la mujer en el suelo; y luego se lavan la cara con el agua del garrafón, y se la secan y se suenan las narices con la toalla color azulillo, que él se la vuelve a poner al pescuezo, como una ropa más.

Después, él se monta en el camión, y arranca, despacio, y deja a la mujer sola en la orilla de la carretera, esperando otro camión que regrese a Turén Viejo.

Porque ella vive así, de Turén Viejo a cualquier parte, y de cualquier parte a Turén Viejo.

Y Cristóbal Yepes se dice que tiene que llegar a Puerto Cabello antes de que caliente el sol, para que no sufran los cauchos y el motor.

¡Porque a los camiones hay que tratarlos como a cristianos!...

Y también piensa, mientras va abrazando al volante, en la Consuelo, y también en el "Gallo"; y se le ocurre que al menos no ha sido con él, y que acaso se habrá ido con algún amigo, sencillamente, y que la volverá a ver de regreso, cuando, ya de vacío, pueda quedarse un rato en Turén Viejo.

Y el camión, que es un amigo noble, continúa, rosca y rosca, camino del aserradero de Puerto Cabello, indiferente a la carga de cedro muerto; insensible también a los desvelos de Cristóbal Yepes, que es lo único capaz de soñar que lleva viajando dentro.

## De la perla

### El cabo de vida

Hace ahora un año yo estaba así, botado sobre esta playa, igual que ahora, esperando un cliente, alguien que quisiera mi lancha con motor y me quisiera a mí para sacarlo a pasear por la Bahía del Morro y fuera de la Bahía, en mar movido, para ver todo lo que hay por estas playas y costas, que hacia el oeste tiene a Playa Moreno, las cruces del ciclón, de cuando naufragó la balandra el treinta y dos, y un cerrito llamado La Guarda, donde dicen que hay siete cajas de dinero, y más arriba los morritos Los Moreno, y luego el Castillo San Carlos en Pampatar, y La Caranta, donde está el fortín, y Punta Ballena con su Cueva del Bufón. Ya esto es bastante, porque más lejos ya no se debe ir con una lancha como la mía; no es recomendable. Después, se regresa por la isla del Farallón y pongo rumbo franco para el hotel. O si es para el oeste: está el lugar donde existió el fortín La Puntilla, donde hoy está el faro de Porlamar, que eso es ahora puro adorno y lucecitas de colores para bonitear, y luego están Bahía La Mar, punta Los Cocos; y si se va para Manaure, que es un sitio pesquero, se va; y luego a Punta de Mosquito, por donde entra el tubo del acueducto submarino, que es por donde le entra agua dulce a Margarita, porque llover, aquí no llueve, y están el pueblo de La Isleta y la Laguna La Marita, donde se entra por un pasillo natural entre manglares que a los turistas les gusta mucho, y luego les buceo de cabeza para conseguirles unas ostras y unas pata e' cabra, y regresamos al hotel. Esto es lo que yo enseño a los clientes que nos quieran a mi lancha y a mí. Y así estaban todos esos puntos hace un año, porque eso no cambia la vida. Y así mismo, como ahora, era entonces todo lo que se ve aquí por fuera. Ahí mismo estaba la curva de la playa del Morro, como un filo de machete que termina en tres cerritos de doble joroba, como si al final de esa línea delgada de arena se hubiesen echado, uno detrás de otro, tres camellos; y al otro brazo de esta bahía, hacia el Poniente, ahí donde termina el barrio Guaraguao, está el pequeño brazo del faro que he mentado antes, y otro más lejano y más largo, tanto que la punta se pierde en el mar; y ya después, en lo que ya es mar y cielo, viene la cabecera de Coche, y luego, para cerrar con un hilo que ya es casi cielo alto y que se ve como una tentación que se acerca cuando el mar está sosegado, como ahora, a la otra costa, lo más lejos, la Tierra Firme, que es también el rumbo que mi padrino Manuel María Salazar, que es un buzo famoso en toda la Isla y la Costa Firme y hasta más allá, en Colombia, lo menciona como La Cabecera, un rumbo de ostrales y de perlas...

Y para que todo esto sea verídico, como era hace un año, ahí viene Toribio, ese mestizo gordo, abombado por debajo de la cintura como una tinaja vieja, maneto, con sus pies grandes como botes metidos en la orilla, ensombreado por arriba con sombrero de pelo para impresionar, buscando clientes por estas costas... ¡Carajo, y se lo lleve el diablo!...

Se lo estoy contando a usted porque usted mismo se ha puesto a escuchar; y ya por eso solo es amigo mío. Que si no, no le cuento estos desahogos a nadie que no sea yo mismo.

¡Pero ya Toribio no viene para acá! ¿Se fija? Torció el rumbo... ¡El condenado! Ahora que ha visto mi lancha y me ha visto a mí, hará que sube al balneario... ¿No lo está viendo? Ahí va, como me lo decía mi cabeza, ¡para no verme la cara! No es que Toribio me haya echado una maldición, así, en el cuerpo, o en el cuerpo de mi familia, o me haya mentado la madre o me haya quitado la mujer; ni siquiera la cosa es conmigo sólo, sino que es con toda la Isla...

La cosa es que hasta hace ahora un año más o menos yo venía con mi lancha y con mi "catorce" a esta playita frente al hotel a buscar clientes, con bastante tiempo para acostarla, junto a mí, en la arena, y pasar la mañana, o la tarde, esperando a alguien que nos quisiese a mi lancha con motor y a mí para salir a pasear; no importa que sea una señorita con muslos bonitos o una señora gorda con ruedas de pellejo por la barriga, o que sea un viejo o que sea un matrimonio con muchos hijos, porque en Amador, que ese soy yo, el lanchero, nadie se entretiene en lo que no sea navegar mar adentro y ver los puntos. Pero me encontré una noche con Toribio en la playa de Guaraguao, como lo veía constante, y me dijo qué hacía yo perdiendo el tiempo con este bote (que no es bote, sino lancha, y por ahí le verá usted la intención) y no me iba a bucear, como mi padrino Manuel María y como él, que también había sido buzo cuando tenía aire en los pulmones para eso, y que Amalio Subero, que tenía una máquina de buceo, estaba buscando un hombre joven como yo, y que él después iba a entrar también en el negocio, porque ya tenía clientes fijos en Caracas, y además, como siempre encontraba gente que le comprase las perlas en los balnearios y los hoteles de Porlamar, se iba a ocupar de vender la producción.

Así fue como ingresé al grupo de la escafandra, que es el barco de la maquinaria y los aparatos para buscar perla, pero no fue como buzo, como me lo decía Toribio, no sé si con mala intención, sino como simple marino, porque cuando yo fui a ver al señor Subero habían concertado ya a Jesús Granado para ese trabajo; pero como me lo estaban poniendo en el camino, pues me embarqué. Además, por algún sitio tiene que empezar uno para empezar. ¡Menos mal que no me ofrecieron trabajar de bota-conchas! Esto lo había hecho yo cuando tenía quince años, y no iba a regresar ahora que tengo veintiséis a lo mismo que de muchacho; pero es que esto no es ni trabajo de perlas, porque el bota-conchas ni siquiera se embarca, sino que queda en tierra esperando que los rancheros, que son los que abren una a una las cargas de sacos y pacas grandes llenas de ostras para irlos ejullando con cuchillo, las vayan echando destripadas ya a las maras para yo botarlas lejos, en el conchero. Pues así, como marino, me contrataron para el bombote escafandra "Sol del Valle", donde iba también un buzo, que era el ya mentado Jesús Gutiérrez, un cabo de vida, que era Víctor Castillo, y tres marinos más, que eran Rosario Granado, Luis Ávila y Horacio Vásquez; y yo mismo. Salimos una amanecida rumbo a La Cabecera, una zona cerca de Tierra Firme donde están los puntos de El Cuspe, que es un pedral, porque afuera de Yacopata todos son terrenos de perlas, toda la costa de Coche y otros muchos que se localizan por marca con la Costa Firme. Hay también otras como Cubagua, donde ya está agotado, y El Tirano, donde es lo más hondo para

bucear, que son catorce brazas, y donde pega la untada, por lo frío, y hace llorar y se hielan las piernas, por la frialdad, porque lo que hay allá abajo, en ese abismo de agua, es piedra y ripio, un lugar muy corrientoso. Bueno, pues, digo que cogimos rumbo para La Cabecera y atracamos en un lugarcito que llaman la Isla Caribe; allá dejamos los dos rancheros que preparan el sitio donde íbamos a ranchar, y esperasen nuestra pesca de ostras, y salimos a probar suerte en los placeres. Donde nos pusimos a trabajar bien fue en una marca del cortado que llaman La Tijera, por todo el quebrajón de la Lola Caribe, con lo que llaman "frente e' vaca", por toda la cabecera del Morro.

Lo que yo hacía como marino era turnarme con los otros tres dando aire, con máquina de aire, a pulso, porque nuestra escafandra no era de candela sino de puro aire, y cuando bajaba el buzo, lo hacíamos en relevo, de dos en dos, y sin parar, porque esa máquina sólo manda aire si uno le da.

Así es como empecé a aprender. Pero resultó que por casualidad tuve la suerte (eso decía yo entonces) que en uno de los viajes a la Isla Caribe a descargar la ostra, el cabo de vida se enfermó y lo tuvimos que dejar con una fiebre en tierra, con los rancheros, y el buzo Jesús Gutiérrez dijo que para un trabajo de esa confianza él prefería que fuese yo, porque le parecía más responsable que los otros. Claro que él no lo dijo así, tan clarito, porque eso podía molestar a los demás, pero él era habilidoso para componer las cosas como quería, y eso es exactamente lo que me dijo a mí antes de embarcar. Y así fue que en el apuro de ese viaje hasta el placer tuve que aprender las señas, porque el cabo de vida es el que se entiende con la vida del buzo. Las señas se hacen con lo que se llaman toques. Un toque, o sea, un halón del buzo por la guía, que es la cabuya del cabo de vida, indica que el buzo quiere subir. En cambio, dos toques indican que el buzo cayó bien de pie y que todo está en regla. Y esto es así porque hay riesgos en que uno no puede dar al mecate más de un halón... Si el buzo no recibe bastante aire, que es cuando se pone ese aire pesadote y no se puede respirar, para pedir que le manden más son tres toques, y si el aire que le llega allá abajo es demasiado, pues para pedir que le manden un poco menos son cuatro toques. Hasta aquí son los toques limpios, quiero decir que son toques sencillos, porque después los hay unos que llaman cernidos. Cuando el buzo ha terminado de llenar la jaba, que es una mara de alambre con cuatro o cinco palos parados, para darle fuerza, y quiere que la halen a pulso para arriba con la concha, uno da un toque cernido. Y después los hay, digo, los toques mixtos, que son entre toques limpios y cernidos. Por lo menos, cuando el agua allá abajo está revuelta, que se ve apenas, el buzo da un toque y un cernido, y eso quiere decir que en lugar de mandar lo que se dice la jaba libre, que el buzo se demoraría mucho en localizar y conseguirla en aquella oscuridad, se la bajen pegada a la guía del cabo de vida. Y hay también uno de dos toques y un cernido, que quiere decir: "bote encima"; eso es para que el bote, que se ha podido ir al garete, o simplemente porque el bote que está fondeado tiene esta libertad, porque generalmente se fondea con 60 ó 80 brazadas de cabuya y sólo está amarrada con 25, para que lo demás de la cabuya esté flamante, quiero decir que sobrante, para ir buscando al buzo a medida que se vaya moviendo en su trabajo arriando el cabo, sin necesidad de sacar el ancla, porque conviene que el bote esté lo más encima posible del buzo, para que trabaje más aliviado. Hay veces que el buzo tiene necesidad de un garapiño, que es un anzuelo número 4, o un 3, que es más grande,

empatado a un palo de poco más de un metro, para sacar sapo o pegárselo a un pescado que anda cerca, y entonces no tiene más que dar tres toques y un cernido, y arriba, el cabo de vida debe saber lo que el buzo quiere, y si en lugar de tres toques son cuatro, y le acompaña un cernido, yo sé que lo que quiere el buzo es la púa, que es como un arpón pequeño, porque anda rondando un pez molesto y lo quiere espantar; pero cuando el pez es muy grande, y lo que el buzo necesita en ese apuro es un arpón de verdad, no tiene más que dar cinco toques, y ahí mismo le va el arpón...

Todo eso y más cosas tuve que aprender yo en ese viaje hacia el ostral, que eran como hora y media o dos horas de viaje desde la Isla Caribe. Y todo salió bien, y en aquel viaje conseguimos algunas perlas de vista redonditas, muy buenas. Las había de todos los colores, rosadas, blancas, unas de un colorcito crema muy lindo y algunas negras. Y sacamos también algo de perla barroque, que es toda pacheca, eso quiere decir que no es redonda, bonita; que no es, pues, legítima; y alguna mostacilla, una perla blanca, menudita. Y de todo eso me tocó algo, que no mucho, porque lo que uno recibe del empresario de aparatos que contrata el equipo, y que es el dueño de los corotos, es la mitad para la marina y la mitad para él, y el equipo trabaja también a la parte, según lo que se haga, y el buzo, que es el que se arriesga más, recibe seis partes, el cabo de vida recibe parte y media, y los marinos reciben una parte cada uno.

La verdad, que lo que yo quería era la oportunidad de trabajar como buzo, como mi padrino. No sólo por la plata, que es buena, sino por la profesión. Y, ¡Virgen del Valle!, esa oportunidad se me dio, se me dio sin pensarlo. Resulta que a Jesús Gutiérrez, el buzo, le dio un catarro grande, que es cuando el buzo se siente mal, le da mareo y le sube por la boca toda esa sucieza que uno tiene ganas de vomitar, y cuando pensó en alguien que le podía reemplazar para uno o dos días, ese fui yo, el hijo de Amalio González, el rancharo. Tuve que encomendarme a la Madre, y cada vez que bajaba decía "Dios y la Virgen" y me persignaba. Y salió bien. Gracias a la Madre. Pero no fue eso todo lo que me pasó. Si eso fuese todo, pues no tendría contra Toribio el rencor que tengo. El puede tener defectos, y hay uno que creo que es más grande y más dañino que los demás; pero eso sólo no sería para que yo me lo tomase así, tan a pecho. Lo otro que ocurrió, que es lo que me tiene tan dolido por dentro que ya no soy el mismo que salió de esta bahía hace ahora cerca de un año, es que en ese tiempo yo maté un hombre.

Esto es sólo para mí, y para usted sólo, a quien se lo estoy contando en confianza, como si ya usted fuese un hermano. Pero a alguien además de mí mismo se lo tengo que contar...

Sucedió que unos días después de aquel resfrío del buzo, que le duró casi tres días completos, Jesús Gutiérrez se vistió otra vez su escafandra y bajó al ostral, que allá tiene más de doce brazas. Yo volví a lo de antes, a los toques. Y en la primera bajada de ese día todo fue bien. El buzo baja bien desayunado y sólo sube de vez en cuando para orinar (porque el orín echa a perder el vestido); Jesús Gutiérrez subió entonces a orinar; subía cada hora u hora y media, porque para eso cada uno tiene su capacidad de aguantarse sin mear. Cuando orinó y después de un ratico de estar conversando con nosotros le puse yo mismo su cabezote y se fue para abajo, yo me fijé que por sotavento venían corriendo unos celajes, que son unas atmósferas muy livianitas, que vuelan; pero vi también que de más lejos se estaban acercando unas nubes, que son los nubarrones, que

cuando se pegan pueden traer una chubasquería; y cuando se pone un chubasco con noroeste es malo. Ahora había todavía en el mar un remanese, una calma blanca. Pero todo el mundo sabe que con ese viento el tiempo se puede poner movido, aunque no haya ningún paso de luna ni coincida con ninguna aparecida, y entonces la mar se pone mala, que eso es la chubasquería. Siempre el primero que la reconoce, antes que uno, es el mar... Y a todo esto yo iba soltando el cabo de vida, suavemente, como se va tranquilamente una vida cuando no hay problemas, y el mar, digo, empezó a dar señales de empezar a moverse un poco, y yo vigilaba, y fue entonces cuando sentí una sacudida del cabo, como si no fuese un toque sino que uno tropieza en la cabuya, que va amarrada al pechero de bronce del buzo y que luego éste la pone debajo del brazo para más seguridad, pero que a veces se la pisa y templea un poco, y después de eso vino, eso sí, un toque claro, y pensé entonces (ya ahora lo pienso de otro modo) que sí, que serían dos toques, que quieren decir que uno ha caído bien sobre las dos piernas, que no hay problema. "Está bien", me dije, y seguí viendo cómo el mar se estaba sacudiendo un poco, como cuando va a mudar el tiempo. Pero de pronto sentí así, no en la mano propiamente, que mi mano y mi cabo de vida estaban descansados y completamente quietos, como una vida que respira bien, que es cuando ni nota uno que le funciona algo adentro; pero sentí en algún sitio que uno no sabe dónde es, pero que es verdad que caracolea dentro como si fuese algo vivo, y supe, con esa incertidumbre de las cosas que uno no sabe si son o no son, que aquellos dos toques podían haber sido uno solo... Sí, que podían ser una sacudida de Jesús Gutiérrez y un toque de buzo, de los que en verdad cuenta en las señas... Y miré a los marineros que estaban dándole a la máquina de aire, y vi que estaban conversando tranquilamente, mientras daban a las dos ruedas de manillita; y miré. ¿Dónde iba yo a mirar, si además de los que estaban dándole a la máquina no había más que los dos marinos que estaban descansando el relevo, que en este momento se estaban comiendo el desayuno de funche y pescado frito mirando lo mismo que yo estaba mirando hacía un rato y oliendo el cambio a la brisa de sotavento, que es un viento parejo, y temiendo el noroeste, porque es el de abajo, lo que quiere decir que es el contrario, y es el más malo... Pues los miré de todos modos, aunque no les veía más que las cabezas por detrás, que eran como unos cocos con pelo crespo. Y no vi nada más sino que por dentro, por donde nos escuecen las cosas que no sabemos decir de dónde nos vienen, me dolía algo que yo iba rastreando... Y me dije (y me dije a mí mismo, porque ¿a quién le iba a decir?) que debía yo decir a los hombres de la máquina que no estaba seguro de si lo que había sentido en los toques era uno o eran dos, y que íbamos a mirar por si acaso había pasado algo que yo no había podido sentir en la cabuya, porque tampoco la cabuya es un pedazo de carne que siente un dolor y que dice a uno lo que es, sino que sólo es algo muerto que nos ayuda a hablar entre dos vivos, aunque en el camino nada ni nadie sienta nada; y aquella cabuya, por mucho que le miraba, no me decía nada; todo eso y más pasó por mi cabeza en un momento, y pasó también, ¡por qué no decirlo, si es a usted sólo! por ese rincón de dentro del cuerpo que parece que no oye ni ve, porque está dentro, casi en la barriga, pero que a veces siente y ve más de lo que sienten y ven los ojos que tiene uno a flor de piel; y entonces estuve así, como un tiempo, viendo para todas partes, sin ver a nadie, como si me esforzase sin

querer a ver lo que me andaba dentro, cuando vi que los dos marinos que estaban dando a la máquina de aire me estaban mirando, y hasta me dijo uno, que fue Horacio:

– Amador, como que tiene bastante aire... –y cabeceó en la dirección de la cabuya.

Yo no supe qué decir, pero dije, y la verdad es que no sé de dónde me salió la voz:

– Eso debe ser que no le hace falta más de la que está recibiendo, porque no dice nada...

Y después los dos hombres se despreocuparon, porque ellos no tenían por qué preocuparse tampoco. Pero a mí ya se me pusieron los nervios tirantes, como cuerdas de cuatro, y entonces se me ocurrió que podía preguntarle a Jesús Gutiérrez si todo iba bien; que no es que haya señal para eso, porque de cabo de vida a buzo no va sino una señal y es cuando hay que avisarle que hay otro barco arriba y que va a tener un rival buscando concha, que entonces son varios toques seguidos; pero podía sacudirle el cabo, a ver qué decía; y le llamé, como me dije; y no sentí respuesta; y como la verdad es que ya habían pasado más de cinco minutos y él no se demoraba más de eso en cargar una jaba de concha en aquel placer, se me heló ahí mismo la sangre, y para cuando me pude dar cuenta ya estaban los dos marinos del relevo a mi lado (después me dijeron que yo los llamé) y entonces le cerramos la válvula y esperamos que subiese la escafandra con Jesús Gutiérrez dentro; y eso, halar un buzo en catorce brazas, no tardaba otras veces más que un minuto, pero esta vez se notaba el cabo de vida pesado, y lo halamos los cinco hombres como si eso, el reunir cinco fuerzas, pudiese ya servir de algo al hombre que venía pesando dentro del traje de lona; y cuando asomó el cabezote vimos por los cinco vitrales de aumento que aquella cabeza venía caída sobre un hombro; y cuando salió el cuerpo, pues se dobló sobre cubierta, y cuando le estaba sacando el cabezote (que lo hice yo mismo y me demoré un mundo de tiempo) pensaba que me iba a dar un mal, y cuando por fin a aquella cabeza de Jesús Gutiérrez le dio el aire, ya no le servía de nada...

¿Se da usted cuenta ahora por qué estoy resentido con Toribio?

No, no es porque él me mandó a eso, porque cualquiera hubiera podido mandarme sin tener la culpa de lo que le pasa a uno luego; pero es en esto, en el precio de la vida de Jesús Gutiérrez, donde tiene que ver Toribio, como se lo iré contando poco a poco; porque en esta vida las cosas no vienen de repente, a menos que sea la muerte; sino que se prepara todo, y vienen a salir las cosas una detrás de otra. ¿Que la muerte tiene también su camino? También, y eso es verdad. Pero por mucho que se la espere, la muerte viene siempre así de golpe: de un buchado de aire que no pasa. Eso es todo. Mientras tanto, aunque haya dolor y tenga también uno quien le tenga lástima al lado, y uno lo vea, uno está todavía vivo, y guarda la esperanza de que la vida siga andando su camino, y que ese recodo en que termina, como en este mundo de nosotros termina todo, esté siempre más allá.

Siempre ese último buche de aire viene de repente.

Pero no, no es por eso sólo que yo le tengo a Toribio mala voluntad. Todo el mundo estuvo de acuerdo que aquella fue una muerte natural. La Sanidad y el juez lo dijeron con papeles y todo; y que fue que se le reventó una arteria por un esfuerzo, porque a aquella profundidad eso le puede pasar a cualquiera.

Pero aquellos momentos fueron muy duros. Ayudé a quitarle una a una las ropas al muerto, y lo pusimos en proa, para que fuese más descansado, más protegido, y nosotros, con nuestros sombreros de palma en los pies, tomamos el rumbo, no de la Isla Caribe, donde nos estaban esperando los rancheros, sino directamente a Porlamar; y llegamos a Guaraguao, y lo llevamos a la casa, sobre una camilla hecha con remos y una lona de agua, y cuando estábamos en eso, a mitad de camino, nos salió su mujer y una hija, y aquello se convirtió en una procesión larga por lo que es Guaraguao y la Salineta, La Laguna, hasta el Puente, donde vivía el muerto.

Y después, hicimos todo lo que nosotros, sus compañeros de barco, le pudimos hacer; hasta le prometimos a su viuda y a sus hijos que de lo que sacásemos en la temporada le guardaríamos una parte. Y así quedó convenido, y nadie tuvo nada que decir, porque eso era lo justo. Cuando fuimos a ver al empresario, no hizo nada más que lamentarse de la desgracia, pero sin decir nada de la parte que podía tocar a la familia de Jesús Gutiérrez; y lo que nos preguntó es a ver quién podía sustituirlo. Fue Horacio, el más viejo de los cuatro marinos, el que recordó al señor Subero que yo le había sustituido durante tres días y que no lo hacía mal, y que hasta el mismo Gutiérrez lo había dicho en cubierta cuando él estaba acatarrado, cuidando del cabo de mi vida:

– Este Amador puede ser buzo pronto...

Así lo dijo Horacio, y yo se lo agradecí, porque por él me vine a enterar a los cuatro días lo que había dicho de mí el muerto.

Eso no lo puedo yo olvidar todavía, ni nunca se me podrá ir de la cabeza después.

Y así salimos a la mar, con Horacio de cabo de vida (porque ya entonces yo lo había nombrado, con permiso del empresario) y con un marino nuevo, Cirilo Castillo, que era un vecino mío en Guaraguao.

Y primero me fue bien. Cuando llegamos al fondo, que también se llama ramal o piedral, me puse el pantalón y la camisa de lana del muerto, y sus medias de lana, sin ningún asco. ¡Fue después cuando me empezó a pesar aquella ropa como una mortaja! Pero eso fue luego; y las cosas tienen que venir por su camino, una a una, como los puntos de una costa, y los días de la semana, y como los días de sol y las noches de luna, tal como está hecho el mundo. Digo que me puse primero la ropa de lana, y después me puse el vestido enterizo de lona y las puñeras de goma y el pechero de bronce, donde van las guarniciones, y luego me puse, o me pusieron, las plantillas de palo y la plancha de plomo en los pies, para que uno no flote como una boya, y al final (y a mí me pareció ese primer día que era como una corona ya no de aprendiz o un simple repuesto, como antes, sino de un buzo completo) el casco del cabezote; y así, con la ropa completa, me sentí muy estrambótico, pero contento, y durante el tiempo en que me dejaban bajar iba pensando, no en el riesgo de bajar para el fondo y de quedarme allá abajo sin aire, como Jesús Gutiérrez, sino en que me hubiese gustado que mi viejo, Víctor González, estuviese mirándome desde el roto de una nube (o desde el bote mismo o desde un rincón mismo de mi cabezote) y se viniese conmigo para abajo (porque las ánimas pueden vivir en cualquier parte, porque ni se ven y pueden estarse donde les dé la gana) y se dijese para sus adentros: "Mira, ese Amador, ¡carajo!, ya está de buzo"... Y estaría contento, porque él nunca había pasado de ranchero y aspiraba que algún día haría yo más suerte que él. Y también me acordé, y acaso es por lo mismo del ánima del viejo, de ir "con Dios y la

Virgen y todos los santos poderosos"... Porque, no todos los santos son poderosos; pero Dios y Jesucristo son de los más potentes; aunque también es verdad que uno es católico y uno cree en cualquier pedazo de palo, en cualquier semejanza... Cuando terminé aquel viaje verde y azul de unos dos minutos, porque eso lleva bajar despacio las catorce brazas que hay en el fondo (y digo con cuidado, porque hay que bajar con mucha pausa, porque poquito a poquito se sufre menos, y demasiado a prisa se puede reventar el vestido de lana, por la presión) pisé derecho el ripial de ostras, lo que quería decir que la marca era exacta; y con la alegría hasta quise seguir un cachicato, y corrí, y ¡si supiera que con ese traje pesadote y estrambótico uno puede correr! Pero entonces me acordé de la seña y halé dos toques, bien duro, para que Horacio, arriba, supiese que eran dos y que todo iba bien. Sentí, eso sí, un chillido de oídos, porque aprendiendo se aguantan dolencias; pero pude ver bien claro por los cristales de aumento; al principio parece que todo se ve más grande y que está más cerca, pero después uno se olvida que hay cristales. Ahí mismo me bajó la jaba cerquita, y arranqué con mis dedales de cuero la concha pegada a las ramas y a las piedras, porque todo en derredor estaba verde y azul y morado, y hasta algunas algas coloradas (no rojas, pero sí del color así, como colorado) como si aquella luz fría, pero clarita, dulce, fuese totalmente un cielo de colores bajo las aguas, que cuando están claras se ve azulito y verde, y cuando están revueltas se vuelve amarilluzco, feo.

En poco tiempo llené la jaba de conchas blancas, negras, marrones y ostras coloraduzcas, y con aquella carga, como un tesoro, en el cielo de colores de aquellas aguas del ripial, le halé el toque para que Horacio supiese arriba que ya estaba la jaba llena. Y ese día trabajé así, tranquilo, y ya le digo, hasta contento. Luego, no al día siguiente, ni al otro, pero así, como a la semana, una mañana amanecí con un sueño malo que se me había metido dentro de la cabeza, y cuando me vestí las lanas en la amanecida (que es cuando empezábamos a bucear, porque esa era la empezada y yo trabajaba hasta el mediodía, subiendo sólo para orinar, y después reposaba un rato, como un cuarto de hora, y trabajaba otra vez hasta las tres o las cuatro, según; esa era la tarifa mía) pero digo eso, que me estaba vistiendo las lanas en la mañana y estaba viendo que la brisa de barlovento, que lo que es es un viento parejo, y que el colorcito de las aguas era de cambio, y con eso y otros signos que ni yo mismo sé de dónde vienen pensé que eso era exactamente como cuando Jesús Gutiérrez bajó para siempre al ripial; porque aunque después lo sacamos, para él es como si se hubiera quedado allá para siempre; y entonces, cuando ya me habían puesto el pechero de bronce y ya tenía Horacio el cabezote en la mano se me ocurrió que podía haber una falla en el tubo de aire, porque a veces se pone viejo sin darse uno cuenta, y revienta; o que, con aquel aire de chubasquería que venía pintando el cielo podía revolcarse una manta y podía dañar el tubo, como me lo decía Jesús Gutiérrez alguna vez, y que entonces, si es poca la profundidad se puede salvar uno, pero que si no llega pronto a la superficie se le revienta a uno el pecho por los oídos y por la boca, porque un hombre no puede aguantar dos minutos de ahogo, y entonces se me pusieron los nervios duros como alambres, y dije que no, que no iba a bucear. Los dos hombres que estaban conmigo, que eran Horacio y Víctor, se quedaron sin comprender, y como ya me estaba ahogando aquella ropa, comencé a desnudarme; y los dos hombres llamaron a los otros tres, y me rodearon los

cinco hombres y me vieron hacer, mudos de la sorpresa, y cuando me terminé de desnudar, que es cuando me quité desesperadamente las lanas con aquel asco de estar desnudándome una mortaja, entonces Horacio, que era el más viejo y era el que cuidaba de mi vida en el cabo, me dijo, muy ofendido:

– ¡Pero bueno, compay, ¿qué pasó?!...

Es posible que él pensase que la cosa era con él. Y no lo era. Aunque no se lo dije; porque me parecía pobre decirselo; y también que tenía que dar demasiadas explicaciones para hacerme entender, y le dije que (y esto fue de repente, se me ocurrió así, como un milagro de la Virgen), que sí, que era que estaba enfermo, que no me sentía bien. Y aquello era natural que sucediese. Horacio me dijo entonces, puesto que yo no me sentía bien, él se sentía bastante veterano en la escafandra como para bucear. Yo me vi entonces (y eso quería decir, y lo pensé inmediatamente como si hubiese sido una película) parado con el cabo de vida, con el pulso mío pendiente (o imaginándose) de los toques de Horacio, hundido en aquellas aguas del ripial... Ya era difícil que a dos les pasase la misma cosa de manera que fuese natural, y que las dos veces fuese cuando yo estaba cuidando de sus vidas a la punta de aquel cabo de vida que era un mecate ordinario, muerto, que no sabía nada de lo que pasaba al buzo o lo que me pasaba a mí; y para su sorpresa, para la sorpresa de aquellos cinco hombres, que eran compañeros míos en el bombuto, les dije que no, que me llevaran a tierra.

– ¡Pero a tierra, ¿por qué?!... –me decía Horacio.

– Porque sí... (y yo me daba muy bien cuenta que no debía tener cara de enfermo, por mucho susto que me asomara por los ojos, como para pedir que me sacaran de la escafandra) porque es que me siento enfermo...

Y tanto insistí, y tan oscuro quedó todo aquello, que salimos rumbo a la Isla Caribe, y de allí, después de días largos y confusos trabajando como rancharo (y yo apenado de que mi viejo me viera de nuevo en lo que había sido su fracaso) me trajeron (porque esta vez me trajeron) hasta Porlamar.

De eso hace ya una semana, y aquí estoy, llegando por primera vez en siete días a mi oficio de antes, que era sacar a pasear a los turistas...

Bueno, y ahora que se lo he contado todo, como se lo prometí, usted me dirá, y con razón, que qué tiene que ver Toribio con eso y con toda la isla.

Una confesión trae otra. Y le aseguro que si alguien más que usted y yo llega a saber de esto, o Toribio lo pasa muy mal en la isla, o por ser mentira yo tengo que irme para Trinidad o para Curazao con un baqueano pagado para que no me vea nadie en Margarita.

Para usted sólo (y ya le digo que nos va en esto el pellejo a Toribio o a mí) para usted solo le digo que esta semana, de sólo ver a Toribio pasear esa tinaja vieja que es su barriga, con su sombrero metido hasta las orejas, con los pies como botes metidos en la orilla, por esta playa de Guaraguao, he descubierto, poniendo aquí, quitando allá, que la perla de vista (que es una perla redondita, bonita de color crema) que vende Toribio es una perla... y se lo digo sólo a la oreja... ¡cultivada en el Japón! Sólo los compradores finos los pueden distinguir. Punto.

¿Me entendió?... Eso, que lo que era la riqueza de esta isla, se acabó. Aunque mueran mil Jesús Gutiérrez buscando esa belleza de tesoro que uno consigue sólo

después de jaba y jaba llena de conchas en aquel hondo, será más barato fabricarlas; ¡aunque no tienen nunca la luz ni el color de lo que se ha criado bajo diez brazos de agua de mar! Todavía, si esos comerciantes de chucherías no consiguiesen Toribios que se las vendieran como si fuesen tesoro margariteño, escondidos debajo de esa ala de sombrero de palma margariteña de verdad, sonriéndose con ese misterio que da el estar ofreciendo una joya del fondo del mar, no podrían engañar a la gente. Pero con Toribios manetos y barrigones con dientes enchapados de oro y cabezota de indio, sí se puede.

Y lo que era antes una taza de oro con la pesca de perla se está quedando en nada, porque barateó la perla, ¡demasiado!...

Y eso de que él no me quiera ver no es (como se ha dejado decir él) porque le da asco mirar a quien mató a su amigo Jesús Gutiérrez; porque hay otros que fueron tan amigos de él, como es su propia mujer, María González, que me han recibido en la casa y me han tomado el adelanto entero de lo que me va a tocar por la temporada que hice; y así tengo otros amigos que tampoco creen que yo descuidé un toque, o que me confundí, porque eso nadie lo puede saber... ¡si ni yo mismo lo sé!... Por eso, digo, porque hay Toribios en esta isla es por lo que no regresa a donde era, ¡cuando una perla de veinte gramos podía valer hasta diez mil pesetas!

Los buzos veteranos ya no trabajan, porque el oficio no da la base; porque más tranquilos, y más seguros, se quedan por casa, martilleandito, trabajando a lo que salga en el mar. Porque hay también el margariteño interiorista, que es agricultor; pero el margariteño playero no está tranquilo sino en el mar, porque éste es su arte. El mar es la hacienda de todos. ¡El que lo hizo lo hizo muy bien hecho!... ¡Ah!... ¡Si acaba el mar se acaba el mundo!... Por eso que los pocos buzos veteranos que quedan (porque hay muchos que han muerto, como Jesús Gutiérrez), han quedado estropeados por la vida, y a lo que han venido a dar esos buzos (a menos que se conviertan en Toribios con dedos gordos agarrotados por la artritis que mienten al enseñar una perla al cliente) es a pescar a cordel, como mi padrino Manuel María Salazar, que de fino y de honrado que es ha tenido que quedar de viejo fletando a 30 bolívares mensual un bote con palas que se llama "Robinson", que sale a toda hora, a media noche o más amanecido, como a las tres, a la zona que llaman La Rama o a Moreno o hasta Mosquito o a Sirguero, con gual y anzuelos bien templados a los dos lados del bote vestidos con una carnada de pat'e cabra que saca él mismo de cabeza, quiero decir que sin aparatos, sin máquina, en el punto del Morro, dentro de la bahía, y donde el viejo puede quedar de un trastorno, con un calambre, que a esa edad de los 67 da muy fácil, como le dio un mal, una asfixia así, al difunto Juan Suárez, a quien se le reventó algo dentro del cuerpo y se vio forzado y no le dio el brazo ni el aire para llegar a ninguna parte; y todavía el viejo Salazar, pescando, como digo, porque ese "Robinson", y no sé si ya lo dije, no tiene otra ayuda que los brazos viejos del padrino pegados a las dos palas, que son pequeñas, como hijas de remo, pescando corocoros, cacharros, pargos, palometas, bacalaos, rabirrubios, guanapos, cojinúas, cuando el trasto no quiere que caiga más grande, porque hay veces que caen más grandes también; y así, el padrino trae todos los días, con las coyunturas de los dedos hinchados por el reuma, arregado de la cintura desde hace tiempo, con las piernas que no le quieren caminar, con esos ojos que le supuran legañas hasta secársele las cuencas, y así y todo, digo, el padrino trae regular de veinte a treinta bolívares de

pescado todos los días al mercado de Porlamar, y todavía le quedan fuerzas para sostener la casa. ¡Y no como otros, que se dedican al engaño!...

¡Pero ahí sale Toribio otra vez! ¿Lo está viendo? Caminando como un sapo, espatarrado, gordo; y vamos a ver, usted, que es amigo, y yo, si ese hombre se atreve a venir para acá, que es donde, yo lo sé bien, viene todas las mañanas a buscar clientes a este hotel... Pero no mira para este lado... ¿Lo está viendo?!... Lo que está es regresando para el faro otra vez... ¡lo asusté!... Seguro que sacó los pañuelos, dos, tres, metidos en todos los bolsillos, como un nudo aquí, otro allá, desatándolos misteriosamente, como si lo que está enseñando al cliente con sus dedos como chorizos fuese el mismo ripial de La Cabecera, con pedazos de sol que resbalan en una perla criada en el fondo del mar, cuando aquello no es sino un cultivo artificial, como quien siembra con su mano y cultiva un frijol o un chaco... ¡Ahí va el hombre!... ¿Lo ve?... Maneto, agitado, cabeceando como una boya en un temporal, pasándose la mano gruesa por la boca de vez en cuando, como si siempre tuviera algo que limpiarse entre los dientes remendados con oro...

No me quiere dar la cara por eso, porque sabe que yo he podido averiguar, y no por otra cosa; aunque él diga cosas contra mí a quienes me las pueden contar, porque todavía le quedan a uno amigos que le cuentan las cosas...

Así, como me tiene usted a mí contándoselo todo por eso, porque necesito alguien, aparte de mí mismo, de mi propio saco, a quien pasarle este peso que cargo encima desde hace tiempo...

## Del aceite

### La alcantarilla

Cuando a Abilio Reyes le llegó el mensaje a "Campo las Treinta", unas hileras prietas de casitas chatas y peladas todas iguales, ya estaba anocheciendo.

– ¿Y pa' qué me quiere José del Carmen con esta apuradera? –preguntó al hombre, un tipo escurrido y feo que ya tenía sentado, con una gorrita amarilla en la mano y con aquella su mirada oscura y prevenida, dentro de la casa.

– No sé... Es que se reunió el Comité, y que hay un asunto de la Compañía; vos sabéis que...

– ¡Yo no sé un carajo de la Compañía! –le interrumpió Abilio–. ¡Y a mí me dejáis en paz, "Cara e' viejo", porque yo no soy abogado, y ya vos y tus compañeros me metieron en un lío cuando lo de la pluma de agua... ¿Vos creéis que yo soy el Presidente de la Compañía?...

– Pero es que el Comité...

– ¡Tampoco sé un ciruyo del Comité!... ¡Lo que me calienta a mí es que me hablen de ese Comité como si fuera la directiva de un Banco!... ¿¡Qué carajo representan ustedes, –se le enfrentó Abilio– se puede saber?!...

Aquella pregunta, que era como un tiro a quemarropa al cuerpo menudo y retorcido del mensajero, quedó retronando un buen rato en el aire de la salita como si no supiese para dónde coger en el cerco estrecho de aquellos muros, y los ojos neblinosos y amarillentos de "Cara e' viejo" se apagaron aún más, viendo hacia la gorra amarilla que tenía en las manos; y entonces el hombrecito se la encasquetó y prendió un cigarrillo, encendiéndosele como plata fundida los pequeños ríos de sudor que le bajaban por la frente y por las mejillas y por la nariz, pero sin dejar de ver a Abilio, que lo estaba hostigando con la mirada.

– Bueno –rompió a hablar el hombrecito, por fin– ...vos sabéis, los problemas de la planchada, porque vos mismo naciste allá, –y la voz de "Cara e' viejo" era blanca y vacilante– y ahí está todavía José del Carmen, que es hermano tuyo, y también tus sobrinos... Y como vos sois un viejo trabajador de la Compañía, y tenéis amistad con esos de relaciones...

– ...Relaciones Públicas...

Y Abilio veía cómo "Cara e' viejo" Chirinos, miembro del Comité de Mejoras de Pueblo Viejo, estrujaba nerviosamente el cigarrillo entre sus dedos, que eran afilados y tiesos, y cómo, atento como estaba a la compostura de sus manos, se le estaba escapando el control de aquellos pies callosos y sucios vestidos de cotizas que con sólo y ser dos solos se le estaban enredando torpemente debajo del asiento.

– ...Pues eso –terminó "Cara e' viejo"– y como tampoco tenemos dónde acudir...

Abilio se estaba sentando cerca del hombre cuando le interrumpió, ya obligado por el halago:

– Vamos, déjate de la lloradera... y ¿qué pasa ahora?...

– El encargo que yo tengo es que te lleve pa' Pueblo Viejo –dijo "Cara e' viejo"– el resto te lo dice tu hermano allá...

Abilio se levantó, y dio unas vueltas por la habitación, y preguntó al mensajero de muchas maneras diferentes, pero no pudo sacarle ninguna otra información.

Y aún después, cuando hubieron comido la carne que les sirvió Josefina, la mujer de Abilio, y salieron juntos a esperar que pasara una de las camionetas "jaulas" que van a Cabimas, "Cara e' viejo" seguía trancado, con aquel misterio dentro.

Luego montaron, prietos como hojas de plátano embojotado, en la "jaula", sin decirse nada. Y nadie más que la radio pudo hablar durante todo el viaje, porque nadie más podía, por la gritería.

Cuando bajaron en el centro de Cabimas, frente a la parada del autobús, supieron que tenían que esperar cerca de veinte minutos, porque ellos mismos vieron cómo iba saliendo uno colmado hasta los topes. Y entonces Abilio se le dirigió a "Cara e' Viejo" y le dijo, como si sólo fuese por el puro decir algo:

– Y José del Carmen, ¿qué hace?...

El hombrecito lo miró desde debajo de la visera de la gorra amarillo-sucia, que le estaba chorreando un agua espesa de sudor por las cejas, por la nariz y hasta por las orejas:

– Pues bien... como siempre, vos sabéis, defendiéndose, con el pescadito... Ya hace un tiempo que no te acercáis vos por allá...

– Sí, hace casi un año que no lo veo... y el muchacho, (añadió como si no hubiese otra intención que la pura curiosidad), el mayor, Olimpiades, ¿qué hace?... ¿le dio por trabajar?...

– Bueno... –y "Cara e' Viejo" se quita ahora la gorra, se pasa un dedo, como un parabrisas, por la frente, y lo sacude al aire para quitarle aquel agua, y patea una piedra... – vos sabéis que la cosa está difícil... él y que lo que quería era estudiar, pero eso, pues, en casa de pobres no se puede... y en Pueblo Viejo menos...-. El hombre se va a quedar ahí, pero como Abilio parece estar dispuesto a escuchar, y como tampoco hay otra cosa que hacer, dice, como si le estuviese saliendo la voz blanca de un pozo más hondo: –El muchacho es vivo, y aprendió a manejar, y hasta estuvo manejando un carrito de "a medio" en la línea de "Corito"; pero es que... lo que –y ya parece que la fuente de "Cara e' Viejo" se va a secar, pero no, continúa– lo que... esos explotadores le dan a uno es... ¡una mierda!... y me perdonáis la palabra, pero la verdad es que de lo que sacan en el día tienen que hacer tres partes, y de estas tres partes dos se van para el dueño del carrito, que es un explotador, y con la otra, que no sube a más de 20 o 25 bolos, el chofer tiene que pagar la gasolina y el aceite, que esos carros viejos quemán como si fuesen gandolas...; entonces, pues, –"Cara e' Viejo" parece estar agotando la fuente, y Abilio, mientras tanto se está secando con un pañuelito el sudor de la cara y del cuello y hasta de los hombros, metiendo la mano por debajo de la camisa– lo que le queda a Olimpiades después de estar bregando doce horas lleno de polvo y ahogándose de calor sobre esas carreteras son 10 o 12 bolos...

– Bueno, –le interrumpe Abilio– ¿y eso no es mejor que nada?...

"Cara e' Viejo" se vuelve a encasquetar la gorra empapada, y fría, y se suena con los dedos, como quien escupe por la nariz, y se saca un pie sucio de la cotiza y lo vuelve a meter, habilidosamente, de una patada, y al fin le sale:

– Sí, como no... eso es mejor que nada; pero... si ese muchacho tiene que comer fuera de la casa al mediodía y a la noche, por poco que coma, pues se le van, digamos, seis o siete bolívares... pues ya veis lo que puede traer a José del Carmen el sábado en la noche, ¿comprendéis?...

Abilio se queda en silencio; no sin palabras en la boca, pero callado.

– Por eso –prosigue "Cara e' viejo", como si él mismo se hubiese abierto un chorro de agua,– que el mismo José del Carmen se le calentó un sábado que yo estaba en la casa y le dijo: "Mira, Olimpiades, para esa porquería que me estáis trayendo a la casa, y pa' mantener a esos explotadores, mejor te quedáis aquí, con nosotros, y nos vamos a pescar juntos"... Y la verdad es que esos dueños de carritos son unos pulpos...

– Y ¿qué hace ahora, en la casa, sino flojear y echar vainas, ¡ah!?

Ahora es "Cara e' viejo" el que se calla, como si alguien que no es él mismo le hubiese cortado el agua de un solo golpe de llave, para recordarle que no está libre, sino cumpliendo la misión de llevar a Abilio a Pueblo Viejo. Pero pasa casi desapercibido para Abilio aquel silencio, porque está llegando el autobús, y la gente ya corre a alcanzarlo antes de que termine de llegar.

Entonces, y como para poner algo que aliviara aquel silencio, "Cara e' viejo" se apresuró diligentemente y consiguió dos puestos. Con suerte, porque en un momentico se llenó aquel bus hasta el techo, que es donde algunos pasajeros, de pie, en el pasillo, tenían las cabezas.

– Dime, chico... –dijo Abilio en voz baja, pero con la intención ya más abierta– ¿no es verdad que Olimpiades está echando mucha vaina por ahí?... A mí me lo contaron...

– ¿Quién?...

– Bueno, yo sé quién...

Y se quedaron los dos callados, aunque ahora "Cara e' viejo" con los labios más prietos y Abilio con los oídos más abiertos; y el bus también callado, porque no arrancaba; y ya llegó a tanto aquella espera que la gente comenzó a protestar.

– ¿Es verdad –insistió entonces Abilio, ya sin tapujos– que el chico anda metido en vainas políticas? ¿¡Ah!?...

"Cara e' viejo" era entonces, escondido debajo de aquella losa de la visera amarilla, un hombre mudo, como un muerto; mientras tanto, dentro del bus se iba condensando un calor húmedo y espeso que ya no se podía respirar.

– ¡Yo lo sé, chico, lo sé!... –reventó Abilio–. ¡Y a ese carajo no se le ocurre otra cosa que ir a pedir trabajo a la Compañía!... Vos sabéis que allá no son pendejos, y le buscan a uno de dónde es y qué hace... y el que pinta colorado, pues... cero... ¡ya me entendéis!... –Y Abilio le dio un codazo.

"Cara e' viejo" ya no veía cómo quedarse callado, y dijo, como quien no está con nadie:

– Claro... Pero eso tampoco está bien, porque ponen a la gente a hacer cosas...

– ¿Cosas?... Pendejadas, diréis... Que miren primero, ¡no!...

– Así lo que consiguen –insistió con su voz blanca y huida "Cara e' viejo" mirando por la ventanilla– es que la gente se eche al monte.

– ¿Al monte?... ¡Que se vayan!...

Pero a Abilio le habían acogotado con eso la voz, porque le salió como cortada:

– ¡¿Y Olimpiades cogió pa'l monte?!...

"Cara e' viejo" insistió en mirar hacia el ventanillo, y se caló más su gorra sudada y deforme.

– Dime, "Cara e' viejo" –insistió Abilio con apuro– ¿se fue?...

– Bueno, propiamente al monte no; pero hace como un mes lo vinieron a buscar, y desde entonces anda fuera de la casa, vos sabéis, por ahí...

– ¿Y qué ha hecho?...

– Hacer, vos sabéis, nada... Sólo que tienen sus reuniones, y hablan...

En esto arrancó el bus.

"Cara e' viejo" y Abilio se quedaron callados, porque era mucho el ruido del autobús y porque había cosas en qué entretenerse dentro de la cabeza de uno, sin preguntar nada a la del vecino; y eso duró hasta que llegaron a la Rosa Vieja, que es donde el colector pasa cobrando su real y medio. Entonces con el bus parado, fue cuando Abilio, tomando la ventaja de que él estaba pagando los dos pasajes, preguntó:

– Y ahora, ¿qué es lo que quiere el Comité conmigo?...

"Cara e' viejo" peleó un rato consigo mismo, y hubo un momento que hasta parecía que iba a hablar; pero cuando abrió la boca sólo dijo:

– Eso te lo dicen allá, vos sabéis que yo...

Que fue cuando arrancó el bus entre aquel estruendo de tiros de aire.

Abilio iba observando desde detrás de una cabecita de mujer joven que apestaba a desrizador el corpulento y húmedo cogote del negro que iba abrazado a la rueda del volante del autobús, al que, por cierto, le crujían sus viejos y polvorientos huesos de hierro como si éste de Lagunillas fuese su último viaje.

– Bueno –dijo Abilio con voz gritada al oído de su compañero, entre aquellos crujidos y aquellas explosiones vitales del bus– ¿no me vais a decir todavía qué asunto es ése?...

"Cara e' viejo" se revolvió en el poco espacio que le quedaba entre la trepidante caparazón de hierro del autobús y el cuerpo de Abilio, que era alto y fuerte y estaba tan empapado en sudor como él, e hizo como si mirara algo que había fuera de la ventanilla otra vez, que en aquel momento era puro monte oscuro, y luego sacó un trapo sucio de su bolsillo, y se sonó tan meticulosamente la nariz que hasta anduvo jurungándose dentro de los huecos, y después (Y siempre bajo la mirada inquisidora de Abilio, quien empezó a calcular que "Cara e' viejo" se le iba a rendir) resolló fuerte, como si gozase con aspirar aquel hedor rancio a sobacos que flotaba en el bus como una niebla espesa, y volteándose, por fin, hacia Abilio, le dijo:

– Ya estamos casi en Lagunillas...

Efectivamente un ratico después de aquel descubrimiento de "Cara e' viejo", estaban llegando a Lagunillas, y Abilio tuvo que quedarse después también con aquellas ganas de saber dentro, porque el autobús los dejó justo en frente de la parada de las camionetas que van para Bachaquero.

Pero fue allá precisamente, cuando ya estaban sentados junto al chofer y mientras el negro Ezequiel, que llaman "El Satélite", mandaba con sus toques de campana en la parada, cuando a "Cara e' viejo" se le hizo evidente que ya tenía a Abilio en Pueblo Viejo y ya no había peligro de que se resistiera a ir, y le explicó que el asunto urgente aquel del Comité era para tratar de la venta de las casitas...

Abilio se indignó.

– ¡¿Y para eso me quieren a mí?!...

Pero "Cara e' viejo" quieto detrás de su gorra, sin oír nada; y arrancó la "jaula"; y después, así, en silencio, un silencio cargado, el carrito hizo sus desvíos hasta la Planta de Pueblo Viejo, y luego otro, hasta detenerse en frente de la misma planchada, que se mete como un pasillo lago adentro hasta el propio Pueblo Viejo, un pueblo de tablas que parece que flota milagrosamente sobre el lago.

Los dos hombres enfilaron el largo y estrecho corredor de tablones casi corriendo, porque Abilio, que iba primero, parecía tener ya la cabeza allá adelante, lago adentro, en alguna de aquellas rejas de luz que se dibujaban a través de los resquicios de tablas en el pueblo de palafitos, y no hizo caso de las voces que alguien que le había reconocido el paso le dio desde lo oscuro, y torció a mano derecha, hacia una arruinada planchada de travesaños que crujieron como esas doloridas escaleras abandonadas en los caminos de campanario de algunas viejas iglesias, y empujó la puerta.

Dentro era una habitación, más bien grande, de tablas, que, a la luz de aquel bombillo que casi tocaba el suelo, se veía como un galpón pequeño y vacío.

Cerca del bombillo se mecía un chinchorro.

– ¡Abilio! –le saludó con alegría alguien que estaba dentro con los pies rozando el suelo–. ¿Cómo estáis, Abilio... y por la casa, cómo están?...

Abilio contestó al saludo de su hermano José del Carmen sin mucho entusiasmo, y luego miró uno a uno a los tres hombres que descubrió sentados en el suelo y recostados contra el muro de tablas, y sólo cuando vio quiénes eran y cuando cumplió con su cuñada, que se le acercó desde el lejano fogón para saludarlo, fue cuando aceptó compartir el chinchorro con José del Carmen, y dijo, ya sentado junto a su hermano y mirando a los hombres, que ya eran cuatro, porque se les había unido "Cara e' viejo", con sequedad, para que nadie tuviese dudas de lo que traía en la cabeza:

– Miren, compadres; ya yo le dije a "Cara e' viejo" que yo no soy el Presidente de la Compañía... y que este negocio de las casitas no es conmigo, porque tengo entendido que ustedes recibieron una oferta de la Compañía hace tiempo...

José del Carmen y los tres hombres quedaron viéndole el semblante a "Cara e' viejo", el que, ahora que le resbalaba la luz desde abajo, se le veía amarillo y cortado en tajos de distintas direcciones por unas arrugas y cicatrices relucientes de sudor como latas torcidas. Todos vieron que al hombrecito le temblaba un labio, y cómo aquellas su metras amarillas le rodaban dentro de las cuencas profundas cuando iba de uno a otro de aquellos pares de ojos que le estaban hostigando implacablemente desde aquel silencio.

– ¿Qué te dijo ese carajo? –rompió por fin José del Carmen.

– Nada, no me dijo nada más que eso, que tenían ustedes visto un lugar para fabricar sus casas en la orilla, y que habían decidido pelearle el precio a la Compañía... ¿Y ultimadamente, para qué este misterio, y pa'qué me quieren a mí con este apuro?...

José del Carmen no dijo nada, y menos podían decir los demás, que estaban pendientes del menor de los gestos de su Presidente.

Abilio observaba uno a uno a aquellos hombres que tenía sentados en frente, con los pies descalzos, las ropas gastadas y grandes, la mirada humilde, los semblantes cansados y los pellejos amarillos de fiebres viejas, y no pudo escapar a la idea de que lo que estaba alumbrando aquel bombillo era el mundo de él mismo, de Abilio Reyes, y entonces buscó, y descubrió, aquella luz de tizón que miraba como un colorado ojo ciclópeo desde los oscuros lados por donde estaban ahora peleando tres muchachitos con las manos metidas en un plato, y por donde debía estar, al lado de aquel rescoldo mortecino de las chamizas, la mirada invisible de su cuñada, también midiéndole lo que le estaba dando en aquel momento la sangre.

A Abilio se le vino a la cabeza su propia madre.

– Bueno –dijo por fin– yo sé que la Compañía llegó a pagar hasta 800 bolívares por la casa de los "Chimoito", y que ustedes y que no quisieron vender tan barato... Bueno, eso es cosa de ustedes... Pero... –y se le revolvió el hombre de la Compañía dentro– ¡ustedes como que están creyendo que estas casuchas de madera son quintas de una urbanización?!...

José del Carmen no dijo nada, pero si a Abilio se le hubiese ocurrido mirar de lado le hubiese visto hinchársele dentro la indignación hasta saltarle los ojos y mudársele el color del pellejo.

... Y bueno –continuó Abilio– y ¿cuánto quieren ustedes por este montón de tablas, ¡ah!?...

Hubo entonces un silencio embarazoso.

– Es verdad –arrancó por fin con una voz lenta y cargada José del Carmen, mirando a su hermano, que lo tenía ahí mismo,– es verdad que este tablerío podrido en que vivimos nosotros no vale mucho para vos, y acaso tampoco vale nada para la Compañía; pero resulta, mi hermano, que aquí estamos viviendo nosotros...

– Muy bien –le interrumpió Abilio con brusquedad– ¡y nadie les está prohibiendo que sigan viviendo aquí!...

– ¡Nadie, ah!... –Y es como si a José del Carmen le hubiesen metido un palo por la cabeza, porque se la agarró con las dos manos, y dijo una blasfemia; pero se serenó por fuera, como pudo, y dijo despacio, con la voz contenida:

– "Paraguachón", ínflale esa bomba a mi hermano...

Sin embargo, como el nombrado no se movía, sino que seguía con el muro de tablas pegado a la espalda, José del Carmen lo sacudió bruscamente con la voz:

– ¡Vamos, "Paraguachón", ínflaselo!...

"Paraguachón", un gordo fofu y sudado, con la cabeza pelada, metió su mano derecha dentro del bolsillo de su pantalón y sacó un preservativo grande y deforme, como una bolsa de caramelos muy manoseada.

– ¿Y eso qué es? –preguntó Abilio, riéndose.

– ¡Vamos, ínflaselo, mi hermano!...

"Paraguachón" se puso muy serio a soplar dentro del preservativo, y lo infló del tamaño de una cuajadita.

Abilio estaba todavía sonreído, pero no acertaba qué decir.

– Vos tenéis familia, Abilio... –le dijo José del Carmen posando una serenidad que sabía muy bien que él no tenía dentro.

– Pues claro...

– ¿Cuántos años tiene tu Asisclo?...

– Cinco...

– Y ¿si vieras vos a Asisclo soplando un condón donde esos coños de musiús han hecho su porquería, ¡ah!?...

Abilio se quedó serio y callado, mirando al condón inflado como un globo.

– Es que ya no es sólo que esa planta eléctrica nos esté orinando aquí mismo el canal de agua caliente que echa, y ya no es sólo el veneno que trae, porque le echan a esa agua algo contra la "broma" en los filtros, por lo que se muere el pescadito y se enferman nuestros muchachos, sino que, además, ahora, desde que hicieron esas casas ahí, nos están cagando aquí mismo por esas cloacas que vacían en la orilla...

Y José del Carmen esperó un silencio.

– Y conque, mi hermano querido –añadió con sorna– nadie nos prohíbe vivir aquí, ¿ah?... Y si con el calor que ya tenemos, y con esta hediondez de la cloaca que es como si viviésemos en un excusado, ahora os empiezan a llegar, como le pasó esta mañana a "Paraguachón", los hijos tuyos con un condón inflado como una bomba, ¿te parece que debemos seguir así, aguantando, callados, tanta mierda?...

Abilio veía en silencio el globo que "Paraguachón" tenía lleno de aire en una mano.

– Bueno –dijo por fin– en eso tienen razón, no vayan a creer que yo estoy contra ustedes... pero ¿qué puedo hacer yo aquí?

– Aquí, de lo que se trata es de que este Comité de Mejoras tiene obligación de resolver estos problemas, ¿no es así?... (aprobación de cabeza de Abilio) y como uno no tiene dónde ir, porque ¿pa'dónde va coger uno que ni lo reciben?, pues hemos pensado en vos, que tenéis amistad con el señor Rodríguez, que está en Relaciones Públicas, pues... así como nos ayudasteis en el asunto aquel de la pluma de agua ¿recuerdan? (y los cuatro hombres cabecean vigorosamente) pues ese es el asunto, que vos nos echéis una mano...

Abilio se quedó otra vez callado.

– ¿Qué decís vos? –insistió José del Carmen, puyándolo con el codo.

– Entonces, lo que ustedes quieren es que la Compañía les pague más por las casitas, ¿no es así?... (asentimiento general)... y que yo le hable a Rodríguez.

– Sí –dijo José del Carmen, hablando por todos.

– Y ¿como cuánto están pidiendo ustedes por cada casita?... ¿ah?...

Los cuatro hombres sentados miraron a José del Carmen, y éste, sin discurrir mucho, porque eso estaba ya hablado en el Comité, dijo mirando a su hermano:

– Dos mil bolívares...

– ¡Dos mil bolos!... ¡¿Están ustedes locos?!

Nadie más que Abilio creía, por lo visto, que aquello era una locura, porque nadie más que él se asombró.

– Bueno, y ¿ustedes quieren que yo me embrome empezando a proponer esa exageración a la Compañía?...

Y Abilio, por no reventar allá mismo, sentado al lado de su hermano, se levantó del chinchorro y caminó hasta la puerta, y se agarró con las dos manos al vano, que era estrecho y bajo, y que se estremeció con sólo apoyar en él las dos manos, y se quedó mirando hacia el pueblo.

Los hombres lo vieron hacer, en silencio.

Hacía ya horas que la noche había apagado las candelas del cielo, pero todavía quedaba en el ambiente ese sofoco asfixiante y húmedo que dejan detrás los grandes incendios, y en lo oscuro de las cenizas de aquel día, que era el que había quedado libre en el turno de noche a Abilio, sólo brillaban los pocos bombillos de la planchada y algunas grietas de las casuchas de tablas y los reflejos del agua, que, como un espejo, convierte el pueblo en dos mitades: el de madera sobre los pies de estaca, que era el de verdad, y el de agua, que era como un doble, pero que también era parte del pueblo.

Y de aquí era él. Aquí lo había parido su madre, sobre un piso de tablas clavado en el agua, como un barco grande que no tuviese otro rumbo que estarse quieto sobre estos pies de mapora, o de betú, o de chorote, metidos en el cieno de esta orilla. Su viejo les contaba cuando niños que aquí se vivía mejor, porque en tierra había mucha plaga y mucho bicho. Pero con el tiempo y los insecticidas, y con las fiebres y los muertos, ya las orillas estaban limpias, y sin embargo, todavía había quienes seguían viviendo aquí. Y esto, él lo sabía bien, no era porque fuese mejor, sino porque para muchos era lo único que había. Allá estaba viendo, asomados sobre el agua, los muñones de palo podrido de la casa de los Rojas, que se había caído; porque a estas casitas les fallan los pies porque se pudre la madera o porque les ataca la "broma", que son unos caracolutos muy dañinos, o como dicen en la Compañía, por el teredo, un animalito que se come hasta el cemento.

¡Pero esta gente no se estaba mudando para tierra firme, sino que estaba clavando sus nuevos pies de palo un poco más allá, sobre el mismo barro y la misma agua aceitosa de siempre! Total, que casi cuarenta años de petróleo no habían dado para nada. El barco aquel seguía varado en la ciénaga...

Abilio oyó gruñir al cochino que estaba criando José del Carmen en un chiquero sobre tablas, y le subió de pronto a la boca un sabor de carne de puerco con gusto a pescado, porque lo único que había sobrado siempre en casa de los Reyes para engordar el cochino eran restos de lo que pescaban en el lago.

¡Verdad que casi cuarenta años de aceite no habían dado para nada!

Abilio no pudo reprimir un gesto de asco, y soltó el vano de la puerta, y salió.

– ¿A dónde vais? –le preguntó su hermano desde el chinchorro

– Ya regreso... Espérame...

Abilio caminó lentamente, como si estuviese probando cada tabla del piso, hasta el final de la planchada, y se detuvo sobre el mismo borde, como cuando se disponía a bucear moneda que le tiraban cuando muchacho los curiosos turistas venezolanos que asomaban por Pueblo Viejo de en cuando. Y respiró aquella hediondez caliente que asfixiaba al pueblo, y miró al lago, y descubrió las cabrias y a pesar del calor y la hediondez, y acaso por eso mismo, Abilio descubrió que esto, este camino de futuro, era lo que estos años de petróleo habían sido para él; porque si él estaba ahora oliendo

aquella porquería era por accidente de quien sólo está de paso; sí, él estaba sólo de pasada donde el destino quiso ponerle con la intención de que se quedase, ¡como se había quedado José del Carmen!...

Allá estaba el agua del lago, a un metro de sus pies, grasienta y sucia como antes, reflejando el cielo. Pero este cielo del lago, que era luminoso y caliente aún de noche cerrada, como si guardase siempre un gigantesco rastro de sol, estaba ahora recortando unas siluetas de cabrias que eran como unos esquinados y fuertes soldados de hierro, y él había conseguido desencallar su bote de este sumidero e incorporarse a ese orden y a esa fuerza, porque él, que era encuellador y mandaba con sus manos de criollo miles de metros de tubo bajo tierra, sabía de la actividad silenciosa y eficaz que vigilaban celosamente esas torres. Allá estaba viendo Abilio lago adentro la apretada hilera de luces que alumbraban la planta de gas, una fábrica grande asentada sobre sólidos pies de cemento, y ahí mismo estaba para cualquiera que tuviese ojos para ver, el resplandor de un incendio dominado por la voluntad del hombre, la gigantesca planta eléctrica de Pueblo Viejo.

Eso, lo que se veía desde aquí, sin otro esfuerzo que mirar, era el porvenir. Este callado, pero intenso trabajo en el lago era un silencio que producía riqueza, porque estaba hecha de orden y tenía una dirección. Y aún cuando había gentes de su pueblo que estaban desde el fácil parapeto de la flojera contra los que dirigían este trabajo de crear riqueza, los frutos llegaban a todas partes, y nadie lo podía negar. ¿Y en qué quedaría toda esta posibilidad de riqueza si no mediara este esfuerzo extranjero y esta organización? Pues quedaría oculta, como ha quedado sin descubrir en Venezuela la enorme riqueza de la tierra, porque nadie la trabaja, y si el pueblo tiene necesidad de comer papas tienen que traerlas desde... ¡donde haya, desde donde sí trabajan la tierra!

Y el hombre que pertenecía a esta empresa de trabajo organizado era Abilio Reyes, el hijo del "Cojo Reyes", el coriano que en 1928 anduvo años huido por esos pueblos de la Serranía de Coro por destripar a un musíu... Sí, por cargarse a un capataz cuello de toro, colorado, que mandaba como si fuese un rey... Pero eso, y aunque muchos flojos no lo quieran reconocer todavía, ya pasó; porque el musíu ya no era ni tan cerrado ni tan arrogante mandando como el que llegó en los primeros tiempos, y ya nadie insultaba ni pateaba a un trabajador como se atrevió a hacerlo aquel "Rojo Williams" con su padre cuando estaban armando las primeras cabrias de madera en la orilla.

Esta era la historia, y en esta historia figuraba él.

Pero su hermano... (y Abilio se volteó y quedó viendo el montón de casas destripadas con grietas de luz mitad verdad de madera, mitad mentira de agua, que era Pueblo Viejo) su hermano no había conseguido escaparse de la cloaca, y eso porque (aún siendo mayor que él y todo lo podía decir) era un flojo, y también un cobarde, porque nunca se había atrevido a dejar las tablas podridas de esta planchada que ahora querían cobrar por chantaje como si fuesen de oro...

¡Y así, hasta le había salido un hijo comunista!...

A Abilio se le había madurado dentro, en el pecho, una como fruta que ya cuando le molestó "Cara e' viejo" en la casa le había comenzado, aún tierna, a doler, y que después, desde antes de que le hiciese la confidencia al entrar en la "jaula" en Lagunillas, la sintió crecer y crecer...

Abilio regresa ahora apresuradamente, casi corriendo, haciendo crujir poderosamente los viejos travesaños de aquel pasillo de madera:

– ¡Mira, José del Carmen! –dice entrando.

Los cuatro hombres sentados en el piso están tal como los había dejado Abilio hacía un rato, sólo que ahora están comiendo de un plato común que hay en el suelo, y José del Carmen de uno que tiene sobre sus rodillas para él solo.

– ... ¡Esto se acabó!...

– ¿Se acabó qué, Abilio? –pregunta José del Carmen dócilmente.

Abilio doma entonces la voz un poco, pero les dice así, en un chorro largo y lleno de raudales y remolinos y con un contrapunteo de gestos, que es mejor que el Comité vaya directamente a ver a Rodríguez, y que, además, después de todo, eso que pretenden hacer con el preservativo no es más que un chantaje, y que lo que dicen es una exageración, y que aquello no es sino una pretensión de flojos...

José del Carmen deja de comer, y después los otros cuatro hombres se quedan con sus dedos, o metidos en el plato, sin atreverse a subir el pescado a la boca, o ya con la comida dentro, o con las manos a mitad de camino, como si se hubiesen vuelto de sal, sin atreverse a romper aquel silencio.

Y aún después de un momento, sólo se oye el chiquichaque salivoso, húmedo y repugnante, de "Cara e' viejo".

Abilio, después del aquel esfuerzo, se ha quedado desinflado, como un muñeco de goma que ha perdido aire, y se recuesta contra un palo, de forma que la luz le da de abajo hacia arriba, aplastándosele la sombra de su cabeza contra los travesaños y el zinc coarrugado del techo, y en lo que le pone su cabeza a pensar absurdamente es en que aquel muérgano de "Cara e' viejo" está comiendo aquella noche por segunda vez.

Después, al rato largo de no oírse más que la contracción crujiente, crepitante y rayada del zinc, al que le está regresando el cuerpo a lo que es cuando se enfría, se oye el tiro, y después el eco largo, que hace un plato de peltre cuando cae sobre un piso de tablas; y la voz de José del Carmen, que tiene una ronquera sorda cuando se indigna, dice:

– Ya te puedes ir, Abilio...

La voz queda flotando en el aire húmedo y caliente de aquella habitación grande, que es como un pequeño galpón vacío, con un peso que se siente, y hasta "Cara e' viejo" ha dejado de comer, cuando Abilio cambia de postura y la sombra de su cabeza, que es la que ve José del Carmen deforme y aplastada contra el techo, da un brinco silencioso y se pone a acechar a aquellos hombres desde otro travesaño

Esto dura así un mundo de tiempo, hasta puede que un minuto entero, cuando la voz de la sombra que ve José del Carmen pegada a los travesaños del techo dice con un cierto temblor, que tampoco es de miedo, pero que dice así, como si la voz estuviese arrepentida de algo:

– Bueno, eso era un decir...

Sin embargo, a pesar del tono conciliador de Abilio, nadie parece dispuesto a hablar. Aunque José del Carmen sí se agacha y recoge su plato, y los demás hombres hasta comienzan a comer disimuladamente su pescado. Y entonces, ya casi roto aquel silencio, Abilio se atreve a explicar humildemente que en verdad aquello le parece una

exageración y que la Compañía no tiene ninguna culpa de lo que les está ocurriendo por querer seguir viviendo allá...

Es cuando a José del Carmen, que acaba de dejar el plato vacío debajo del chinchorro, le crece algo dentro, y dice, con esa voz que él tiene que sujetar a cada palabra, para que no vaya a abofetear con el insulto a un hombre que es su propio hermano:

– Aquí ya tenemos bastantes sermones con el cura, que viene una vez al año, ¡y a regañarnos!... Aquí un hermano ha pedido a otro hermano que le eche una mano, y ese hermano le contesta con una grosería... (y José del Carmen aguanta la voz, que le silba por las narices al respirar). Ahora, si este hermano dice después que tal y que cual, y que si pa'cá y pa'allá... y que si esto y aquello... (y José del Carmen vuelve a respirar por la boca) y que no fue con mala intención y qué sé yo... la cosa se pone un poco mejor; pero siempre... ¡ese hermano se me puede ir de la casa!... (pero Abilio no se mueve) y se puede ir por eso (y José del Carmen respira más fuerte para arriba que para abajo, como cuando a un hombre le quiere saltar algo que quiere guardar dentro) ¡porque ya no es mi hermano!... (y entonces se produce de la nada, con sólo quedarse todos completamente quietos, un silencio grande, lleno de ojos). ¡Y dígame eso, porque él y que ha conseguido un trabajo bueno con la Compañía y que le dan la casa de bloques y que le pagan para comer completo y para que su familia también coma lo suyo, ahora, los demás y que no tienen derecho a seguir viviendo; ahora, ¡y que los demás pueden dejarse comer por la porquería!... (Abilio sigue callado y quieto, con su sombra encaramada allá arriba). ¡Mercedes! ¡Tráenos café!... ¡Ah, pues, (y la voz ya tiene otro respiro, como si al decir las cosas se le hubiese hecho sitio en los pulmones para llenarlos de aire) y que mi hermano no quiere nada con su hermano... ¡pues yo tampoco quiero nada con él! (y la voz se desmanda bruscamente) ¡que se le pudra lo que tiene, si tanto miedo tiene de perderlo!... (y espera un poco, y se le doma la voz otra vez). Eso es lo que le deseo al hermano ese al que se le han olvidado las noches que pasábamos desvelados junto al viejo nuestro cuando la nata del petróleo llegaba al pueblo, de miedo que una chamiza encendida o un cabo de cigarrillo prendiese un incendio que acabase con el pueblo... De eso y de todo lo que este pueblo es para nosotros se ha olvidado el hermano ese... Él tampoco se acuerda de cuando teníamos que bebernos, a juro, el agua aceitosa del lago, ensuciada por la Compañía, que, si no me equivoco, y ustedes aquí todos son testigos, vino después que nosotros... (y le da un brinco la voz). ¡Pero a él le preocupa, no nosotros, que somos su sangre, sino la Compañía, que es la que le alimenta el mondongo!... Pues ponga cuidado, (y José del Carmen apunta a la sombra con el dedo) que alguien le puede dar, y pronto, una puyada a la Compañía, y se le puede derramar eso que ustedes creen que es de ellos solos... (y José del Carmen mira hacia "Paraguachón", y Abilio ve que éste asiente gravemente mientras juega con el preservativo vacío liado en torno a un dedo). Porque de cualquier manera, más de lo que nos llegan ahora nos tiene que alcanzar... Y ultimadamente, ¡yo le digo al hermano ése (y a José del Carmen se le encarama la voz ronca hasta casi asomar el grito) que si él quiere que yo viva en una casa decente y que yo sea un hombre poco exigente, como dice que es él, que me consiga un trabajo con la Compañía!... ¡Ahí está, ¡ah?!... (los cuatro hombres, que están borrados, con sus espaldas contra las tablas, en frente de José del

Carmen y del bombillo, brotan de pronto a la escena con aquellos movimientos de brazos y de pies que hacen al aprobar vigorosamente las palabras de José del Carmen). ¡No!... ¡Que me consiga un trabajo, y que me busque un trabajo para mi hijo y para mis compañeros!... (los cuatro hombres hasta dicen algo que se pierde debajo de las ruedas gordas y poderosas de la voz crecida de José del Carmen, y hasta asoma en "Cara e' viejo" el gesto de un aplauso). ¡Eso!... ¡Eso es lo que le digo a mi hermano! (y José del Carmen baja un poco, solemnemente, la voz) y entonces no necesitamos que nadie nos pague la casa, ni que nadie, ni siquiera un hermano, nos eche una mano, y entonces, si la Compañía nos da trabajo y nos da una casita de bloques en "Campo Las Treinta" y nos paga para comer y para vestir y para mandar a los muchachos a la escuela, y no que se nos pudran los hijos nuestros sobre esta planchada como nos hemos podrido nosotros, entonces, digo, nosotros nos fajamos como los demás, como dice mi hermano que se faja, y entonces no tendrá él un hermano que le llama para que le ayude a mudarse para otra parte...

Todo el pequeño mundo del galponcito de tablas de José del Carmen, hasta la mujer, que está sorprendida y hasta un poco asustada de la elocuencia de su marido, que le recuerda la de Silvio Rojas, el maestro de escuela de Pueblo Viejo, y la del mismo Olimpiades cuando comienza a hablar en las reuniones, cree que aquello tiene que continuar. Pero la voz de José del Carmen se detiene y no la pone a andar más, como si todo él, después del desahogo, se hubiese quedado quieto y sosegado, con el alma tranquila.

- Bueno -dice por fin Abilio- (y las cuatro cabezas de hombre y la de Mercedes, cerca del fogón, dejan de verle la cara a José del Carmen y quedan viendo la sombra chata de su hermano) eso que decís vos, y que tiene muchas cosas de verdad, también lleva mucha paja dentro... (a Abilio le ha salido la voz tranquila) ¡porque la Compañía no tiene trabajo para todo el mundo!...

- No tendrá trabajo para todos -salta vivamente la voz de José del Carmen, incorporándose en el chinchorro- pero eso no me da a mí y a mis compañeros para llenar las bocas de nuestros hijos, y para los remedios cuando se enferman, y, ultimadamente, (y aquí le vuelve a brincar el tono) ¡si alguien tiene que pagar de más por nuestras casitas, porque hacer otras en la orilla cuesta más, más tiene la Compañía que nosotros, y si hay alguien que tiene que perder algo en este negocio, es justo y bueno que pierda más la Compañía, ¿no es así?, cuando mi hermano sabe muy bien que lo que lo que ocurre es al revés! ; (y la voz de José del Carmen llena la pieza grande y vacía con unos enormes ecos redondos).

¡Ahí está la planta eléctrica, y que produce, y debe ser verdad, electricidad para alumbrar una ciudad tan grande como Caracas, y aquí nos están regatando un bombillo de luz, porque por dos bombillos piches de luz tenemos que pagar diez, doce y hasta quince bolívares, siendo, como es, que nos faltan para puro comer, y ahí está (José del Carmen tiene por primera vez un gesto teatral) frente a nosotros, en el lago nuestro, una planta de gas, y que para meter gas dentro de la panza de la tierra, y que ¡porque sobra!, como si aquí, sobre el cascarón, a nosotros, los que nos han parido, es un decir, con un pie sobre esta agua sucia de aceite, no nos hiciese falta un poco de este gas para sancochar siquiera nuestro pescado!... ¡Eso es lo que digo yo!...

– ¡Esos son los argumentos de los extremistas!... –le interrumpe Abilio con cierta violencia.

– ¡Serán, serán!... ¡cómo no!... ¡serán extremistas si queréis!... ¡pero decime si son mentira!...

– Al menos exageraciones sí son...

– ¡Ah, sí!... Deben ser para mi hermano, que come completo todos los días... (José del Carmen casi se levanta del chinchorro). Deben ser... Pero la verdad es que esa comida que le dan a él no nos alcanza... ¡Y que también nosotros necesitamos comer todos los días!... Y si fuese que nos están negando una comida que nos caiga así, como llovida del cielo, no fuese nada, porque nadie da nada por nada; ¡pero lo que nos están negando es hasta trabajo!... ¡Y le repito a mi hermano que no nos dan ni lo que les sobra, que es ese gas que están guardando, yo no sé para cuándo, y que yo comprendo que si no hay para todos, está bien, porque eso de los milagros de aquellos pececitos, y el pato y la guacharaca, eso era antes; pero que quien pierda más no sea el que menos tiene, que ya tiene bastante poco con no tener nada!...

Todos, hasta la mujer, desde el ojo rojo de la brasa del fogón, lo aprueban ruidosamente; menos Abilio, quien permanece callado, recostado contra el mismo palo, con la sombra aplastada contra el mismo travesaño y el mismo pedazo de zinc.

Pero como no hay nadie que diga nada más y como parece que todos están esperando que él diga algo, al fin es Abilio el que dice:

– Pues, mi hermano, si es así, y si ustedes se ponen de esta manera, no cuenten conmigo, porque lo que es yo no colaboro con extremistas, y yo siento mucho que sea mi hermano (y Abilio deja el apoyo del palo, y se va lentamente hacia la puerta) el que me dice estas cosas, pero con amenazas no se va a ninguna parte...

– ¡Pues ya veis por dónde –se levanta José del Carmen y avanza hacia él como si lo estuviese empujando fuera con la voz– ese es el único camino que nos estás dejando!... Nosotros no te llamamos a vos aquí para amenazar a nadie!... ¡pero si tanto lo queréis, cuídate de tu petróleo porque cualquier día alguien les revienta el tubo y se quedan sin tener con qué llenarse el mondongo!...

Y a Abilio, que sale sin siquiera voltear la cabeza, le parece que hasta se están riendo dentro.

La lancha salía del muelle a las tres de la tarde.

Todo lo que es el malecón era a aquella hora un sol blanco y pegajoso cocinando lentamente, sin prisas (como se deben guisar en el infierno los pecados de holgazanería) una flojera húmeda.

Abilio saltó a la lancha, y dijo:

– ¿Qué hubo, Enrique?

Estaba Enrique primero, y había también otros seis hombres sentados sobre las sillas fijas de tubos de aluminio con sus anchos trenzados de nylon, porque ésta era una lancha como un autobús. Abilio buscó un asiento pegado a la puerta lateral, para que le diera un poco el aire durante el viaje, el que, hasta el pozo probatorio donde estaban trabajando en La Cañada, duraba tres horas completas. Y entonces se desabotonó la

camisa a cuadros morados y amarillos, se la sacó de debajo del pantalón, se descalzó sus zapatos viejos y estiró las piernas hasta sacar los pies desnudos y grandes fuera de la puerta, para que respirasen durante el viaje; después se acomodó en el trenzado de nylon hasta que le resbaló lentamente el cuerpo y le quedó la cabeza exactamente a la altura del tubo del respaldo, y descansó las manos entre las piernas, como si se dispusiese a dormir.

– Mira, Abilio... –oyó que decía Auristel Ortega entrando a la lancha– ¿como que no vais a jugar hoy?...

Abilio no le hizo caso, ni siquiera abrió los ojos, y esperó, y supo, por el saludo o por alguien que lo mencionaba en la conversación, cuándo iban llegando sus compañeros, y cuando arrancó el motor de la lancha era que ya había llegado Catalino Marrero, que era el que llegaba siempre de último. Y cuando la lancha comenzó a trepidar ruidosamente, a sacudirse como esos martillos de aire comprimido con que rompen el cemento, le tembló todo el cuerpo como si fuese de majarete, y al rato, cuando le empezó a entrar por la puerta un airecito tibio, ya supo Abilio que la "tres diez" estaba dejando el muelle.

– ¿Supiste lo de Aquiles? –oyó que preguntaba con voz gritada uno que Abilio reconoció que era Conmemoración Rodríguez...– ¡que lo agarraron con unos niples y unos papeles en la casa!...

Abilio conocía a Aquiles, y sabía que andaba siempre metido en política y en líos del sindicato; pero, y ¿qué andaría haciendo con siete hijos metiendo niples en la casa?... A eso es a lo que lleva siempre la política y los líos de los sindicatos, a que un día le llegue a uno la policía... Y eso iba a pasar a José del Carmen cualquier día; porque ya andaba Olimpiades haciendo loqueras, y hasta el mismo José del Carmen se la pasaba ahora hablando pendejadas...

Cuando abrió los ojos, la lancha estaba ya a la altura de una planta eléctrica, la que Abilio veía ahora lejos, como una franja blanca de cemento con siete palos negros que eran las chimeneas, y observó cómo las interminables y derechitas hileras de cabrias de cuatro patas se iban abriendo a medida que la lancha iba avanzando en dirección al pozo. El agua la veía él pasar desde la altura de su cabeza, que la tenía echada casi a ras del agua, como una plata que hubiese tomado una dirección de río crecido, y como si la lancha estuviese remontándolo para buscar la fuente. Sólo en las proximidades de la lancha, en el primer remanso de la cresta blanca que levantaba a cada lado la proa de la embarcación, podía descubrir Abilio una delgada mancha de aceite sobre aquel agua que tenía una nata de alga verde, de un limo que sube a la superficie en cuanto llueve, porque el agua del lago se hace entonces menos salobre y las algas se mueren por falta de sal, y flotan como natas. Así, en verano el lago es más transparente; más verde o más azul, según pinta el cielo; pero en invierno, cuando llueve mucho, el agua amarillea de tierra cerca de la costa y comienza a flotar el alga como si buscase aire para respirar.

Era, en verdad, extraño cómo el inmenso bosque de esos estrechos y tiesos cuerpos metálicos que eran las cabrias, que se veían apretadamente juntas a la distancia, se iba abriendo y abriendo, como si el movimiento, en lugar de estar en la embarcación, estuviese en las mismas torres y fuesen apartándose a la manera de un extraño ballet mecánico, como si aquella sensación de ir a dar contra las torres se fuese desvaneciendo,

como en un sueño. Esta tarde, y era extraño de verdad, no se veía pasar ningún cayuco de pescadores en busca de la curbina y del bagre y de la palometa y la lisa que tanto abundan en el lago; Abilio se sorprendió de no ver ni una sola embarcación, nada. Y también es raro, y de eso se estaba dando él cuenta ahora que había notado aquella soledad del lago, que ni siquiera hubiese un buchón o una tijereta o una zaguara para alegrar aquel cielo, que lucía blanco, como calcinado, de tanto sol. Y sin embargo, en medio de aquel extraño y solitario paisaje mecánico, en aquel mundo guardado por los ariscos y cuadrados soldados de hierro, el lago latía durante las veinticuatro horas del día, a través de un sistema de venas de acero injertado bajo el agua a las entrañas de la tierra, el pulso de sangre de un petróleo espeso y caliente.

Y Abilio, mientras regresaba a la conversación de anoche con José del Carmen, iba descubriendo contra la luz deslumbrante del cielo los tenues hilos de alambre que alimentan las cabrias con la corriente eléctrica que mueve los balancines, esas extrañas testas de dinosaurios modernos que cabecean en este árido desierto de aguas para bombear el aceite que carece de fuerzas para subir por sí mismo desde las escalofriantes profundidades de dos y tres kilómetros dentro de las entrañas de la tierra, donde se cuece el rico y poderoso excremento del diablo...

Pero ya Abilio estaba dejando completamente de ver las cosas por fuera, porque, con la brisa y la trepidante monotonía de aquel ruido de motor, se estaba quedando dormido.

Cuando se despertó no es porque a él le cansara aquella postura, porque estaba acostumbrado a dormir así, sino porque alguien que se había sentado a su lado dijo a otro que debía estar detrás:

– ¡¿Supiste lo de "la gandola?!"...

"La gandola" era una inglesa grande, con unos senos enormes, como ubres, que con aquel penacho de pelo color de maíz seco encendido al sol y con una grupas que parecía iban a descoyuntarse al paso de aquellos sus pies grandes enzapatados de rojo, siempre de rojo, solía ir en sus buenos tiempos a esperar en La Salina a los "buchitos" que traía un barco desde Curazao y Aruba para irlos cogiendo uno a uno, insaciablemente, en su vieja casita del R-5 de Corito, dentro de la Rosavieja...

Y a Abilio le había brincado el nombre por encima del sueño sobre aquel terrible ruido del motor y el traqueteo de la lancha, y le había sorprendido el pensamiento allá dentro de su sesera, porque él mismo había tenido que ver con ella una vez que la tropezó con una lata de agua sobre su cabeza y lo llevó a pasar la tarde con ella en aquella cama grande de hierro que tenía en su cuarto que también era la cocina, de donde había salido Abilio livianito, como creía él que debe sentirse alguien a quien le han sorbido los huesos por la cañada...

Pero cuando Abilio terminó de abrir perezosamente los ojos y miró a Auristel, que es el que, gordo y sudado, estaba a su lado, ya su conversación con Camilo Fernández iba en que el brujo de Los Puertos de Altagracia que estaba viviendo en Cabimas, un tal Don Andrés, le había curado a una hija suya de una tullidera por pasmo, y que decía que era tan bueno que tenía en su patio guindando hamacas y chinchorros donde cuidaba a más de veinte enfermos...

– ¿Tú crees en brujos, Auristel? –le interrumpió Abilio con un bostezo.

Auristel no supo así, de pronto, qué contestar; pero luego le brincó algo a la cabeza, porque dijo nerviosamente:

– Y si te cura tu hija, ¿tú no crees?...

Pero ya se avistaba la cabria probatoria, sola en La Cañada, y todo el mundo comenzó a moverse en los asientos: los que estaban jugando barajas en popa a liquidar sus posturas, y otros a ponerse los zapatos, como Abilio, que los metió donde eran, por lo holgados, de dos patadones.

Ya había empezado a nocher, pero aún asomaba sobre la costa del lago, que es tierra baja, un pedazo de sol de un rojo intenso y transparente; el agua había perdido ya toda la plata del cielo, y estaba cambiando, con la misma luz de arriba hacia un extraño verde con reflejos blancos, amarillos y rojos, según los múltiples y movedizos planos por donde lo iba mirando, y en algunas suaves mecidas del agua se descubrían de vez en cuando flotando quietamente, unos como ovillos desmadejados de algas viajeras; o de algas muertas, porque después de muerto no se viaja, sino que basta, para el gran viaje, con dejarse llevar.

Cuando la lancha atracó en el costado de hierro de la gigantesca gabarra, que estaba pegada a la cabria probatoria de perforación, algunos tenían en sus manos los portaviandas de peltre con su cuchara escajada a un lado, o sus marusas de colores ajados, y fueron saltando con aquellos gritos de muchachito con que saludan a los compañeros de la cuadrilla que van a relevar.

– ¿Sabes –dijo un moreno gordo de bigote recibiendo a los hombres que estaban saltando a la gabarra– que hace un rato estuvo una lancha de la Guardia Nacional?...

– ¿Qué pasó? –preguntó Auristel, que estaba cerca de Abilio.

– Yo no sé... y que han dañado un pozo esta madrugada, y que están buscando unos elementos que andan huyendo por el lago...

Cuando Abilio trepó por la estrecha escalerilla vertical soldada al lomo de hierro del taladro, hasta el encuelladero, ya era de noche.

Lo que podía ver desde donde estaba encaramado en aquella altura de treinta metros, solo en aquel "nido" de encuellador, entre la plataforma de perforación y la cornisa, que es la corona de acero de esta cabria que tiene cuarenta metros de altura y que es donde se apoya la polea, era un cielo blancuzco y transparente, de una claridad mate y muerta que no alumbraba el lago, donde regresando Abilio con los ojos no podía ver el agua, y aún debajo de sus pies, no podía descubrir desde aquella altura más que pedazos de tubo y trozos de máquinas gigantes, esparcidos en dos planos: uno, cuadrado y reducido, el de la cabria misma, y otro, en un nivel un poco más bajo y de forma alargada, de embarcación grande, el de la gabarra, hasta donde bajaba una estrecha y pesada escalera de peldaños prietos de hierro.

Debajo, Abilio veía las cabezas y los pies de hombres que se movían en un plano horizontal como si se desplazasen por la magia de algún hilo escondido en la música de aquellos alaridos del malacate que le alcanzaban a él desde aquel abismo mecánico alumbrado con bombillos.

La cuadrilla que iban a relevar estaba en aquel momento sacando el tubo para cambiarle la mecha, que ya estaba "amellada".

Ya Ulpiano "Calembe", a quien iba a relevar, tenía arrumados de pie, en hileras bien prietas, el centenar y medio de tubos de treinta metros que había que sacar para llegar a las ruedas dentadas del barreno. Este era un trabajo duro que requería habilidad y fuerza y que tenía sus peligros; pero que pagaba buen sueldo, y que no todo el mundo lo podía hacer; unos porque no tenían la juventud y el valor de pararse en el mismo canto de un abismo de treinta metros de altura abrazando y encuellando (con los dos brazos apoyados en sólo dos piernas que a veces se doblan por las rodillas) unos tubos de acero de treinta metros de largo que se cimbrean y se escurren como anguilas, y otros porque aún queriendo fajarse ocho horas al día y arriesgarse el pellejo en la maroma de aquel "nido" de encuellador, porque sencillamente había más hombres que cabrias, o también porque, como en el caso de Ciro "Sol caliente", porque tenían fama de comunistas...

Y él, Abilio Reyes, que ya llevaba casi diez años trabajando fijo como encuellador, estuvo a punto de meterse ahora en el lío de ese Comité, donde hay siempre gente torcida. ¡El había dicho a José del Carmen más de una vez que lo único que trae andar con esa gente es más problemas!...

Y esto se le ocurría a Abilio allá mismo, en lo alto del "nido", mientras se ponía los guantes grandes de lona y asbesto, porque con aquello de que habían dañado un pozo en el lago se le ocurrió pensar en la habladera de anoche de José del Carmen, que parecía como aprendido de los discursos de los extremistas... Y ahí estaban los resultados, que Olimpíades mismo se había tenido que ir para el monte... El mismo Abilio había hecho mal en acompañar a "Cara e' viejo" hasta Pueblo Viejo anoche, porque cualquier vaina que le caiga allá a su familia le puede perjudicar a él en el trabajo... ¡Todo por querer echar una mano a ese... pendejo de su hermano, que se había ido quedando en la planchada, como un güebón!...

Esos guardias ¿a que habrían venido al pozo? ¿Tendrían sospechas de alguien que trabaja en la Compañía?... ¿Y si estuviese Olimpíades metido en esto?... ¿Y si lo estuviese hasta José del Carmen mismo?...

– ¡Carajo!...

Nadie le iba a oír la exclamación, porque su relevo ya estaba bajando la escalerilla vertical de hierro, y los de abajo no podían, por la distancia y el ruido. Pero Abilio miró para abajo, a aquel circo reluciente de la mesa de perforar alumbrado por bombillos, y vio al "Chivo" Auristel, y a Camilo "Mono viudo", que eran los cuñeros de su cuadrilla, ya uniformados con sus viejas camisas y sus pantalones empapados de aceite, listos a enfrentarse a aquel toro bravo que embiste con cuernos de máquina por donde quiera que uno mire, y por donde quiera que a uno se le olvide de mirar. Y con ellos estaba a un lado, pegado al malacate, Teodosio Velásquez "Cacholo", que era el carretero, y Erasmo Garrido "Pelo fino", que era el aceitero, y Maximiliano Coronado "Clavo e' cobre", que era el perforador. A medida que se iban poniendo los cascos de aluminio, que eran holgados y relucientes, sobre sus cabezas, Abilio fue perdiendo de vista a los hombres, porque lo que iba quedando de ellos desde la perspectiva de aquel rumbo de pájaro era unos enormes platos relucientes a los que les salían pedazos de brazos y de

piernas aplastados contra el reluciente piso de barro de perforar y que se desplazaban cómicamente, como si resbalasen de lado, como movidos por unos resortes mecánicos.

Cuando Abilio empezó a trabajar aquí hace unos años tenía la sensación de que los cascos eran unas luces más, y le asustaba la idea de haber quedado, de pronto, solo en aquel circo de los sombreros luminosos que se movían al compás de los golpes de mazo y los restallidos de látigo y los golpes secos que sacaba la cadena del carretero cuando lo frenaba en seco, y que sonaba como si estuviese descogotando unos cuellos de hierro; le dolían los lloros de aquellos frenazos de camión que le llegaban de abajo, que le hacían brincar, porque ponían a trepidar todo el poderoso andamiaje de acero de la cabria, y le aturdían los tremendos golpes de campana que le sonaban cerca cuando arrumaba una pieza sobre aquel órgano de tubos parados, con sus pies redondos e iguales pegados el uno junto al otro, contra un lado de la cabria.

Pero uno se hacía a todo, y ya aquel trabajo que podía parecer peligroso era una rutina, y ya ni se amarraba el cinturón de seguridad para trabajar sobre el metro cuadrado de plataforma que era el "nido". El le había perdido ya el miedo al vértigo, y se sentía en aquel borde sin defensas de la plataforma con la misma seguridad con que se había parado de muchacho en la orilla de la planchada de Pueblo Viejo. Y si no se hubiese sacudido aquel miedo que él se trajo al principio a esta novedad de pararse en una cabria, hacía tiempo que se hubiese muerto de algún susto.

O se hubiese tenido que replegar a la muerte de vivir varado en Pueblo Viejo

Con el tiempo Abilio se había acostumbrado a mirar las cosas desde aquí arriba como quien se acostumbra a verlas de lado o desde abajo. Ahí estaban sus compañeros allá lejos, a sus pies, con los zapatos bien plantados sobre un piso de acero; pero ellos, con tener sus pies bien pegados al suelo y todo, vivían en la cabria los mismos riesgos de pasar el páramo que él, porque tanto da morir despachurrado sobre la plataforma, en el piso de la cabria, como morir aplastado de un mandarriazo que le dé a uno un tubo que no agarra bien el bloque y le cae como si fuese del cielo, o morir a mazo con un golpe de tubo que se le escapa al cuñero, o todavía morir desnucado de un latigazo de la cadena, o todavía, y ya es llevar bien lejos la suerte de morir en este circo de cabria, pero ocurre, cómo no, enganchado por la pierna y batido contra el acero como un pingajo cuando se enreda en el pantalón una de aquellas asas que giran en la mesa como un diablo...

Por eso que aquellos que piensan que el trabajo del encuellador es más peligroso es porque no están acostumbrados a ver las cosas desde arriba, desde donde se ven, y esta es la verdad, las cosas tan diferentes...

Abilio vio que le llegaba entonces el bloque halando un tubo que venía escurriendo barro líquido desde casi cinco kilómetros de profundidad, y lo abrazó poderosamente y lo sujetó debajo del sobaco (que lo sintió frío y viscoso) como se sujeta una cabeza de carnero o de toro que embiste para cornear, y lo arrumó al lote ya casi completo de tubos donde resbalaban las luces blancas de los focos hasta el piso, pringoso de barro blancuzco.

Y salió, como una aparición, la mecha.

Se calló el ruido de máquinas, y Abilio vio cómo los cascos del capataz, el perforador, el carretero, y los cuñeros, todos, se movían horizontalmente y rodeaban la

mecha, que escurría un agua turbia que a Abilio se le ocurrió que podría ser sangre caliente.

Todos, en torno a la mecha, acariciaron supersticiosamente aquellos dientes que habían estado mordiendo en las entrañas de la tierra.

Hasta las lejanas alturas de Abilio llegó la voz del capataz:

– ¡Los dientes ya están flojos!...

Y después la de "Cacholo" que dijo:

– ¡Sí, están flojos!...

Ahora mientras alguien trae otra mecha y la colocan, que es la señal para comenzar a meter rápidamente, por el hueco ya abierto, la articulada culebra de los casi cinco kilómetros de tubo de acero otra vez, lo que va a requerir un esfuerzo de largas horas abrazando tubos, Abilio observa que en todo en derredor, al margen de los resbalones de luz, algunos retorcidos, otros derechos, que brillan sobre los tubos y sobre los hierros de la cabria y sobre pedazos de gabarra, todo está oscuro en el lago. Todo eso, todo lo que hay de muerto y de vivo alrededor de la cabria, todo está oscuro. Todo... ¡menos un puntico de luz que se acaba de encender en el horizonte, y que Abilio teme que pueda venir enfilando la cabria!...

Y por si hay alguna duda, allá está, al rato, porque los de abajo siempre ven las cosas de lejos más tarde, la voz del capataz que dice:

– ¡Allá viene la lancha otra vez!...

Rogelio Márquez, el capataz, es el único que puede decir eso, porque es el único que vive permanentemente en la gabarra, y esto dice a Abilio sin dudas que esta lancha es la de los guardias.

Y aunque la atención ha regresado a la mecha otra vez, y la han colocado, con sus marcas de pintura roja y todo, y aunque después comienzan a meter tubo, ya nadie está en lo suyo, en lo que están haciendo con las manos o con los brazos, sino en aquella luz que se está acercando por el norte.

¿A quién pueden andar buscando los guardias nacionales?... ¿Estará, de verdad "Paraguachón", que parecía tan malicioso e insolente anoche, metido en esto?... ¿Y Olimpiadas?... ¡Hasta José del Carmen podía!... ¡¿Y si lo buscasen a él mismo, por lo de anoche?!...

Abilio no quiere decirse nada a sí mismo, pero aunque no lo quiera confesar le han comenzado a flojear un tanto las piernas. Y con el tiempo, a medida que baja aquellos tubos, hasta los pies los comienza él a sentir junto al cuero de sus botas de seguridad, que se le antojan ahora pesadas y torpes de arrastrar sobre la plataforma de hierro.

Así, con la cabeza partida en muchos pedazos, es como se le escapa aquel tubo de debajo del brazo...

Los treinta metros de acero se tambalean lenta y poderosamente sobre su pie redondo apoyado en la plataforma, como se puede estar cayendo un poste de treinta metros, y van por fin, a dar, a pesar de los gritos de los hombres, su campanada de acero contra la cabria, que se estremece toda, como si de veras le hubiese dolido el mandarriazo.

En lo que piensa Abilio mientras coge su mecate y corre pesadamente sobre sus pies de plomo a lo largo del estrecho balcón de hierro, con los pasos de sus botas, "tap-tap",

sonándole en la cabeza, para enlazar el tubo en el otro extremo de la cabria y pararlo, es en lo tontamente que han corrido sus compañeros de allá abajo, con los brazos protegiendo las cabezas, porque tanto da morir con los brazos arriba que con las manos metidas en los bolsillos. Y piensa que él está más seguro arriba en el "nido"...

Pero después cuando Rogelio Márquez y "Cacholo" y "Pelo fino" y "Clavo e' cobre" se quitan los cascos y ve aquellas cabezas y aquellos ojos que le miran desde abajo, piensa que lo que ellos están viendo de él es apenas la cabeza, y acaso parte de los hombros y media bota fuera de la plataforma de acero, en el aire, alumbrado por un bombillo, como algunos santos, y se le antoja que ahora sí se puede caer él para abajo desde este cielo falso que es la altura, porque los otros son los que están con los pies asentados sobre una sólida planchada de acero...

Márquez, el capataz, que es el que puede decirle algo, se contenta con mirarlo así, con el casco en la mano. Y de lo que se ocupan todos después, sin decir una sola palabra, es de aquella luz en el lago, que ya se ve del tamaño de un faro de camión.

Pero comienza a jadear y a gritar el malacate, y a silbar el látigo de la cadena abrazando los delgados tallos de los tubos, y a girar criminalmente intencionadas las asas cerca de los pringosos pantalones y de las sudadas piernas de los cuñeros, y Abilio tiene también que abrazarse a los tubos (a pesar del sudor helado de su frente, y aquellos pies y aquellos brazos que le parecen que cada vez son menos de él), para irlos mandando, a uno, a las entrañas de la tierra.

Cuando la lancha atraca, por fin, contra la gabarra, Abilio está con el cierre de la masa en sus manos, y se detiene, y abajo los hombres no pueden hacer otra cosa que esperar, porque en esta cadena de movimientos sincronizados que es el trabajo de perforar nada pueden hacer los demás hasta que a Abilio se le ocurra apretar el tubo allá arriba. Y nada hacen, porque el capataz está bajando la escalera estrecha de hierro que une la cabria con la gabarra, y el perforador y los cuñeros están ya en la baranda de la plataforma viendo en qué para todo aquello.

Abilio ve saltar de la lancha primero a un guardia, y después a dos más, y ve cómo los tres se ponen a hablar con el capataz.

A Abilio se le hace más cierta cada vez la posibilidad de que le puedan andar buscando a él mismo.

Entonces piensa que hasta se le puede acabar aquel trabajo, y que se le puede terminar su casa en "Campo Las Treinta", y ¡quién sabe si hasta lo pueden poner preso!...

Esto le cae a él por dejarse llevar... Porque podía haberle dicho a "Cara e' viejo" que él no tenía por qué llegar hasta Pueblo Viejo, si no le decía para qué... Pero no, él se montó con aquel pendejo, y a aquella hora de la noche, para Pueblo Viejo...

Es como si de sólo pensarlo, alguien le hubiese dado un golpe en el estómago, porque lo está sintiendo dolido y frío; tanto que se recuesta contra la baranda posterior del encuelladero.

¡Abilio!

Cuando oye llamarse es cuando Abilio descubre allá abajo, en aquel pozo de luz blanca, a "Cacholo", que le está haciendo señas con el brazo, y comprende que a lo que están llamando es a comer, y descubre entonces que los demás ya están bajando hacia la

gabarra, y que "Clavo e' cobre" ya se está lavando las manos cerca del depósito de barro de perforar.

Abilio hace entonces por reunir unas fuerzas en sus pies, que los siente perdidos en sus botas, y sí los puede mover, y también frota sus manos una contra la otra, para sentir las vivas debajo de sus grandes guantes de lona, y se dice a sí mismo que ésta es una hora buena para probarse, porque bajar aquellos treinta metros verticales sin una defensa donde asirse para un desmayo, en esta hora en que el miedo se abraza a uno como un bejuco prieto, es una medida de hombre... Abilio quiere decirse entonces a sí mismo que lo que pueden hacerle los guardias no es mucho, porque él no ha hecho nada, y hasta su hermano y los amigos de su hermano pueden dar testimonio de sus palabras en Pueblo Viejo, y que hasta seguramente José del Carmen mismo irá a decir que Abilio no es hombre de esos enredos, que lo único que hizo él anoche fue venir a verlo porque él mismo, su hermano, le había mandado llamar de urgencia...

Todo esto se dice Abilio a sí mismo antes de moverse, para ver si aquello le da fuerzas... Pero resulta que no, que aquel temblor de las piernas no se le va, y que aquellas burbujas de aire que le andan en la cabeza sin dejarle ver las cosas que tiene delante como él sabe que son de verdad, no se le quieren ir tampoco... Pero al mismo tiempo Abilio sabe que él tiene que bajar, que tiene que aparentar que él no sospecha nada, y que él no tiene ninguna culpa de las vagabunderías que puede cometer su hermano, y que él es hombre decente y un hombre de trabajo... Y que si hay un hermano y un sobrino que son flojos y extremistas en la familia, que eso es cosa de ellos, porque así de mal intencionada es la gente de uno algunas veces...

Lo primero que hace Abilio entonces, que es cuando se va a medir consigo mismo, es ponerse derecho, borrar los hombros caídos de dos manotazos que se da él mismo con guantes y todo, y luego, asustado como está, quitarse los guantes y dejarlos en un ángulo de la estructura de la cabria, y ponerse de pie en el borde de la plataforma, pero mirando al negro infinito del lago, y entonces girar sobre sí mismo, y agarrarse bien con las dos manos a los dos pasamanos que se desploman treinta metros hasta el piso, y así, agarrados los dedos a aquellas dos varillas delgadas de hierro que uno siente que se le van a derretir, bajar uno de las botas, con su pie frío dentro, hasta un peldaño más abajo, y cuando siente que ya la bota no baja más, y que su rodilla tiene que hacer una fuerza, ensayar angustiosamente si le aguanta el peso del cuerpo, y luego, cuando ya ve que sí, que el cuerpo aguanta sobre la rodilla y sobre el pie izquierdo, entonces levantar el otro zapato y echarlo para atrás y bajarlo con aquel sudor de hielo en la frente, que es como si le apretase una argolla, y bajar también la mano lo que le parece que es un tramo, y así, despacio y sintiendo cómo trabaja, ansiosamente, todo su cuerpo, como si todo él estuviese acudiendo en socorro de sí mismo, descender con los ojos cerrados, lentamente, parsimoniosamente, con un susto que se alarga y alarga y que no termina nunca, uno, uno, otro y otro, hasta que después de mucho tiempo de largo y largo caminar de espaldas y para abajo, tropezar con algo que él sabe que es el piso de hierro donde descansa, tranquilamente, como descansa un muerto, todo el peso de la torre de perforación. Y entonces mismo, cuando acaba de llegar, no se le ocurre dar gracias a nadie, y se acaricia las rodillas y se tienta los brazos y se sorprende de sentirse entero.

A Abilio, que le había huido la sangre a todos aquellos resquicios por donde lo podía espantar un susto, le está regresando el calor a sus manos y a sus pies y a su cara, donde siente ya como un sofoco, y con la sangre, también el alma le está volviendo donde está siempre, a la misteriosa conciencia de sentirse uno mismo.

Y sólo entonces dice Abilio, sin pensarlo mucho, pero repitiendo lo que ha oído a su madre en algún apuro grande:

"Gracias a Dios"...

Dice esto y ya se encuentra bajando la pesada y estrecha escalera de hierro hacia la gabarra; y cuando se lava las manos y se acerca a la mesa, que es una tosca ensambladura cuadrada de tablas entre unos montones de tubos, hay varios que lo miran y le dicen entre bromas que creían que se había caído al lago.

Abilio saca su porta-vianda de peltre de debajo de un cajón que está pegado a los tubos, y pone sus tres perolitos al lado de otros, encima de la mesa, y se sienta en una esquina que le deja libre Camilo. Después observa los contenidos de los demás perolitos, por donde ya andan metidas muchas manos, porque en las cuadrillas de perforación lo que trae uno es de todos, comen en grupo, y todo el mundo se entera cómo cocina la mujer de uno y de dónde es, porque si lleva picante es andina y si pone plátanos a menudo es zuliana y si siempre es pescado, pues es margariteña, y también se sabe cómo anda cada cual de presupuesto, y entonces Abilio descubre con sobresalto que hay también dos guardias que, aunque no han traído nada, están metiendo sus dedos en su perolito de cochino frito con arroz y plátano horneado. Y Abilio ve eso y no se incomoda ni lo asusta, para sorpresa suya, y hasta se atreve a decir, haciéndose el zoquete, sin necesidad, a uno de los que están aún con la mano en su cochino:

– ¿Andan persiguiendo ladrones?...

El guardia, que está aún reuniendo su bultico de comida entre sus dedos, lo mira sonriente y contesta con un movimiento de hombros; pero cuando después se mete su comida en la boca, y como los demás están hablando de cuánto puede correr una lancha en el lago, el guardia le dice, mezclando su voz con la de los demás, que no, que no son ladrones a los que andan buscando, sino a unos hombres que han reventado una instalación en el lago con dinamita...

– ¿Dinamita en el lago? –pregunta Abilio, y la boca se le llena de piedras.

– Sí –añade el guardia– volaron una de esas... estaciones eléctricas...

Todos parecen conocer la noticia.

– Eso –dice vivamente "Clavo e' cobre"– son los comunistas.

Y hay varios que aprueban aquello a cabezazos, mientras comen, y uno dice:

– Debe ser...

Otro menciona entonces aquello de que a Aquiles lo han sorprendido con unos niples en la casa, y cada uno luego quita y pone los detalles que puede.

A Abilio le gustaría preguntar si conocen nombres, pero no se atreve. A él le basta saber, por el momento, y con eso se le enciende un fuego caliente y grato en el estómago, que no lo buscan a él mismo.

Lo que a él le anda ahora en la cabeza, pero como a distancia, como si fuese con otro, es la posibilidad de que sea alguien de su propia gente.

Es cuando aparece el capataz acompañado del teniente, y cuando todavía pueden decir que la cosa es con él. Y a Abilio se le vuelve a enfriar el estómago, y se le pega la comida a medio camino...

Pero no hay por qué, porque los hombres se apresuran a levantar los perolitos vacíos y a meterlos en las bolsas de tela o a montarlos en los porta-viandas, y luego se encasquetan sus sombreros de aluminio y comienzan a subir, uno tras otro, cada uno con su comentario en la cabeza o pasándoselo a quien está más cerca, hacia la cabria otra vez.

Abilio, a quien se le ha encendido, al irse definitivamente el peligro, una enorme indignación, como quien regresa de un susto, sube los treinta metros verticales de escalerilla con la facilidad con que lo hace todos los días. Y luego se pone sus guantes de seguridad, y se para desafiante en el borde de la plataforma, con el aplomo de siempre. Y ahí, donde no hay tiempo que perder, y donde el hombre es una articulación más en la máquina de perforar, agarra un tubo, se yergue sobre las puntas de sus botas para alcanzar el bloque viajero, y cierra la llave en torno al tubo que sujeta con sus fibrosos brazos (en realidad con todo el cuerpo y con todo el alma) y la masa lo baja después a pulso, un pulso de golpes secos, "tac-tac-tac", seguros, de perforador, hasta que los cuñeros abajo lo ponen descansando exactamente sobre el que está ya metido, y entonces Abilio ve y oye cómo el latigazo de la cadena que pasa rozándole la cabeza a "Cacholo" atornilla los dos tubos, y cómo el malacate deja entonces correr el poderoso hilo de acero de aquellas cinco gruesas guayas con un silbido que se queja de los centenares de metros de tubo que bajan a la velocidad de caída de su tremendo peso, y cuando el tubo se mete hasta sólo dejar asomando un pedazo, frena el malacate con ruido de pitido y de grito largo y profundo, y cuando toda la cabria se conmueve de aquel tremendo esfuerzo, Abilio vuelve a abrazar otro tubo y apresarle el cuello con el cierre de la masa, y otra vez el empuje con el tubo que él acaba de bajar y otra vez el malacate soltando guaya treinta metros, con el mismo ritmo mecánico y preciso con que están moviéndose los brazos y los pies que Abilio ve que les salen a los relucientes cascos que se mueven horizontalmente, con carreras bruscas, con frenazos cortos, sobre la plataforma...

Es cuando al "Chivo" Auristel se le escapa un tubo en una de las mecidas allá abajo, y casi revienta la cabeza a su compañero, como un badajo de treinta metros puede partir un coco...

Y así, a este ritmo, continúa el trabajo de meter tubo por horas, sin descanso.

Hay un momento, cuando casi los cinco mil metros de tubo están dentro, cuando a Abilio se le hace el trabajo tan mecánico que ya resulta peligroso.

Cuando Abilio aprieta la llave de la masa al cuello del último tubo arrumado a su derecha, piensa que José del Carmen es capaz de haberle podido comprometer en vísperas de lo que tramaban, para dañarlo, o acaso por simple envidia, porque él ha podido llegar a un puesto fijo en la Compañía...

Es cuando Abilio descubre otra luz lejos, dentro del lago, y Abilio sabe, por esto y por la hora, que es pasada la media noche, que aquella es la lancha del relevo.

Y esto, que debería ser motivo de alivio, lo termina de desinflar, y hasta descubre, aunque lo ha visto muchas veces, que el "Chivo" se mueve abajo con más torpeza y con

mayor lentitud, y que "Mono viudo", su compañero, hace un par de horas ya que viene acudiendo a agarrar el tubo a destiempo, y piensa que ya es el cansancio, y que después del viaje en la lancha, que fue de tres horas, y después de cinco o seis horas de aquel trabajo, aquellas cabezas y aquellos pies y aquellos brazos ya no pueden moverse a la misma velocidad que al principio, y que estas ocho horas de faena que les toca en la cabria todos los días, que en otra clase de trabajo podría dar sólo cansancio y nada más, aquí es muy peligroso, porque el malacate baja el tubo a la velocidad de siempre, con aquellas poderosas sacudidas de máquina del comienzo; pero el brazo y las piernas del hombre no funcionan así, y después de cinco horas ya la cabeza no manda igual que al principio.

El mismo Abilio, aunque quisiese hacer otra cosa, porque dejarse desinflar allá arriba es muy peligroso, se da cuenta que su cabeza no da para más, y que su brazo no tiene la fuerza de antes, y que sus piernas y sus brazos se mueven sólo porque ya están acostumbrados, pero como si ya no supiese lo que está pisando, cuando dejar de pisar es un salto de treinta metros...

La lancha se está acercando, y Abilio puede ver ahora, por el foco de luz, que es de verdad que son los compañeros del relevo y no es la guardia nacional otra vez.

Cuando Plutarco "Pata e' plomo", el relevo, sube al "nido", Abilio no baja enseguida, sino que se le queda al lado y le pregunta qué hay de nuevo, y qué se dice en Cabimas, porque él es de allá.

– Tú sabes, lo de Aquiles... le dice con la voz alzada con el esfuerzo de abrazar un tubo.

– ¿Y qué se dice de Aquiles? –tira de la lengua Abilio...

– ¿Tú no sabes que lo pusieron preso?...

– Sí...

– ...Por el asunto de unos niples... ¡por meterse en vainas!...

– Sí... –contesta Abilio, para alargar la conversación.

Pero como "Pata e' plomo" se queda en eso, añade, con el miedo de ir demasiado lejos:

– ¿Y qué se supo de los que volaron la sub-estación?

– ¡Ah!... Y que han agarrado a dos, y que uno y que está muy grave, y que lo han llevado para Caracas... –Y "Pata e' plomo" cierra la llave de la masa y suelta el tubo, y Abilio está todavía colgado de los labios de su relevo, y hasta le pregunta:

– Y ¿qué más?

"Pata e' plomo" coge aquel hilo otra vez:

– Sí, y que consiguieron otro elemento ahogado, quemado por la explosión y después ahogado, cerca de la sub-estación...

– ¿Y quiénes son?... –Ya ve las luces de la cabria rojas de sangre.

– Uno de ellos, el que llevaron a Caracas, y que no se sabe quién es seguro, pero y que dicen y que es Ustoquio, tú sabes, el que trabajó en Eléctrico y lo botaron...

A Abilio se le descuelga un peso desde el pecho hasta las piernas.

– Sí, cómo no..., que dicen que es comunista.

– El mismo...

– ¿Y quién más?...

– Pero y que hay más gente metida en esto, porque que había más que una lancha en el asunto, y que hay alguna gente huyendo por el lago y que...

Pero cuando "Pata e' plomo" termina de poner la llave en torno al cuello del tubo y la suelta, que es poco después que terminan de hablar, ya Abilio está bajando las escaleras verticales de hierro, y pensando que sí le hubiese dolido que uno de esos muertos fuese su hermano o su sobrino, pero que si no lo han sido y que si andan huidos por el lago merecerían que los prendiesen y los metiesen bien presos, y que él no movería ni un solo dedo para sacarlos, para que dejen esos bolsiclones de pensar y de hablar mariqueras, porque todos los que hablan así acaban como unos bolsas en la cárcel, o en un hueco, que es más frío...

Ya ha bajado las escaleras estrechas de hierro, violento por la indignación, y ya ha bajado a la gabarra, y está Abilio mudándose la ropa abajo cuando lo llama Exeriel "Bucho", el aceitero del relevo, y le hace una seña desde la cabria y baja luego hasta donde se está poniendo Abilio el pantalón limpio, y le dice:

– Mira, y ¿cuándo te bajaste vos de allá arriba, si te estuve esperando en la plataforma y no te vi?...

– Es que me demoré un ratico con "Pata e' plomo" allá arriba...

– Estuve con José del Carmen en el portón...

– ¿En el portón?... ¿Y qué hacía él allá? –preguntó Abilio con viveza.

– No, hombre, y que le habían dicho que habían volado unas instalaciones en el lago, y que quería saber si te había pasado algo...

– Y ¿qué le dijiste vos?...

– Qué le voy a decir, que no, que eso de las explosiones habían sido antes del relevo y en otra parte, y que no tuviese cuidado, que no te había pasado nada...

Abilio, quien ya se está abotonando la camisa, le pregunta:

– ...Y ¿qué dijo él?

– Nada; a pesar de que le dije que se fuese para la casa, porque ya después no tenía autobús, ya era tarde, eran como las diez... me contestó que no...

– ¿Y no se fue? –le interrumpe Abilio ya con el porta-viandas en la mano y una ropa sucia debajo del brazo, disponiéndose a marchar, porque ya le están llamando desde la lancha.

– Eso quería decirte, que no, que iba a esperarte para verte bueno... vos sabéis que ese hermano tuyo sí te quiere, cara... –y "Bucho" se ríe.

La lancha, con Abilio dentro, arranca con todas sus trepidaciones y sus ruidos, a la una y media de la madrugada.

Abilio no se saca la camisa ahora, como en la tarde, sino que más bien, y aunque no hace frío, se arropa con un saco que encuentra en un rincón de la lancha, se sienta, y después pone sus pies, con zapatos y todo, cruzados sobre un bulto de corchos salvavidas que hay tirados por el suelo, y descansa la cabeza sobre el tubo del respaldo, pesándole todo el cuerpo y todo el alma como si lo estuviese aplastando un cansancio infinito.

## Del cemento

### La trampa de cemento

El bloque número 16 del "23 de Enero" alumbró aquel anochecer unas apretadas hileras de lucecitas cuadradas, algunas casi apagadas por las cortinas de papel-periódico, otras que sólo se adivinaban por los resquicios del grosero ensamblado de los cartones.

Las demás ventanas no se veían con los ojos; pero tenían que estar allí, con esa fatal monotonía con que crecen los bloques de apartamentos concebidos para la gente pobre.

Después, a medida que crecía la noche, se fueron apagando las ventanas; como si alguien, al azar, estuviese soplando las hileras de luces de uno de esos lampadarios grandes de las capillas.

Hasta que quedó una sola, como un ojo en vela.

Alumbraba un cajón de cemento sin lucir, que por una boca daba a una cocinilla de kerosén, y por el otro hueco de la puerta se metía en un cuartico oscuro, de donde asomaba a la luz el tubo despintado de un catre.

Aquel bombillo estaba hirviendo mariposas en un quieto silencio de cemento.

El hombre que estaba en la cama, una maciza cama con cabezal de madera labrada que ocupaba media habitación, estaba boca arriba y parecía dormido; la mujer tenía su cabeza hundida en el colchón, contra el hombro del viejo (porque el hombre estaba muy chupado, y tenía la barba muy larga y casi enteramente blanca).

Ninguno de los dos parecía necesitar de aquella luz presagiosa que alumbraba en la noche como una lamparilla.

Tampoco sacaba ningún brillo al descolorido baúl con herrajes negros que había cerca de la ventana, ni al camastro cubierto con una sobada tela rosada que estaba frente a la puerta de la cocina.

Lo que había, además, sumergido en esta luz lechosa que es la luz de los hospitales y de los cuartos de morir, era una extraña mesita pintada de negro, llena de frascos y cajitas de medicinas, y, guindados en el muro, juntos hasta tocarse, una imagen de la Virgen de Coromoto, con vidrio y cañuela gris, y un colorido almanaque donde un vendedor de agua arreaba su burrito con la resignación con que vienen haciéndolo todavía en Cabimas, donde no hay más que petróleo.

Había, además, media hoja de unos quintos de Oriente, prendida con una de esas pinzas grandes de los loteros.

Aquel silencio del cemento adquiría una dimensión escalofriante con el sordo rebullir de las mariposas en torno al bombillo.

No se oía otra cosa. Ni el lamento de una madera, ni uno solo de los mil pequeños rumores que en las casas de vecindad advierten la presencia de un ser humano cerca.

El silencio de aquel cuarto de cemento era mayor que el de un hueco en la tierra; tenía, y la mujer lo había pensado alguna vez, algo de esa soledad terrible que debe tener un nicho.

De pronto estalló (como debe sonar a un enterrado vivo la paleta del albañil que lo está tapiando) aquel disparo de la cerradura.

Y surgió en la puerta recién abierta un viejo con cara de trapo.

– ¿Es usted, señor Elías?... –dijo la mujer.

El hombre cerró despacio la puerta y se acercó a la cama.

– ¿Cómo está el viejo? –preguntó como si rezara.

El enfermo oyó la voz, porque abrió la boca.

Luego, como no le salía palabra, el recién llegado le tomó la mano, y se la apretó.

Las dos manos rugosas se abrazaron, silenciosamente.

Después, el hombre anduvo en la cocina. Seguramente comió algo.

La mujer, que tendría unos treinta años y llevaba desmañadamente un amplio vestido de percal azul, quedó sentada en el borde de la cama con el aire de no saber dónde posar la mirada.

Cuando el recién llegado se le acercó y le puso la mano en el hombro, debió decirle algo con los dedos, porque ella pareció agradecer, y a su vez se interesó por él:

– ¿Y cómo le fue hoy su día, señor Elías?...

– Ahí,... regular...

Entonces fue cuando el mendigo, para no dar otra explicación, se acercó a la puerta de entrada y apagó la luz.

Luego se metió en su cuarto.

Pero regresó, y dijo al oído de la mujer, que estaba todavía sentada sobre el colchón:

– Cualquier cosa, me despierta, Lucía...

Y se inclinó sobre la cama, y dijo:

– Viejo...

Le puso la mano en su brazo.

– Buenas noches, viejo...

El enfermo no debió oír nada, porque no dio señales.

Ya el recién llegado se estaba acostando, cuando la mujer lo llamó:

– Señor Elías... ¿usted apagó ya la luz?

– Sí.

– Bueno.

Luego que tuvo esta precaución, la ciega se echó junto al cuerpo inmóvil de su padre.

Entraba por la ventana una luz blanca de luna que la mujer no veía.

Buscó la mano del anciano, puso su palma contra la de él, y se cruzaron silenciosamente los dedos.

Como para un paseo juntos.

El impresionante silencio del cemento comenzó entonces a perder la voz de las mariposas, y la ciega presintió la soledad.

Fue cuando se levantó y prendió la luz.

– ¿Qué pasa, Lucía? –preguntó el hombre desde el otro cuarto.

– Es que prefiero que papá vea la luz prendida –dijo.

Luego la ciega se quedó esperando un rato.

Pero como el señor Elías no pareció molestarse por eso, se volvió a recostar junto a su padre.

"Ahora regresarán las mariposas", se dijo ella, tentándole el brazo.

Y esperó el batir de las alas contra el bombillo.

Oyó también que comenzaba la difícil respiración del señor Elías en el otro cuarto, que se lo tenían alquilado para ayudarse un poco.

La ciega puso la mano sobre la frente arrugada del viejo, que estaba sudada y fría, y le dijo con esa voz inteligente de los que no ven con los ojos:

– ¿Cómo te sientes, papá?...

En aquel silencio, que silbaba ahora con estertor de asmático desde la boca del otro cuarto, se oyó una queja livianita, como un vagido.

Entonces ella le ofreció a sorbos de voz un poco de agua, una tacita de café caliente, una medicina, lo que había en la casa.

El enfermo no daba señales de querer nada, y la ciega le dio un beso prieto y larguísimo en la mejilla, como si con eso quisiera calentarle la vida.

Luego, se calló los sollozos, juntó su cabeza a la de él, y con los cinco espantados ojos de sus dedos buscó en el suave golpetear de la sangre el aliento del viejo.

Todo el cuerpo sensible de la ciega se paralizó para sentir a su padre en la leve pulsación de su muñeca.

Hubo un momento en que la sangre corrió y tropezó en la vena como si llevase la prisa de algún recuerdo, y la ciega se imaginó en su oscuridad llena de tientos que era que el viejo estaba corriendo por su vida de Uchire, oloroso a yerbabuena y a ganado, con mamá trajinando en la cocina; con Sebastián, su hermano, acompañándole de regreso del campo en las tardes; con las silenciosas veladas en la oscuridad luminosa de aquel amplio corredor donde la voz tenía un cielo más grande y no sonaba a cajón, como en estas casas de la ciudad.

Ella sabía que el pulso era como el reloj de la vida, y que no era siempre igual, sino que se apuraba y se cansaba, como las personas cuando corren, y como el latido de la vieja planta eléctrica que tenían en el caserío.

Y sabía muy bien que hasta se podía apagar en medio de la noche.

Cuando el pulso del viejo se fatigó de aquella carrera, la ciega se imaginó que estaría tomándose un descanso. Y resultó así, porque después recomenzó a caminar, aunque más despacio.

Ella supo cuándo la cabeza del viejo estaba recordando la muerte de mamá, que había ocurrido una mañana, mientras preparaba el almuerzo.

El viejo se había quedado una semana tirado en el moriche, sin probar bocado.

La ciega se dijo (quién sabe por qué extrañas asociaciones) que podían ser las dos. Se oía todavía, entre los estertores del señor Elías, el sordo rebullir de las mariposas en torno al bombillo.

Ella estaba tan abismada escuchándolo, que tardó en advertir que el latido del viejo se había detenido suavemente, como una boca de niño cuando besa.

Fue un susto interminable.

La ciega se incorporó y le sacudió la mano, que tenía la flacura y la rigidez de los huesos. Y volvió, por fin, la vena a hincharse regularmente, como si la sangre estuviese pasando lentamente unos nudos.

Sería que el viejo andaría ya por la ciudad, porque la ciega lo sintió con la misma congoja que cuando Sebastián los llevó a ver la casita que había comprado en Monte Piedad con los reales que les habían dado por la casa de corredor de Uchire.

"Lucía –le había dicho entonces el viejo– esta es una casita muy bonita"...

Pero ella, que veía con los ruidos y las voces, se dio cuenta que a su papá se le estaba derramando el alma por aquel piso de cemento; como estaba escapándosele ahora, que le notaba el pulso tan extenuado.

En la nueva casa metieron la cama grande y algunas cosas más que papá hizo traer por un transporte de camión. Después, su hermano se trajo a la casa una mujer, y a los dos meses, como ocurre siempre, acabó llevándosele con ella.

Desde entonces, que es cuando quedaron perdidos los dos campesinos en la ciudad, estaba enfermo el viejo.

Aquí no era como en el pueblo, donde se podía comer con sólo soltar unas gallinas y un par de cochinos, o sembrar unas papas o recoger unos cambures.

Luego comenzaron las visitas del médico, y las medicinas, y terminaron vendiendo la casita de Monte Piedad para venir a mudarse a este bloque de cemento.

Hubo un largo reposo de la sangre, que estaba latiendo levemente en la descarnada muñeca del viejo.

– Dígame eso –y ella se imaginó al viejo diciendo, con la vergüenza en la voz– un campesino vendiendo lotería...

Fue cuando a ella comenzaron a alargársele los días hasta casi la media noche, esperándolo.

El golpeteo lento y apagoso de la sangre en la yema del dedo de la ciega comenzó a hacerse más livianito, tanto que ella tuvo conciencia de que ya se estaba rompiendo, despaciosamente, aquel delgado y ya apurado hilillo, que primero sintió como si fuese de algodón que se podía agarrar, pero que poco a poco resultó ser de aire, de esa nada que dicen que nació con un soplo y que es verdad que se desvanece con sólo un suspiro...

La ciega tuvo la extraña impresión de que había terminado de apagarse la plantica de la luz eléctrica en Uchire.

Aunque acostumbrada a estarse sola en aquella inmensa noche suya de la ceguera, comprendió de pronto lo que es quedarse sin nadie a quien sentir cerca.

Entonces advirtió también que las mariposas se habían quemado ya en la luz del bombillo.

La soledad le sonó como aquel silencio.

Lo que la ciega pensó en el centro mismo de aquel dolor sin orillas es que no debía despertar al señor Elías, que estaba tan cansado, el pobre, y tan viejo.

Después se quedó escuchando largamente aquel terrible silencio de la nada sobre el corazón del viejo.

Fue un silencio largo, que comenzaba a enfriarse.

Luego buscó sus ojos, y los cerró. Le peinó cariñosamente las barbas con sus dedos. Y le besó la boca, y le juntó las manos.

La ciega, que en su angustia había perdido el ángel de su instinto, se arrodilló entonces frente al humilde burrito del aguador, que estaba pegado a la Virgen de Coromoto, y le dijo cosas que sólo a alguien que se quede completamente solo en el mundo se le pueden ocurrir.

Después se levantó y apagó el bombillo.

Fue un larguísimo amanecer del que la ciega no alcanzó a ver nunca la luz.

Así fue como el señor Elías la encontró velando el cadáver de su padre.

Nadie más que ella, en el enorme ámbito de cemento, había sentido morir al viejo.

*CUENTOS DE INMIGRANTES*  
San Sebastián, 1979

## El hijo

La semilla comenzó a brotar una tarde.

Estaba ella sola en la habitación, cosiendo; oía la voz de preguntar gutural y enredada de siempre, y la misma voz de niño grande o de hombre al que no le ha madurado la solapa, y que ha quedado en el camino del cuerpo y sin el soplo entero, abandonado por alguien que, desde luego, lo hubiese podido hacer mejor; era esa pelea entre la señora Adriana, que le tiraba sus pescozones de papiamento, y las palabras con voz de hombre, pero débiles, a veces sin sentido, con que respondía Silvestre a los golpes.

Había veces que los oía ella comentar cosas, una novela radial, un chisme, riéndose los dos, cada uno en su tono de reír: el de Silvestre, áspero y bronco, como salido de entre unas cuerdas flojas, y el de ella, gordo, lleno y con algunas hipadas agudas, de estarse ahogando en aire, porque era, y es, como si la mujer hablase con un pito en la boca y le sonase de vez en cuando.

No se parecían en nada.

Porque no eran madre e hijo, sino una mujer que estaba sola y un hijo que cree en su madre porque no tiene otra, y esa madre no sabe de qué mujer le nació este hijo que le regalaron de diez días por intermedio de una vecina.

Estaban esa tarde riñendo los dos, como tantas veces, y es que él, y con diecisiete años, no quería ir a hacerle un mandado porque estaba viendo un programa de televisión, y ella, a pesar de eso, necesitaba el aceite.

Cosa de muchachos de este tiempo.

Se oyeron unos golpes de palo sueltos, entre resuellos de risa y enojo, contra el suelo, y es que él se había escapado en el patio, ¡era un venado!, y corría, se sentía correr a esa risa bronca, ahogada en trapo, y se sentían las pisadas fuertes de hombre descalzo, y unas exclamaciones: "¡bini, hui de puta!" que salían, casi sin aire, y luego Silvestre que gritaba: "¡no, no!... ¡vieja loca, no me des así!"... Y es que la señora Adriana lo había atrapado y le decía "¡senvergüensa!", entre los hipidos de aire y los palos sobre algo blando, que debían ser las palmas de las manos del muchacho que salían a proteger su cabeza.

Ella no podía verlos.

Estaba sentada, y no quería asomarse al balcón para que la señora Adriana le dijese gritando y sin casi aire: "¡féjese, señora Agustina, este senvergüensa que no quiere estudiar ni quiere haserme un mandado, féjese!", porque entonces tenía que darle la razón, o tenía que decirle, para defenderlo, que Silvestre era un niño grande; como otras veces; y no tenía por qué violentar las explicaciones de la mujer ni humillar a Silvestre con sus palabras, porque el muchacho le tenía ya un reparo o un miedo de siempre: de verlo ella en la calle y saludarlo, y quedársele él cabizbajo, como apenado, y voltear ella luego y verlo mirándole las piernas con las ganas.

A veces, cuando ella asomaba a ver de dónde salían aquellas voces ululantes, era Silvestre que estaba esperándola con los ojos, sentado en el suelo, sobre la tierra, con un radio transistor rojo a todo volumen entre las piernas.

Ella le tenía lástima por eso, porque era una cabeza de niño en un cuerpo de hombre con unos brazos membrudos, con un pecho alto y toroso, un poco cargado de espaldas, con esa caja ancha y potente que le hinchaba las camisas, y con unos muslos que no le cabían en los tubos del pantalón, y una cara oscura en algo más que el color, que era, y es, moreno, porque tenía, y tiene, unos ojos grandes y negros llenos de preguntas inquietantes en las luces, y una nariz roma, y los labios no feos, belfos, golosos, de los que uno sabe que pueden sorberle el agua a una raja de patilla, roja y todo, de una sola mamada, porque así de sugerentes eran, y son, los labios grandes, galameros, de Silvestre.

Seguía rezongando y lloriqueando, y se oía a la señora Adriana amenazándole como desde lejos, acaso metiéndose en ese momento una bata por la cabeza para salir a buscar ella misma el aceite.

Agustina se levantó y miró, y vio a Silvestre, grande, desnudo, acurrucado en un rincón del patio, con sus dos brazos tapándose todavía de los golpes que ya no le venían de ninguna parte, pero seguramente resonándole los vergazos en su cabezota, orgulloso y altivo como era, y es, por dentro, y llorando, sollozando como un niño, porque no podría evitar esta mengua de su hombría sabiendo que ella lo estaba escuchando.

Seguro.

Agustina se sentó, y continuó cosiendo.

Ella escuchó luego los suspiros y las quejas que se fueron callando. No se volvió a oír la voz de la señora Adriana, la "mongola", como la llamaban gritando, malignamente, los muchachos del barrio cuando los corría ella a cuerazos de su acera, por alguna suciedad o algún ruido, y que era por su cara redonda y aplastada, chinga, con gafas: un Hiro-Hito en mujer.

Y ella, Agustina, los trajo en la cabeza a la cocina y comenzó a pelar unas papas, la rutina de siempre.

Aunque ya con un desabrimiento penoso, culpable, dentro. Sin tener por qué, en verdad, porque eso era nada, que no era, que no podía ser, un anuncio, a pesar de la promesa repetida de Carlos a San Ignacio, y de beberse ella unas aguas, porque ya él, Carlos, le había hecho el ofrecimiento hace años, y después, y ella se venía riendo, primero diciéndole que Dios no podía estar en cada hueco de vida, en cada vacío, ni aún con la asistencia de todos los santos, y luego (viéndolo tan dolido) guardándose la incredulidad para ella sola en el callado destierro de su aridez. Hasta llegó ella a pedir junto con él, sin él saberlo, con su mismo deseo de acertar; aunque sin la esperanza, sin esa razón de vida tan honda, tan de raíz, como es la fe. Él sabía que la fe no se impone por ley, aunque sea por el mandato del marido, sino que hay que abrirle el camino y esperar activamente a que llegue.

Ella lo entendió con la cabeza, y se lo dijo, y le hizo las preguntas. El le explicó que aún los milagros se maduran y cumplen mediante los hechos simples, inocentes, que Dios se revela a través del hombre.

¿Y el milagro?...

El milagro está en la misma fe.

¿¡Cómo!?!...

La mujer es a menudo estéril por miedos, por sustos que comprimen algunos conductos, y se pueden aliviar las tensiones con la mera confianza que despierta la fe.

¿Eso era?

Eso era, y es; y es mucho, porque no era sólo pensarlo o decirlo, que eso lo podía decir o pensar cualquiera, sino que había que creer; un misterio grande.

La voz de esa tarde no llegó en un tono especial; menos, milagroso; ni fue siquiera una idea propia, pensada por ella, ni algo dicho por nadie y oído por ella al azar, nada de lo que sentirse culpable por nada de nadie que dice o hace nada; porque no fue un sonido; fue más bien una luz, y muy corta; menos, una chispa; y prendió en algo, ¿una estopa del cielo?, y creció así, por suerte, por azar, de la forma en que pudo haber brotado la primera vida en el cosmos.

Y que ella no quería dejar crecer, porque ya con eso se sentía responsable de algún incendio.

Por otro lado, no se atrevía a sofocar el albor de esta luz con la malicia; la sutileza podía venir de Él; ella lo iba a guardar aun a riesgo de que se la viese alguien, ¡Carlos, podía ser!, aunque su marido era tan bueno que no le iba a creer a esa luz esta malicia, o Silvestre, aunque Silvestre parecía incapaz de avistar nada con esas luces de fuego fatuo que miraban desde sus ojos.

Tenían siete años de casados y sin un hijo y perdida la esperanza de llenar el mundo vacío, sin crear, que era su vientre; engañándose con la preocupación de tenerle a Carlos las comidas a tiempo, con la angustia de saberlo enfermo de la pesadumbre dolorosa, inteligente, de la aridez de su mujer. Aunque en verdad no sea así, porque el yerno puede ser él. Pero que vive mortificado por los llantos, las risas de niño en el vecindario todos los días de cada uno de los siete años esperando inútilmente la señal. Sin atreverse ella a decir nada a Carlos, por él, y con los silencios sin malicia de su marido; porque ella sabía que no cabía, que no cabe, en él, el recelo. Creyente como es, piadoso, sin ser mojigato; porque Carlos era, y es, hombre entero, y hombre completo, amoroso. Y ella sin fe. Lo opuesto de todas sus amistades, donde ellos, los hombres, son libres, y sólo ellas están atadas por la fe de los mandamientos. Que ella, Agustina, respeta, porque eso es muy respetable; pero ella, nacida de padre descreído, y bueno, y madre buena y sin preocupaciones, libre del pecado, había sido feliz con tres hermanos en la paz. Después, cuando estudió Filosofía y Religión, alcanzó a comprender el lugar que ocupa la fe en la vida de muchas gentes, aunque no la llegue ella a sentir, porque uno no puede ser dueño de la sabiduría de forma infusa, aunque uno sepa que es conocimiento que se puede alcanzar; como tampoco se puede saber, digamos, inglés de un golpe, mediante un exorcismo, o una inyección, aun sabiendo que se puede llegar a aprender. Ella comenzó a tolerar esa fe en Carlos desde cuando le llegó él, estudiante de ingeniería, con esa luz; un poco ingenua aquella claridad; y, en verdad, que lo dejó acercarse más que a otros por la curiosidad; y llegó a quererlo; y lo quiere, porque no hay nadie a quien quiere más.

Y le dolía, por eso, ver a su marido recorriendo angustiosamente los cielos vacíos buscando el favor de un hijo.

Ella le ofreció adoptar uno, que también sería, digamos, hijo de Dios; no de su carne, pero hijo de ellos dos por el amor de esta tierra, por el que ha ido irguiéndose el hombre poco a poco desde su principio, como recuperándose de un achaque viejo de la naturaleza, que es una ley ciega y bronca que funciona por milenios, y que aún brota hoy a veces en cristianos como Silvestre, a quien se le pueden ver las huellas dolorosas en sus ojos sin domar, y que no por eso deja muchas veces de saltar el ángel sobre su propia sombra de bestia para ser bueno, porque a ratos perdona los gritos feos ("¡Bo mama!... ¡Coño pa mama!"), y que será porque él no sabe (si se grita ella misma las cosas) para qué madre son, porque Silvestre sigue creyendo en Adriana.

La fe es, a veces, este engaño.

Un hijo como Silvestre podrá llegar a ser, podría llegar a ser, un hombre bueno; si no sale así es por falta de cuidado, de amor.

Porque el amor de madre legítima, si es amor, basta.

Y si todo se malogra a pesar de todo será porque lo ha querido, o al menos lo ha permitido, el Dios de Carlos. Porque tiene que estar en este hijo también. Acaso, y por lo que sea, El lo quiso así, que Silvestre no tuviese una madre de su carne con luces para alumbrarle el hueco de aire o de alma, o lo que sea.

Eso que se enciende con el primer vagido de un niño, y en cambio no prende cuando nace un perro.

Las entrañas que trajeron a Silvestre estarán extenuadas en el esfuerzo de traer a otros muchos hijos iguales que él, hermanitos de Silvestre (porque algunas madres paren como conejas), que estarán en manos de otras mujeres acaso peores que la señora Adriana, quien parece, por el aspecto, no haber conocido la caricia de un hombre. Eso, la soledad, malogra cualquier mujer. Y acaso también es posible, porque será de Dios darlo, que esos hijos de regalar nazcan con la fortuna, la estrella, de encontrarse con unos brazos como los de ella y los de Carlos, que con tanta ansia querían, y quieren, sentir la carga dulce de un hijo. Para quererlo, para protegerlo.

Porque al hombre le gusta jugar a Dios.

Aunque ese hijo de la buena suerte no saliese como Carlos, ¡que eso sería demasiado!; aunque les saliese grandulón y terco como Silvestre, porque una madre hace milagros con su hijo; aún en este mundo desamparado, sin mañana.

Porque esperar más de esta carne es mucha pretensión.

Ella era, y es, así.

Hecho por el Dios de Carlos, si vive. Y él, Carlos tranquilo de saberse protegido por la esperanza, sigue rogando, sigue haciendo promesas; y ella espera, espera, soñando en un hijo; aunque ese hijo sea de otro de otra carne, de cualquier barro, porque es el mismo polvo, y no hay miedo de que quede en lo de Silvestre porque ella no es Adriana, la mongola, sino Agustina, y cualquier madre inteligente puede modelar a un hijo

Basta que ese hijo sea fuerte y tenga madre de su carne en quien creer; que es en lo único de esta vida en que puede descansar totalmente un hijo.

Eso es; más no se puede.

Y ella meditaba estas cosas, y se acostaba cuando oía a Silvestre acompañar con mil torpezas a la voz de la radio o cuando se reía con la señora Adriana con aquellas ganas, todo cuerpo, con estertores de hombre grande, bien hecho, ¡y con esa cabezota tan vacía,

pobrecito!; y cuando la miraba con ese aire asustado, huido, cuando lo tropezaba en la vecindad, o cuando le llegaba él a la casa a traerle los huevos que ponen las gallinas de la señora Adriana en un patio mínimo, donde debe jugar a veces Silvestre, porque hiede a eso; y también a buscar de vuelta el envase, porque ella, a veces, no tiene uno libre cuando Silvestre le llega con aquella lata de leche en polvo llena de huevos grandes, llenos, aún calientes, y luego lo necesita su madre (o lo que sea) para enviar otros huevos a otro vecino que los necesita.

Y él la cela a veces desde el patio.

Agustina lo sabe; no sabe cómo, por qué prodigio, pero ella lo presiente vigilándola desde la oscuridad cuando se desviste en las noches, y baja la persiana; y, sin embargo, apenas le contesta Silvestre cuando le pregunta ella las cosas, sólo por hacerle hablar.

Esa tarde que lo vio acurrucado con todo su cuerpo desnudo en un rincón del patio le nació a ella esa luz nueva, ¡loca!, ¡ciega!, de madre nueva, con el dolor.

Como lo quiere Carlos, aunque sin él.

Que no debería aceptar ella eso, por su marido, aunque lo haga por él; porque no puede haber dos luces en el mismo sitio, y la luz legítima está allí para siempre, la quiere así, entera y sola; y la otra, la luz intrusa, no es nada ni llega tampoco a disputar nada, sino que se mete y no es de ahí. Y una lo sabe. Pero le llega con ése su claror de luciérnaga (porque no es más) a linternazos tímidos, ¡insignificantes!, y una no sabe cómo detener esos destellos, no sabe dónde atajarlos; y una ya está tocada por el encanto y no sabe si creer que le llega, en verdad, por la Providencia y para completar la luz grande, fija, la luz de siempre porque todo eso es tan huidizo y tan liviano y tan brujo que una no sabe siquiera si existe lo que está viendo, lo que está oyendo en las noches, aunque es verdad que se mantiene el brillo en el fuego del tiempo y pelea su sitio dentro.

Ella estaba desconcertada con eso, y molesta, culpable, dolida sin tener por qué, sin poder culpar de eso a nadie; ¡a Silvestre no!; ¡a Carlos, menos!

Era un embrujo.

No había la intención clara de hacer nada, sino el espacio, el ámbito, para una posibilidad que ya había ido ocupando su sitio, y que no se dejaba desplazar tenaz; dura; ¡inextinguible! esa lucecita, turbia, movable; que podía estar sostenida hasta por Carlos, su marido, a través de algún santo...

Y llegó aquella tarde Carlos.

Se sorprendería de encontrar aquel calor que no había dejado en casa al irse al mediodía, seguramente, y que ella no supo, no pudo, dominar; él preguntó, porque a él le gustaba preguntar cosas, y le gusta todavía aunque no diga nada suyo.

Acaso porque no puede.

Y tenía que salir después.

¿Después de cenar?...

Carlos tenía que ir aquella noche a una reunión de ingenieros.

Cenaron en la paz, y ella lo despidió con un beso caliente, y recogió la mesa, fregó los platos y ya no había nada más que hacer, porque no había un hijo que reclamase su atención, y la televisión es invisible, por lo mala.

Se sentó a leer el periódico.

Saltó lo político, se entretuvo con los espectáculos, pasó luego a los deportes y llegó a los sucesos, que a ella le atraen; pero los salta por disciplina, porque sabe que con el dolor ajeno se sufre y no se aprende.

Se sintió esa noche muy cansada. Y era temprano. Se iba a bañar minuciosamente, como hacía siempre que tenía que esperar a Carlos. Eso, el agua fría, la despertaba. Además, la excitaba un poco. Todo eso era para él. Ella misma se reía de incredulidad pensando cómo cuidaría ella a su hijo, si lo tuviera; porque la luz de esa tarde estaba ahí otra vez. Debería dejarse ganar por la fe de Carlos, que cree que todo lo que ocurre es por aliento de Dios, y no por la ineficacia de la nada, que la nada no existe. Pero no puede.

Carlos sabe que su propia mujer no cree, que no alcanza a ver más allá de lo que le está rodeando.

Y él reza por ella sin decírselo. Agustina lo sabe por las vías secretas del amor; sabe que Carlos sigue buscando el hijo que tanto necesita, aunque últimamente lo mencione tan poco.

Ella llega hasta a pedirse a sí misma que le alcance el amor que le tiene para llenar esa necesidad de su marido.

Ella se ha terminado de secar lentamente, como le gusta, y se ha empolvado, y se ha puesto dos gotas de perfume, fragancia de rosas, que gusta tanto a Carlos; por amor. Y sin nada más que eso sobre su cuerpo se cubre con una bata, que es un poco gruesa para el día, por el calor, pero que está hecha de una franela que le gusta sentir sobre su cuerpo en las noche al acostarse, para que Carlos se la quite, y le empiece a besar los senos y el cuello y las orejas poco a poco desde abajo, y quedar luego los dos dormidos con sólo dejarse caer en el vacío.

Hubiera podido acostarse aquella noche con esa sensación y dormirse.

Pero no podía dejarse llevar por el cansancio cuando aún era temprano y cuando Carlos estaba al llegar y la necesitaba, como lo necesitaba ella esta noche en que había nacido la luz intrusa, una tentación que ella sabía que había que rechazar, por él, por Carlos y para él, porque sólo así tenía sentido el mundo del hombre que quería, y quiere, ella para siempre, por su voluntad, por la palabra.

Podía coger un rato la novela que estaba leyendo Carlos desde hacía un mes, y que no tenía tiempo para terminar porque ¡ella no lo dejaba! Iba a continuar desde la señal que había hecho Carlos, aunque ella no había leído antes una línea, y era para probar si podía partir desde donde había dejado su marido y entenderlo todo. ¡Una locura! Y para que él continuase leyendo a partir de esa marca que dejaría ella en el libro. Porque ellos se querían, y se quieren, y se entienden bien. Debería ser así.

Dos corazones y dos cabezas hechos uno solo.

Comenzaba el capítulo con alguien que estaba arrepentido de un robo que había hecho siendo joven. Eso se entendía sin haber leído las páginas anteriores, aunque quién sabe las nuevas ideas que le hubiese despertado este relato entonces si hubiese tenido los antecedentes del ladrón y su familia, que entonces no se podía imaginar.

Nada de lo que pasa está perdido para siempre ni nada de lo que se esté haciendo dejará de verse en el espejo mañana.

Este mundo es así.

Y tuvo sueño, porque leer en la noche siempre la ha puesto a dormir. Pero siguió leyendo aun sin entenderles todo el sentido a las palabras, sabiendo lo que iba a pasar, porque estas novelas terminan siempre como uno sabe. Y era así, unas palabras detrás de las otras, en hileras que iban y venían, o al revés, porque es lo mismo. Y se le fueron deslumbrando por la luz los ojos, sabiéndose encandilada. Fue cuando sonó el timbre. Ella se levantó pensando que por qué no abriría Carlos con su llave. Y se fue a abrir, y abrió la puerta, y no era Carlos, sino Silvestre, quien venía a buscar la lata, como otras veces, aunque nunca le había llegado Silvestre tan tarde; lo hizo entrar, y ella lo vio pasar hacia la cocina, grande, ancho, con una cabeza lanuda y negra; luego le entregó ella la lata que estaba en el aparador, y él la cogió con sus manazas y esos brazos musculosos, bien hechos, y con un cuidado que no parecía de ese cuerpo ni de esos ojos centelleantes. Luego ella llegó hasta su habitación, buscó en el portamonedas en el cajón de la mesilla y lo llamó, llamó a Silvestre, y le dijo que entrase, que pasase dentro. Silvestre se quedó en el hueco de la puerta y la miro desde sus dos ojos grandes, brillantes, que a ella le parecieron inteligentes, y que ella los estaba viendo fijos en su carne, porque la bata, aunque la había cerrado cuidadosamente en los muslos, estaba abierta en el pecho, sin querer, y ella, que estaba sentada sobre la cama, le dijo que entrase, que por qué no entraba, a ver si eso le daba pena. El se sonrió avergonzado, pero se movió hacia adelante con esos sus pasos anchos y abiertos, de marino, que tenía, y tiene, Silvestre cuando anda en tierra, con las manos medio inmersas en los estrechos bolsillos delanteros del pantalón y moviendo todo el hombro como si le hubiesen cargado encima algo pesado que no se ve, y le llegó delante de los ojos la bragueta, muy cerca, y olió ella a gallina y a boñiga caliente, mientras comenzaba a contar nerviosamente las monedas, que las sintió frías sabiendo ella que Silvestre le estaba viendo desde arriba, desde por encima de su cabeza, los pechos empolvados, y seguramente oliendo (con aquellas aletas de su nariz roma y ancha moviéndose para sorber ansiosamente el aire) el perfume. Ella no hizo nada para evitarlo, ni otra cosa, aunque se le abriese entonces la bata por las piernas, ¡cómo se le abrió!, y sólo le quedó protegida la cintura, porque ella misma se veía el ombligo, que, por la juventud, que sólo tenía, y tiene, 32 años, y porque no había tenido aún un hijo, la tenía, y la tiene, aún, estrecha. Es cuando ella le dio a Silvestre los siete bolívares veinticinco de los huevos que le debía de la víspera, y él, la mano de Silvestre, los recibió, sí, porque ella siguió la huella de sus manos, pero Silvestre no los guardó en su bolsillo, ni se volteó para irse con ellos en la mano, sino que los dejó, ¡atrevido!, sobre la mesilla y regresó a ella, y no la miró siquiera a los ojos, sino que se agachó y le soltó el lazo de la bata, sentada ella, como estaba, y la sujetó entonces con sus dos poderosas manos por las axilas, que fue cuando ella sintió por primera vez esas manos ásperas y grandes sobre su carne, una conmoción, y la levantó hacia sí; a ella se le deslizó por sí sola a lo largo de su cuerpo, rozándole las nalgas y las pantorrillas, la bata pesada sobre la alfombra, sin ruido; Silvestre la midió contra su cuerpo (que ella lo sintió duro y poderoso en las ropas) con sus dos manos sobre las nalgas, para ver si ella protestaba, ¡atrevido!, que ese niño, ¡ese hombre!, a pesar de todo, no estaba seguro de nada, porque eso se siente en seguida, y solamente después de que ella se abrazó a él por la espalda y por el cuello y por el chicharrón de la cabeza gande, sólo entonces se atrevió él a levantarla en brazos y a depositarla sobre la

cama, que ya estaba abierta; y se fue sin decir nada hacia la puerta; ¡qué angustia!; y no se fue del todo, sino que cerró la puerta y apagó la luz; ¡no vio nada!... Y comenzó a sentir, como colgados de aquel olor a boñiga caliente y a bollo de maíz, los mil pequeños matices sonoros: los roces, las rebeldías de los botones, los pies cuando salen de los tubos del pantalón, y luego la caída de los zapatos, uno, otro, sobre el piso de granito, ese silencio auspicioso, recogido, mágico, de la iniciación, y el vuelo de la ropa y el golpe contra la silla de la hebilla del cinturón; luego, en el instante, se hundió la tierra, el jergón; ella no se asustó con todo eso, sino que esperó que le terminase, al fin, de llegarle aquel cuerpo, y le llegó; porque todo llega; absolutamente todo; y se sintió sorber, le sorbieron aquellos labios en el dolor de sentirse, y de la mano, en un laberinto secreto en el que desapareció, sabiendo, dos, tres veces, alcanzando hasta donde nunca había llegado con Carlos antes; sintiendo a ráfagas cortas esas sus dos manos grandes de Silvestre, dos garras, en los muslos, en los pechos, y luego ese aliento jadeante, caliente, húmedo, en los pechos, en los muslos, para terminar muriéndose con el sol húmedo, enloquecido, caliente, abriéndose, abriéndose, un camino por donde se supo atravesada por un dios incandescente que se fundió como un plomo, como una cera, como una arcilla ardiente; algo muy remoto y vivo que regresaba desde su viejo camino de barro.

Como se sentirá la tierra, que parece fría y muerta, cuando le prende en sus entrañas de madre una semilla.

Después no lo sintió irse, sino que se quedó ya en la plenitud, en la paz, en una vela dulce, casi inconsciente.

Despertó a la razón con el cuerpo al lado.

Ella no se movió, ¡no se atrevió! Esperó, esperó, en un vértigo, sin poder hilar una idea. Extendió instintivamente su mano para comprobar si estaba el dinero sobre la mesilla, y sintió el mármol frío, sin nada encima. Lo podía haber guardado Silvestre en su bolsillo antes de dormirse junto a ella. No se atrevió a más, y esperó; cada vez más despierta, más viva, más culpable, y, sin embargo, sin la voluntad de hacer, sin la fuerza de despertarlo y decirle que se fuese, ¡pronto!, ¡que podía llegar su marido en cualquier momento! Pudo, al fin. Ella lo buscó en algo que no fuese muy íntimo, en el hombro, y lo tocó, y le dijo: "Silvestre Silvestre"... El se movió. Y, ¡lo que no esperaba!, prendió la luz de la mesilla: "¿qué pasa, mi amor?"...

¡Era Carlos!

Ella se dejó caer y dijo, no sabe qué sueños, ¡asustada!

El apagó la luz y se volvió a dormir.

Ella no.

Ya no se atrevió ella a moverse.

Esperó así, despierta, desvelada, hasta la mañana y se levantó, culpable, y se fue de puntillas a la cocina como un ladrón: la lata de los huevos estaba todavía allí.

## La novia

Serapio era solo.

Tenía vecinos que le llegaban a platicar mientras trabajaba; algunos jóvenes, una vieja que otra, alguna muchacha; de todo lo que hace Dios. Pero los domingos se olvidaban de él.

Era tan fácil.

Y a Serapio le pesaba mucho la soledad; era como estar muerto entre los vivos.

Serapio tenía la cabeza un poco grande, pero no era feo. No es que fuera alto, ni fuerte, pero tampoco era torcido; sin embargo, y a pesar de las ganas, no había tenido oportunidad de probar mujer. Había pensado más de una vez escribir una carta a don Sergio, a España. Había pensado en don Sergio, que era tío suyo porque era hermano de su madre. Tenía que haber en el pueblo chicas buenas y bonitas, y enteras, que quiere decirse que nuevas, sin conocer hombre, que seguramente estarían contentas de dejar los ordeños y el arado y los fríos para venirse al calor de América. Pero lo iba dejando, dejando. No por nada, sino porque no le salían las palabras (cuando escritas) una detrás de la otra, como a otros. Hasta que supo que había en la ciudad una mujer que escribía cartas, y decían que muy bonitas, por tres bolívares. La buscó un domingo por la mañana. La mujer vivía en uno de esos patios donde se reúnen varias familias y muchos hijos para pagar (o dejar de pagar) juntos el alquiler. Era, la señora, una vieja repintada y vestida con una bata roja con flores negras; hizo sentar a Serapio sobre la cama, porque no era pieza para más, y le preguntó que qué quería decir a su padre. Serapio le dijo que no, que no era su padre, que ya estaba muerto. Entonces, ¿quién era el padre Sergio? Ese era su tío. ¡Era la primera vez que el tío de uno era su padre! Es que era Padre porque era cura. ¡Ah! Y comenzó por el nombre y la dirección que luego ella leyó en voz alta, para (como dijo) escribir tal cual lo iba diciendo Serapio; aunque, eso sí, más bonito.

Serapio dijo que era eso lo que quería.

Luego preguntó ella que qué quería decir al cura. Serapio lo tenía todo pensado muchas veces, y le dijo que lo que quería era decir a su tío que estaba bien, que ya estaría enterado por los hermanos que se había muerto su tío Manuel por Corpus, y se había quedado él, Serapio, con la zapatería; que a veces se sentía muy solo y que necesitaba mujer...

– ¡Para eso necesitas del cura!... –y la vieja se le quedó viendo.

Le dijo Serapio que sí, que su tío conocía a todas en el pueblo, y podía conseguirle una que fuese buena y no muy fea, y nueva, como él, que eso era importante; que, además, tenía que ser alguien que quisiese venir a tan lejos... La mujer le interrumpía de vez en cuando, porque Serapio decía las cosas muy atropelladas...; que la iba a cuidar, que eso era cosa de él, de su sobrino, y que el Padre Sergio le conocía el genio muy bien, porque aunque ya hacía dieciséis años que no lo veía, seguía siendo el hijo de su hermana...

Luego Serapio se calló.

– ¿Está todo?

Serapio dijo que sí, y preguntó a su vez a la mujer si había puesto todo lo que acababa de decirle. Así fue como ella leyó la carta; muy bonita, con la despedida de "le besa su mano" y todo, porque ella insistió en la fórmula, "aunque el cura sea el tío de uno"; luego, se la metió en un sobre de avión y le puso la dirección con una letra de molde bonita.

Eso sí, le cobró el papel y el sobre aparte.

Serapio se llevó la carta a la zapatería, porque no hay servicio de correos los domingos, y la envolvió en papel de periódico para que no se manchase con el sebo que había en el cajón. Hasta el lunes. Y el lunes cogió el autobús, llegó hasta Carmelitas y la puso en el buzón de la Oficina General de Correos él mismo.

Así es como Serapio se quedó esperando las noticias.

La carta de América llegó bien a Tendida, el pueblo. Estaba don Sergio leyendo su breviario en la sala cuando se la entregó Ramona. Y el cura, que ya andaba por los ochenta, hizo zamarramente tiempo para que se terminase de ir el ama, porque a esa mujer le gustaba estar en todo, y siendo que la carta venía de América, se lo dijo el cartero, más todavía. Luego don Sergio la leyó. ¡Este diablo de sobrino le había salido listo, y prudente; había que ver cómo sabía pensar y decir las cosas! Y se guardó la carta en el bolso interior de la sotana para continuar con la lectura del día; quiere decirse que el buen Padre Sergio lo intentó, aunque ya tenía a su sobrino tan sentado en su cabeza que le tuvo que escuchar de su suerte, de sus negocios, y lo vio tal cual lo estaba pensando, de traje y zapatos, derecho como su hermana, que en paz descansa, y con los ojos grandes, la nariz redonda y carnosa, de muy buen color, y le vino a la memoria su cuñado Antón, el padre de Serapio, y lo vio trabajando la tierra, sudando honrado como un pobre, y pensó lo mucho que se alegraría saber que Serapio le había salido un americano. Ahora, por designio de Dios, iba a poder hacerle un servicio, seguramente el último; en verdad, el primero porque nunca, desde que se fue Serapio con un hermano de Antón, supo del muchacho, hasta ahora. Se esforzaría en pensarlo como lo hubiese querido su hermana, *requiesca in pace*, y buscarle una novia, ¡no faltaba más!

No dijo nada a Ramona; se quedó con el lío para él.

La decisión llegó una semana después; no sola, como el quería, sino con el cuchareteo de la Ramona, como siempre. El primer paso de avisar a la madre de Vicenta Camino, huérfana de padre, diecinueve años, dos pechos como dos globos, las piernas derechas y largas, también lo dio Ramona. Pero quien habló luego cuando recibieron a Julia, la madre de Vicenta (¡hasta ahí podían llegar las cosas!), que eso fue un jueves por la tarde, fue él, don Sergio mismo. La viuda era mujer todavía joven, fresca, hasta hermosa; de algo le venían a la hija aquellos materiales; don Sergio la conocía desde que la bautizó él mismo con sus manos, y después la casó él, y no mal casada, con Aureliano Camino, quien tenía buenas tierras de trigo y de cebada, casa de piedra labrada en la calle San Pedro y dos pares de mulas; y con todo y conocer bien a Julita, como la llamaba don Sergio, no se atrevió a hacerle la proposición al tiro, como si se tratase de venderle un ternero, sino que comenzó hablando del mundo, de cómo estaba todo corrompido, hasta con citas en latín, porque lo que el cura andaba buscando era un camino, y ahí, por

ese sendero, alcanzó América, donde, ¡casualmente!, tenía un sobrino, el hijo de su hermana Eulalia...

Total, que Julita dijo que sí; la madre no sólo se dejó vender bien, por la confianza, sino que compró el ternero de leche al precio de toro semental, y de raza, hasta por más de lo que el Padre Sergio hubiese podido soñar hasta para un americano.

Pero (y don Sergio se dio cuenta a tiempo) la cosa no era todavía pan comido, porque aún había que llevar la harina al agua y a la sal de la artesa de Vicenta, la novia, y hasta su poca de levadura haría falta; aunque, a Dios gracias, ¡y Su Providencia tiene mil caminos!, para eso estaba la Ramona.

Y a todo esto, Serapio sin saber nada.

Hasta que llegó una carta de su tío cura pidiéndole, ¡de golpe!, una fotografía. Serapio tenía una, pero de hacía ya diez años y de pantalón corto y con su tío Manuel al lado, y muy poco a propósito para conquistar una novia. Pensó en sacarse una nueva aunque le costase cincuenta bolívares. Se fue a casa de Pepe el retratista, que era un paisano que había estado en el entierro del tío Manuel. Don Pepe lo atendió como se merecía la ocasión, y más, porque le previno que no se podía mandar el retrato de un americano, y menos un americano que se va a casar, sin sombrero y sin chaleco. Llamó a su mujer. Entre los dos lo vistieron de cadena, leontina y todo, como a indiano.

La fotografía misma salió tan buena que ni el telón de fondo, que representaba un edificio moderno y unos jardines donde estaba Serapio de pie, y tieso como una vara, parecía de papel.

Serapio se presentó el viernes mismo a la vieja que le escribió la carta, "doña Eugenia", y le contó de su éxito, y le señaló la carta y la fotografía. La mujer se alegró, porque no había (como decía ella) nada mejor que saber que el trabajo de una era capaz de un bien así. Y se pusieron a pensar la carta entre los dos con cuidado. Luego, la mujer la fue escribiendo con esa seguridad desafiante que da el triunfo. Tanto, que hasta dijo a Serapio que le dejase aquello enteramente por su cuenta, porque se iba a ocupar ella misma, doña Eugenia, de buscarle luego un sobre grande, donde cupiese la fotografía, y que ella misma iba a ponerle la carta certificada; ¡tenía que ser certificada, si no, se podía perder! Serapio le dejó un billete de diez, por si acaso.

En Tendida todo fue muy bien; más que bien: ¡de perlas!

La carta de Serapio, con la fotografía, llegó como un zambombazo. Reventó primero en la casa cural. Ramona corrió con el retrato a la casa de los Camino, y a todos, hasta a Vicenta, que es a quien estaban apuntando desde Caracas, les acertó el tiro en la mera mitad. La verdad, que ni Vicenta, ni Julia, ni siquiera Ramona, quien era la que había pintado la ocasión de todos los colores, se había imaginado nunca, de ver la cara apergaminada de don Sergio, que tuviese un sobrino como aquel joven guapo que estaba despechugado y deportivo sentado sobre un coche descapotable color azul cielo.

Y así, como lo quiso el Dios de don Sergio, porque en todo esto andaba, sin duda, la Divina Providencia, se fue formando en el pueblo un ambiente mágico en que casaban

con naturalidad todas las ensoñaciones; y carta va y carta viene, se fijó, por fin, la fecha de la boda por poder.

Serapio estaba transformado: se bañaba y se afeitaba todos los días, y olía a desodorante como un demonio; había limpiado él mismo, poco a poco, la zapatería y estaba echando flit por los rincones y por los huecos de las paredes, por donde salían las arañas. Y quitó bien el polvo a los tres bombillos que tenía en la pieza: uno en el rincón donde tenía la cocina, otra lámpara para trabajar él, a la altura de sus ojos, y el último bombillo en mitad de la habitación, que Serapio sólo encendía en las noches cuando había gente. Puso también los recortes de cuero acomodaditos en un rincón, detrás de la puerta; pintó su mesa de zapatero con un color añil que le pareció, pensando en su novia, muy bonito; le cambió el colchón a la cama, que era de hierro con bolas de cobre en las dos puntas de la cabecera, y pintó también, no toda la pieza, que no tenía tiempo para tanto (porque ahora tenía que reunir para los gastos), pero sí el ángulo de la cocina, que estaba cubierta con una cortina roja, y que es donde tenía el lavamanos y una cocinilla de kerosén.

Todo eso y más fue haciendo Serapio durante aquellos días de fiebre. Tanto, que casi enfermó, porque le estaba costando dormirse; hasta había dejado de comer como tenía costumbre, y había comenzado a preocuparse por cosas que no le importaban antes: la ropa que iba a vestir, las flores que le habían dicho que tenía que llevar al puerto. Todo eso. Pero luego que hizo lo que pudo se miró en el espejo que tenía en la balda de la cocina, repasó todo lo que había hecho en la pieza, lo miró con ilusión, y le pareció muy bueno.

Como debió parecer a Dios este mundo cuando lo hizo.

En Tendida no se sale para América como para cualquier otra parte. A Vicenta la fueron despidiendo por turno, casa por casa; con comidas hasta el anochecer, con cenas hasta la madrugada; con cohetes, y la ceremonia de la iglesia, con otro sobrino del cura en representación de Serapio, fue de las que no se olvidan más en el pueblo. Don Sergio habló muy bonito, muchos lloraron de la emoción; y Vicenta, que estaba que se le iba la sangre a los pies. Luego del banquete y los regalos y los bailables de la charanga, por fin, le hicieron las maletas. Pero cuando aquello subió al tope de todo, como un sobrado, fue en el momento de la despedida. Era anochecido cuando llegó el autobús de línea de la capital; los tres músicos del pueblo arrancaron con el himno nacional; los ojos de don Sergio parecían de vidrio mojado; doña Julia lo vio todo entre lágrimas, como a través de un mar. A tanto llegó, que ni a los pasajeros del autobús, a los que sorprendió esta fiesta, ni al chofer mismo, se les ocurrió protestar por la demora en la parada.

Más bien parecían conmovidos también por la despedida.

Y después de doce días largos de mar y mar llegó el barco a puerto. La Guaira estaba caliente como un horno. Ella, Vicenta, estaba sudando, pero bonita, de blusa blanca, con un bolso negro en la mano, apoyada en la baranda; asustada; y miraba, miraba, sin ver; lo que había en el muelle era un gentío, un mar de cabezas ruidoso y caliente; y no terminaba de ver a su novio, ¡a su marido!; envidiaba a la gente que se abrazaba con alegría y con las palabras ya antes de poder tocarse, porque eran el uno del otro desde

antes. Estaba mareada, hacía mucho calor, todo estaba blanco de sol. A lo mejor era por eso que se sentía tan-tan mal que le costaba respirar este aire que olía a salitre y como a café. Fue cuando alguien le tocó discretamente el hombro, y fue una voz que dijo en tono emocionado: "Vicenta". Ella volteó de un salto, porque no pudo más despacio, y no supo qué decir, porque era Serapio, tal cual, aún más guapo que en la fotografía; y él la besó en los labios y ella no supo. El cogió su bolso y la agarró del brazo y bajaron los dos la pasarela sin apenas dar tiempo a que le revisaran el pasaporte.

Vicenta se acordó de pronto de las maletas.

Pero ya estaban caminando fuera del muelle y él diciéndole, mientras la empujaba suavemente dentro del coche, que era de aquel azul tan bonito de la fotografía, que no se preocupase, que lo de los bultos era cosa del día siguiente. Vicenta se dejó sentar como borracha, por el calor, seguramente, y ¡también por la emoción de encontrarse con un desconocido que era su marido! Pero arrancó el coche, velozmente, y, cosa extraña, con eso sólo, con verse fuera del puerto, se tranquilizó. Ya el susto había quedado atrás, en el pueblo, en el barco, en el muelle.

Le regresó el miedo cuando se detuvo el coche frente al hotel.

Vicenta no dijo nada; fue él quien se adelantó a explicarle que aquello no era la zapatería, sino que primero tenían que comerse la luna de miel en este hotel. Subieron a un primer piso por unas escaleras de cemento feas; él con el bolso negro en la mano, ella agarrada de su brazo y llevándole el paltó; como si ya estuviesen casados, ¡y era verdad! El cuarto, cuando entraron, le pareció a ella pequeño y oscuro. Quiso decir algo, pero no se atrevió a voltear, porque sintió a Serapio desnudándose; ella se asustó y lo esperó y lo presintió (¡aterrorizada!) cuando se le estaba acercando por detrás, y no pudo sino dar un brinco cuando le llegó a pasar los brazos por la cintura; él la besó luego en el cuello, que fue cuando comenzaron aquellas manos a desnudarla, desde la blusa, que era una blusa blanca sin mangas, hasta el sostén y luego la falda y todo sin atreverse ella a mirarlo siquiera, porque no podía, porque no le alcanzaban las fuerzas; hasta que él ya no tuvo nada más que quitarle y la levantó en brazos, que es cuando ella le vio la cara, y lo demás, porque estaba desnudo.

Vicenta no podía oírlos, porque no estaba para oír nada en este momento, pero alguien que estuviese desocupado hubiese escuchado en el cuarto contiguo los ruidos de aquel jolgorio; y era que había tres hombres turnándose en un como miradero (un hueco pequeño de vidrio) y explicando con señas lo que veían por vez.

Luego se fueron calmando los ruidos en el cuarto.

Cuando se despertó Vicenta, ya era mañana; aunque todavía temprano. Buscó a su marido a tientas, pero no estaba; no se movió, sino que se quedó así, aletargada, un rato; había comenzado a entrar la luz. Y esperó. Así fue viendo más y más de la habitación, como si alguien le estuviese alumbrando poco a poco desde la ventana. No le gustó, porque todo, hasta el piso, estaba sucio. Se levantó, y se puso primero los zapatos; le daba asco aquel cemento sucio; no hacía frío; aunque estaba desnuda del todo, porque el camión se le había quedado en la maleta; ¿dónde se habría ido Serapio a aquella hora?; comenzó a vestirse, y se arregló con lo que tenía en el bolso; se peinó; rezó un Avemaría,

como hacía siempre al levantarse; y abrió la puerta porque sí; el pasillo le pareció estrecho y feo, como si nunca hubiese entrado por ahí; volvió a cerrar la puerta con susto; no se atrevió a más; a preguntar por Serapio, por ejemplo. Se puso a buscar sus cosas en el bolso, que algunas eran recuerdos de amigas y de su madre, y a mirar los papeles. Pero el tiempo daba para todo, porque no regresaba Serapio, ni tocaba nadie la puerta de la habitación tampoco. Fue cuando pensó que podría salir del hotel y ver algo de la ciudad. ¡Cómo no se le había ocurrido antes! Tomó el bolso, salió al pasillo, y bajó un poco apresuradamente las escaleras sucias pintadas de azul; salió a la calle casi corriendo, y tropezó con un ruido infernal de cornetas y pitos y una hilera quieta y trepidante de coches, y una luz que encandilaba; Vicenta se asustó y estuvo a punto de regresar al cuarto.

Pero se dijo firmemente que debía preguntar en el hotel por su marido.

Había una muchachita limpiando el piso de la entrada, que era un embaldosado rojo con un mostrador donde quedaban todavía algunas botellas vacías de la víspera. La niña no había visto bajar a nadie. Vicenta no se fue, sino que se sentó en un sofá destripado del recibo, y esperó hasta que salió una mujer gorda y greñuda, y le preguntó qué quería. Vicenta le dijo si había visto a su marido. ¿Quién era su marido? Serapio Vallejo. ¿Qué tenía ella que ver con Serapio Vallejo para recordarlo? Vicenta le explicó que ella y su marido habían alquilado un cuarto en el hotel, y que esta mañana ya no estaba en la cama, que había salido; y a todo esto eran las doce...

– ¿Le pagó él?

Vicenta le dijo que Serapio seguramente había salido a comprar algo, y regresaría, claro, a pagar el hotel.

– Bueno –le dijo ya con la grosería–, ¿en qué habitación estuvo durmiendo usted?

Vicenta le dijo dónde: en la primera habitación entrando en el primer piso.

– Ah, la del miradero –dijo, y luego se rió; Vicenta no sabía de qué.

Entonces la mujer se le sentó al lado. Ella, Vicenta, le estaba viendo la pintura cuarteada en los labios, los ojos chorreados, los el pelos quemados y de por lo menos tres colores, los dientes amarillos. Luego le dijo la fulana: "Usted es nueva, ¿verdad?" Vicenta dijo que sí, que acababa de llegar por barco el día antes. "No, eso no", dijo ella sonriendo, "pero no importa, porque ya sé con eso que es nueva". Y trató de tranquilizar a Vicenta. Se ocupó de ella desde entonces con un amor que nadie que viese aquella facha podía suponer dentro, en aquel cuerpo.

Vicenta se lo contó todo, como era.

La mujer le dijo que la esperara. Vicenta esperó más de una hora, hasta que salió ella vestida con unos dorados relucientes, mucho más linda. Cogió a Vicenta del brazo, la empujó suavemente y salieron a la calle. Montaron en un taxi y llegaron a la dirección que vicenta tenía de Serapio, que es donde estaba la zapatería, en un entresuelo que respiraba y veía por un hueco a la altura de la calle de tierra, muy retirada del centro de la ciudad. Y cuando la mujer llegó a la puerta (con Vicenta siempre detrás) la tapó con su humanidad reluciente, agarrándose los dos lados del dintel, y dijo:

– ¿Serapio Vallejo?

Serapio se levantó con susto y dijo con la cabeza que sí.

– ¿Usted espera a su esposa? –dijo la mujer, y Serapio, que estaba con un zapato en la mano y la boca llena de clavos, no supo ya cómo ponerse, y tardó en hablar, y cuando habló, dijo (y aunque no se parecía a la Vicenta del retrato):

– ¿Es usted?...

– No, pero se la traigo... pase m'hija...

Serapio dejó el zapato, escupió los clavos en su delantal azul, y dijo atropelladamente, mientras se frotaba las manos, que él había estado en el muelle, hasta con flores, a recibirla, y que ella no apareció, porque no la encontró por ningún lado...

– Pero le voy a decir una cosa –le interrumpió la dama que había en aquella mujer, ya con Vicenta, asustada, a su lado y a la vista de Serapio–, que esta mujer, su señora, ha andado perdida por esas calles de Caracas, y yo le di habitación, y está muy asustada y todo eso, ¿comprende?...

Serapio estaba blanco. Vicenta estaba de un bloque, desamparada, como piedra. Y la mujer añadió, ya con la actitud de subir los tres escalones que había hasta la calle:

– Trátemela bien.

## Indice

Prólogo

Anjel Lertxundi

Un real de sueño sobre un andamio (Caracas, 1957)

Fracaso

El hombre se calló y dijo...

El agua corre río abajo

El cacho

Punto y aparte

El día de playa

El cielo tiene un roto de azulillo

Un real de sueño sobre un andamio

La semilla vieja (Caracas, 1958)

La luz se apaga al amanecer

La semilla vieja

La llegada de Engracia

El asalto

El espía

Las manos grandes de la niebla (Caracas, 1964)

Las manos grandes de la niebla

El latido

A la voluntad de Dios

El turno

Los hierros de Guanoco

La carga de cedro muerto

El cabo de vida

La alcantarilla

La trampa de cemento

Cuentos de inmigrantes (San Sebastián, 1979)

El hijo

La novia